ALMA
DE
HIERRO
FIONA MACALLISTER

ALMA DE HIERRO

ALMA DE HIERRO

—

Fiona MacAllister

Alma de Hierro

© 2026 Fiona MacAllister
Todos los derechos reservados.

Primera edición digital, 2026

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización escrita de la autora.

Para los que sobrevivieron convirtiéndose en alguien que nunca quisieron ser.

Y para los que encontraron el camino de vuelta.

ÍNDICE

Prólogo — *La Noche de los Nombres Muertos*

Capítulo 1 — *El Precio de una Niña*

Capítulo 2 — *Los Elliot*

Capítulo 3 — *Lo Que el Barro Enseña*

Capítulo 4 — *Càdh Hollow*

Capítulo 5 — *El Cuervo*

Capítulo 6 — *Los Proscritos*

Capítulo 7 — *La Fragua*

Capítulo 8 — *Raíces en Piedra*

Capítulo 9 — *Lo Que Arde*

Capítulo 10 — *Hambre*

Capítulo 11 — *Territorio*

Capítulo 12 — *Lo Que Se Oculta*

Capítulo 13 — *Víspera de Sangre*

Capítulo 14 — *Acero*

Capítulo 15 — *Once Tumbas*

Capítulo 16 — *Voz*

Capítulo 17 — *Fragmentos*

Capítulo 18 — *El Cerco*

Capítulo 19 — *Confesión*

Capítulo 20 — *El Castigo Perfecto*

Capítulo 21 — *Lo Que Queda*

Capítulo 22 — *Víspera*

Capítulo 23 — *Hierro*
Capítulo 24 — *Ceniza*
Capítulo 25 — *El Juicio*
Capítulo 26 — *Reconstruir*
Capítulo 27 — *El Paso*
Capítulo 28 — *Dùthchas*

«Ard Choille»

Lema del Clan MacGregor: Bosque Real

«'S rioghal mo dhream»

Mi sangre es real

El Clan Gregor fue proscrito por Jaime VI de Escocia en abril de 1603.
Se prohibió el uso del apellido MacGregor bajo pena de muerte.
Más de doscientos años después, la proscripción fue revocada.
Los MacGregor siguen existiendo.

PRÓLOGO

La Noche de los Nombres Muertos

Territorio MacGregor, Highlands — Febrero de 1603

⁂

El olor a pan recién hecho fue lo último normal que Aileen recordaría del mundo de antes.

Su madre llevaba toda la tarde amasando, los brazos hundidos hasta los codos en la mezcla de harina de cebada y agua, mientras afuera el viento de febrero aullaba contra los muros de piedra. La casa olía a levadura, a turba quemándose en el hogar, al guiso de cordero que borboteaba en el caldero. Olía a hogar. A seguridad. A todas las mentiras que los adultos cuentan a los niños para que puedan dormir por las noches.

Aileen tenía nueve años. No sabía que esa noche cumpliría cien.

Estaba acurrucada en el jergón con sus hermanos pequeños, Tomas a un lado y la pequeña Isla al otro, los tres amontonados bajo la misma manta de lana que picaba y olía a oveja mojada. Mairead, su hermana mayor, cosía junto al fuego tarareando una canción que su madre le había enseñado y que su madre había aprendido de la suya, una cadena de voces femeninas que se remontaba hasta donde alcanzaba la memoria del clan. Dieciséis años tenía Mairead, y el pelo le brillaba como cobre bruñido a la luz de las llamas, y reía con facilidad, y en tres meses iba a casarse con el hijo del herrero.

Tres meses. Una eternidad. Un parpadeo.

Su padre no estaba. Llevaba días reuniéndose con los otros hombres del clan, volviendo tarde con el ceño fruncido y conversaciones a media voz con su madre que se interrumpían cuando los niños

entraban en la habitación. Aileen había escuchado palabras sueltas, fragmentos que no entendía del todo: el rey, los Campbell, una ley nueva, peligro. Pero tenía nueve años, y el peligro era algo abstracto, algo que les pasaba a otros, y su madre había dicho que todo estaría bien, y su madre nunca mentía.

Su madre nunca mentía.

El primer grito llegó cuando Aileen estaba a punto de dormirse, flotando en ese espacio tibio entre la vigilia y el sueño donde los sonidos se vuelven blandos y lejanos. Por eso tardó un momento en entender que el grito era real. Que venía de afuera. Que era un grito de hombre, y luego de mujer, y luego de muchas voces a la vez, un coro de terror que se elevó sobre el aullido del viento como algo vivo, algo hambriento.

Aileen se incorporó. Tomas gimoteó a su lado, medio dormido todavía. Isla ni se movió.

—Mamá.

Su madre ya estaba de pie, las manos todavía blancas de harina, la mirada fija en la puerta como si pudiera ver a través de ella. Mairead había dejado caer la costura. El silencio dentro de la casa era absoluto, tan denso que Aileen podía oír el crepitar de cada brasa en el hogar, el latido de su propio pulso en las sienes.

Afuera, el mundo ardía.

—Fenella. —La voz de su padre llegó desde el otro lado de la puerta, ronca, extraña—. Abre. Rápido.

Su madre corrió a desatrancar. Su padre entró tambaleándose, y Aileen vio la sangre antes de ver la herida: le empapaba el costado izquierdo de la camisa, negra a la luz del fuego, y goteaba sobre el suelo de tierra dejando un rastro oscuro. Tenía el rostro ceniciento, los ojos demasiado brillantes.

—Los Campbell —dijo, y las palabras le salieron espesas, como si tuviera la boca llena de algo que no podía tragar—. Vienen casa por

casa. Hay que...

No terminó la frase. Se desplomó contra el marco de la puerta, resbalando hasta quedar sentado en el suelo, y Aileen vio que la herida de su costado no era un corte sino un agujero, un agujero del tamaño de un puño del que seguía manando sangre con cada latido de su corazón.

—Gregor. —Su madre se arrodilló junto a él, las manos presionando la herida, la harina mezclándose con la sangre hasta formar una pasta rosada—. Gregor, mírame.

—La niña. —Los ojos de su padre encontraron a Aileen a través de la habitación, y había algo en ellos que ella no había visto nunca, algo que le heló la sangre antes de que pudiera ponerle nombre—. Escóndela. Tiene el pelo... la reconocerán. Escóndela, Fenella.

Aileen se tocó el pelo sin pensar. Rojo. Rojo MacGregor, le decían, el color del clan, el color que había heredado de su abuela y su bisabuela y todas las mujeres que vinieron antes. Siempre le había gustado su pelo. Siempre había estado orgullosa de él.

Ahora entendía que era una sentencia.

Todo pasó muy rápido después. Su madre la agarró del brazo con fuerza suficiente para dejar marcas, arrastrándola hacia el rincón donde guardaban las provisiones de invierno. Había un hueco bajo las tablas del suelo, apenas lo bastante grande para un cuerpo pequeño, donde almacenaban la carne salada cuando hacía demasiado frío para el ahumadero. Su madre levantó las tablas y la empujó dentro sin ceremonias, y el olor a sal y grasa rancia le llenó la nariz, y la oscuridad se cerró sobre ella como una tumba.

—No hagas ruido. —La cara de su madre apareció sobre ella, recortada contra la luz, y Aileen vio que estaba llorando, aunque su voz no temblaba—. Pase lo que pase. Escuches lo que escuches. ¿Me entiendes? Ni un sonido.

—Mamá...

—Júralo.

—Lo juro.

Las tablas se cerraron sobre su cabeza. Aileen se quedó en la oscuridad, el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que podían oírlo desde afuera, el sabor del miedo amargo y metálico en la lengua. Sobre ella, a través de las rendijas entre las tablas, veía fragmentos de la habitación: el brillo del fuego, las piernas de su madre moviéndose, sombras que se agitaban.

Y luego la puerta se abrió de golpe, y el infierno entró en su casa.

Eran seis. Quizás siete. Aileen no podía verlos bien desde su escondite, solo fragmentos: botas embarradas, el filo de una espada que goteaba algo oscuro, el tartán verde y negro que incluso ella, con nueve años, reconoció como Campbell. Uno de ellos se reía. Se reía como si aquello fuera divertido, como si la sangre de su padre en el suelo fuera un chiste particularmente bueno.

—Gregor MacGregor. —La voz era tranquila, casi amable—. El hermano del jefe. Qué honor.

Su padre intentó levantarse. Aileen lo vio a través de las rendijas, vio cómo se apoyaba contra la pared con una mano mientras la otra seguía presionando la herida, vio cómo alzaba la barbilla con una dignidad que ella no entendería hasta muchos años después.

—El nombre MacGregor ha sido abolido por orden del rey —continuó la voz—. Ya no existe. Ya no existís.

—Mi nombre —dijo su padre, y cada palabra le costaba un esfuerzo visible— existía antes de que hubiera reyes en esta tierra. Existirá cuando los huesos de tu rey se hayan convertido en polvo.

El golpe fue rápido. Aileen vio el movimiento del brazo, el destello del acero, y luego vio la cabeza de su padre rodar por el suelo de tierra y detenerse a menos de un metro de su escondite, los ojos todavía abiertos, mirándola a través de las tablas como si pudiera

verla, como si quisiera decirle algo que ya no tenía boca para pronunciar.

Aileen no gritó. Se mordió la lengua tan fuerte que la boca se le llenó de sangre, y no gritó.

Lo había jurado.

Después vinieron los niños. Tomas primero, porque intentó correr, porque tenía seis años y no entendía que no había adónde huir. El soldado que lo alcanzó ni siquiera usó la espada. Le bastó con una mano en el cuello, un movimiento seco, y el sonido que hizo al romperse fue pequeño, casi delicado, como una rama seca partiéndose bajo el peso de la nieve. Isla no llegó a despertarse del todo. Murió en el jergón donde Aileen la había dejado dormida, con el pulgar todavía en la boca y el pelo rubio manchándose de rojo.

Cuatro años. Tenía cuatro años.

A Mairead se la llevaron a la habitación del fondo.

Aileen escuchó todo. Cada sonido. El ruido de la tela rasgándose, los golpes sordos contra la pared, los gritos de su hermana que empezaron siendo palabras —no, por favor, no— y terminaron siendo solo sonidos, sonidos animales que no parecían humanos, que no podían ser humanos. Escuchó las risas de los hombres, sus gruñidos, sus comentarios en voz alta sobre lo que estaban haciendo y lo que iban a hacer después. Escuchó a uno de ellos decir que ya era suficiente, que se estaba aburriendo, y luego escuchó el sonido de un cuchillo entrando en carne, y los gritos se detuvieron.

El silencio que vino después fue peor.

Quedaba su madre.

—La mujer también tiene el pelo —dijo alguien—. Hay que marcarla.

Aileen vio cómo la agarraban, cómo la forzaban a arrodillarse frente al fuego. Vio cómo uno de los hombres sacaba un hierro del hogar, el metal brillando al rojo vivo. Vio la M que había sido forjada en el

extremo, la letra que significaba MacGregor, la letra que significaba menos que animal, menos que nada.

—Para que todos sepan lo que eres —dijo el hombre del hierro—. Para que nunca puedas esconderte.

El hierro tocó la mejilla de su madre.

El grito que salió de la garganta de Fenella MacGregor no era humano. Era un sonido que venía de algún lugar más profundo que la garganta, más profundo que el pecho, un sonido que contenía todo el dolor del mundo concentrado en un solo instante de carne quemándose. El olor llegó hasta el escondite de Aileen: carne asada, pelo chamuscado, algo dulzón y horrible que le revolvió el estómago y que nunca, nunca podría olvidar.

La M quedó grabada para siempre en el rostro de su madre.

Cuando terminaron, cuando finalmente se fueron llevándose lo poco de valor que había en la casa y dejando los cuerpos donde habían caído, Aileen siguió en su escondite. No se movió. No podía moverse. Había dejado de ser una niña en algún momento de las últimas horas y todavía no sabía en qué se había convertido, solo sabía que sus músculos no le respondían, que sus ojos no se cerraban, que seguía viendo la cabeza de su padre mirándola desde el suelo aunque ya no estaba ahí, aunque se la habían llevado como trofeo.

El fuego se fue apagando. Las sombras crecieron. Afuera, los gritos del pueblo fueron disminuyendo uno a uno hasta que solo quedó el viento, el eterno viento de las Highlands que no entendía de masacres ni de nombres prohibidos.

Fue el frío lo que finalmente la obligó a moverse. El frío, y un sonido débil que venía de algún lugar cercano, un sonido que podría haber sido un gemido o podría haber sido el viento colándose por alguna rendija.

Aileen levantó las tablas con manos que no parecían suyas. Se arrastró fuera del escondite. La casa estaba en penumbras, el fuego

reducido a brasas moribundas, y tuvo que esperar a que sus ojos se adaptaran antes de ver.

Tomas yacía cerca de la puerta, la cabeza en un ángulo imposible. Isla seguía en el jergón, pequeña y quieta. De la habitación del fondo no miró. No podía mirar. Si miraba, tendría que saber exactamente lo que le habían hecho a Mairead, y había cosas que era mejor no saber, cosas que era mejor enterrar tan profundo que nunca pudieran salir.

El gemido vino otra vez. Su madre.

Fenella estaba donde la habían dejado, desplomada junto al hogar. La marca de su mejilla era una cosa horrible, carne en vivo que supuraba, pero sus ojos estaban abiertos. Vivos. Miraron a Aileen sin reconocerla durante un momento terrible, interminable, y luego algo volvió a ellos, algo que podría haber sido alivio o podría haber sido horror de verla todavía allí.

—Aileen. —La voz de su madre era un susurro rasposo, irreconocible —. Mi niña.

Aileen se arrodilló junto a ella. No sabía qué decir. No sabía si todavía tenía voz después de tantas horas de silencio.

—Escúchame. —Los dedos de su madre encontraron los suyos, apretando con una fuerza que no debería tener—. Tienes que irte. Antes del amanecer. Tienes que correr hacia el sur, hacia la frontera. No mires atrás. ¿Me oyes? No mires atrás nunca.

—No puedo dejarte.

—Ya me has dejado. —La mano de su madre se alzó para tocarle la cara, y Aileen sintió la sangre y la suciedad y algo más, algo húmedo que podía ser lágrimas o podía ser pus de la quemadura—. Todo lo que queda de mí ahora está en ti. En tu sangre. En tu nombre.

—No tengo nombre. —Las palabras salieron antes de que Aileen pudiera detenerlas—. Dijeron que ya no existimos.

—Los reyes pueden abolir lo que quieran. —Su madre sonrió, y fue horrible, la mitad de su cara moviéndose mientras la otra permanecía rígida, deformada por la marca—. Pero hay cosas que no les pertenecen. Tu nombre es tuyo, Aileen. MacGregor. Nadie puede quitártelo a menos que tú lo entregues.

Aileen no dijo nada. No podía.

—Ahora vete. —Su madre la soltó, dejándose caer hacia atrás—. Olvida este lugar. Olvida esta noche. Sobrevive, Aileen. Es lo único que te pido. Vive.

Aileen se levantó. Dio un paso hacia la puerta. Dos. Cada paso era un esfuerzo monumental, como caminar a través de agua espesa, como arrastrarse por un sueño del que no podía despertar.

En el umbral, se volvió una última vez.

Su madre se arrastraba hacia el hogar. Hacia las brasas que todavía brillaban, rojas y hambrientas. Aileen entendió lo que iba a hacer un segundo antes de que lo hiciera, y abrió la boca para gritar, para detenerla, para hacer algo, cualquier cosa.

Pero lo había jurado. Ni un sonido.

Cerró los ojos. Escuchó el crepitar del fuego aceptando un nuevo combustible. Olió el humo, diferente ahora, más espeso, más oscuro. Y luego salió a la noche sin mirar atrás, porque se lo había prometido, y era la última promesa que podía cumplir.

Caminó durante tres días.

No recordaría casi nada de esos tres días después. Fragmentos sueltos: el sabor de la nieve que comía porque no había nada más, el dolor de los pies que se negaban a seguir moviéndose, el frío que se había metido tan dentro de sus huesos que ya no lo sentía como frío, solo como una parte más de sí misma. Pasó junto a otras casas quemadas, otros cuerpos, otros restos de lo que había sido su clan. No se detuvo. No podía detenerse. Si se detenía, moriría, y su madre le había dicho que viviera.

Al tercer día, los hombres la encontraron.

Eran cuatro, a caballo, con ropas que ella no reconocía y tartanes que no había visto nunca. No eran Campbell. Eso fue lo único que su mente exhausta pudo procesar: no eran Campbell, así que quizás no iban a matarla. Quizás.

El que parecía el líder —un hombre de barba entrecana y ojos pequeños que no perdían detalle— desmontó y se acercó a ella. Aileen no corrió. No tenía fuerzas para correr. No tenía fuerzas para nada que no fuera quedarse de pie y esperar lo que viniera.

—¿De dónde vienes, niña?

No respondió. No había hablado desde la noche del ataque. Las palabras se habían secado en algún lugar de su garganta y no sabía cómo recuperarlas.

El hombre la estudió con esa mirada de ojos pequeños. Luego extendió una mano y le tocó el pelo, el pelo rojo que su madre le había dicho que escondiera, el pelo que era una sentencia.

—MacGregor —dijo, y no era una pregunta—. Mira este pelo. Rojo como la sangre. Rojo como el fuego.

Uno de los otros hombres se acercó, también a pie ahora, también mirándola como se mira a un animal en el mercado.

—¿Cuánto crees que pagarán los Campbell por ella? Parece de buena familia. Quizás es pariente del jefe.

—O quizás vale más viva para nosotros. —El líder seguía mirándola, calculando—. Los MacGregor están acabados, pero siempre hay alguien dispuesto a pagar por la sangre del enemigo. O a pagar por otras cosas.

Risas. Aileen no entendió el chiste. Pasarían años antes de que lo entendiera, y para entonces ya habría aprendido a usar ese conocimiento como arma.

—¿Tienes nombre, niña?

Silencio. El viento de las Highlands aullando a su alrededor. El frío. El hambre. El vacío donde antes había habido una familia, un hogar, una vida.

—Bueno. —El hombre se encogió de hombros—. Da igual. Donde vas, no lo vas a necesitar.

La subieron a un caballo. Aileen no se resistió. No tenía sentido resistirse. No tenía sentido nada.

El mundo de antes había muerto. El mundo de después todavía no había nacido. Y ella estaba atrapada en el medio, en esa tierra de nadie entre una vida y otra, una niña sin nombre que cabalgaba hacia la oscuridad con el olor a pan recién hecho todavía pegado a la memoria, el último fragmento de algo que nunca volvería a existir.

Me llamo Aileen MacGregor, pensó, y las palabras se sintieron como un desafío, como un secreto, como una promesa.

Y luego cerró los ojos y dejó que el movimiento del caballo la meciera hacia algo parecido al olvido.

CAPÍTULO 1

El Precio de una Niña

Territorio Fronterizo — Marzo de 1603

⁂

La carreta olía a mierda de caballo y a miedo. El suyo propio, supuso Aileen, aunque ya no estaba segura de poder distinguirlo del olor general de mugre y sudor rancio que impregnaba la lona bajo la que viajaba. Llevaba días sin hablar. Quizás semanas. El tiempo se había vuelto algo blando y resbaladizo desde aquella noche, algo que se le escurría entre los dedos cada vez que intentaba agarrarlo.

Sabía que se estaban moviendo hacia el sur porque el frío había cambiado. Ya no era el frío limpio de las Highlands, el que cortaba la piel y te dejaba los dedos azules pero olía a brezo y a cielo abierto. Este era un frío húmedo, sucio, que se metía en los huesos como una infección y traía consigo un olor a tierra removida y a ganado enfermo.

Los hombres que la habían encontrado hablaban con un acento que no reconocía, más duro que el de su clan, con consonantes que masticaban como si fueran tabaco. No eran Campbell. Eso lo había entendido el primer día, cuando dejó de importarle si vivía o moría y empezó a escuchar. Eran otra cosa. Algo peor, quizás, o algo mejor. Todavía no lo sabía.

—La cría sigue sin hablar.

La voz venía de fuera de la carreta, ronca y aburrida. Aileen no se movió. Había aprendido que moverse atraía atención, y la atención de los hombres nunca era buena.

—Quizás es muda de nacimiento.

—Quizás es idiota.

—Da igual lo que sea. Los Campbell pagan igual por la sangre MacGregor. Muda, idiota o con tres cabezas.

Risas. Aileen cerró los ojos y pensó en el pan de su madre. En el olor a levadura. En cualquier cosa que no fuera esto.

Cuando la carreta finalmente se detuvo, el sol estaba bajo en el cielo y la luz que se colaba por los agujeros de la lona tenía ese color naranja sucio del atardecer de invierno. Alguien descorrió la tela de un tirón y el aire frío le golpeó la cara, tan denso de olores que por un momento no pudo respirar.

Humo de turba, pero no como en casa. Este humo era más negro, más grasiento, mezclado con el hedor de carne asándose y algo metálico que tardó un segundo en reconocer como sangre vieja. Debajo de todo eso, el olor inconfundible de demasiados cuerpos humanos viviendo demasiado cerca: sudor agrio, orina, mierda medio enterrada, el tufo dulzón de heridas infectadas.

—Fuera, cría.

Una mano la agarró del brazo y tiró. Aileen no se resistió. Dejó que la sacaran de la carreta como si fuera un saco de grano, dejó que sus pies tocaran el barro sin intentar mantenerse en pie cuando las rodillas le fallaron. Cayó de bruces en el lodo y se quedó ahí, la mejilla contra la tierra fría, mirando sin ver.

El campamento se extendía a su alrededor como una herida supurante en la ladera de una colina. Tiendas de cuero remendado, algunas tan viejas que el material se había vuelto negro de hollín y grasa. Fuegos encendidos sin orden, rodeados de figuras que se movían con la economía de gestos de gente acostumbrada a la violencia. Caballos flacos atados a estacas. Perros que roían huesos junto a montones de basura. Niños con la mirada vacía de los que han visto demasiado.

Y hombres. Muchos hombres. La miraban como los perros miraban los huesos.

—Arriba.

La misma mano que la había tirado ahora la levantó por el cuello de la ropa, sin más ceremonia que si estuviera recogiendo un trapo del suelo. Aileen se encontró de pie, tambaleándose, el mundo dando vueltas porque llevaba días sin comer nada sólido y la poca agua que le habían dado sabía a tierra.

—Tráela aquí. —Una voz nueva, más grave, con el peso de alguien acostumbrado a dar órdenes—. Quiero verla.

La arrastraron a través del campamento. Aileen registró detalles sin querer: el sonido de martillos sobre metal que venía de algún lugar a su izquierda, una mujer despellejando un conejo con movimientos expertos, dos hombres discutiendo en voz baja sobre algo que sonaba como un mapa. Gente que la miraba y apartaba la vista. Gente que la miraba y no apartaba nada.

El hombre que esperaba estaba sentado en un tocón frente a la tienda más grande del campamento, pelando una manzana con un cuchillo que brillaba demasiado para ser de hierro común. Tendría cincuenta años, quizás más, con una barba entrecana que le cubría la mitad inferior de la cara y unos ojos pequeños, hundidos, que se movían constantemente de un lado a otro como los de un animal buscando depredadores. O presas.

—Así que esta es la cría MacGregor.

No era una pregunta. Aileen no respondió de todas formas.

El hombre se levantó, despacio, con los movimientos calculados de alguien que sabe exactamente cuánto espacio ocupa y cómo usarlo para intimidar. Se acercó a ella, y Aileen tuvo que alzar la cabeza para mirarlo porque era alto, más alto que su padre, más alto que cualquier hombre que hubiera visto. El cuchillo seguía en su mano, la manzana olvidada.

—Gregor MacGregor era tu padre. —Otra vez, no una pregunta. El hombre sabía. De algún modo, sabía—. El hermano del jefe. Sangre de la sangre. —Le tocó el pelo con la punta del cuchillo, levantando

un mechón rojo—. Lo llevas escrito en la cabeza, niña. Este pelo vale oro para los Campbell. O valía, antes de que los muy cabrones empezaran a cortarlo de los cadáveres y mandarlo por correo.

Los hombres que la habían traído rieron. El del cuchillo no.

—¿Cómo te llamas?

Silencio. El viento soplaba entre las tiendas, haciendo crujir el cuero y levantando cenizas de los fuegos.

—Te he hecho una pregunta, cría.

Más silencio. Aileen lo miró a los ojos, esos ojos pequeños y calculadores, y no dijo nada. No porque no pudiera. Porque no quería. Porque las palabras se habían vuelto peligrosas, y su nombre más que ninguna.

El hombre la estudió un momento largo. Luego, despacio, sonrió. No era una sonrisa agradable.

—Terquedad. Bien. La terquedad mantiene viva a la gente en las fronteras. —Se volvió hacia los hombres—. ¿Qué queréis hacer con ella?

—Venderla a los Campbell, jefe. —El que había hablado era el mismo que la había sacado de la carreta, un tipo ancho de hombros con una cicatriz que le cruzaba la cara de la ceja al mentón—. Pagan por MacGregors. Veinte libras por cabeza, más si es de buena familia. Esta podría valer cincuenta. Quizás más, si la limpiamos un poco y la hacemos pasar por virgen.

—Tiene nueve años, Wull. Es virgen.

—Bueno, entonces no hay que mentir.

Más risas. El jefe no se unió a ellas. Seguía mirando a Aileen con esa expresión de quien evalúa ganado en el mercado, calculando peso y valor y rendimiento.

—Los Campbell ya tienen bastantes MacGregors. —Guardó el cuchillo en la funda que llevaba al cinto, un movimiento tan fluido

que Aileen apenas lo vio—. Una más no les va a cambiar la vida. Pero a nosotros quizás sí.

—¿A qué te refieres, Martyn?

El jefe —Martyn, ahora tenía nombre— se agachó frente a Aileen, poniéndose a su altura. De cerca olía a cuero y a humo y a algo más, algo agrio que podía ser alcohol viejo o podía ser sangre. Los ojos pequeños la estudiaron con una intensidad que habría sido aterradora si ella todavía supiera tener miedo.

—Los MacGregor están acabados —dijo, casi amable—. El rey ha borrado su nombre de la historia. Cualquiera que lo pronuncie es criminal. Cualquiera que lo lleve, condenado a muerte. Pero el odio no muere tan fácil, ¿verdad, niña? El odio se hereda. Se pasa de padres a hijos como el color del pelo o la forma de la nariz.

Aileen no respondió. Pero algo en su interior se tensó, algo que había estado flojo y muerto desde aquella noche.

—Los Campbell nos deben favores —continuó Martyn—. Y los favores de hoy son las deudas de mañana. Pero una MacGregor... una MacGregor de sangre del jefe... eso es algo que se guarda. Como una moneda de oro en tiempos de vacas flacas. Nunca sabes cuándo vas a necesitarla.

—Con respeto, jefe —intervino el de la cicatriz, Wull—, una cría no vale tanto como cincuenta libras en mano.

—Con respeto, Wull, tú no tienes ni puta idea de lo que vale nada. —Martyn se incorporó—. La cría se queda.

Hubo murmullos. Descontento contenido. Aileen lo sintió como una corriente fría en el aire, la tensión de hombres que no estaban de acuerdo pero que no se atrevían a decirlo en voz alta.

Wull dio un paso adelante.

—Al menos déjame echarle un vistazo más de cerca, jefe. Para saber lo que estamos guardando.

Martyn se encogió de hombros. Era un permiso.

Wull se acercó. Aileen olió el sudor rancio antes de que la tocara, ese olor a hombre que no se lava que había aprendido a asociar con peligro desde la noche en que los Campbell entraron en su casa. Los dedos de Wull le agarraron la barbilla, girándole la cara hacia un lado y hacia otro como si examinara un caballo, y luego bajaron hacia el pelo, acariciando los mechones rojos con una intimidad que le revolvió el estómago.

—Pelo bonito —dijo—. Rojo como el fuego. ¿Sabes lo que dicen de las pelirrojas, cría? Dicen que tienen el demonio dentro. Dicen que muerden.

Los dedos se enredaron en su pelo, tirando lo justo para que doliera. Wull sonreía, mostrando dientes amarillos y un hueco negro donde debería haber un colmillo.

Aileen no pensó.

Actuó.

La mano de Wull estaba cerca de su cara, tan cerca que podía ver la mugre bajo las uñas y las líneas de la palma. Aileen giró la cabeza y mordió. No un mordisco de niña, de esos que asustan pero no hacen daño. Mordió como había visto morder a los perros de su padre cuando cazaban, con toda la mandíbula, clavando los dientes en la carne blanda entre el pulgar y el índice y apretando hasta que sintió el sabor de la sangre en la boca.

Wull gritó. Intentó apartarla, pero Aileen no soltó. Apretó más fuerte, gruñendo como un animal, sintiendo cómo los dientes atravesaban piel y músculo y encontraban algo más duro debajo que podía ser tendón o podía ser hueso.

El puñetazo la alcanzó en la sien.

El mundo se volvió blanco, luego negro, luego un rojo pulsante de dolor. Aileen cayó al barro por segunda vez, la boca llena de sangre que no era suya, los oídos zumbando. Algo crujió en su cara —la nariz, pensó con una claridad extraña— y el dolor fue tan intenso

que por un momento no pudo ver nada, solo sentir, solo existir en el centro de ese relámpago de agonía.

—¡Hija de puta! —Wull se agarraba la mano, sangre goteando entre los dedos—. ¡Me ha arrancado un pedazo de carne, la muy zorra!

Alguien se estaba riendo.

Aileen parpadeó, intentando enfocar a través del dolor y las lágrimas que le nublaban la vista. Martyn. Martyn se estaba riendo, una risa grave que le sacudía los hombros y le hacía brillar los ojos pequeños con algo que podía ser crueldad o podía ser respeto.

—¿Qué te dije, Wull? Te dije que las pelirrojas muerden.

—¡La voy a matar! —Wull se movía hacia ella, el rostro deformado por la rabia—. ¡Voy a arrancarle los dientes uno a uno y hacérselos tragar!

—No. —La voz de Martyn perdió todo rastro de humor—. No vas a hacerle nada.

—¡Mira lo que me ha hecho!

—He visto lo que te ha hecho. —Martyn se interpuso entre Wull y Aileen, que seguía en el suelo, sangrando por la nariz rota, negándose a cerrar los ojos aunque el instinto le gritaba que se hiciera pequeña, invisible—. Una cría de nueve años te ha arrancado un trozo de mano porque estabas demasiado ocupado tocándole el pelo para prestar atención. Si tuvieras la mitad de cojones que ella, quizás no estarías llorando como una novia abandonada.

El campamento se había quedado en silencio. Todos miraban: los hombres de las fogatas, las mujeres junto a las tiendas, los niños de ojos vacíos. Todos esperando ver quién ganaba.

Wull dio un paso atrás. La rabia seguía ahí, ardiendo en sus ojos, pero el miedo era más fuerte. El miedo a Martyn.

—Esta cría —dijo Martyn, señalándola sin mirarla— acaba de demostrar más valor que la mitad de vosotros. Tiene nueve años, ha perdido todo lo que tenía, está rodeada de hombres que podrían

matarla con un dedo, y en vez de suplicar o llorar o intentar escapar, muerde. —Negó con la cabeza, casi con admiración—. No se vende. Es más útil viva y aquí.

Se giró hacia Aileen, que seguía sin moverse, la sangre de la nariz mezclándose con el barro en su cara.

—Tú. Arriba.

No la ayudó. Nadie la ayudó. Aileen se levantó sola, despacio, cada movimiento una pequeña agonía en la cara destrozada. Se quedó de pie, tambaleándose un poco, mirando a Martyn porque era lo único que podía hacer: mirarlo y no bajar los ojos.

—Te quedas —dijo él—. No como esclava. No como prisionera. Como una Elliot más. Trabajarás, aprenderás, harás lo que se te diga. A cambio, comes, duermes bajo techo, y nadie te toca sin mi permiso. ¿Entendido?

Aileen asintió. Era el primer movimiento voluntario que hacía desde que la habían encontrado.

—Bien. —Martyn se volvió hacia alguien detrás de ella—. Betha. Llévate a la cría. Límpiala, dale de comer, ponla a dormir con las otras. Mañana empieza a trabajar.

Unos pasos se acercaron. Aileen no se giró hasta que una mano —más pequeña que las de los hombres, pero igual de dura— le agarró el brazo.

La mujer que la sujetaba era mayor que su madre, con el pelo gris recogido en una trenza severa y una cara que parecía tallada en piedra. No había nada blando en ella: ni en los ojos, ni en la boca, ni en la forma en que la miraba. Era el tipo de cara que había visto todo y no le había gustado nada de lo que había visto.

—Conmigo, cría.

Aileen la siguió porque no había otra opción. Atravesaron el campamento en silencio, pasando junto a fogatas y tiendas y miradas que la seguían como moscas sobre carne muerta. La mujer

—Betha— caminaba rápido, sin mirar atrás para comprobar que la seguía, y Aileen tuvo que esforzarse para mantener el ritmo con las piernas que le temblaban de hambre y agotamiento.

La tienda donde pararon era pequeña, apartada del centro del campamento, con un fuego encendido fuera que proyectaba sombras danzantes sobre el cuero remendado. Betha la empujó dentro sin ceremonias.

El interior olía mejor que el resto del campamento. A hierbas secas, a lana limpia, a algo que podía ser lavanda pero más salvaje, más amargo. Había jergones en el suelo, mantas amontonadas, un caldero pequeño junto a las brasas de otro fuego interior. Y había otras niñas —tres, cuatro quizás— acurrucadas en las sombras, mirándola con ojos que brillaban como los de los ratones.

Betha cerró la entrada de la tienda y se volvió hacia ella.

—Siéntate.

Aileen se sentó. El dolor de la nariz palpitaba con cada latido, un recordatorio constante de que todavía estaba viva.

Betha se arrodilló frente a ella con un trapo húmedo en la mano. Empezó a limpiarle la sangre de la cara con movimientos bruscos, eficientes, sin la menor gentileza. Cuando llegó a la nariz, Aileen se mordió el labio para no gritar.

—Rota —dijo Betha, sin particular interés—. Curará torcida. Te quedarás con la marca.

Una marca más. Aileen pensó en su madre, en la M grabada a fuego en su mejilla, y el pensamiento fue como un cuchillo en el pecho.

—Reglas —dijo Betha mientras seguía limpiando—. Aquí todo el mundo trabaja. Si no trabajas, no comes. Si lloras, te echo. Si intentas escapar, te encontrarán y te traerán de vuelta, y la segunda vez no serás una invitada del jefe sino mercancía para vender. ¿Entiendes?

Aileen asintió.

—No te oigo.

—Entiendo. —La voz le salió ronca, oxidada de días sin usar. Las primeras palabras que pronunciaba desde que dejó de ser quien había sido.

Betha se detuvo un momento, mirándola. Algo cambió en sus ojos, algo que podía ser sorpresa o podía ser evaluación.

—Así que hablas.

—Cuando quiero.

La boca de Betha se torció en algo que no llegaba a ser sonrisa pero tampoco era desaprobación.

—¿Tienes nombre?

La pregunta flotó en el aire entre ellas. Aileen pensó en su madre diciendo que su nombre era suyo, que nadie podía quitárselo. Pensó en los Campbell gritando que el nombre MacGregor había sido abolido. Pensó en la cabeza de su padre rodando por el suelo, los ojos abiertos, mirándola.

—No —dijo.

Betha la estudió un momento más. Luego asintió, como si la respuesta tuviera sentido, como si fuera la respuesta correcta.

—Bien. Entonces te llamarás Sorcha. —Terminó de limpiarle la cara y se levantó—. Es un nombre de frontera. Un nombre que no significa nada para nadie. Tu otro nombre, el que tenías antes... está muerto. ¿Entiendes?

Aileen —no, ya no Aileen, ya no— asintió.

—Sorcha —repitió, probando el sonido en su boca como se prueba una herramienta nueva para ver si encaja bien en la mano—. Me llamo Sorcha.

Era mentira. Era la verdad. Era lo único que podía ser a partir de ahora.

Betha asintió y le señaló un jergón vacío en la esquina.

—Duerme. Mañana empieza tu nueva vida.

Sorcha se acostó. Cerró los ojos. Detrás de los párpados, su madre ardía y su hermana gritaba y su padre la miraba sin cabeza desde el suelo de su casa.

Pero no lloró. Se lo había prometido a alguien, hacía mucho tiempo, en otra vida.

Ni un sonido. Pase lo que pase.

Y lo cumplió.

CAPÍTULO 2

Hija de Nadie

Territorio Elliot — 1603-1607

⁂

El primer año, Sorcha no habló.

No era que no pudiera. Las palabras seguían ahí, amontonadas en algún rincón de su garganta como ropa sucia en un baúl. Pero cada vez que abría la boca para dejarlas salir, algo se cerraba dentro de ella, un puño invisible que le apretaba la tráquea y le decía que el silencio era más seguro, que las palabras atraían atención, y la atención en el campamento Elliot nunca era buena.

Así que callaba. Callaba cuando la mandaban a fregar los calderos con arena hasta que las manos le sangraban. Callaba cuando la despertaban antes del amanecer para llevar agua desde el arroyo, el frío tan intenso que los dedos se le quedaban pegados al asa del cubo. Callaba cuando los otros niños la llamaban «la muda» o «la salvaje» o «la perra MacGregor», porque callar significaba no darles la satisfacción de una reacción, y no reaccionar significaba que eventualmente se aburrían y la dejaban en paz.

Lo que no significaba que estuviera a salvo.

El chico se llamaba Tam. Quince años, espinillas en la cara, ese tipo de cuerpo que todavía no ha decidido si va a ser fuerte o solo grande. Era hijo de uno de los reivers de Martyn, un hombre al que Sorcha había visto partir cráneos con un hacha sin cambiar la expresión, y Tam había heredado algo de esa mirada vacía, esa forma de observar a las mujeres y las niñas como si fueran ganado esperando a ser marcado.

La pilló sola en los establos, una tarde de octubre cuando el cielo estaba tan gris que parecía que alguien había extendido ceniza sobre el mundo. Sorcha estaba cambiando la paja de los caballos, el único trabajo que no odiaba del todo porque los animales no la miraban con desprecio ni intentaban hacerle daño. Los caballos solo querían comida y que los dejaran tranquilos. Sorcha entendía eso.

No oyó a Tam entrar. No oyó nada hasta que una mano le agarró el pelo desde atrás y tiró, echándole la cabeza hacia atrás con fuerza suficiente para que le crujiera el cuello.

—Mi padre dice que las MacGregor son todas putas. —El aliento de Tam le calentaba la oreja, agrio de cerveza robada—. Dice que por eso el rey las marcó. Para que todo el mundo supiera lo que eran.

Sorcha no se movió. El corazón le latía en la garganta, un tambor furioso que amenazaba con ahogarla, pero había aprendido que forcejear solo hacía que apretaran más fuerte. Había aprendido muchas cosas en los meses que llevaba en el campamento.

La otra mano de Tam le buscó el pecho por encima de la ropa, torpe, impaciente. No había nada que encontrar todavía —tenía diez años, por Dios, solo diez años— pero eso no parecía importarle.

—Vamos a ver si es verdad lo que dicen. Vamos a ver si las pelirrojas son tan calientes como...

La horca de heno estaba apoyada contra la pared, a medio metro de donde Sorcha tenía la mano derecha. No pensó. No tuvo tiempo de pensar. El cuerpo se movió solo, los dedos cerrándose alrededor del mango de madera, el brazo girando con todo el peso del cuerpo detrás.

Los dientes de metal entraron en el muslo de Tam con un sonido húmedo, como el de un cuchillo atravesando fruta madura.

El grito que soltó fue agudo, de niño, nada que ver con la voz grave que había estado usando para amenazarla. Sorcha retorció la horca antes de sacarla, porque había visto a los hombres hacer eso con las lanzas, había observado cómo causaba más daño, más dolor. La

sangre brotó caliente y espesa, salpicándole las manos, la cara, manchando la paja del suelo.

Tam cayó de rodillas, agarrándose la pierna, los ojos tan abiertos que Sorcha podía ver el blanco alrededor del iris. El miedo en su cara era hermoso. Era lo más hermoso que había visto desde aquella noche.

—Mi nombre es Sorcha —dijo, y fueron las primeras palabras que pronunciaba en meses, rasposas de desuso pero perfectamente claras—. Tócame otra vez y te clavo esto en la garganta.

Dejó caer la horca y salió del establo. No corrió. Caminar era mejor. Caminar significaba que no tenía miedo.

Betha la encontró una hora después, sentada detrás de la letrina donde nadie iba a buscarla, las rodillas contra el pecho, mirando la sangre que se secaba en sus manos. La mujer no dijo nada durante un momento largo. Solo se quedó de pie, observándola con esa expresión de piedra que nunca cambiaba.

—El chico Tam dice que lo atacaste sin razón.

Sorcha no respondió. ¿Para qué? La palabra de un hijo de reiver contra la de una huérfana MacGregor. No hacía falta ser lista para saber cómo terminaba esa cuenta.

—Su padre quiere que te azoten. Dice que le has dejado cojo para siempre.

Bien, pensó Sorcha. Ojalá.

Betha se agachó frente a ella, despacio, con el crujido de rodillas que delata la edad. De cerca olía a humo de turba y a las hierbas que siempre estaba machacando para ungüentos y cataplasmas.

—¿Qué te hizo?

Sorcha la miró. Los ojos de Betha eran grises, del color del cielo antes de la tormenta, y no había compasión en ellos. Tampoco había crueldad. Solo una especie de paciencia cansada, la mirada de alguien que ha visto demasiado y ya no se sorprende de nada.

—Intentó tocarme.

Betha asintió. Una sola vez, como si la respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Tres días sin comer. Es el castigo por atacar a un Elliot.

Sorcha no protestó. Tres días sin comer era mejor que los azotes. Mucho mejor.

—Pero antes —continuó Betha, y algo cambió en su voz, algo que Sorcha no supo identificar— vas a venir conmigo.

La llevó a su tienda, la misma donde Sorcha dormía con las otras niñas. Pero esta vez no fueron a la zona de los jergones, sino al rincón donde Betha guardaba sus cosas: frascos de barro, manojos de hierbas secas, y una caja de madera que Sorcha nunca había visto abierta.

Betha sacó un cuchillo.

No era grande. Quizás tres pulgadas de hoja, con un mango de asta que había sido pulido por años de uso hasta brillar como hueso viejo. Betha lo sostuvo en la palma de la mano, ofreciéndoselo.

—Si vas a apuñalar a alguien, hazlo bien.

Sorcha miró el cuchillo. Miró a Betha. No entendía.

—Una horca de heno sirve para asustar —explicó Betha—. Pero es lenta, torpe. Si el chico hubiera sido más fuerte, o más rápido, te la habría quitado. —Le puso el cuchillo en la mano, cerrándole los dedos alrededor del mango—. Esto es diferente. Esto es tuyo. Llévalo siempre. Y la próxima vez que alguien intente tocarte, no apuntes al muslo.

—¿Dónde?

Betha se tocó un punto justo debajo de la oreja, donde el cuello se unía a la mandíbula.

—Aquí. Rápido, fuerte, y luego hacia fuera. No saques el cuchillo hacia arriba o se te quedará atascado en el hueso. Hacia fuera,

siempre hacia fuera. ¿Entiendes?

Sorcha asintió. El cuchillo pesaba menos de lo que esperaba, pero el peso estaba bien distribuido, cómodo en la mano.

—Bien. —Betha se levantó—. Ahora, a ayunar. Tres días. Y ni se te ocurra robar comida, porque lo sabré.

Fue la conversación más larga que habían tenido. Sería una de las más importantes de su vida.

El hambre del castigo fue brutal, un vacío que le roía las entrañas y le hacía soñar con pan y carne y cualquier cosa que pudiera llevarse a la boca. Pero cuando terminó, cuando Betha le dio un cuenco de gachas aguadas y la observó comer con la misma expresión impasible de siempre, Sorcha entendió algo que cambiaría todo: en el campamento Elliot, el castigo y la protección podían venir de la misma mano.

Tam nunca volvió a acercarse a ella. La cicatriz que le quedó en el muslo cojeaba cuando llovía, y cada vez que Sorcha lo veía renquear, algo pequeño y oscuro en su interior sonreía.

El segundo año aprendió que las palabras podían ser armas también, si sabías usarlas con cuidado.

Empezó a hablar otra vez, poco a poco, probando cada frase como quien prueba el hielo de un lago en invierno: con el peso justo, preparada para retroceder si crujía bajo sus pies. Descubrió que decir lo mínimo la hacía parecer estúpida, y parecer estúpida significaba que la gente la ignoraba. Pero decir lo justo, en el momento justo, podía cambiar las cosas.

Fue Martyn quien se fijó en ella primero.

El jefe del clan Elliot no era un hombre dado a la observación casual. Cada mirada suya era un cálculo, cada palabra una inversión. Sorcha lo había estudiado durante meses desde las sombras, aprendiendo sus patrones: cómo caminaba más despacio cuando pensaba, cómo

se rascaba la barba antes de dar una orden difícil, cómo sus ojos se estrechaban ligeramente cuando alguien le mentía.

Lo que no esperaba era que él la hubiera estado estudiando también.

—Tú. La cría MacGregor.

Sorcha se detuvo. Llevaba un cubo de agua en cada mano, los brazos ardiendo del esfuerzo, el pelo pegado a la frente de sudor a pesar del frío. Martyn estaba sentado en su tocón de siempre, frente a su tienda, pero esta vez no pelaba una manzana. La miraba directamente, esos ojos pequeños fijos en ella como los de un halcón en un ratón.

—Mi nombre es Sorcha.

—Ya sé cómo te llamas. —Martyn hizo un gesto con la cabeza hacia los cubos—. Déjalos. Ven aquí.

Sorcha obedeció. No tenía otra opción, pero además sentía curiosidad, esa picazón incómoda que se había acostumbrado a ignorar pero que nunca desaparecía del todo. Se plantó frente a Martyn y esperó, la barbilla alta aunque el estómago le daba vueltas.

—Betha dice que eres lista —dijo Martyn—. Dice que escuchas más de lo que hablas, y que recuerdas lo que oyes. ¿Es verdad?

—No sé si soy lista. Pero sí recuerdo.

Martyn asintió, como si la respuesta le confirmara algo.

—Mañana salimos de incursión. Tú vienes.

El mundo se detuvo un segundo. Sorcha había oído hablar de las incursiones: los hombres que partían de noche y volvían con ganado robado, con sacos de grano, a veces con sangre en la ropa y una o dos sillas de montar vacías. Pero las niñas no iban a las incursiones. Las niñas se quedaban en el campamento, esperando.

—¿Para qué?

—Para llevar mensajes. —Martyn se levantó, estirándose con el crujido de articulaciones de un hombre que ha pasado demasiados inviernos a la intemperie—. Eres pequeña, rápida, y nadie te mira dos veces. Eso es útil. ¿Sabes montar?

—No.

—Pues aprende antes de mañana. Pregunta por Angus. Dile que te mando yo.

Y así fue como Sorcha conoció a Angus Sin Dientes.

El viejo reiver tenía sesenta años, si los cálculos de Sorcha eran correctos, lo cual lo convertía prácticamente en un anciano en un mundo donde la mayoría de los hombres no llegaban a los cuarenta. Había perdido los dientes delanteros en una pelea hacía décadas, y los que le quedaban estaban tan negros y podridos que su aliento era un arma por derecho propio. Pero sus manos, enormes y callosas como guantes de cuero viejo, eran las más gentiles que Sorcha había sentido desde que dejó de ser Aileen.

—El truco no es agarrarte al caballo —le dijo, la primera vez que la subió a lomos de una yegua vieja y mansa—. El truco es convencer al caballo de que no quieres caerte.

—¿Y cómo hago eso?

—Con las piernas. Las rodillas. El culo. Todo menos las manos. —Angus escupió un salivazo oscuro de tabaco mascado—. Las manos son para las riendas, no para sostenerte. Si te agarras con las manos, el caballo sabe que tienes miedo. Y si sabe que tienes miedo, te tira.

Sorcha se cayó once veces ese primer día. Al final, tenía el trasero tan magullado que no podía sentarse sin hacer muecas, y los muslos le ardían de apretar la yegua. Pero no se quejó. Quejarse era para los débiles.

—Volveremos mañana —dijo Angus cuando el sol empezaba a ponerse—. Y pasado. Y todos los días hasta que puedas montar

dormida.

—¿Por qué?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Angus la miró con algo que podía ser sorpresa o podía ser diversión; con esa cara destrozada era difícil saberlo.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te molestas? Soy una MacGregor. Una huérfana. No soy nadie.

Angus se quedó callado un momento. El viento soplaba entre las tiendas, trayendo el olor a guiso que significaba que la cena estaba cerca. En algún lugar del campamento, un niño lloraba.

—Yo también era nadie —dijo finalmente—. Hace cuarenta años. Llegué a este campamento sin nada más que la ropa que llevaba puesta y un odio tan grande que no me cabía en el pecho. —Se encogió de hombros—. Martyn me dio una oportunidad. Ahora soy alguien. No mucho, pero alguien.

—¿Y por eso me ayudas?

—Te ayudo porque Martyn me lo ha ordenado. —Angus sonrió, mostrando las encías negras—. Pero me caes bien porque muerdes. Los que muerden sobreviven. Los que no, se convierten en comida.

La primera incursión fue tres noches después.

Sorcha no entró en ninguna casa. No robó nada. No tocó un arma más allá del cuchillo que llevaba escondido en la bota, el regalo de Betha que ya se había convertido en una extensión de su cuerpo. Su trabajo era simple: quedarse en el punto de encuentro con los caballos, y si algo salía mal, cabalgar hasta el campamento a avisar.

Nada salió mal. Los hombres volvieron con dos vacas y un saco de herramientas de herrero, riendo en voz baja, algunos con manchas oscuras en la ropa que brillaban a la luz de la luna. Sorcha no preguntó de quién era la sangre. No quería saber.

Pero la segunda incursión fue diferente.

Fue una granja grande, más próspera que las anteriores, con un establo de piedra y una casa de dos plantas que parecía casi un pequeño castillo. Los hombres entraron como siempre, sombras silenciosas en la oscuridad, y Sorcha se quedó atrás con los caballos, escuchando.

El primer grito llegó unos minutos después. Un grito de hombre, corto, truncado. Luego otro. Luego el llanto de un niño.

Sorcha apretó las riendas con fuerza suficiente para que le dolieran las manos. Los caballos resoplaban, inquietos, sintiendo algo en el aire que ella no podía nombrar pero que reconocía en los huesos: muerte. Muerte reciente y muerte por venir.

El llanto del niño se cortó de golpe.

Silencio después. Un silencio espeso, pegajoso, que olía a humo porque alguien había prendido fuego a algo dentro de la casa. Los hombres empezaron a salir, cargados de botín, algunos limpiándose las manos en la ropa, otros riendo.

—Buena noche —dijo uno de ellos al pasar junto a Sorcha—. Buena noche de verdad.

Sorcha no respondió. Montó su caballo y siguió al grupo de vuelta al campamento, y esa noche, cuando finalmente se tumbó en su jergón, no durmió. Se quedó mirando la oscuridad del techo de la tienda, escuchando el eco de un llanto infantil que se cortaba, pensando en Tomas, en Isla, en todos los niños que habían dejado de llorar aquella noche de febrero que ya parecía pertenecer a otra vida.

Había creído que estaba del lado de las víctimas. Ahora entendía que los lados eran más borrosos de lo que había pensado.

El tercer año, Sorcha mató por primera vez.

No fue heroico. No fue limpio. Fue necesario, y eso era lo único que importaba.

La incursión había salido mal desde el principio. El granjero tenía perros que nadie había visto, perros grandes y hambrientos que empezaron a ladrar antes de que los hombres llegaran a la casa. Para cuando Sorcha oyó el alboroto desde su puesto con los caballos, ya había antorchas encendidas y voces gritando, y uno de los Elliot venía corriendo hacia ella con sangre en la cara y un brazo colgando en un ángulo que no era natural.

—¡Nos vamos! —gritó—. ¡Ahora!

Sorcha saltó a su caballo, pero antes de que pudiera espolear hubo un movimiento a su derecha, una sombra que salió de entre los árboles con un cuchillo en la mano. El granjero. O un hijo del granjero, o un criado, daba igual. Lo que importaba era la hoja que se dirigía hacia su costado, brillando a la luz de la luna como un diente de plata.

El caballo se encabritó. Sorcha perdió las riendas, resbaló, cayó. El suelo la golpeó con fuerza suficiente para vaciarle los pulmones, y cuando intentó respirar solo le salió un jadeo húmedo, un sonido de animal herido que no reconoció como suyo.

El hombre estaba encima de ella antes de que pudiera moverse.

Era joven, quizás veinte años, con la cara deformada por una rabia que Sorcha conocía bien porque la había visto en el espejo. El cuchillo bajó hacia su garganta.

Sorcha rodó. El filo le pasó rozando la oreja, tan cerca que sintió el frío del metal, y entonces su mano encontró la bota, encontró el mango de asta pulida, encontró el cuchillo de Betha que llevaba dos años esperando este momento.

Apuntó donde le habían enseñado. Justo debajo de la oreja.

La hoja entró más fácil de lo que esperaba, deslizándose entre tendones y arterias con un sonido que no se parecía a nada que hubiera oído antes: un susurro húmedo, casi íntimo. El hombre se quedó quieto un instante, los ojos muy abiertos, la boca formando una palabra que nunca llegó a pronunciar. La sangre salió a

borbotones, caliente sobre las manos de Sorcha, sobre su cara, metiéndose en su boca cuando intentó respirar.

Hacia fuera, había dicho Betha. Hacia fuera, siempre hacia fuera.

Sorcha sacó el cuchillo con un tirón lateral. El hombre cayó sobre ella, muerto o muriendo, el peso aplastándola contra el suelo. Le costó un esfuerzo enorme quitárselo de encima, rodar hacia un lado, ponerse de rodillas. El mundo daba vueltas. Todo olía a sangre.

Alguien la levantó por el brazo. Angus. La cara del viejo estaba salpicada de algo oscuro, pero su voz era calmada, casi amable.

—Primera vez, ¿eh?

Sorcha asintió. No podía hablar. Tenía la boca llena de sabor a cobre.

—La segunda es más fácil. —Angus la empujó hacia los caballos—. Vámonos. Ya tendrás tiempo de vomitar cuando estemos a salvo.

Vomitó tres veces durante el camino de vuelta. Pero no lloró. No tembló. Hizo lo que tenía que hacer, y cuando finalmente desmontó en el campamento, con el amanecer tiñendo el cielo de gris, lo primero que hizo fue ir al arroyo a lavarse la sangre de las manos.

El agua estaba helada. Sus manos no dejaban de frotarse la una contra la otra, incluso cuando ya estaban limpias, incluso cuando la sangre había desaparecido río abajo hacia algún lugar donde nadie sabría de dónde venía ni a quién había pertenecido.

Martyn la encontró allí una hora después, todavía de rodillas junto al agua, mirando sus manos como si pertenecieran a otra persona.

—Angus me ha contado lo que pasó.

Sorcha no levantó la vista.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Martyn.

Era una pregunta extraña viniendo de él. Sorcha lo pensó un momento, buscando la respuesta correcta, la respuesta que un reiver daría. Pero lo que salió de su boca fue la verdad.

—No lo sé.

Martyn asintió, como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

—Bien. Los que saben cómo se sienten después de matar son los peligrosos de verdad.

Se quedó un momento más, mirándola con esos ojos pequeños que no perdían detalle, y luego se fue. Sorcha siguió junto al arroyo hasta que el sol estuvo alto y el frío se le había metido tan dentro que ya no lo sentía.

Esa noche soñó con el hombre que había matado. En el sueño, él la miraba con los ojos abiertos, la boca todavía formando esa palabra que nunca dijo, y le preguntaba por qué. Sorcha no tenía respuesta. Se despertó con el sabor de la sangre en la boca, aunque solo era que se había mordido la lengua otra vez.

El cuarto año, Betha murió.

Empezó con tos. Una tos seca que Betha descartó como «polvo en la garganta» y que Sorcha reconoció como algo más porque había visto a su abuela toser así, años atrás, en esa vida anterior que ya casi no recordaba. La tos se convirtió en fiebre. La fiebre, en sudores nocturnos que dejaban los jergones empapados. Y los sudores, finalmente, en sangre.

La primera vez que Betha tosió sangre, Sorcha estaba ayudándola a beber agua. El líquido rojo salpicó el cuenco, brillante contra la madera clara, y Betha lo miró con una expresión que no era miedo sino algo más parecido a la resignación.

—Bueno —dijo—. Ya era hora.

—Tiene que haber algo. —Sorcha buscaba entre los frascos de hierbas, los ungüentos, todas las medicinas que Betha había preparado para otros—. Tiene que haber algo que puedas tomar, algo que...

—No hay nada. —La voz de Betha era cansada pero firme—. Lo que tengo se lleva en la sangre. No hay hierba que lo cure.

Sorcha dejó caer los frascos. Las manos le temblaban.

—Entonces dime qué hago. Dime cómo ayudarte.

Betha la miró. Bajo la luz tenue de la tienda, su cara parecía más vieja que nunca, más frágil, como si la enfermedad hubiera borrado todo lo que la sostenía en pie y solo quedara el armazón de huesos debajo.

—Puedes quedarte. —Una pausa—. Si quieres.

Era lo más cercano a una petición que Betha había hecho jamás. Lo más cercano a admitir que necesitaba algo de alguien.

Sorcha se quedó.

Durante tres semanas cuidó de la mujer que la había acogido, que le había dado un nombre y un cuchillo y algo parecido a un propósito. Le daba agua cuando podía tragarla, le limpiaba la sangre de la boca cuando no podía, le cambiaba los trapos empapados de sudor por trapos secos. Por las noches, cuando la fiebre subía y Betha deliraba, llamando a nombres que Sorcha no conocía, se quedaba sentada junto a ella, simplemente estando ahí, simplemente siendo testigo.

Una noche, hacia el final, Betha tuvo un momento de lucidez. Agarró la mano de Sorcha con una fuerza que no debería tener, los dedos como garras, los ojos repentinamente claros.

—Escúchame. —La voz era un susurro rasposo, pero cada palabra llegaba clara—. Eres más fuerte que cualquiera de los hijos de Martyn. Más lista también. No lo desperdicies.

—Betha...

—No me interrumpas, no tengo tiempo. —Un espasmo de tos, más sangre—. La venganza es para los que pueden permitírsela. Tú no puedes. No todavía. Así que guárdala. Guárdala hasta que seas lo bastante fuerte para usarla sin que te destruya. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Bien. —Los dedos aflojaron su agarre. Los ojos empezaron a cerrarse—. Bien.

Betha murió antes del amanecer, tan silenciosamente que Sorcha no se dio cuenta hasta que la luz gris de la mañana empezó a colarse por las rendijas de la tienda y vio que el pecho de la mujer ya no se movía. Se quedó sentada un momento más, mirando el cuerpo que había sido Betha, y luego hizo algo que no había hecho desde la noche que dejó de ser Aileen MacGregor.

Lloró.

No fueron sollozos ruidosos ni lamentos dramáticos. Fueron lágrimas silenciosas que le bajaban por las mejillas sin permiso, como si su cuerpo finalmente hubiera encontrado una grieta por donde soltar todo lo que llevaba años conteniendo. Lloró por Betha. Por su madre. Por sus hermanos. Por Mairead. Por la niña que había sido y la mujer en la que se estaba convirtiendo y todo lo que había perdido en el camino entre una y otra.

Cuando terminó, se limpió la cara con el dorso de la mano y salió de la tienda a buscar a alguien que la ayudara con el cuerpo.

Tenía trece años. Había aprendido a montar, a pelear, a matar. Había aprendido que la supervivencia no tenía moral y que los lados buenos y malos eran inventos de la gente que podía permitirse el lujo de elegir.

Ahora tenía una cosa más que añadir a la lista de lecciones: que se podía querer a alguien sin decirlo nunca en voz alta, y que ese tipo de amor era quizás el más verdadero de todos.

El cuchillo de Betha seguía en su bota. Lo llevaba todos los días, como le habían enseñado. Y cada vez que lo tocaba, recordaba: hacia fuera, siempre hacia fuera.

Algún día lo usaría para algo más que sobrevivir. Algún día, cuando fuera lo bastante fuerte.

Pero por ahora, sobrevivir era suficiente.

CAPÍTULO 3

La Primera Sangre

Territorio Fronterizo — Otoño de 1608

⁂

A los catorce años, Sorcha había aprendido que su cuerpo era un arma tan útil como el cuchillo que llevaba en la bota.

No de la forma en que los hombres querían usarlo, claro. Eso lo había evitado con dientes y acero y una reputación que se había ganado a base de dejar cicatrices. Pero ser pequeña, ágil, capaz de meterse por huecos donde un hombre adulto no cabía — eso valía oro en las incursiones nocturnas.

—La ventana del granero —dijo Angus, señalando con la barbilla hacia la granja que se extendía abajo en el valle, apenas visible bajo la luz de una luna menguante—. Es estrecha, pero tú cabes. Entras, abres la puerta del establo desde dentro, y nosotros hacemos el resto.

Sorcha estudió el objetivo. Una granja próspera, de esas que tenían más ganado del que podían vigilar y más grano del que podían comer. Los Armstrong, el clan que controlaba esta zona de la frontera, llevaban años en guerra fría con los Elliot por territorios de pastoreo. Esta incursión era parte mensaje, parte negocio.

—¿Cuántos dentro?

—El granjero, la mujer, tres críos. Quizás un criado o dos. —Angus escupió un salivazo oscuro de tabaco—. Nada que no podamos manejar.

Sorcha asintió. Tres críos. Los empujó al fondo de su mente, donde guardaba las cosas que no podía permitirse pensar. Esta noche no eran niños. Esta noche eran parte del paisaje, obstáculos a evitar, nada más.

—Yo voy con ella.

La voz vino de atrás. Sorcha no necesitó girarse para saber quién era: Dougal Elliot, el hijo menor de Martyn, el único en todo el campamento que la trataba como algo más que una herramienta útil o una amenaza potencial. Tenía su misma edad, el pelo castaño de su madre muerta y unos ojos demasiado amables para el mundo en el que había nacido.

—Tú te quedas con los caballos —dijo Angus.

—Siempre me quedo con los caballos. —Había frustración en la voz de Dougal, ese tono de quien está harto de ser tratado como un niño—. Ya tengo catorce años. Sorcha hace trabajo de verdad.

—Sorcha es útil. Tú eres el hijo del jefe.

Lo que significaba: Sorcha es prescindible. Tú no.

Dougal abrió la boca para protestar, pero otra voz lo interrumpió, más grave, con un filo que Sorcha había aprendido a reconocer como peligro.

—Déjalo que vaya. —Rabbie Elliot emergió de entre los otros hombres, alto y ancho como su padre pero sin nada de su astucia en los ojos. Solo hambre. Hambre de violencia, de poder, de cosas que Sorcha prefería no nombrar—. A ver si el pequeño Dougal tiene cojones para algo más que cepillar caballos.

Los hombres rieron. Dougal se tensó, el rubor subiéndole por el cuello hasta las orejas.

—Puedo hacerlo.

—Entonces hazlo. —Rabbie sonrió, mostrando dientes—. Tú y la bastarda MacGregor, entrando juntos por la ventana. Será bonito de ver.

Sorcha mantuvo la cara inmóvil aunque el estómago le ardía. Rabbie llevaba años buscando excusas para humillarla, para recordarle que no era una Elliot de verdad, que su lugar en el clan pendía de un hilo que él podría cortar en cuanto su padre muriera. Y el viejo Martyn estaba enfermo. Todos lo sabían, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Angus miró a Rabbie con una expresión que Sorcha no supo interpretar. Luego se encogió de hombros.

—El chico va. Si la caga, es problema suyo.

Bajaron hacia la granja en silencio, moviéndose entre las sombras con la práctica de años de incursiones. Sorcha iba delante, con Dougal pegado a sus talones, respirando demasiado fuerte para su gusto. Quería decirle que se callara, que el ruido viajaba de noche, que un suspiro en el momento equivocado podía significar la diferencia entre volver al campamento o quedarse pudriéndose en una zanja. Pero no había tiempo para lecciones.

La ventana del granero estaba exactamente donde Angus había dicho, un rectángulo oscuro en la pared de piedra apenas lo bastante grande para un cuerpo delgado. Sorcha se quitó el brat de lana y lo dejó en el suelo; cualquier tela de más podía engancharse, atascarse, delatarla.

—Espera aquí —susurró a Dougal—. Cuando oigas la puerta, entras.

—Puedo ir contigo.

—No cabes. —Era verdad. Dougal había crecido ese año, los hombros ensanchándose, las piernas alargándose. Pronto sería demasiado grande para ser ignorado y demasiado torpe para ser útil en trabajos como este—. Quédate. Vigila.

Se impulsó hacia arriba, los dedos encontrando grietas en la piedra, los pies buscando apoyo. El borde de la ventana le arañó el vientre cuando se coló dentro, un dolor agudo que ignoró porque había dolores peores y este no era momento para quejarse.

El interior del granero olía a heno viejo y a estiércol de vaca, ese tufo denso y cálido que se pegaba a la garganta. Sorcha se quedó inmóvil un momento, dejando que los ojos se adaptaran a la oscuridad casi total. Formas fueron emergiendo de la negrura: pacas de heno amontonadas, herramientas colgadas de las paredes, el bulto oscuro de un buey dormido en su compartimento.

Y algo más. Un sonido que no encajaba.

Respiración. Humana. Cerca.

Sorcha se pegó a la pared, la mano buscando el cuchillo en la bota. El corazón le golpeaba las costillas, pero mantuvo la respiración lenta, controlada. Quien fuera que estuviera ahí no la había visto todavía. La oscuridad era su aliada.

Un movimiento a su derecha. El crujido de la paja bajo un pie.

—¿Quién anda ahí?

Voz de hombre. Joven, por el tono. Nervioso. Un criado, quizás, que se había quedado a dormir en el granero para vigilar los animales. O un hijo del granjero. Daba igual. Lo que importaba era la antorcha que de pronto prendió en su mano, iluminando el espacio con un resplandor naranja que hizo que Sorcha entrecerrara los ojos.

Lo vio antes de que él la viera a ella. Diecisiete, quizás dieciocho años. Pelo pajizo, cara de sueño, una horca de heno en la mano que no era la antorcha. Cuando sus ojos la encontraron, se abrieron tanto que Sorcha pudo ver el blanco alrededor.

—¡Ladrones! —El grito salió de su garganta antes de que ella pudiera moverse—. ¡Padre! ¡Ladro...!

Sorcha se lanzó hacia él.

No fue elegante. No fue limpio. Fue puro instinto de supervivencia, el mismo que la había mantenido viva desde aquella noche de febrero que ya parecía pertenecer a otra vida. Chocó contra el cuerpo del chico con todo su peso, que no era mucho pero que lo pilló por sorpresa. La antorcha voló de su mano, rodando por el

suelo de tierra, y por un momento horrible Sorcha pensó que iba a prender el heno y que iban a morir todos quemados.

La horca le pasó rozando la cabeza. Sintió el viento del movimiento, el tirón en el pelo cuando uno de los dientes le arrancó un mechón. El chico era más fuerte que ella, más grande, pero estaba asustado, y el miedo hacía que la gente cometiera errores.

Rodaron por el suelo, forcejeando. Sorcha perdió el cuchillo en algún momento, lo sintió escaparse de sus dedos y desaparecer en la oscuridad. Las manos del chico le encontraron el cuello, apretando, y de pronto no podía respirar, veía puntos negros, el mundo se estrechaba hasta convertirse en un túnel de dolor y pánico.

Sus dedos encontraron algo en el suelo. Piedra. Un trozo de piedra suelta del tamaño de un puño.

Golpeó.

Una vez. Dos. Tres. Perdió la cuenta después de la tercera, porque las manos en su cuello aflojaron pero ella siguió golpeando, incapaz de parar, el sonido húmedo de la piedra contra el cráneo mezclándose con un gruñido animal que tardó en reconocer como suyo propio.

Cuando finalmente se detuvo, el chico ya no se movía.

Sorcha se quedó a horcajadas sobre el cuerpo, jadeando, la piedra todavía en la mano. La antorcha había caído sobre tierra húmeda, apagándose parcialmente, pero daba luz suficiente para ver lo que había hecho. La cabeza del chico era una masa deforme, el pelo pajizo oscurecido de sangre, un ojo medio salido de la órbita mirándola con una expresión que no era expresión porque ya no había nadie detrás.

Había matado antes. Una vez, en aquella incursión que salió mal, cuando el hombre la atacó y ella usó el cuchillo de Betha. Pero eso había sido diferente. Eso había sido rápido, casi limpio, el cuchillo entrando y saliendo con una precisión que no era suya sino de las lecciones que le habían grabado en el cuerpo.

Esto era otra cosa. Esto era salvaje. Esto era lo que ella era realmente, debajo de todas las capas que había construido para parecer humana.

El vómito le subió por la garganta. Se inclinó hacia un lado justo a tiempo, vaciando el estómago sobre el suelo del granero, el cuerpo sacudiéndose con espasmos que no podía controlar. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano y vio que estaba manchada de sangre. La del chico. Le había salpicado la cara, el pelo, la ropa.

Afuera, ruido. Voces. El plan se había ido a la mierda, y los Elliot estaban entrando de todos modos, sin esperar a que ella abriera la puerta.

Sorcha se levantó. Las piernas le temblaban, pero se sostenían. Encontró su cuchillo en la paja, lo limpió en la tela de sus pantalones y lo guardó en la bota. Respiró hondo. Una vez. Dos. Tres.

Cuando Dougal entró por la puerta del granero, la encontró de pie junto al cuerpo con una expresión que él no supo leer.

—Dios mío. —La voz de Dougal sonaba ahogada. Se había quedado en el umbral, mirando alternativamente a Sorcha y al cadáver en el suelo—. ¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Me descubrió. —Sorcha se dio cuenta de que su voz sonaba plana, sin emoción, como si hablara del tiempo—. Gritó. Tuve que...

No terminó la frase. No hacía falta.

Dougal dio un paso hacia ella, luego se detuvo. Había algo en su cara que Sorcha no quería identificar. ¿Horror? ¿Asco? ¿Miedo? Quizás las tres cosas. Quizás algo peor.

—¿Estás bien?

La pregunta era tan absurda que casi se rio. Estaba cubierta de sangre de un chico al que acababa de machacarle el cráneo a golpes. No estaba bien. No estaría bien nunca. Pero eso no era lo que Dougal quería oír.

—Estoy viva. Es lo que importa.

Los gritos de fuera se intensificaron. No los gritos de batalla — esos habían terminado rápido, los Elliot eran demasiados para una granja aislada — sino otros gritos. Más agudos. Una mujer. Y debajo de eso, algo que podía ser el llanto de un niño.

Sorcha cerró los ojos un segundo. Solo un segundo.

—Vámonos.

Salieron del granero hacia el caos de la granja. Los Elliot se movían con eficiencia brutal, arreando ganado hacia el camino, cargando sacos de grano, recogiendo cualquier cosa de valor. La casa estaba abierta, la puerta colgando de las bisagras, y de dentro venían los sonidos que Sorcha había aprendido a no escuchar.

Dougal se detuvo. Sorcha vio cómo su cara cambiaba, cómo la comprensión se abría paso a través de la ignorancia privilegiada en la que había vivido todos estos años.

—¿Qué están...?

—No mires. —Sorcha le agarró del brazo, tirando de él hacia los caballos—. Camina. No mires atrás.

—Pero hay niños ahí dentro. Oigo niños.

—Lo sé.

—¡Tenemos que hacer algo!

Sorcha se volvió hacia él, y algo en su expresión hizo que Dougal retrocediera un paso.

—¿Hacer algo? —La voz le salió más dura de lo que pretendía, afilada como el cuchillo que llevaba en la bota—. ¿Qué propones, Dougal? ¿Entrar ahí y decirles que paren? ¿Enfrentarte a tu hermano y a treinta hombres armados? Adelante. Ve. Yo esperaré aquí a recoger tu cadáver.

Dougal se quedó mirándola como si la viera por primera vez.

—¿Esto no te afecta? ¿Nada de esto te afecta?

Sorcha pensó en la niña que había sido, escondida bajo el suelo de su casa mientras su familia moría arriba. Pensó en el juramento que había hecho, ni un sonido, pase lo que pase. Pensó en todos los sonidos que había oído desde entonces, todos los gritos que no había podido detener, todas las veces que había mirado hacia otro lado porque mirar de frente significaba morir o volverse loca.

—Me afecta —dijo—. Cada vez. Pero afectarme no cambia nada. No los salva. No me salva a mí. Lo único que puedo hacer es sobrevivir. Y tú también, si eres listo.

Dougal no respondió. Los gritos de la casa se fueron apagando, uno a uno, hasta que solo quedó el silencio y el crepitar de algo que empezaba a arder.

El camino de vuelta al campamento fue largo y callado. Los hombres estaban de buen humor, contando el botín, bromeando sobre la facilidad de la incursión. Rabbie cabalgaba al frente, su risa resonando en la oscuridad cada vez que alguien hacía un comentario particularmente crudo sobre lo que habían hecho en la granja.

Sorcha cabalgaba atrás, sola. La sangre en su ropa se había secado, volviéndose rígida, tirante contra la piel. Cada vez que cerraba los ojos veía la cara del chico, el ojo medio salido, la boca abierta en una sorpresa eterna. Lo veía y no sentía nada. O quizás sentía demasiado, tanto que su cuerpo había decidido cerrar las compuertas para no ahogarse.

Dougal se acercó a medio camino, su caballo igualando el paso del de ella.

—Lo siento.

Sorcha lo miró. En la oscuridad apenas podía ver su cara, solo el contorno de su silueta contra el cielo sin estrellas.

—¿Por qué?

—Por lo que dije. Que no te afecta. —Una pausa—. Sé que no es verdad. Solo... no sabía. No sabía cómo era realmente.

—Ahora lo sabes.

—Sí. —Otra pausa, más larga—. ¿Cómo lo soportas?

Sorcha pensó en la pregunta. Era la primera vez que alguien se la hacía, la primera vez que alguien parecía genuinamente interesado en la respuesta en lugar de juzgarla.

—No lo soporto —dijo finalmente—. Lo guardo. En un sitio dentro de mí donde no tengo que mirarlo todos los días. Y sigo adelante.

—¿Y si algún día ese sitio se llena?

—Entonces supongo que me volveré loca. O moriré. Lo que pase primero.

Dougal no dijo nada más. Pero tampoco se alejó. Cabalgaron juntos el resto del camino, en silencio, y cuando llegaron al campamento y Sorcha desmontó con las piernas temblando de agotamiento, él la ayudó a llevar el caballo a los establos sin que nadie se lo pidiera.

Era algo pequeño. Pero en el mundo en el que vivían, las cosas pequeñas eran las únicas que quedaban.

Esa noche, Martyn la mandó llamar.

El viejo jefe estaba en su tienda, sentado junto al fuego con una manta sobre los hombros que no conseguía disimular lo delgado que se había quedado en los últimos meses. La tos que lo había perseguido todo el verano había empeorado con el otoño, y aunque nadie lo decía en voz alta, todos sabían que este podía ser su último invierno.

Sorcha se quedó de pie frente a él, esperando. Se había lavado lo mejor que había podido en el arroyo, pero todavía tenía manchas de sangre en el pelo, bajo las uñas.

—Angus me ha contado lo del chico del granero.

—Me descubrió. Iba a dar la alarma.

—Y lo mataste.

—Sí.

Martyn la estudió con esos ojos pequeños que nunca perdían nada, esos ojos que la habían visto morder la mano de Wull hacía cinco años y habían decidido que valía la pena quedársela.

—¿Cómo lo hiciste?

—Perdí el cuchillo en el forcejeo. Encontré una piedra.

—¿Una piedra?

—Le golpeé la cabeza. Varias veces. —Sorcha mantuvo la voz neutra, como si describiera el proceso de ordeñar una vaca—. Hasta que dejó de moverse.

Un silencio largo. El fuego crepitaba. Fuera de la tienda, el campamento se preparaba para dormir, voces amortiguadas y el relincho ocasional de un caballo.

—¿Te molesta? —preguntó Martyn.

—Debería molestarme más de lo que me molesta. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, más honestas de lo que pretendía—. Eso es lo que me molesta.

Martyn asintió, despacio, como si la respuesta confirmara algo que había sospechado.

—Hay gente que nace para esto. Gente que disfruta con la sangre. Los ves en el campo de batalla, sonriendo mientras matan, buscando más incluso cuando la pelea ha terminado. Esos son peligrosos. Hay que vigilarlos de cerca, porque nunca sabes cuándo van a volverse contra ti.

Sorcha pensó en Rabbie. En la forma en que se reía después de las incursiones. En los sonidos que venían de las casas que dejaban atrás.

—Y luego está otra clase de gente —continuó Martyn—. Gente que no disfruta, pero que puede hacerlo cuando es necesario. Gente que

guarda lo que siente en algún sitio donde no estorba y sigue adelante. Esos son los supervivientes. Esos son los que duran.

—¿Cuál soy yo?

—Tú me lo dices. ¿Disfrutaste matando a ese chico?

La imagen volvió sin permiso: la piedra en su mano, el sonido húmedo de los golpes, la forma en que el ojo se había salido parcialmente de la órbita. El sabor a bilis en la boca cuando vomitó después.

—No.

—Entonces ya tienes tu respuesta. —Martyn se recostó contra los cojines que lo apoyaban, los ojos cerrándose de agotamiento—. Vete a dormir, Sorcha. Mañana hay trabajo.

Sorcha se volvió para irse, pero la voz del viejo la detuvo en la entrada de la tienda.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Cuando yo muera, Rabbie va a intentar quitarse de encima a todo el que crea que puede desafiarlo. Tú estás en esa lista.

Sorcha lo sabía. Lo había sabido desde hacía años.

—Lo sé.

—Bien. Entonces más te vale ir pensando qué vas a hacer cuando llegue el momento.

Salió de la tienda hacia la noche fría. El campamento dormía a su alrededor, fuegos reducidos a brasas, sombras que se movían en la oscuridad. En algún lugar, un perro aullaba.

Se miró las manos. Estaban limpias ahora, o todo lo limpias que podían estar. Pero sabía que nunca estarían limpias de verdad. Había cosas que no se lavaban con agua, por mucho que frotaras.

Se acostó en su jergón sin quitarse la ropa, el cuchillo de Betha en la mano bajo la manta. Cerró los ojos.

Esa noche soñó con el chico del granero. En el sueño, él la miraba con su ojo bueno y su ojo roto y le preguntaba por qué. Sorcha no tenía respuesta. Nunca la tenía.

Pero cuando despertó con el amanecer gris colándose por las rendijas de la tienda, lo primero que hizo fue comprobar que el cuchillo seguía en su mano.

Seguía. Siempre seguía.

Y ella también.

CAPÍTULO 4

Càdh Hollow

Las Highlands — Primavera de 1611

⁂

El trabajo llegó en marzo, cuando el deshielo convertía los caminos en ríos de barro y los animales empezaban a salir de sus madrigueras de invierno buscando comida. Un hombre a caballo, solo, con el tartán de los Campbell bajo una capa de viaje que no engañaba a nadie.

Sorcha lo vio desde el borde del campamento, donde estaba afilando su cuchillo con movimientos lentos, metódicos. Diecisiete años tenía ya, el cuerpo endurecido por ocho años de vida reiver, el pelo rojo recogido en una trenza apretada que le caía por la espalda. Había dejado de parecer una niña hacía tiempo. Ahora parecía lo que era: una mujer peligrosa en un mundo que no perdonaba la debilidad.

El Campbell se reunió con Rabbie en la tienda del jefe. La tienda que había sido de Martyn hasta hacía seis meses, cuando la tos que llevaba años carcomiendo al viejo finalmente se lo llevó. Sorcha no había llorado cuando murió. No tenía derecho a llorar por un hombre que la había usado como herramienta durante años, por útil que hubiera sido esa herramienta. Pero había sentido algo parecido al miedo cuando Rabbie ocupó su lugar, cuando esos ojos hambrientos empezaron a mirarla de una forma nueva, evaluadora, como quien calcula cuánto tiempo puede esperar antes de cobrar una deuda pendiente.

La reunión duró menos de una hora. Cuando el Campbell se fue, Rabbie salió de la tienda con una sonrisa que Sorcha había

aprendido a temer: la sonrisa de quien acaba de cerrar un trato que va a costarle sangre a otros.

—Tenemos trabajo —anunció a los hombres reunidos—. Bandidos en las Highlands. Un asentamiento entero de ladrones que llevan años robando ganado Campbell. —La sonrisa se ensanchó—. Nos pagan por limpiarlo.

Murmullos entre los hombres. Las Highlands no eran territorio Elliot; adentrarse allí significaba días de viaje, terreno desconocido, riesgo de emboscada. Pero también significaba oro Campbell, y el oro compraba muchas cosas en la frontera.

—¿Cuántos? —preguntó Angus.

—Treinta, cuarenta. Familias enteras de carroñeros. —Rabbie escupió en el suelo—. Mujeres y críos también, si es necesario. El Campbell quiere el problema eliminado, no escondido.

Sorcha guardó el cuchillo en la funda. Algo le raspaba en la garganta, algo que podía ser intuición o podía ser paranoia. Los Campbell no contrataban mercenarios de frontera para limpiar bandidos comunes. Los Campbell tenían sus propios hombres para eso, y los usaban con entusiasmo.

Pero no dijo nada. Decir algo significaba llamar la atención de Rabbie, y la atención de Rabbie nunca era buena.

Partieron tres días después, veinte hombres y dos mujeres. La otra mujer era Mhairi, una viuda de treinta años que se había unido al clan después de que los Armstrong quemaran su granja con su marido dentro. Mhairi no hablaba mucho, pero sabía usar un arco, y en las incursiones nocturnas su puntería había salvado más de una vida Elliot.

El viaje hacia el norte duró cinco días. Cinco días de caminos embarrados, de dormir al raso envueltos en mantas húmedas, de comer carne salada y pan duro que había que remojar en cerveza para no romperse los dientes. Sorcha cabalgaba en silencio, observando el paisaje cambiar a medida que dejaban atrás las

colinas suaves de la frontera y entraban en el territorio más agreste de las Tierras Altas.

Había olvidado cómo eran. O quizás no había olvidado, sino que había enterrado el recuerdo tan profundo que ya no sabía cómo encontrarlo. Las montañas se alzaban a su alrededor como gigantes dormidos, cubiertas de brezo pardo y manchas de nieve que se resistían al deshielo. El viento olía diferente aquí: más limpio, más frío, con un filo que cortaba la piel y se metía en los pulmones. Era el aire de su infancia. El aire de antes.

No quería pensar en eso. No podía permitirse pensar en eso.

El asentamiento estaba en un valle estrecho, protegido por montañas en tres lados y un bosque denso en el cuarto. Càdh Hollow, lo llamaban los locales, aunque Sorcha no supo el nombre hasta después. Desde la cresta donde se apostaron para observar, parecía pequeño: una docena de casas de piedra y turba agrupadas alrededor de un claro, corrales para ovejas, un arroyo que serpenteaba entre las construcciones. Humo salía de algunas chimeneas. Había niños jugando junto al agua, sus gritos lejanos y agudos llegando hasta donde los Elliot esperaban.

Niños.

Sorcha apretó los dientes. Había aprendido a no mirar a los niños en las incursiones, a convertirlos en parte del paisaje, en obstáculos a evitar. Pero estos estaban lejos todavía, y su risa subía por la ladera como algo vivo, algo que no sabía que iba a morir.

—Atacamos de noche —dijo Rabbie—. Rodeamos el valle, cortamos las salidas. Nadie escapa. —Sus ojos encontraron a Sorcha—. Tú vigilas el paso norte. Si alguien intenta huir por ahí, lo detienes.

—¿Detenerlo cómo?

—¿Cómo crees? —Rabbie sonrió—. Si corre, no es inocente.

Esperaron hasta que el sol se puso detrás de las montañas y el valle se llenó de sombras. Sorcha encontró su posición en el paso norte,

un estrecho desfiladero entre dos paredes de roca que era la única salida en esa dirección. Se acomodó entre unas piedras cubiertas de musgo, el cuchillo en la mano, los ojos adaptándose a la oscuridad.

Desde aquí no veía el asentamiento, solo oía. Los sonidos normales de una noche en las Highlands: el viento entre las rocas, el ulular de un búho, el murmullo lejano del arroyo. Paz. Una paz engañosa que no duraría.

El primer grito llegó una hora después de la medianoche.

Agudo. Femenino. Cortado de golpe.

Sorcha cerró los ojos un momento. Solo un momento. Cuando los abrió, más gritos se habían unido al primero, un coro de terror que resonaba entre las paredes del valle como si las propias montañas estuvieran gritando. Luz de antorchas brillaba a lo lejos, reflejos naranjas que se movían entre las casas. El olor a humo empezó a llegar hasta ella, mezclado con algo más, algo que su cuerpo reconoció antes que su mente: el olor de la carne quemándose.

No eran bandidos.

Lo supo en ese momento con una certeza que le heló la sangre. Los bandidos no tenían niños que rieran junto a arroyos. Los bandidos no tenían mujeres que gritaran así, con ese sonido particular que Sorcha conocía demasiado bien, el sonido de alguien que sabe exactamente lo que le van a hacer y no puede evitarlo.

No eran bandidos. Eran gente. Gente normal viviendo escondida en un valle remoto, y los Campbell habían pagado para que los mataran.

¿Por qué?

La respuesta llegó antes de que pudiera formular la pregunta: porque podían. Porque alguien con poder había decidido que esta gente no merecía vivir, y había encontrado manos dispuestas a hacer el trabajo sucio.

Manos como las suyas.

Un movimiento en la oscuridad. Sorcha se tensó, el cuchillo alzándose por instinto. Algo venía hacia el paso, algo pequeño y rápido que tropezaba con las piedras, que respiraba con jadeos entrecortados de pánico.

Un niño.

Salió de entre las sombras como un fantasma, descalzo, con una camisa de dormir manchada de algo oscuro que podía ser barro o podía ser sangre. Tendría cinco años, quizás seis. El pelo oscuro le caía sobre los ojos, y esos ojos brillaban salvajes de terror cuando la vieron, cuando vieron el cuchillo en su mano y el tartán Elliot sobre sus hombros.

Se detuvo. Sorcha se detuvo. El mundo entero se detuvo.

—Por favor. —La voz del niño era un susurro roto—. Por favor, mi mamá... Están matando a todos... Por favor...

El acento. El acento de las Highlands, cantarín incluso en el terror, tan familiar que Sorcha sintió algo abrirse en su pecho, algo que llevaba años sellado.

—Por favor, ayúdame.

El niño tenía los ojos de Tomas. No iguales, pero cercanos. Ese mismo tono marrón, esa misma forma de mirar hacia arriba con esperanza y miedo mezclados.

Si corre, no es inocente, había dicho Rabbie.

El niño no corría. Estaba quieto frente a ella, temblando, esperando que lo matara o lo salvara, sin saber que esas eran las únicas opciones que existían en el mundo.

Sorcha bajó el cuchillo.

—El bosque. —Su voz sonó extraña a sus propios oídos, ronca de algo que no quiso nombrar—. Cruza el paso, sigue recto hasta los árboles, no mires atrás. ¿Entiendes?

El niño la miraba sin comprender.

—¡Corre! —El grito le salió más fuerte de lo que pretendía. Le dio un empujón, lo bastante brusco para que tropezara, lo bastante claro para que entendiera—. ¡Vete! ¡Ahora!

El niño corrió. Sus pies descalzos golpearon la piedra una, dos, tres veces, y luego desapareció en la oscuridad del otro lado del paso, tragado por la noche como si nunca hubiera existido.

Sorcha se quedó donde estaba. El cuchillo le pesaba en la mano como si fuera de plomo. Detrás de ella, en el valle, los gritos seguían. Menos ahora. Más débiles. El sonido de algo que terminaba.

No supo cuánto tiempo pasó. Una hora, quizás dos. El frío se le metió en los huesos y se quedó ahí, un entumecimiento que no era solo físico. Cuando finalmente las antorchas empezaron a moverse hacia el paso norte, cuando las voces de los Elliot llegaron hasta ella mezcladas con risas y el tintineo del botín, Sorcha estaba de pie exactamente donde la habían dejado, con la expresión de alguien que ha visto algo que no puede dejar de ver.

—¿Algún problema? —Rabbie se detuvo frente a ella, el rostro manchado de hollín y algo más oscuro—. ¿Intentó huir alguien?

Sorcha lo miró. Pensó en el niño corriendo hacia el bosque. Pensó en los ojos de Tomas.

—No. Nadie.

Rabbie asintió, satisfecho, y siguió adelante con los demás. Sorcha los siguió porque no tenía otra opción, porque quedarse en el paso significaba preguntas que no quería responder. Caminó con el grupo de vuelta hacia el valle, hacia lo que quedaba del asentamiento.

El olor fue lo primero. Carne quemada, sangre fresca, el tufo agrio del miedo que impregna la ropa y la piel y no sale nunca. Sorcha respiró por la boca, un truco viejo, pero no sirvió de nada. El olor se metía igual, se pegaba a la lengua, al paladar, a ese lugar de la memoria donde viven las cosas que no quieres recordar.

Las casas ardían. No todas, solo algunas, las que habían prendido fácil o las que alguien había incendiado por diversión. Los cuerpos estaban esparcidos por el claro central, amontonados sin orden ni concierto: hombres que habían intentado luchar, mujeres que habían intentado huir, niños que no habían intentado nada porque no habían tenido tiempo de entender lo que pasaba.

Veintitrés. Sorcha los contó sin querer, el cerebro registrando números aunque ella le ordenaba que parara. Veintitrés cuerpos. Veintitrés personas que esa mañana habían despertado sin saber que era su último amanecer.

Y entonces lo vio.

El cadáver de una mujer, tirado junto a lo que había sido la entrada de una casa. Tendría treinta años, quizás menos. Era difícil saberlo con la sangre que le cubría la cara, con los ojos abiertos y vacíos que miraban hacia el cielo sin estrellas.

Pero el pelo. El pelo era lo que hizo que Sorcha se detuviera, que sus piernas dejaran de moverse, que el aire se le atascara en la garganta como si alguien le hubiera puesto las manos alrededor del cuello.

Rojo. Rojo como el fuego. Rojo como el suyo.

Era como mirarse en un espejo deformado. La mujer era mayor, claro, y sus rasgos eran diferentes, pero ese pelo, ese maldito pelo que había sido su sentencia de muerte hacía ocho años, el pelo MacGregor que ningún tinte podía disimular del todo...

MacGregor.

La palabra explotó en su cabeza como un trueno.

No eran bandidos. Eran MacGregors. MacGregors escondidos en un valle remoto de las Highlands, viviendo bajo nombres falsos, intentando sobrevivir a una proscripción que llevaba ocho años cazándolos como animales. Su gente. Su sangre. Los fantasmas del

clan que ella había dejado de ser la noche que se convirtió en Sorcha.

Y ella había ayudado a matarlos.

Las piernas le fallaron. Cayó de rodillas en el barro, junto al cadáver de la mujer pelirroja, y el contenido de su estómago salió antes de que pudiera detenerlo. Vomitó hasta que no quedó nada, y luego siguió con arcadas secas que le sacudían el cuerpo como espasmos, como sollozos sin lágrimas.

—Joder, Sorcha. —La voz de Angus, desde algún lugar a su espalda —. ¿Qué coño te pasa?

No podía responder. No podía hablar. Solo podía mirar el pelo rojo de la mujer muerta y pensar que podría haber sido ella, que debería haber sido ella, que en algún universo paralelo era ella la que yacía ahí con los ojos vacíos mientras otra versión de sí misma pasaba de largo sin mirar.

—Déjala. —La voz de Rabbie, más cercana—. La muy blanda no aguanta ver sangre.

Risas. Alguien la agarró del brazo y la levantó sin ceremonias. Mhairi. La arquera la sostuvo hasta que las piernas volvieron a funcionar, hasta que pudo caminar por su propio pie aunque el mundo seguía dando vueltas, aunque cada paso la alejaba del cadáver de la mujer pero no del conocimiento de lo que había hecho.

—¿Estás bien? —susurró Mhairi.

Sorcha no respondió. No había respuesta para esa pregunta. No había palabras para explicar que acababa de descubrir que era peor de lo que pensaba, que había cruzado una línea que ni siquiera sabía que existía.

El camino de vuelta duró los mismos cinco días, pero Sorcha no recordaría ninguno de ellos después. Cabalgaba en silencio, comía cuando le ponían comida delante, dormía cuando el cuerpo ya no

podía más. Pero todo sucedía a través de una niebla espesa, como si estuviera mirando su propia vida desde muy lejos, como si la persona que hacía todas esas cosas fuera otra y ella solo una observadora atrapada dentro de un cuerpo que ya no le pertenecía.

Pensaba en el niño. En si habría llegado al bosque. En si estaría vivo todavía o si el frío de la noche lo habría matado antes del amanecer. No lo sabía. Nunca lo sabría. Y esa incertidumbre era casi peor que la certeza, porque le permitía imaginar las dos posibilidades: el niño a salvo, creciendo en algún lugar lejano, olvidando la noche en que su familia murió. O el niño muerto de frío en algún rincón del bosque, solo, llamando a una madre que ya no podía oírlo.

Pensaba en la mujer pelirroja. En cómo se habría llamado. En si tenía hijos, en si había tenido tiempo de esconderlos antes de que la encontraran. En si había gritado mientras moría o si había muerto en silencio, como su propia madre, con la dignidad que le quedaba intacta aunque le arrancaran todo lo demás.

Pensaba en su madre. Por primera vez en años, pensaba en ella sin querer, sin poder evitarlo. La cara de Fenella MacGregor emergía de la oscuridad cada vez que cerraba los ojos: la sonrisa que tenía cuando amasaba pan, la forma en que cantaba mientras cosía, la expresión de su rostro la última vez que la vio, deformada por la marca que le habían grabado a fuego.

Sobrevive, Aileen. Es lo único que te pido.

Había sobrevivido. Había hecho exactamente lo que su madre le pidió. Y en el proceso se había convertido en algo que su madre no habría reconocido, algo que participaba en la matanza de su propia gente mientras vigilaba un paso para asegurarse de que nadie escapara.

Esa noche, la primera noche de vuelta en el campamento Elliot, Sorcha se tumbó en su jergón y esperó el sueño con su madre. El sueño que había tenido cientos de veces desde aquella noche de febrero, el sueño donde Fenella la miraba desde el otro lado de un fuego que nunca dejaba de arder.

El sueño no vino.

Durmió sin soñar, un vacío negro y total del que emergió al amanecer sintiéndose más cansada que cuando se acostó. Y la noche siguiente fue igual. Y la siguiente. Los sueños con su madre habían desaparecido como si nunca hubieran existido, como si Fenella MacGregor finalmente hubiera encontrado la paz o finalmente hubiera dejado de buscarla en una hija que ya no merecía ser encontrada.

Sorcha decidió que era una bendición. Que su madre había dejado de visitarla porque ya no la necesitaba, porque sabía que su hija estaba a salvo, porque el perdón finalmente había llegado después de tantos años.

Era mentira, claro. Las mentiras que nos contamos para seguir respirando, para levantarnos cada mañana, para no abrir las venas en la oscuridad de la noche cuando nadie nos ve. Pero las mentiras tenían su utilidad, y Sorcha había aprendido a usarlas como usaba el cuchillo: con precisión, sin sentimiento, solo cuando era necesario.

La verdad era otra. La verdad era que algo se había roto en Càdh Hollow, algo que no tenía nombre pero que había estado sosteniéndola todos estos años sin que ella lo supiera. La conexión con quien había sido. El hilo invisible que la unía a Aileen MacGregor, la niña de nueve años que había prometido sobrevivir.

Esa niña estaba muerta ahora. Había muerto en un valle de las Highlands, junto a veintitrés personas cuyos nombres nunca sabría, ahogada en la misma sangre que ella misma había ayudado a derramar.

Lo que quedaba era Sorcha. Solo Sorcha. Una reiver de la frontera sin pasado y sin futuro, sin nada más que el cuchillo en la bota y el frío en el pecho donde antes había habido algo que casi podía haber sido esperanza.

Los días pasaron. Las semanas. El mundo siguió girando porque al mundo no le importaba lo que ella hubiera hecho, no le importaba

cuántos MacGregors murieran en valles olvidados ni cuántas niñas de nueve años dejaran de existir para convertirse en monstruos.

Sorcha seguía adelante. Era lo único que sabía hacer.

Pero por las noches, cuando el campamento dormía y ella se quedaba mirando el techo de su tienda con los ojos secos y el corazón vacío, pensaba en el niño. En el niño que había dejado escapar, el único acto de humanidad en toda esa noche de horror.

¿Estaría vivo? ¿Habría encontrado a alguien que lo cuidara? ¿Recordaría la mujer del pelo rojo que le dijo que corriera, o se habría convertido en una sombra más de una pesadilla que prefería olvidar?

No lo sabía. Nunca lo sabría.

Pero seguía preguntándose. Era lo único que le quedaba: una pregunta sin respuesta, flotando en la oscuridad como un fantasma que se negaba a morir.

El niño con los ojos de Tomas.

La única prueba de que Aileen MacGregor había existido alguna vez.

CAPÍTULO 5

La Mujer que Sobrevivió

Campamento Elliot — Otoño de 1613

⁂

Diez años.

Sorcha contó los años mientras afilaba el cuchillo, el sonido del metal contra la piedra un ritmo tan familiar como el latido de su propio corazón. Diez años desde que una niña de nueve había llegado al campamento Elliot con sangre en la ropa y silencio en la boca. Diez años desde que Aileen MacGregor había muerto para que Sorcha pudiera vivir.

El cuchillo brillaba a la luz del amanecer, el filo tan afilado que podía cortar un pelo en el aire. Era el mismo cuchillo que Betha le había dado hacía ocho años, el mango de asta pulido por el uso hasta volverse suave como seda. Lo había usado más veces de las que quería contar. Siempre funcionaba.

A sus diecinueve años, Sorcha era una de las mejores reivers del clan Elliot. No la más fuerte — eso nunca — pero sí la más silenciosa, la más rápida, la que podía meterse por ventanas estrechas y abrir cerrojos desde dentro mientras los hombres esperaban afuera. La que nunca vacilaba cuando había que usar el cuchillo. La que volvía de cada incursión con sangre en las manos y ninguna expresión en la cara.

Los hombres la respetaban, a su manera. Algunos la temían. Ninguno la tocaba, no después de lo que le había hecho a Tam cuando tenía diez años, no después de lo que le había hecho al último idiota que pensó que una mujer sola en el establo significaba

una invitación. Ese hombre todavía cojeaba cuando llovía, y Sorcha todavía sonreía por dentro cada vez que lo veía renquear.

Pero el respeto no era protección. Nunca lo había sido.

El sonido de la tos llegó desde la tienda de Rabbie, ese sonido húmedo y profundo que se había convertido en la banda sonora del campamento en los últimos meses. No era Rabbie quien tosía — Rabbie estaba sano como un caballo, fuerte como un toro, cruel como solo los sanos y fuertes podían permitirse ser. Era el viejo Martyn, el padre, el jefe que llevaba dos años muriendo lentamente mientras su hijo mayor esperaba con la paciencia de un buitre.

Sorcha guardó el cuchillo y se levantó. El campamento despertaba a su alrededor con los sonidos de siempre: fuegos que se avivaban, voces soñolientas, el mugido de las vacas en el corral improvisado. Olía a humo de turba y a pan cociéndose y a esa mezcla de sudor y cuero y estiércol que ya ni siquiera notaba después de tantos años.

Casa. Esto era lo más parecido a un hogar que tendría nunca.

Odiaba que eso fuera verdad.

—Sorcha.

La voz vino de atrás, y Sorcha se tensó antes de reconocerla. Dougal. Solo Dougal, con su forma de caminar que siempre sonaba a disculpa, como si pidiera perdón por ocupar espacio en el mundo.

Se volvió. El hijo menor de Martyn había crecido en los últimos años, los hombros ensanchándose aunque nunca llegaría a tener la corpulencia de su hermano, la barba llenándose en un intento de parecer mayor de sus diecinueve años. Pero los ojos seguían siendo los mismos: demasiado amables, demasiado blandos para este mundo de cuchillos y sangre.

—¿Qué pasa?

—Mi padre quiere verte.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en agua quieta. Martyn no mandaba llamar a nadie a menos que fuera importante. Y

últimamente, todo lo que era importante tenía que ver con la muerte.

—¿Está peor?

Dougal no respondió. No hacía falta.

La tienda de Martyn olía a enfermedad: sudor viejo, hierbas medicinales que ya no servían de nada, y debajo de todo ese olor dulzón y pesado que Sorcha había aprendido a reconocer como el olor de la carne que empieza a pudrirse antes de morir. El viejo estaba recostado en su jergón, tan delgado que los huesos se le marcaban bajo la piel como las ramas de un árbol en invierno. La barba que había sido gris ahora era blanca, y la respiración le salía con un silbido húmedo que prometía sangre.

—Cierra la entrada —dijo Martyn. La voz era un susurro, pero los ojos seguían siendo los mismos: pequeños, astutos, viendo más de lo que debían.

Sorcha obedeció. Se quedó de pie frente al jergón, esperando, porque Martyn era de los que hablaban cuando estaban listos y no antes.

—¿Cuántos años llevas con nosotros?

—Diez.

—Diez años. —Una tos sacudió el cuerpo del viejo, doblándolo sobre sí mismo. Cuando se recuperó, había sangre en sus labios—. Llegaste siendo una cría salvaje que mordía. Ahora eres... —Otra tos —. Ahora eres la mejor que tengo.

Sorcha no dijo nada. Los cumplidos de Martyn siempre venían con un precio.

—Me estoy muriendo.

—Lo sé.

—¿Sabes lo que pasará cuando muera?

También lo sabía. Rabbie tomaría el mando, porque era el mayor, porque era fuerte, porque nadie en el campamento tenía los cojones para desafiarlo. Y cuando Rabbie tomara el mando, las cosas que el viejo Martyn había mantenido a raya durante años finalmente quedarían sueltas.

—Rabbie te odia —dijo Martyn, como si leyera sus pensamientos—. Siempre te ha odiado. Eres demasiado buena, demasiado útil, y eso lo enfurece porque él no es ninguna de las dos cosas.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no estaré aquí para protegerte. —Los ojos del viejo se clavaron en los suyos, y por un momento Sorcha vio al hombre que había sido, el jefe que había construido el clan Elliot con astucia y crueldad y una inteligencia que sus hijos no habían heredado—. Dougal no tiene fuerza para enfrentarse a su hermano. Y tú... tú tienes demasiada fuerza. Rabbie lo sabe. Lo ha sabido desde que le mordiste la mano a Wull.

—¿Qué quieres que haga?

Martyn tardó en responder. La respiración le silbaba, cada inhalación un esfuerzo visible.

—Quiero que sobrevivas. Es lo que siempre has hecho, ¿no? Sobrevivir. —Una pausa—. Pero quiero que sepas algo antes de irme. Algo que quizás te sea útil.

Sorcha esperó.

—Los Campbell han puesto precio a tu cabeza.

El frío se le metió en los huesos. No era posible. Había sido tan cuidadosa todos estos años, nunca usando su nombre real, nunca dejando que nadie supiera que la bastarda pelirroja de los Elliot era en realidad heredera de sangre MacGregor.

—¿Cómo...?

—No lo saben con certeza. Pero sospechan. Hay rumores de una mujer MacGregor viviendo con los reivers de la frontera. Una mujer

con el pelo del color equivocado. —Martyn sonrió, y la sonrisa estaba manchada de sangre—. Yo he mantenido esos rumores a raya durante años. He mentido, he sobornado, he amenazado. Pero cuando muera...

—Rabbie me venderá.

—Rabbie te venderá antes de que mi cuerpo esté frío. El precio es bueno: cien libras por la última hija de Gregor MacGregor entregada viva a los Campbell. —Otra tos, más sangre—. Viva, ¿entiendes? Te quieren viva. Para hacer un ejemplo.

Sorcha sabía lo que significaba un ejemplo Campbell. Lo había visto en los cuerpos mutilados que colgaban de los árboles en territorio enemigo, en las historias que se contaban en voz baja junto a los fuegos, en la marca que su madre había llevado en la cara hasta el día de su muerte.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Días. Quizás una semana. —Martyn cerró los ojos—. Te he dado diez años, Sorcha. Es más de lo que la mayoría consigue. Ahora te toca a ti decidir qué haces con lo que te queda.

Salió de la tienda con el sabor del miedo en la boca, ese sabor metálico que no había sentido en años. El campamento seguía igual que antes: los fuegos, las voces, el mugido del ganado. Pero todo parecía diferente ahora, más nítido, más peligroso. Cada hombre que la miraba podía ser el que la entregara. Cada sombra podía esconder a alguien esperando el momento de cobrar la recompensa.

—¿Qué te ha dicho?

Dougal la esperaba fuera, los brazos cruzados sobre el pecho, la expresión de quien sabe que las noticias son malas pero necesita oírlas de todos modos.

—Que tu hermano va a matarme cuando vuestro padre muera.

Dougal palideció.

—No dejaré...

—¿No dejarás qué? —Sorcha se volvió hacia él, y la rabia le salió antes de poder contenerla—. ¿No dejarás que tu hermano me venda a los Campbell como ganado? ¿No dejarás que me marquen y me cuelguen de un árbol como a mi madre? ¿Cómo piensas impedirlo exactamente, Dougal? ¿Con tu buena voluntad?

El golpe fue bajo y lo supo en cuanto las palabras salieron de su boca. Dougal no tenía la culpa de ser quien era: el segundo hijo, el blando, el que había nacido en el cuerpo equivocado para el mundo equivocado. Pero la rabia necesitaba salir por algún sitio, y él era el único que estaba cerca.

—Lo siento —dijo, y la disculpa le supo amarga—. No es tu culpa.

—Sí que lo es. —La voz de Dougal era baja, derrotada—. Debería ser más fuerte. Debería poder protegerte. Pero no puedo ni protegerme a mí mismo.

Se quedaron en silencio un momento, los dos mirando hacia la tienda donde Martyn seguía muriendo con cada respiración. El viento soplaba entre las tiendas, trayendo el olor del bosque cercano: pino, tierra húmeda, la promesa de lluvia.

—Tienes que irte —dijo Dougal finalmente—. Antes de que mi padre muera. Antes de que Rabbie pueda...

—¿Irme adónde? —Sorcha rio, y el sonido no tenía nada de humor —. No tengo ningún sitio al que ir. No tengo familia, no tengo clan, no tengo nada más que este cuchillo y la ropa que llevo puesta. ¿Adónde se supone que voy a ir?

—Los MacGregor...

—Los MacGregor están muertos. —Las palabras le salieron duras, definitivas—. Todos muertos o escondidos en agujeros tan profundos que nadie puede encontrarlos. No hay clan MacGregor. No hay familia MacGregor. Solo hay fantasmas, y yo no creo en fantasmas.

Dougal la miró con esa expresión que ella había aprendido a odiar: compasión. Compasión y algo más, algo que se parecía demasiado a

la lástima para soportarlo.

—Entonces quédate —dijo él—. Quédate y yo... yo haré lo que pueda. Hablaré con mi hermano. Le convenceré de que...

—Tu hermano no escucha a nadie que no tenga un cuchillo en la mano. Y tú no tienes el estómago para usar uno. —Sorcha se frotó la cara con las manos, el agotamiento cayendo sobre ella como una manta mojada—. Déjame pensar. Necesito tiempo para pensar.

Se alejó antes de que Dougal pudiera responder. Cruzó el campamento con pasos largos, ignorando las miradas, ignorando los saludos, ignorando todo excepto el latido de su propio corazón y el peso del cuchillo en la bota. Llegó hasta el borde del asentamiento, donde los árboles empezaban a crecer y el ruido del campamento se volvía lejano, amortiguado.

Se sentó en una roca cubierta de musgo y miró hacia el bosque. El sol de otoño se filtraba entre las ramas, proyectando sombras moteadas sobre el suelo cubierto de hojas. Olía a tierra mojada, a descomposición, a ese olor particular del final de año que siempre le recordaba a la muerte.

Diez años. Había sobrevivido diez años viviendo una mentira, siendo alguien que no era, haciendo cosas que la niña de nueve años nunca habría imaginado. Había matado. Había robado. Había participado en masacres que todavía la visitaban en los sueños que prefería no recordar. Todo por sobrevivir. Todo para cumplir la promesa que le había hecho a una madre que ardió en su propia casa.

¿Y para qué? ¿Para terminar entregada a los Campbell como un cerdo en el mercado? ¿Para morir de la misma manera que habían muerto todos los demás, con una marca en la cara y una soga al cuello?

El cuchillo estaba en su mano antes de que se diera cuenta de haberlo sacado. Lo miró brillar a la luz del sol, el filo tan familiar como sus propios dedos. Podía terminar con todo ahora mismo. Un corte, rápido y limpio. Los Campbell no tendrían su victoria. Rabbie

no cobraría su recompensa. Aileen MacGregor moriría como había vivido: en sus propios términos.

El pensamiento la horrorizó. Y la tranquilizó al mismo tiempo.

Guardó el cuchillo.

No iba a morir. No así. No después de todo lo que había hecho para seguir respirando. Si Rabbie quería venderla, tendría que atraparla primero. Y atrapar a Sorcha no era tan fácil como parecía.

Se levantó de la roca. El sol se había movido mientras pensaba, las sombras alargándose hacia el este. Pronto sería de noche. Pronto tendría que volver al campamento, dormir con un ojo abierto, esperar el momento en que Martyn finalmente dejara de respirar y todo cambiara.

O podía actuar primero.

La idea tomó forma en su mente como una serpiente desenrollándose: silenciosa, fría, peligrosa. No tenía que esperar a que Rabbie la vendiera. Podía irse ahora, esta noche, mientras Martyn todavía vivía y su autoridad todavía significaba algo. Podía desaparecer en el bosque y no mirar atrás.

¿Y luego qué? ¿Vivir sola en el bosque como un animal? ¿Unirse a otro clan de reivers que la usarían igual que los Elliot? ¿Buscar a los MacGregors que quedaran, si es que quedaba alguno, y suplicarles que la aceptaran?

No había opciones buenas. Solo opciones menos malas.

El ruido de pasos la alertó antes de ver quién venía. Pasos pesados, seguros, el tipo de pasos de alguien que no necesita ser silencioso porque no tiene miedo de nada. Sorcha ya tenía el cuchillo en la mano cuando Rabbie emergió de entre los árboles.

—Aquí estás. —La sonrisa de Rabbie era la de un gato que ha encontrado un ratón atrapado—. Te estaba buscando.

—Ya me has encontrado. —Sorcha no bajó el cuchillo. No le dio la espalda—. ¿Qué quieres?

—Solo hablar. —Rabbie se acercó un paso. Otro. Se movía despacio, como un depredador que sabe que su presa no tiene adónde huir—. Mi padre se está muriendo. Lo sabes, ¿verdad?

—Todo el mundo lo sabe.

—Entonces sabes que las cosas van a cambiar. —Se detuvo a tres metros de ella, lo bastante cerca para que Sorcha pudiera oler el sudor y el cuero y algo más, algo que su cuerpo reconoció como peligro antes de que su mente lo nombrara—. Mi padre te ha protegido durante años. Te ha dejado hacer lo que querías, ir donde querías, ser lo que querías. Pero mi padre no va a estar siempre.

—¿Y tú has venido a explicarme cómo van a ser las cosas bajo tu mando?

—He venido a darte una oportunidad. —La sonrisa se ensanchó—. Una oportunidad que no te mereces, pero que te ofrezco de todos modos. Porque soy generoso.

Sorcha no respondió. Sabía lo que venía. Lo había sabido desde hacía años, desde la primera vez que Rabbie la había mirado con esos ojos hambrientos y ella había entendido exactamente lo que quería.

—Puedes ser mía. —Rabbie dijo las palabras como si le estuviera haciendo un favor, como si le ofreciera un regalo en lugar de una condena—. No como esclava. Como mujer. Mi mujer. Te protegeré, te vestiré, te daré un lugar a mi lado. Solo tienes que...

—¿Solo tengo que abrir las piernas cuando tú quieras?

El golpe vino rápido, pero Sorcha lo esperaba. Se echó hacia atrás, la mano de Rabbie pasándole rozando la mejilla, y levantó el cuchillo entre ellos.

—No me toques.

—¿O qué? —Rabbie no parecía asustado. Parecía divertido. Parecía excitado—. ¿Vas a matarme? ¿Aquí, ahora, cuando mi padre todavía respira? ¿Crees que saldrías viva del campamento?

Tenía razón. Maldita sea, tenía razón. Si lo mataba ahora, los hombres de Rabbie la despedazarían antes del anochecer. La autoridad de Martyn no la protegería de eso.

Bajó el cuchillo. Un centímetro. Dos.

—Bien. —Rabbie asintió, satisfecho—. Estás aprendiendo. —Dio un paso atrás, las manos alzadas en un gesto de falsa paz—. Tienes hasta que mi padre muera para pensarlo. Después... después ya no tendrás opción.

Se fue como había llegado, sin prisas, sin mirar atrás. El ruido de sus pasos se perdió entre los árboles, y luego solo quedó el silencio del bosque y el latido del corazón de Sorcha, tan fuerte que podía oírlo en sus propios oídos.

Se dejó caer contra un árbol. Las piernas le temblaban. Las manos le temblaban. Todo su cuerpo temblaba con una mezcla de rabia y miedo y algo más, algo que se parecía demasiado a la desesperación para admitirlo.

No había opciones buenas. Solo opciones menos malas.

Y el tiempo se estaba acabando.

Esa noche no durmió. Se quedó en su tienda con los ojos abiertos, el cuchillo en la mano, escuchando cada sonido del campamento: las respiraciones de las otras mujeres, el crujir de la madera, el viento que hacía vibrar el cuero de las paredes. Cada ruido podía ser alguien viniendo a buscarla. Cada sombra podía esconder a un hombre con órdenes de Rabbie.

Pero nadie vino. La noche pasó lenta y silenciosa, y cuando el amanecer empezó a teñir el cielo de gris, Sorcha seguía viva, seguía respirando, seguía pensando en qué coño iba a hacer.

La respuesta llegó con el sol.

No como una decisión, sino como una certeza: no iba a quedarse a esperar que Rabbie la reclamara. No iba a convertirse en su mujer, ni en su esclava, ni en su mercancía para vender a los Campbell. Iba a

irse. Esa noche, o la siguiente, o en cuanto tuviera una oportunidad. Iba a desaparecer en el bosque y a buscar... algo. Lo que fuera. Cualquier cosa era mejor que esto.

Se levantó. Se lavó la cara con el agua fría de un cuenco. Se trenzó el pelo con dedos que ya no temblaban. Y salió de la tienda hacia el nuevo día con una decisión tomada y un cuchillo en la bota.

Iba a sobrevivir. Era lo único que sabía hacer.

Lo que no sabía era que esa misma mañana, un hombre a caballo estaba cruzando la frontera hacia territorio Elliot. Un hombre con el pelo negro y ojos del color del acero, con una cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda y un nombre que había aprendido a no pronunciar en voz alta.

Un hombre que buscaba a una niña pelirroja que había desaparecido hacía diez años.

Un hombre llamado Cormac MacGregor.

CAPÍTULO 6

El Cuervo

Campamento Elliot — Tres días después

⁂

El extraño llegó al mediodía, cuando el sol atravesaba las nubes lo suficiente para calentar el barro del campamento y levantar ese tufo particular de estiércol y cuero mojado que Sorcha había dejado de notar hacía años.

Lo vio desde el corral de caballos, donde estaba cepillando a la yegua negra que usaba para las incursiones. Un jinete solitario, sin bandera ni escolta, montando un semental gris que valía más que todo el ganado del campamento junto. Eso ya era extraño. Nadie con un caballo así entraba solo en territorio Elliot, no a menos que estuviera loco o tuviera ganas de morir.

El hombre desmontó frente a la tienda de Rabbie con la soltura de alguien acostumbrado a que lo miren. Alto, más alto que la mayoría de los Elliot, con el pelo negro hasta los hombros y la piel curtida de quien ha pasado años a la intemperie. Vestía cuero oscuro y lana teñida de negro, sin tartán visible, sin insignia de clan. El anonimato deliberado de quien no quiere ser identificado.

Sorcha siguió cepillando la yegua, pero sus ojos no se apartaron del extraño. Había algo en la forma en que se movía — controlado, cada gesto medido — que le recordaba a los hombres que había aprendido a evitar. Los peligrosos de verdad. Los que no necesitaban fanfarronear porque sabían exactamente lo que podían hacer.

Rabbie salió de su tienda con esa expresión de propietario ofendido que usaba cada vez que alguien se atrevía a aparecer sin invitación.

Palabras fueron intercambiadas, demasiado lejos para que Sorcha las oyera. El extraño sacó algo de su bolsa — monedas, a juzgar por el brillo — y la cara de Rabbie cambió. El desprecio se convirtió en cálculo. El cálculo en interés.

Mal asunto. Cuando Rabbie se interesaba en algo, normalmente significaba que alguien iba a salir perjudicado.

—¿Quién es?

Dougal había aparecido a su lado sin que lo oyera acercarse. Estaba cada vez mejor en eso, en moverse sin hacer ruido, aunque nunca lo admitiría porque significaba reconocer que estaba aprendiendo las habilidades de un hombre que no quería ser.

—No lo sé. —Sorcha dejó el cepillo sobre la cerca—. Pero tu hermano está contento de verlo, así que apuesto a que no es nada bueno.

—Lleva tres días preguntando por ti.

Sorcha se volvió tan rápido que la yegua resopló de sorpresa.

—¿Qué?

—Rabbie. —Dougal bajó la voz, mirando hacia la tienda donde su hermano seguía hablando con el extraño—. Desde que mi padre le dijo lo de la recompensa, ha estado preguntando por ahí. Cuánto vales. Quién pagaría más. —Tragó saliva—. Creo que ha encontrado comprador.

El frío se le metió en las tripas. Tres días. Llevaba tres días pensando en huir, planeando rutas, acumulando provisiones que pudiera llevarse sin que nadie lo notara. Tres días de moverse con cuidado, de dormir con el cuchillo en la mano, de esperar el momento adecuado. Y mientras tanto, Rabbie ya estaba cerrando el trato.

—¿Campbell?

—No lo sé. No viste como ellos. —Dougal negó con la cabeza—. Pero tiene dinero. Mucho dinero.

Sorcha miró al extraño de nuevo. Estaba de perfil ahora, y pudo ver la cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda, un trazo blanco sobre la piel morena que le daba un aspecto todavía más duro. No parecía un Campbell. Los Campbell eran todos rubios, pálidos, con esa arrogancia de quien cree que Dios lo ha puesto en el mundo para pisotear a los demás.

Este hombre parecía otra cosa. Parecía alguien que había aprendido a sobrevivir de la misma forma que ella: sangre, silencio, y nada que perder.

—Tengo que irme. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensarlas—. Esta noche. Ahora.

—Sorcha...

—No. —Lo cortó con un gesto—. No me digas que espere. No me digas que vas a hablar con tu hermano. Mira. —Señaló hacia la tienda—. Sea quien sea ese hombre, Rabbie le está vendiendo algo. Y los dos sabemos qué es.

Dougal abrió la boca para responder, pero en ese momento Rabbie alzó la voz, lo bastante fuerte para que todo el campamento lo oyera:

—¡Sorcha! Ven aquí.

Mierda.

La mano de Sorcha encontró el cuchillo en su bota por instinto. Lo tocó, lo sintió ahí, frío y familiar, y luego lo soltó. Si echaba a correr ahora, los hombres de Rabbie la alcanzarían antes de llegar al bosque. Si sacaba el cuchillo, estaría muerta en cuestión de minutos. No había opciones buenas. Solo opciones menos malas.

Caminó hacia la tienda de Rabbie con pasos lentos, medidos, sin mostrar el terror que le apretaba el pecho. El extraño la observaba acercarse, y Sorcha sintió el peso de su mirada como algo físico, como manos que la tanteaban buscando debilidades.

De cerca, el hombre era todavía más imponente. Los ojos eran grises, del color del acero, y la fijaron con una intensidad que la hizo querer retroceder. No lo hizo. Había aprendido hacía mucho que retroceder era invitar a que te persiguieran.

—Este es el hombre del que te hablé —dijo Rabbie, y había algo en su voz que Sorcha reconoció como satisfacción—. La mejor exploradora que tenemos. Puede meterse por cualquier ventana, abrir cualquier cerrojo. —Sonrió—. Y otras habilidades también.

Sorcha mantuvo la cara inmóvil aunque el asco le trepaba por la garganta. Así que no la estaba vendiendo a los Campbell. La estaba vendiendo a un desconocido, como ganado, como puta, como lo que fuera que este hombre estuviera dispuesto a pagar.

El extraño la miró. La miró de verdad, no de esa forma que los hombres solían usar, la que calculaba curvas y evaluaba resistencia. La miró como si buscara algo específico, algo que solo él sabía qué era.

—El pelo —dijo, y su voz era más grave de lo que Sorcha esperaba, con un acento que no pudo ubicar—. ¿Es natural?

La pregunta la pilló desprevenida. De todas las cosas que podía haber dicho, de todos los comentarios sobre su cuerpo o su valor, esa era la última que habría imaginado.

—Sí.

—¿De familia?

—No tengo familia.

Algo cambió en los ojos del hombre. Un destello, rápido como un relámpago, que podría haber sido reconocimiento o podría haber sido decepción. Sorcha no supo interpretarlo.

—Todos tenemos familia —dijo él—. Aunque estén muertos.

—La mía lo está. ¿Satisfecho?

Rabbie intervino antes de que el extraño pudiera responder:

—Tiene carácter, ya lo ves. Pero es obediente cuando hace falta. —Le puso una mano en el hombro a Sorcha, y ella tuvo que contenerse para no apartarse de un golpe—. ¿Tenemos trato?

El extraño no respondió inmediatamente. Seguía mirando a Sorcha, esa mirada gris que parecía ver más allá de la superficie, más allá de la máscara que ella llevaba años perfeccionando.

—¿Cómo te llamas?

—Sorcha.

—¿Solo Sorcha? ¿Sin apellido?

—Los Elliot me recogieron. No necesito otro nombre.

La mano de Rabbie apretó su hombro con fuerza de advertencia. Sorcha no se inmutó.

—Tenemos trato —dijo el extraño finalmente, pero no miraba a Rabbie cuando lo dijo. La miraba a ella—. Treinta libras ahora. Treinta cuando me la entregues mañana al amanecer.

Sesenta libras. Menos de lo que los Campbell ofrecían, pero dinero en mano, sin preguntas, sin esperar. Rabbie aceptó con una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Hecho.

Sorcha debería haber sentido algo. Rabia, quizás. Terror. Desesperación. Pero lo único que sentía era un vacío frío, como si toda la emoción se hubiera vaciado de su cuerpo y solo quedara el cálculo. Mañana al amanecer. Tenía hasta mañana al amanecer para encontrar una forma de escapar.

O para matar a todos los que se interpusieran en su camino.

—¿Dónde dormirás? —preguntó Rabbie al extraño—. Tenemos tiendas de sobra. Mi hospitalidad es...

—Prefiero acampar fuera. —El extraño ya estaba volviendo hacia su caballo—. En el bosque. Volveré al amanecer.

No esperó respuesta. Montó el semental gris con la misma facilidad con que había desmontado y se alejó del campamento sin mirar atrás. Sorcha lo observó desaparecer entre los árboles, el único hombre que había visto rechazar la hospitalidad de un jefe de clan. O era muy estúpido, o sabía algo que ella no sabía.

—Bueno. —Rabbie se volvió hacia ella, y la sonrisa ya no era calculadora. Era triunfante—. Parece que mañana es tu último día aquí, bastarda.

—Parece que sí.

—No intentes huir. —Rabbie bajó la voz, acercándose lo suficiente para que solo ella lo oyera—. Tengo hombres vigilando todas las salidas. Si te escapas antes del amanecer, te encontraré. Y cuando te encuentre, lo que te haga será mucho peor que cualquier cosa que ese extraño tenga planeada.

Sorcha no respondió. Se limitó a sostenerle la mirada hasta que él apartó los ojos, incómodo con algo que vio en los de ella. Luego se dio la vuelta y caminó hacia su tienda, cada paso lento y deliberado, sin prisa, sin miedo visible.

El miedo estaba ahí, por supuesto. Rugía en su pecho como un animal enjaulado. Pero había aprendido hacía mucho a no dejar que se notara. El miedo visible era una invitación. El miedo oculto era un arma.

Dougal la alcanzó a mitad de camino, el rostro pálido.

—He oído todo. Sorcha, tienes que...

—¿Irme? —Se detuvo, mirándolo con cansancio—. ¿A dónde, Dougal? Tu hermano tiene guardias en todas las salidas. Aunque consiguiera pasar, me encontraría antes del amanecer. Ya oíste lo que dijo.

—Entonces lucha. Yo te ayudaré. Podemos...

—¿Podemos qué? ¿Matar a tu hermano? ¿A todos sus hombres? —Sorcha negó con la cabeza—. Somos dos, Dougal. Ellos son treinta.

Las cuentas no salen.

—Tiene que haber algo...

—Lo hay. —Sorcha lo miró, y algo en su expresión hizo que Dougal retrocediera un paso—. Siempre hay algo. Solo tengo que encontrarlo.

Se metió en su tienda antes de que él pudiera responder. Adentro estaba oscuro, el aire denso de humo viejo y olor a lana. Se sentó en su jergón y se quedó muy quieta, escuchando su propia respiración, dejando que el cerebro trabajara.

El extraño. Todo dependía del extraño.

¿Quién era? ¿Por qué la quería? La pregunta sobre el pelo, sobre la familia — no eran preguntas de alguien que buscaba una esclava o una puta. Eran preguntas de alguien que buscaba algo específico. Alguien específico.

Pelo rojo. Familia muerta. Las palabras rebotaban en su cabeza como piedras en un cubo vacío.

MacGregor.

El pensamiento llegó con la fuerza de un golpe. El extraño la buscaba porque creía que era MacGregor. El pelo la había delatado, como siempre había sabido que la delataría, como su madre le advirtió aquella última noche antes de morir.

Pero si era un cazador de recompensas, ¿por qué no la había entregado directamente a los Campbell? ¿Por qué pagar sesenta libras cuando podía cobrar cien? No tenía sentido. A menos que...

A menos que no fuera un cazador de recompensas.

A menos que fuera algo peor. O algo mejor.

No había forma de saberlo sin hablar con él. Y para hablar con él, tendría que escapar del campamento esta noche, evadir a los guardias de Rabbie, y encontrarlo en el bosque donde había dicho que acamparía.

Imposible. O casi.

Sorcha sonrió en la oscuridad. Casi era lo único con lo que había trabajado toda su vida.

La noche cayó lenta y pesada, el cielo oscureciéndose por grados hasta que solo quedaron las estrellas y el resplandor naranja de los fuegos del campamento. Sorcha esperó en su tienda, inmóvil, contando las horas por el movimiento de las sombras en el techo de cuero. Escuchó cómo el campamento se iba callando, cómo las voces se apagaban una a una, cómo los ronquidos empezaban a mezclarse con el silbido del viento.

A medianoche, se movió.

El cuchillo fue lo primero. Luego la bolsa que había preparado: pan duro, carne seca, una cantimplora de agua. No pesaba casi nada, pero era todo lo que necesitaba para unos días. Si no había encontrado una solución para entonces, no la encontraría nunca.

Salió por el corte que había hecho en la parte trasera de la tienda, el que llevaba días preparando, el que Rabbie no sabía que existía. El aire de la noche era frío y húmedo, cargado de olor a tierra mojada y humo de turba. Se pegó al suelo, moviéndose entre las sombras con la práctica de años de incursiones.

Los guardias estaban donde Rabbie había dicho: dos en la entrada principal, uno en el camino del norte, dos más patrullando el perímetro. Conocía sus patrones, conocía sus debilidades. Uno de los que patrullaban se detenía siempre a orinar junto al mismo árbol. El del camino norte se dormía si nadie lo vigilaba.

Pero no iba a usar ninguna de las salidas.

El arroyo que cruzaba el campamento por el este era demasiado poco profundo para que nadie pensara en vigilarlo. Los hombres de Rabbie creían que era imposible escapar por ahí: el agua era helada, el lecho estaba lleno de piedras resbaladizas, y a los pocos metros el arroyo desaparecía bajo un saliente de roca que formaba un túnel natural apenas lo bastante ancho para que pasara un cuerpo.

Sorcha era pequeña. Siempre lo había sido. Por una vez, iba a ser una ventaja.

El agua le mordió la piel como dientes de hielo cuando se metió en el arroyo. Contuvo el jadeo que quería salirle, apretando los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Avanzó agachada, el agua llegándole a la cintura, cada paso un ejercicio de voluntad porque el frío era tan intenso que el cuerpo quería rendirse, detenerse, morir ahí mismo con tal de no seguir adelante.

No se detuvo. No podía permitírselo.

El túnel de roca apareció ante ella como una boca negra, y Sorcha respiró hondo una última vez antes de meterse dentro. La oscuridad era total, el agua más profunda aquí, llegándole casi al pecho. Las paredes de roca la rozaban por ambos lados, tan cerca que tuvo que girarse de costado para pasar. No había espacio para el miedo. No había espacio para nada excepto el siguiente movimiento, el siguiente centímetro, la siguiente respiración.

Algo le rozó la pierna bajo el agua. No gritó. No se movió. Esperó hasta que la cosa — pez, rata, lo que fuera — se alejara, y luego siguió avanzando.

El túnel duró una eternidad. O quizás solo fueron minutos. Era imposible saberlo en esa oscuridad absoluta, con el frío comiéndole los huesos y el sonido del agua resonando contra las paredes como un latido monstruoso. Pero finalmente — finalmente — vio luz adelante, el gris pálido de la noche que parecía brillante como el sol después de tanta negrura.

Salió del túnel temblando tanto que apenas podía mantenerse en pie. El arroyo continuaba hacia el bosque, alejándose del campamento, y Sorcha lo siguió durante otros cien pasos antes de trepar a la orilla y dejarse caer entre los arbustos.

Lo había conseguido. Estaba fuera.

Pero el frío era un problema. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo, robándole calor con cada segundo que pasaba. Si no se secaba

pronto, moriría de hipotermia antes del amanecer, y Rabbie se llevaría la satisfacción de encontrar su cadáver congelado en el bosque.

No iba a darle esa satisfacción.

Se quitó la ropa mojada, toda, hasta quedarse desnuda en la oscuridad del bosque. La escurrió lo mejor que pudo y luego volvió a ponérsela, porque mojada y fría era mejor que nada. Empezó a moverse, rápido, usando el ejercicio para generar calor, siguiendo el arroyo hacia el sur, donde el extraño había dicho que acamparía.

Lo encontró una hora después.

El fuego era pequeño, apenas visible entre los árboles, pero Sorcha lo olió antes de verlo: humo de madera seca, y debajo de eso algo que podía ser carne asada. El semental gris estaba atado a un árbol cercano, y junto al fuego, sentado con la espalda contra un tronco y los ojos cerrados, estaba el extraño.

—Llegas antes de lo que esperaba.

Sorcha se quedó helada. No se había movido, no había hecho ruido, estaba a treinta pasos de él entre los árboles. ¿Cómo...?

—Hueles a arroyo. —El hombre abrió los ojos, esos ojos grises que la habían fijado esa tarde, y señaló un punto junto al fuego—. Ven. Vas a morir de frío si te quedas ahí.

—¿Sabías que vendría?

—Lo esperaba. —Se encogió de hombros—. No pareces del tipo que se deja vender sin pelear.

Sorcha salió de entre los árboles despacio, el cuchillo en la mano, los ojos sin apartarse del hombre. Se acercó al fuego pero no se sentó, manteniendo la distancia suficiente para poder correr si era necesario.

—¿Quién eres?

—Alguien que ha estado buscándote mucho tiempo.

—Eso no es una respuesta.

—No. —El hombre sonrió, y la sonrisa transformó su cara de algo duro y peligroso a algo casi humano—. Pero es todo lo que vas a conseguir hasta que respondas a una pregunta mía.

—Pregunta.

Los ojos grises la estudiaron un momento largo, y luego el hombre habló en un idioma que Sorcha no había oído en diez años, un idioma que había enterrado junto con su nombre y su pasado y todo lo que había sido antes de convertirse en lo que era ahora.

—Cò às a tha thu?

¿De dónde eres? En gaélico. En el gaélico de las Highlands, no el de Irlanda, no el de las islas. El gaélico de su madre, de su padre, de Mairead cantando mientras cosía.

Las palabras le salieron antes de que pudiera detenerlas, arrancadas de algún lugar profundo que había creído sellado para siempre:

—Tha mi às na Gàidhealtachd.

Soy de las Highlands.

El hombre asintió, y algo en su expresión cambió. Algo que se parecía a alivio, o quizás a dolor, o quizás a las dos cosas mezcladas.

—Me llamo Cormac —dijo—. Cormac MacGregor. Y llevo diez años buscando a los hijos perdidos de mi clan.

MacGregor.

El nombre golpeó a Sorcha como un puñetazo en el estómago. Se tambaleó hacia atrás, el cuchillo temblando en su mano, y algo se agrietó dentro de ella, algo que llevaba diez años construyendo, piedra sobre piedra, para mantener fuera exactamente este momento.

—No —dijo, y la palabra le salió como un gemido—. No, no puede ser. Los MacGregor están muertos. Todos muertos.

—No todos. —Cormac se levantó despacio, las manos visibles, sin amenaza—. Algunos sobrevivimos. Algunos seguimos luchando. Y algunos... —dio un paso hacia ella— algunos nunca dejamos de buscar.

Sorcha retrocedió otro paso. El fuego crepitaba entre ellos, lanzando sombras que bailaban sobre los árboles.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me buscas a mí?

—Porque eres hija de Gregor MacGregor de Glen Strae. —Cormac la miraba con esa intensidad que había visto esa tarde, pero ahora entendía qué era: reconocimiento. Esperanza—. Porque eres la última de tu línea. Y porque tu clan te necesita.

Aileen.

El nombre le subió por la garganta como bilis, como sangre, como algo que había tragado hace mucho tiempo y que nunca había conseguido digerir del todo.

—Aileen MacGregor está muerta —dijo, y la voz le tembló por primera vez en años—. Murió hace diez años. No queda nada de ella.

—Entonces, ¿quién eres tú?

La pregunta se quedó flotando en el aire entre ellos, simple y devastadora. Sorcha la miró — lo miró — y no supo qué responder.

¿Quién era?

Una reiver. Una asesina. Una superviviente. La mujer que había ayudado a matar a su propia gente en un valle de las Highlands. La niña que había prometido sobrevivir y lo había hecho a costa de todo lo demás.

—Soy nadie —dijo finalmente—. Eso es lo que soy.

Cormac negó con la cabeza, despacio.

—No. Eres alguien. Y voy a demostrártelo.

El fuego crepitó. El viento susurró entre los árboles. Y Sorcha se quedó ahí, de pie en la oscuridad del bosque, temblando de frío y de algo más, mirando al hombre que acababa de ofrecerle lo único que nunca había esperado recuperar.

Un pasado.

Un nombre.

Un clan.

CAPÍTULO 7

Lo Que Quedó del Clan

El Bosque — Esa misma noche

⁂

El fuego crepitaba entre ellos como una frontera. Sorcha seguía de pie, el cuchillo todavía en la mano aunque los dedos se le habían entumecido del frío, y Cormac MacGregor la observaba desde el otro lado de las llamas con la paciencia de alguien acostumbrado a esperar.

—Siéntate —dijo él—. No voy a hacerte daño.

—Eso dicen todos los hombres justo antes de hacértelo.

Cormac no respondió. En lugar de eso, se quitó el brat que llevaba sobre los hombros —lana gruesa, teñida de negro— y lo lanzó hacia ella. El tejido aterrizó a sus pies con un sonido suave.

—Estás temblando. Si no entras en calor pronto, vas a enfermar.

Tenía razón. Los temblores habían empezado como pequeños espasmos y ahora eran sacudidas que le recorrían el cuerpo entero, los dientes castañeteándole aunque apretaba la mandíbula para evitarlo. La ropa seguía húmeda del arroyo, pegada a la piel como una segunda capa de hielo.

Sorcha miró el brat. Miró a Cormac. La distancia entre ellos era de tres metros, quizás cuatro. Si intentaba algo, tendría tiempo de correr. Probablemente.

Recogió la manta y se la echó sobre los hombros sin soltar el cuchillo. La lana olía a humo de turba y a caballo y a algo más, algo que podía ser el propio Cormac: sudor viejo, cuero, un rastro de

whisky. No era desagradable. Después de años oliendo a los Elliot, casi cualquier cosa era una mejora.

—¿Por qué me buscas?

—Ya te lo he dicho. Eres hija de Gregor MacGregor.

—Y eso qué importa. Mi padre está muerto. Mi madre está muerta. Mis hermanos están muertos. —Las palabras le salieron más duras de lo que pretendía, afiladas como el cuchillo que sostenía—. El apellido MacGregor es una sentencia de muerte, no un linaje.

—Era una sentencia de muerte. —Cormac se inclinó hacia el fuego, alimentándolo con una rama seca—. Pero las cosas están cambiando.

—¿Cambiando cómo?

—El rey Jacobo está en Londres ahora, demasiado ocupado con los ingleses para preocuparse por un clan de las Highlands. Los Campbell siguen odiándonos, pero su poder ya no es lo que era. Y nosotros... —Una pausa. El fuego lanzó sombras sobre su cara, oscureciendo la cicatriz de la ceja—. Nosotros hemos dejado de huir.

Sorcha se acercó un paso. Luego otro. La curiosidad era más fuerte que la cautela, aunque sabía que eso podía matarla.

—¿Cuántos quedáis?

—Más de los que crees. Menos de los que éramos. —Cormac levantó la vista hacia ella—. Doscientos, quizás trescientos, repartidos por las Highlands en grupos pequeños. La mayoría viven bajo otros nombres, como tú. Algunos todavía luchan. Algunos solo sobreviven.

—¿Y tú qué haces? ¿Coleccionar huérfanos perdidos?

—Algo así. —La sonrisa fue breve, más sombra que luz—. Mi padre era hermano de tu padre. Eso me convierte en tu primo, si te importa el parentesco. Y en el único tainiste que queda de la línea principal.

Tainiste. Heredero designado. Sorcha conocía la palabra, la había oído en boca de su padre cuando era niña, en esas conversaciones de hombres que ella escuchaba desde detrás de las puertas. Un tainiste era el siguiente en la línea de sucesión, el hombre que tomaría el mando si el jefe moría.

—Si eres el tainiste, ¿por qué no eres el jefe?

—Porque un jefe necesita un clan. Y un clan necesita tierra, y la nuestra nos la quitaron. —Cormac se encogió de hombros, un gesto que habría parecido casual si no fuera por la tensión en sus hombros —. Lo que hago ahora es... preparar el terreno. Reunir a los que quedan. Recordarles quiénes son.

—¿Para qué? ¿Para que los Campbell os masacren otra vez?

—Para que cuando llegue el momento de recuperar lo nuestro, estemos preparados.

Había algo en su voz que Sorcha reconoció. No era fanatismo ni delirio — había visto suficiente de ambos en los ojos de hombres que morían por causas perdidas. Era algo más frío. Más paciente. La determinación de alguien que ha decidido que ciertas cosas van a pasar aunque le cueste la vida conseguirlo.

Se sentó finalmente, al otro lado del fuego, las piernas dobladas bajo el cuerpo. El calor de las llamas empezaba a penetrar la lana mojada, a descongelar los músculos que llevaban horas agarrotados. El cuchillo seguía en su mano, pero ya no lo sostenía como un arma. Más bien como un ancla.

—¿Cómo me encontraste?

—Rumores. —Cormac sacó algo de su bolsa: una cantimplora de cuero, de la que bebió un trago antes de ofrecérsela—. Llevaba años oyendo historias de una mujer pelirroja que vivía con los reivers de la frontera. Una mujer que no usaba apellido y que tenía el pelo del color equivocado para ser una Elliot.

Sorcha aceptó la cantimplora. Whisky, descubrió al olerlo. Dio un trago pequeño que le quemó la garganta y se extendió por su pecho como fuego líquido.

—Los rumores dicen muchas cosas.

—Los rumores me trajeron hasta aquí. Y aquí estás. —Cormac recuperó la cantimplora—. Tardé dos años en confirmar que eras real. Otro año en encontrar tu ubicación exacta. Y seis meses en reunir el dinero para comprarte.

—No me has comprado.

—No. —Algo parecido a una sonrisa cruzó su cara—. Has venido tú sola. Lo cual me ahorra treinta libras.

Sorcha no supo si reír o insultarlo. Optó por ninguna de las dos cosas.

—¿Qué quieres de mí exactamente? Y no me digas que reunir al clan. Eso ya lo has dicho. Quiero saber qué esperas que haga yo.

Cormac la estudió un momento largo. El fuego crepitaba entre ellos, lanzando chispas hacia el cielo negro.

—Eres la última de la línea de Gregor MacGregor. Tu sangre es más pura que la mía — mi madre era Armstrong, no MacGregor. En los ojos de los viejos, de los que todavía recuerdan cómo eran las cosas, tú tienes más derecho a liderar que yo.

—¿Liderar? —La risa le salió antes de poder contenerla, un sonido áspero sin humor—. Soy una reiver. He pasado los últimos diez años robando ganado y abriendo gargantas. No sé nada de liderar.

—Sabes sobrevivir. Es más de lo que saben la mayoría.

—Sobrevivir no es lo mismo que liderar.

—No. Pero es el primer requisito. —Cormac se inclinó hacia delante, los codos sobre las rodillas, la mirada fija en ella—. No te estoy pidiendo que te conviertas en jefa mañana. Te estoy pidiendo que

vengas conmigo. Que conozcas a los que quedan. Que decidas por ti misma si hay algo por lo que vale la pena luchar.

—¿Y si decido que no?

—Entonces te vas. Sin reproches, sin deudas. Te doy un caballo, provisiones para una semana, y nunca vuelves a verme.

Sorcha lo miró buscando la trampa. Siempre había una trampa. Los hombres no ofrecían cosas sin esperar algo a cambio, y las ofertas que parecían demasiado buenas siempre lo eran.

—¿Por qué me dejarías ir? Has dicho que llevas años buscándome.

—Porque un líder que no quiere liderar es peor que ningún líder. —Cormac sostuvo su mirada sin parpadear—. Y porque si te obligo a quedarte, no eres diferente de lo que eras con los Elliot. Una prisionera con otro nombre.

Las palabras se quedaron flotando en el aire entre ellos. Sorcha pensó en Rabbie, en su sonrisa de propietario, en la forma en que había dicho «puedes ser mía» como si fuera un regalo en lugar de una condena. Pensó en los años de órdenes, de incursiones, de hacer lo que le decían porque no había otra opción.

Y ahora este hombre, este desconocido con sangre MacGregor y ojos del color del acero, le estaba ofreciendo algo que nadie le había ofrecido en diez años.

Elección.

—El amanecer está cerca —dijo ella, porque no sabía qué otra cosa decir—. Cuando Rabbie descubra que me he ido, mandará hombres a buscarme.

—Lo sé. Por eso nos vamos ahora.

Cormac se levantó en un movimiento fluido, como si llevara horas esperando precisamente esto. Apagó el fuego con tierra, recogió sus cosas, y empezó a preparar el caballo con la eficiencia de alguien que ha huido muchas veces.

—¿Sabes montar?

—Sí.

—Bien. Compartiremos caballo hasta que encontremos otro. El semental aguantará el peso.

Sorcha se quedó sentada un momento más, mirando las brasas moribundas. La decisión ya estaba tomada, aunque no recordaba haberla tomado. Ir con él era un riesgo. Quedarse era una sentencia de muerte. Y huir sola, sin dinero ni provisiones ni ningún sitio al que ir...

Se levantó.

—Si intentas algo, te mato mientras duermes.

—Si intento algo, me lo merezco. —Cormac le ofreció la mano para ayudarla a subir al caballo—. ¿Trato?

Sorcha miró la mano. Era grande, con callos de espada en los dedos y una cicatriz blanca que le cruzaba la palma. Una mano que había matado. Una mano que ahora se ofrecía abierta.

La tomó.

—Trato.

Montó detrás de él, los muslos apretados contra los suyos, las manos buscando un lugar seguro donde agarrarse. Optó por su cintura — lo bastante firme para no caer, lo bastante suelto para poder soltarse si era necesario. El cuerpo de Cormac era sólido y cálido a través de la ropa, un contraste extraño con el frío de la noche.

—¿Hacia dónde? —preguntó ella.

—Norte. Hacia las Highlands.

El semental se puso en marcha con un tirón suave de las riendas. El bosque se cerró a su alrededor, oscuro y denso, y Sorcha sintió algo extraño en el pecho: no alivio exactamente, ni esperanza, sino algo

más pequeño y más frágil. La sensación de que quizás, solo quizás, el mundo contenía más posibilidades de las que había creído.

Cabalgaron hasta que el cielo empezó a clarear por el este, primero gris, luego rosa, luego el dorado pálido del amanecer. El bosque dio paso a colinas ondulantes cubiertas de hierba seca y retama, y a lo lejos, hacia el norte, las primeras montañas de las Highlands se recortaban contra el horizonte como dientes de gigante.

—Pararemos pronto —dijo Cormac—. El caballo necesita descansar. Y tú necesitas comer algo.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado si tienes hambre. Te he dicho que necesitas comer.

Sorcha abrió la boca para discutir, pero el gruñido de su estómago la traicionó antes de que pudiera hablar. Cormac soltó algo que podía ser una risa.

—Eso pensaba.

Encontraron un lugar protegido entre unas rocas, lo bastante escondido para que nadie los viera desde el camino pero con buena vista del terreno circundante. Cormac desmontó primero y luego la ayudó a bajar, aunque Sorcha no necesitaba ayuda y él probablemente lo sabía.

De su bolsa sacó pan, queso curado y tiras de carne seca. No era un festín, pero después de días de tensión y una noche de huida, a Sorcha le pareció lo mejor que había comido en años. Masticó despacio, saboreando cada bocado, mientras Cormac cuidaba del caballo.

—¿Cómo te llaman? —preguntó ella cuando él se sentó frente a ella con su propia ración—. Los que te conocen.

—Cormac. A veces «el Cuervo», por el pelo. —Se encogió de hombros—. No es muy original.

—El Cuervo. —Sorcha lo consideró—. ¿Te molesta?

—Los cuervos sobreviven. Comen lo que encuentran, viven donde pueden, y siempre vuelven. —Una pausa—. Hay nombres peores.

Sorcha pensó en su propio nombre. Sorcha, que significaba «brillante» o «luminosa» en el gaélico antiguo. Un nombre de frontera que Betha le había dado porque necesitaba dejar de ser Aileen, porque Aileen MacGregor tenía precio en la cabeza y Sorcha no era nadie.

—¿Cómo era mi padre?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Cormac dejó de masticar, mirándola con algo que podía ser sorpresa o podía ser cautela.

—Lo recuerdas, ¿no?

—Tenía nueve años cuando murió. Recuerdo... fragmentos. —Sorcha se frotó los ojos, de pronto agotada—. Su voz. Sus manos. Que olía a humo de turba y a algo dulce, como hierba recién cortada. Pero los detalles... los detalles se me escapan.

Cormac terminó de masticar antes de responder.

—Gregor MacGregor era el mejor hombre que he conocido. Y el más testarudo. —Una sombra de sonrisa—. Se negó a huir cuando los Campbell vinieron. Dijo que un MacGregor no abandonaba su tierra, que prefería morir de pie que vivir de rodillas. —La sonrisa se desvaneció—. Yo quería quedarme a luchar con él. Me ordenó que huyera, que encontrara a los demás, que mantuviera el clan vivo. Fue la última orden que me dio.

—¿Y la obedeciste?

—Tenía catorce años. Mi madre me arrastró fuera de la casa mientras yo gritaba. —Cormac miró hacia el horizonte, hacia las montañas que crecían con cada hora que pasaba—. Pasé mucho tiempo odiándome por eso. Por no haberme quedado. Por haber sobrevivido cuando él no lo hizo.

—¿Y ahora?

—Ahora entiendo que los muertos no necesitan compañía. Los vivos sí. —Se volvió hacia ella—. Tu padre murió para que su gente viviera. Lo mejor que podemos hacer es no desperdiciar eso.

Sorcha no respondió. Pensaba en su madre arrastrándose hacia el fuego, en el juramento que le había hecho jurar. Sobrevive. Pase lo que pase.

Había sobrevivido. Pero ¿a qué precio? ¿Qué quedaba de Aileen MacGregor después de diez años de ser Sorcha, de robar y matar y mirar hacia otro lado cuando no podía soportar lo que veía?

—Hice cosas. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Con los Elliot. Cosas que... —Se interrumpió.

—Lo sé.

Sorcha lo miró, sorprendida.

—¿Qué sabes?

—Sé que los Elliot son reivers. Sé que has vivido con ellos diez años. Sé que para sobrevivir en un clan de frontera, especialmente siendo mujer, especialmente siendo una extraña... —Cormac se encogió de hombros—. No hace falta mucha imaginación para llenar los huecos.

—¿Y no te importa?

—¿Que hayas hecho lo necesario para sobrevivir? —Cormac negó con la cabeza—. No tengo derecho a juzgarte. Yo he hecho cosas también. Todos las hemos hecho, los que seguimos vivos. La pureza es un lujo de los que nunca han tenido que elegir entre su alma y su vida.

Eran las palabras correctas. Demasiado correctas, quizás. Sorcha buscó la trampa, el juicio escondido, la condena que vendría después. Pero la cara de Cormac no mostraba nada de eso. Solo una especie de cansancio que ella reconocía porque lo veía en el espejo cada vez que se atrevía a mirarse.

El cansancio de alguien que ha sobrevivido demasiado.

—Deberías dormir —dijo él—. Yo haré la primera guardia.

—No puedo dormir. —Era verdad. A pesar del agotamiento que le pesaba en los huesos, la idea de cerrar los ojos con un extraño cerca le provocaba un hormigueo de alarma en la nuca—. No todavía.

—Entonces descansa. No tienes que dormir, solo... —Hizo un gesto vago—. Dejar de estar tan tensa. Me estás poniendo nervioso.

Sorcha casi sonrió. Casi.

Se recostó contra una roca, el brat de Cormac todavía sobre los hombros, el cuchillo en la mano bajo la tela. No iba a dormir. No podía. Pero cerró los ojos de todos modos, dejando que el sol de la mañana le calentara la cara, escuchando los sonidos del caballo pastando y el viento entre las rocas y la respiración de Cormac a unos metros de distancia.

Pensó en los Elliot. En Rabbie despertando para descubrir que se había ido. En la rabia que le retorcería la cara, en los hombres que mandaría a buscarla. ¿Cuánto tiempo tenían antes de que los alcanzaran? ¿Un día? ¿Dos?

Pensó en Dougal. Le había dejado sin despedirse, sin explicación, sin darle las gracias por los años de pequeñas amabilidades que habían hecho soportable lo insoportable. Se preguntó si la odiaría por eso. Probablemente no. Dougal no tenía talento para el odio.

Pensó en las Highlands que se acercaban con cada hora que pasaba, en el territorio que había abandonado hacía diez años y al que nunca había esperado volver. ¿Qué encontraría allí? ¿Más fantasmas? ¿Más tumbas sin nombre? ¿O algo que pudiera parecerse, aunque fuera de lejos, a un hogar?

No lo sabía. Quizás era mejor así. Quizás la esperanza era otra cosa que no podía permitirse.

El sueño la encontró sin permiso, arrastrándola hacia la oscuridad con dedos suaves e insistentes. Y por primera vez en meses, no

soñó con sangre ni con fuego ni con el sonido de niños llorando en la oscuridad.

Soñó con hierba verde y cielo azul y el olor de la turba quemándose en una chimenea. Soñó con una mujer de pelo rojo que le cantaba en gaélico, una canción que no recordaba al despertar pero que dejó un eco de calidez en su pecho.

Cuando abrió los ojos, el sol estaba alto y Cormac la observaba desde el otro lado del pequeño campamento con una expresión que no supo leer.

—¿Qué? —preguntó, la voz ronca de sueño.

—Sonreías. Mientras dormías.

Sorcha se tocó la cara, sorprendida. No recordaba la última vez que había sonreído, dormida o despierta.

—Debe haber sido un sueño extraño.

—Debe haberlo sido. —Cormac se levantó, tendiéndole la mano—. Vamos. Todavía nos quedan muchos kilómetros.

Sorcha tomó su mano y se levantó. El mundo seguía siendo el mismo — peligroso, incierto, lleno de gente que quería verla muerta o peor — pero algo había cambiado durante la noche. Algo pequeño y frágil que no se atrevía a nombrar.

Montaron el caballo y siguieron hacia el norte, hacia las montañas, hacia lo que fuera que les esperara allí.

Hacia adelante. Era la única dirección que quedaba.

CAPÍTULO 8

Sangre en el Camino

Tierras Fronterizas — Segundo día de huida

⁂

Los oyó antes de verlos.

El sonido llegó con el viento del sur: cascos contra tierra, el ritmo inconfundible de caballos empujados más allá de lo prudente. Sorcha se tensó contra la espalda de Cormac, la mano buscando el cuchillo por instinto aunque sabía que no serviría de mucho contra lo que venía.

—Los oigo —dijo Cormac antes de que ella pudiera abrir la boca.

—¿Cuántos?

—Cuatro, quizás cinco. —Giró la cabeza ligeramente, escuchando—. Vienen rápido. Nos alcanzarán antes de llegar al río.

El río era su objetivo: un afluente del Tweed que marcaba el límite del territorio donde los Elliot se atrevían a operar sin consecuencias. Cruzarlo significaba estar a salvo, o al menos más a salvo de lo que estaban ahora. Pero el río todavía quedaba a una hora de camino, y el sonido de los cascos se acercaba con cada segundo.

—Podemos intentar superarlos —dijo Sorcha—. Si el caballo aguanta...

—No aguantará. Lleva dos días cargando con los dos. —Cormac tiró de las riendas, frenando al semental—. Hay otra opción.

—¿Cuál?

—Yo me quedo. Tú sigues.

La respuesta fue tan absurda que Sorcha tardó un momento en procesarla.

—¿Quedarte? ¿Contra cinco hombres?

—He luchado contra más. —Cormac desmontó con un movimiento fluido, aterrizando sobre la hierba sin ruido—. El caballo irá más rápido sin mi peso. Llegarás al río en media hora si no paras.

—Y tú estarás muerto en diez minutos.

—Quizás. —Le puso las riendas en las manos, cerrándole los dedos alrededor del cuero—. Pero tú estarás viva. Eso es lo que importa.

Sorcha lo miró desde arriba del caballo. El viento le echaba el pelo negro sobre la cara, y la cicatriz de la ceja brillaba blanca contra la piel curtida. Parecía tranquilo. Parecía alguien que había tomado esta decisión antes de que ella despertara, quizás antes de que salieran del bosque, quizás desde el momento en que decidió buscarla.

—No. —Se bajó del caballo antes de poder pensarlo mejor—. No voy a huir mientras tú mueres por mí.

—No es una petición.

—Tampoco lo mío.

Cormac abrió la boca para discutir, pero el sonido de los cascos se hizo más fuerte, más cercano, y ya no había tiempo para discusiones. Sorcha vio cómo su expresión cambiaba, cómo el cálculo reemplazaba a la frustración.

—¿Sabes luchar? —preguntó él.

—Sé matar.

—No es lo mismo.

—Hoy tendrá que serlo.

Cormac la estudió un momento. Luego asintió una vez, breve, y desenvainó la espada que llevaba a la espalda. No era una claymore de las grandes, sino algo más corto, más manejable: una hoja de un

metro con empuñadura para una mano y media. La sostuvo como si pesara menos que una pluma.

—Quédate detrás de mí. Si alguno se me escapa, es tuyo.

—Y si te matan, ¿qué?

—Corre.

No hubo tiempo para más. Los jinetes aparecieron en la cresta de la colina como sombras recortadas contra el cielo gris: cinco figuras a caballo, exactamente como Cormac había calculado. Sorcha reconoció a Wull en el centro del grupo, con su mano tiesa y su rencor de años. A su lado, Tam — el chico que había intentado tocarla cuando tenía diez años, ahora un hombre hecho y derecho con una cicatriz en el muslo que todavía le hacía cojear. Los otros tres eran reivers comunes, caras que conocía de pasada, hombres que mataban por dinero y no perdían el sueño por ello.

—¡Ahí está! —gritó Wull—. ¡La muy puta!

Los caballos bajaron la colina al galope, las espadas desenvainadas brillando a la luz del atardecer. Cinco contra dos, y uno de los dos era una mujer con un cuchillo. Las cuentas no salían. Nunca habían salido.

Cormac no se movió.

Sorcha lo observó desde atrás, tensa como la cuerda de un arco, esperando que hiciera algo — que levantara la espada, que se pusiera en guardia, que diera alguna señal de que no iban a morir ahí mismo en medio de la hierba. Pero Cormac seguía inmóvil, los pies separados, la espada colgando casi perezosa de su mano, los ojos fijos en los jinetes que se acercaban.

Treinta metros. Veinte. Diez.

Wull fue el primero en llegar, la espada levantada para un golpe descendente que habría partido a Cormac en dos desde el hombro hasta la cadera.

Cormac se movió.

No hacia atrás, como habría hecho cualquier persona sensata frente a un caballo al galope. Hacia delante. Hacia el costado del animal, bajo el arco de la espada de Wull, tan cerca que Sorcha vio su mano rozar el pelaje del caballo al pasar. La hoja de Cormac trazó un arco corto, casi casual, y de pronto Wull ya no tenía pierna izquierda por debajo de la rodilla.

El grito fue agudo, inhumano. Wull cayó del caballo como un saco de grano, la sangre brotando a chorros del muñón, la espada olvidada en el suelo. El caballo siguió corriendo unos metros antes de detenerse, confundido, y para entonces Cormac ya estaba girando hacia el siguiente jinete.

Tam intentó frenarse. Demasiado tarde. Su caballo chocó con el de Wull, ambos animales relinchando de pánico, y en la confusión Cormac encontró un hueco bajo la guardia de Tam y empujó la espada hacia arriba, a través del vientre, hasta que la punta salió por la espalda.

El sonido que hizo Tam no fue un grito. Fue un jadeo húmedo, sorprendido, el sonido de alguien que no entiende lo que acaba de pasar. Cormac sacó la espada con un tirón brutal y Tam se desplomó sobre el cuello de su caballo, las manos buscando las entrañas que se le escapaban entre los dedos.

Dos muertos en menos de diez segundos. Los otros tres se habían detenido, los caballos girando en círculos nerviosos, los rostros de los jinetes transformados de confianza en algo que se parecía mucho al miedo.

Sorcha no había visto nada igual. Había visto peleas, claro — peleas de taberna, peleas de campamento, el caos de las incursiones donde todo era confusión y suerte y el más rápido en clavar el cuchillo ganaba. Pero esto era diferente. Esto era técnica. Precisión. El tipo de habilidad que se aprendía con años de práctica y se perfeccionaba con años de matar.

Cormac no respiraba pesado. No sudaba. Estaba de pie entre los dos cuerpos con la espada goteando sangre y una expresión de

concentración absoluta, como un artesano evaluando su trabajo.

—Podéis iros —dijo a los tres que quedaban. La voz era tranquila, casi amable—. O podéis quedaros. La elección es vuestra.

Uno de los hombres — el más joven, un chico que no tendría más de diecisiete años — tiró de las riendas de su caballo y huyó sin mirar atrás. Los otros dos intercambiaron una mirada. Sorcha los conocía: Gregor el Tuerto y Padraig, veteranos de docenas de incursiones, hombres que habían matado más gente de la que podían recordar. Hombres con orgullo.

El orgullo los mató.

Desmontaron al mismo tiempo, espadas en mano, moviéndose para flanquear a Cormac desde ambos lados. Era táctica básica de combate: dividir la atención del enemigo, atacar desde dos ángulos, hacer imposible la defensa. Funcionaba la mayoría de las veces.

Esta no fue una de esas veces.

Cormac se movió hacia Gregor, el que tenía a su izquierda, y Sorcha pensó que era un error — dejar la espalda expuesta al otro, dar tiempo a Padraig para atacar. Pero entonces vio lo que Cormac estaba haciendo: no atacaba a Gregor, solo lo presionaba, lo hacía retroceder, lo obligaba a moverse hacia donde Padraig estaba avanzando.

Los dos reivers chocaron. Solo un segundo, solo un instante de confusión mientras se desenredaban, pero fue suficiente.

La espada de Cormac entró por el cuello de Gregor, justo debajo de la oreja, atravesando músculo y cartílago hasta salir por el otro lado. El hombre cayó sin hacer ruido, la sangre formando un charco oscuro en la hierba. Padraig gritó de rabia y se lanzó hacia delante, la espada buscando la cabeza de Cormac, pero el golpe nunca llegó.

Cormac lo esquivó agachándose, dejando que la hoja pasara sobre él, y luego giró con un movimiento que parecía más danza que

combate, la espada trazando un arco bajo que abrió el vientre de Padraig de lado a lado.

El reiver cayó de rodillas. Las manos le temblaban mientras intentaba sujetarse las tripas, ese gesto instintivo e inútil que Sorcha había visto demasiadas veces. Levantó la vista hacia Cormac con una expresión de incomprensión absoluta.

—¿Quién... quién coño eres?

—Nadie importante. —Cormac le cortó la garganta. Un gesto rápido, casi misericordioso—. Ya no.

El silencio que siguió fue denso, cargado del olor a sangre y a mierda que siempre acompañaba a la muerte violenta. Cuatro cuerpos en el suelo. Cuatro hombres que hacía un minuto estaban vivos y ahora eran carne enfriándose. Sorcha miró a su alrededor, procesando lo que acababa de ver, y se dio cuenta de que todavía tenía el cuchillo en la mano aunque no lo había usado.

No había hecho falta.

—Wull sigue vivo —dijo, porque era lo único que se le ocurrió decir.

Cormac se volvió hacia donde Wull yacía, todavía gimiendo, la sangre formando un charco que se extendía por la hierba. Se había arrastrado unos metros, dejando un rastro oscuro, pero no llegaría a ninguna parte. No con lo que le quedaba de pierna.

—Lo sé.

—¿Vas a...?

—No. —Cormac limpió la espada en la ropa de Padraig y la envainó a su espalda—. Morirá desangrado antes de que anochezca. Y si por algún milagro sobrevive, volverá al campamento con un mensaje: que quien venga a buscarte encontrará lo mismo.

Era cruel. Era frío. Era exactamente lo que Sorcha habría hecho en su lugar.

—¿Dónde aprendiste a pelear así?

—En Francia. Pasé tres años con mercenarios después de que mi madre muriera. —Cormac fue hacia el caballo, que se había alejado unos metros pero no había huido—. Luego en Irlanda, con los O'Neill, cuando se rebelaron contra los ingleses. Luego aquí, donde hay menos guerras pero más incursiones.

—Mercenario.

—Superviviente. —La miró por encima del hombro—. Igual que tú.

Sorcha guardó el cuchillo. Las manos le temblaban ligeramente, no de miedo sino de la descarga de adrenalina que siempre venía después de la violencia, cuando el cuerpo finalmente entendía que no iba a morir.

—Los caballos —dijo—. Podemos llevarnos algunos.

—Buena idea. —Cormac asintió, y había algo en su expresión que podía ser aprobación—. Elige el que quieras.

Sorcha eligió el caballo de Tam: una yegua baya que conocía de las incursiones, mansa y de paso seguro. Le acarició el cuello para calmarla mientras Cormac recogía las armas y provisiones de los muertos. No miró a Wull cuando pasó junto a él, aunque podía oír sus gemidos, ese sonido agudo y desesperado de alguien que sabe que se está muriendo y no puede hacer nada para evitarlo.

Debería sentir algo. Había conocido a estos hombres durante años. Había comido con ellos, cabalgado con ellos, dormido bajo el mismo techo. Y ahora estaban muertos o muriendo, y lo único que sentía era alivio de que no fuera ella la que yacía en la hierba.

¿Eso la convertía en monstruo? Quizás. Pero los monstruos sobrevivían, y los que sentían demasiado terminaban en el suelo con las tripas fuera.

—Vámonos —dijo Cormac, montando su semental—. Todavía nos queda camino.

Cabalgaron hacia el norte sin mirar atrás.

El río apareció una hora después, una cinta de plata que serpenteaba entre las colinas bajo el cielo del atardecer. Lo cruzaron en un vado poco profundo donde el agua apenas llegaba a las rodillas de los caballos, y cuando pisaron la otra orilla Sorcha sintió algo aflojarse en su pecho, una tensión que había estado cargando sin darse cuenta.

Territorio neutral. O al menos, territorio donde los Elliot no se atreverían a seguirla.

—Pararemos pronto —dijo Cormac—. Los caballos necesitan descansar.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No necesitas descansar? —Sorcha lo estudió mientras cabalgaban. No había señales de agotamiento en su postura, ningún temblor en las manos que sostenían las riendas. Acababa de matar a cuatro hombres y parecía tan fresco como si hubiera estado dando un paseo—. Acabas de...

—Sé lo que acabo de hacer. —La voz era plana, sin emoción—. No es la primera vez.

—Ya me lo has dicho. Mercenario.

—No solo eso. —Cormac guardó silencio un momento, la mirada fija en el horizonte—. He matado Campbell. Muchos Campbell. Los busco, de hecho. Cada vez que oigo de uno que viaja solo o en grupos pequeños, voy a encontrarlo.

—Venganza.

—Justicia. —Se encogió de hombros—. O eso me digo a mí mismo para poder dormir por las noches.

Sorcha pensó en Càdh Hollow. En los veintitrés cuerpos. En la mujer pelirroja que podría haber sido su hermana, su prima, su reflejo en otro espejo.

—¿Funciona?

—¿El qué?

—Decírtelo. Para poder dormir.

Cormac no respondió inmediatamente. El silencio se extendió entre ellos, llenado solo por el sonido de los cascos sobre la hierba y el canto lejano de un pájaro.

—A veces —dijo finalmente—. Otras noches me quedo despierto pensando en las caras de los que he matado. En si tenían hijos que los esperaban. En si eran los hijos de alguien.

—Eran Campbell.

—Eran hombres. —Cormac la miró de lado—. Ser Campbell no los convierte en menos humanos. Solo en enemigos. Y matar enemigos no significa que no fueran personas.

Era una distinción que Sorcha entendía mejor de lo que habría querido. Los Elliot no eran monstruos — o no solo monstruos. Eran hombres que amaban a sus hijos, que lloraban a sus muertos, que se emborrachaban y cantaban canciones viejas junto al fuego. Y también eran hombres que violaban y mataban y quemaban casas con familias dentro.

Las dos cosas podían ser ciertas al mismo tiempo. El mundo era más complicado de lo que las historias de buenos y malos querían hacerte creer.

—Hoy no has matado a nadie —dijo Cormac, como si le leyera el pensamiento—. ¿Te molesta?

—¿Molestarme?

—Que yo hiciera el trabajo sucio mientras tú mirabas.

Sorcha consideró la pregunta. Había algo de alivio en no haber tenido que usar el cuchillo, en no añadir más caras a la colección que la visitaba en sueños. Pero también había algo más, algo que le costaba nombrar.

—Me molesta no haber podido ayudarte. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Me molesta ser la que necesita protección en lugar de la que protege.

—¿Siempre has sido así?

—¿Así cómo?

—Incapaz de aceptar ayuda sin sentirte en deuda.

Sorcha pensó en su madre. En Betha. En todas las veces que alguien le había dado algo y ella había esperado la trampa, el precio, la deuda que vendría después.

—Sí —dijo—. Siempre.

Cormac asintió como si la respuesta no lo sorprendiera.

—Entonces déjame darte algo gratis, sin deuda. —Detuvo el caballo y se volvió hacia ella—. Lo que hice hoy no fue por ti. Fue por el clan. Cada MacGregor que sobrevive es una victoria contra los que quisieron exterminarnos. Protegerte no es un favor, es una obligación. ¿Entiendes?

—Entiendo las palabras.

—Pero no las crees.

—He aprendido a no creer nada que suene demasiado bien.

—Bien. —Para su sorpresa, Cormac sonrió—. Eso te mantendrá viva. Desconfía de mí todo lo que quieras, ponme a prueba, busca las trampas. Pero mientras lo haces, deja que te lleve a un lugar donde estarás a salvo. ¿Puedes hacer eso?

Sorcha lo miró. La sonrisa le transformaba la cara, suavizando las líneas duras, haciendo que pareciera más joven de lo que era. Había sangre en su ropa todavía, manchas oscuras que se secaban sobre el cuero negro, pero la sonrisa era genuina.

—Puedo intentarlo.

—Es todo lo que pido.

Siguieron cabalgando hasta que el sol se hundió detrás de las colinas y el cielo se llenó de estrellas. Encontraron refugio en una cueva poco profunda que olía a musgo y a humedad, lo bastante grande para los dos y los caballos pero lo bastante escondida para que nadie los encontrara por casualidad.

Cormac encendió un fuego pequeño, más por calor que por luz, y sacó comida de las alforjas: pan, queso, y una tira de carne seca que sabía a sal y a humo. Comieron en silencio, sentados uno frente al otro con las llamas entre ellos, y Sorcha se dio cuenta de que era la primera vez en días que no tenía hambre ni frío ni miedo.

Solo cansancio. Un agotamiento profundo que le pesaba en los huesos y le nublaba los pensamientos.

—Duerme —dijo Cormac—. Yo hago la guardia.

—Dormiste menos que yo ayer.

—Estoy acostumbrado.

—¿A no dormir?

—A hacer lo que hay que hacer. —Se recostó contra la pared de la cueva, la espada desenvainada sobre las rodillas—. Duerme, Sorcha. Mañana será un día largo.

Sorcha. No Aileen. Llevaba días sin oír su nombre verdadero, y Cormac nunca lo había usado excepto aquella primera noche, cuando le preguntó quién era. Desde entonces, solo Sorcha. Como si entendiera que ese era el nombre que ella había elegido, el nombre que la había mantenido viva.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó.

—¿Así cómo?

—Sorcha. No Aileen.

Cormac la miró por encima del fuego. Las llamas proyectaban sombras que bailaban sobre su cara, oscureciendo la cicatriz, iluminando los ojos.

—Porque es el nombre que usas. El nombre con el que te sientes cómoda. —Una pausa—. Aileen MacGregor era una niña que perdió todo. Sorcha es la mujer que sobrevivió. Las dos son tú, pero solo tú puedes decidir cuál quieres ser.

Las palabras se le clavaron en algún lugar blando del pecho, en ese hueco que había aprendido a ignorar porque mirarlo dolía demasiado.

—¿Y si no sé cuál quiero ser?

—Entonces tienes tiempo para descubrirlo. —Cormac cerró los ojos, aunque su mano seguía sobre la empuñadura de la espada—. Duerme, Sorcha. Mañana habrá tiempo para preguntas.

Sorcha se tumbó sobre la manta que él había extendido, el brat negro todavía envuelto alrededor de sus hombros. El fuego crepitaba suavemente, los caballos respiraban en la oscuridad del fondo de la cueva, y el viento soplaba fuera con un sonido que casi podría haber sido una canción de cuna.

Cerró los ojos. Y por segunda noche consecutiva, durmió sin pesadillas.

CAPÍTULO 9

Los Que Quedaron

Las Highlands — Cinco días después

⁂

El campamento MacGregor no existía.

Al menos, no existía de ninguna forma que Sorcha hubiera reconocido como campamento. No había tiendas agrupadas en un claro, ni corrales de ganado, ni el humo delator de decenas de fuegos. Lo que había era un valle estrecho encajado entre montañas, con cuevas naturales en las paredes de roca y refugios excavados en las laderas, tan bien camuflados que pasaron a veinte metros de uno antes de que Cormac le indicara su presencia.

—Bienvenida a Gleann Dorcha —dijo él—. El Valle Oscuro. Llevamos tres años aquí.

Sorcha miró a su alrededor con ojos nuevos. Ahora que sabía qué buscar, los veía: figuras que se movían entre las sombras de las rocas, el destello ocasional de metal, el hilo de humo que salía de grietas en la piedra y se dispersaba antes de formar columnas visibles. Gente. Docenas de personas, quizás más, viviendo en un lugar que desde fuera parecía vacío.

Y el pelo. Dios, el pelo. Rojizo en unos, cobrizo en otros, ese tono particular que Sorcha había visto en su propio reflejo cada vez que miraba un arroyo. El pelo MacGregor, la marca que los había condenado y que ahora, aquí, era solo una característica más entre docenas.

No estaba sola.

El pensamiento la golpeó con una fuerza que no esperaba. Llevaba diez años creyéndose la última, la única, una anomalía pelirroja en un mundo que quería verla muerta. Y aquí había decenas como ella, cientos quizás, viviendo en las sombras pero viviendo.

—¡Cormac!

La voz vino de arriba. Una mujer bajaba por un sendero tallado en la roca, moviéndose con la agilidad de quien ha recorrido ese camino mil veces. Era mayor — cincuenta años, quizás más — con el pelo gris recogido en una trenza apretada y una cara surcada de arrugas que hablaban de demasiados inviernos al raso. Pero los ojos eran jóvenes, brillantes, llenos de una inteligencia que Sorcha reconoció inmediatamente como peligrosa.

—Moira. —Cormac inclinó la cabeza en un gesto que era casi reverencia—. Traigo noticias.

—Traes más que noticias. —Los ojos de Moira se clavaron en Sorcha —. La hija de Gregor. Después de todos estos años.

No era pregunta. Sorcha se tensó.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque conocí a tu madre. Fenella y yo crecimos juntas. Tienes su mandíbula. Y su forma de mirar, como si estuvieras calculando cuántos de nosotros podrías matar antes de que te alcanzáramos.

—Cuatro —dijo Sorcha antes de poder contenerse—. Cinco si cuento con algo de suerte.

Moira soltó una carcajada, un sonido áspero y seco que resonó contra las paredes del valle.

—Sí. Definitivamente eres hija de Fenella. —Se volvió hacia Cormac —. ¿Dónde la encontraste?

—Con los Elliot. En la frontera.

Algo cambió en la expresión de Moira. La diversión se apagó, reemplazada por algo más frío.

—¿Elliot? ¿Los reivers?

—Diez años con ellos. Desde que era niña.

El silencio que siguió fue denso. Sorcha podía sentir las miradas de los demás, la forma en que la atmósfera había cambiado.

—No elegí estar con ellos —dijo—. Me encontraron. Me quedé porque la alternativa era morir.

—Y ahora estás aquí. ¿Por qué?

—Porque él me trajo. Porque me dijo que quedaba gente. Porque no tenía ningún otro sitio al que ir.

—Tres razones, y ninguna tiene que ver con el clan. Fenella habría dicho algo diferente.

—Fenella está muerta. —Las palabras salieron más duras de lo que pretendía—. Murió hace diez años mientras yo escuchaba, escondida bajo el suelo de nuestra casa. Así que perdone si no sé cuál es la respuesta correcta.

Algo cambió en los ojos de Moira — no exactamente suavizarse, pero sí asentarse.

—No hay respuesta correcta. Pero hay respuestas honestas, y esa lo era. —Se volvió hacia la gente reunida—. Esta es Aileen, hija de Gregor MacGregor de Glen Strae. Ha vuelto.

—Aileen. —El nombre sonó extraño en sus propios oídos—. Me llaman Sorcha.

—¿Sorcha? Un nombre de frontera.

—Un nombre que me mantuvo viva.

—Entonces lo usaremos. Ven. Tenemos que hablar.

La cueva de Moira era más grande de lo que parecía desde fuera. Una habitación principal con un fuego en el centro, cortinas de cuero que separaban espacios más pequeños, pieles en el suelo. Olía a humo de turba y a hierbas secas, un olor que le recordó a algo que

no supo identificar hasta que se dio cuenta: su casa. Olía como había olido su casa antes de que la quemaran.

—Siéntate. Cormac, tú también.

Se sentaron. El fuego crepitaba.

—Cormac dice que eres la última de la línea de Gregor. ¿Es verdad?

—Hasta donde yo sé.

—¿Qué hiciste con los Elliot durante diez años?

Sorcha miró a Cormac. Él le devolvió la mirada sin expresión, esperando.

—Sobreviví. Trabajé en las cocinas, en los establos. Aprendí a montar. Aprendí a usar un cuchillo. —Una pausa—. Aprendí a usarlo bien.

—¿Participaste en incursiones?

—Sí.

—¿Mataste?

—Sí.

—¿MacGregors?

La pregunta la atravesó como una lanza. Càdh Hollow. La mujer pelirroja. Los veintitrés cuerpos.

—No directamente. No que yo supiera.

Moira entrecerró los ojos.

—Esa es una respuesta extraña.

—Hubo... una incursión. —Cada palabra era como arrancar una astilla de carne viva—. En las Highlands. Nos dijeron que eran bandidos. No lo eran.

—¿MacGregors?

—Sí. No lo supe hasta después. Hasta que vi el pelo.

—¿Dónde fue esto?

Sorcha miró a Cormac. Él se había quedado muy quieto, la mandíbula apretada.

—Un valle. Pequeño. No sé el nombre exacto.

—¿Cuándo?

—Hace dos años. Primavera.

El silencio que siguió fue diferente a los anteriores. Más pesado. Más frío. Cormac se había puesto rígido, los nudillos blancos.

—Càdh Hollow —dijo Moira.

Sorcha asintió.

—Veintitrés muertos. Hombres, mujeres, niños. Familias enteras. Borradas en una noche.

—Lo sé.

—¿Qué hiciste exactamente?

—Vigilé el paso norte. Mi trabajo era asegurarme de que nadie escapara.

—¿Y lo hiciste?

Sorcha pensó en el niño. En los ojos de Tomas. En el susurro de pies descalzos corriendo hacia el bosque.

—No. Dejé que uno escapara. Un niño.

Moira se volvió hacia Cormac.

—¿Lo sabías?

—No. —La voz de Cormac era baja, controlada—. Ella nunca mencionó nombres de lugares.

—¿Habrías hecho algo diferente si lo hubieras sabido?

—No lo sé. No lo sé.

Sorcha se levantó. Las piernas le temblaban.

—Puedo irme. Si eso es lo que quieren. No vine aquí a pedir perdón por lo que hice. No hay perdón para eso.

—Siéntate. —La orden de Moira fue tranquila pero firme—. No he terminado.

Sorcha se sentó. No porque quisiera, sino porque las piernas ya no la sostenían.

—Càdh Hollow fue una tragedia. Perdimos a gente que amábamos. Cormac llegó dos días después, demasiado tarde para hacer nada más que enterrar a los muertos.

Sorcha miró a Cormac. Él no la miraba. Tenía la vista fija en el fuego, y algo en su expresión había cambiado, algo que se había cerrado como una puerta.

—Pero tú no mataste a esa gente. Vigilaste un paso. Dejaste que un niño escapara. Y cuando supiste la verdad, te afectó lo bastante para que te atragantes al contarlo.

—Eso no cambia lo que pasó.

—No. Pero cambia lo que tú eres. ¿Sabías que eran MacGregors cuando aceptaste el trabajo?

—No.

—¿Habrías participado si lo hubieras sabido?

—No lo sé. No sé quién era yo entonces. No sé quién soy ahora.

—Eso —dijo Moira— es lo más honesto que has dicho desde que llegaste.

Se levantó y apartó una cortina de cuero, revelando un espacio con pieles amontonadas.

—Dormirás aquí esta noche. Mañana hablaremos más. —Miró a Cormac—. Tú vienes conmigo.

Cormac se levantó sin mirar a Sorcha. Siguió a Moira hacia la salida, y justo antes de desaparecer, se detuvo.

—Mañana —dijo, sin volverse—. Hablaremos mañana.

Y luego se fue, y Sorcha se quedó sola con el fuego y las sombras y el peso de todo lo que acababa de confesar.

Se tumbó en las pieles sin desvestirse, el cuchillo en la mano. El fuego crepitaba, y en algún lugar del valle se oían voces, risas ocasionales. Su gente. O lo que quedaba de ella.

Cerró los ojos. Vio la cara de la mujer pelirroja de Càdh Hollow. Vio los ojos del niño. Vio a Cormac mirando el fuego sin mirarla, esa puerta cerrada en su expresión.

No durmió.

Pero por primera vez en dos años, lloró.

CAPÍTULO 10

Aprender a Quedarse

Asentamiento MacGregor — Tres semanas después

⁂

La rutina la salvó.

No la esperanza ni el perdón ni ninguna de esas cosas que la gente decía que curaban las heridas. La rutina, simple y brutal: despertarse antes del amanecer, ayudar con el ganado, comer lo que hubiera, trabajar hasta que el cuerpo dolía demasiado para pensar. Caer en el jergón cuando oscurecía. Repetir.

Los MacGregors la habían aceptado con una mezcla de reverencia y cautela que Sorcha encontraba insoportable. La reverencia porque era hija de Gregor, porque su pelo rojo era una bandera que no podía arriar, porque para esta gente hambrienta de símbolos ella representaba algo más grande que sí misma. La cautela porque se notaba — claro que se notaba — que había algo roto en ella, algo que no encajaba del todo, algo que miraba demasiado tiempo hacia las montañas como si calculara rutas de escape.

Nadie preguntó. Eso era lo extraño. Nadie le preguntó qué había hecho durante diez años, cómo había sobrevivido, qué precio había pagado. Quizás porque todos habían pagado precios similares. Quizás porque preferían no saber.

Sorcha se levantó antes del alba, como cada mañana, y salió de la casa hacia el frío que mordía. El valle todavía dormía bajo una capa de niebla que se pegaba a la tierra como un sudario, y el único sonido era el del arroyo y el mugido ocasional de alguna vaca que empezaba a despertar.

Cormac estaba donde siempre: junto al corral de caballos, cepillando al semental gris con movimientos lentos que parecían más meditación que trabajo. Llevaba tres semanas encontrándoselo ahí, cada mañana, como si él también necesitara la rutina para sobrevivir.

—Temprano —dijo él sin volverse.

—No podía dormir.

—¿Pesadillas?

—Siempre.

No era mentira. Las pesadillas habían vuelto con fuerza desde que llegó al asentamiento: sueños de la mujer pelirroja de Cràdh Hollow, sueños del niño corriendo hacia el bosque, sueños de su madre arrastrándose hacia el fuego. A veces los tres se mezclaban en algo que no tenía forma ni sentido, solo terror, y Sorcha despertaba con el sabor de ceniza en la boca y el corazón latiendo tan fuerte que podía oírlo.

Cormac le pasó un cepillo sin mirarla.

—Hay una yegua nueva que necesita acostumbrarse a las manos. ¿Te importa?

No le importaba. Era mejor que quedarse quieta, mejor que pensar. Sorcha tomó el cepillo y fue hacia donde una yegua castaña esperaba atada, los ojos demasiado blancos, las orejas girando hacia cada sonido. Nerviosa. Maltratada, probablemente, antes de que llegara aquí.

—Ey. —Sorcha mantuvo la voz baja, sin inflexión—. Tranquila. No voy a hacerte daño.

La yegua resopló pero no se apartó cuando la mano de Sorcha le tocó el cuello. El pelaje estaba sucio, apelmazado en zonas donde nadie se había molestado en cepillar. Empezó a trabajar con movimientos largos y lentos, sin prisas, dejando que el animal se acostumbrara a su presencia.

—Se llama Dìleas —dijo Cormac desde el otro lado del corral—. La encontramos vagando cerca de territorio Campbell hace dos semanas. Marcas de látigo en los flancos.

Dìleas. Leal. Nombre irónico para un animal que alguien había abandonado.

—¿Campbell?

—Probablemente. O quizás solo un granjero con mal temperamento. —Cormac se encogió de hombros—. Da igual. Ahora es nuestra.

Sorcha siguió cepillando. La yegua empezó a relajarse bajo sus manos, la tensión abandonando los músculos poco a poco. Era algo que Angus le había enseñado hacía años, en el campamento Elliot: que los caballos eran como las personas, que respondían a la paciencia mejor que a la fuerza, que ganarse su confianza requería tiempo y consistencia.

Angus. Otro nombre que prefería no recordar. Otro rostro en la lista de gente que había dejado atrás.

—¿En qué piensas?

Sorcha levantó la vista. Cormac la observaba desde el otro lado del corral, el cepillo quieto en la mano.

—En nada.

—Mentira. —No había acusación en su voz, solo constatación—. Pero no tienes que contármelo si no quieres.

Era lo que siempre decía. No tienes que contármelo. No tienes que explicarte. No tienes que ser nada más que lo que eres. Las palabras correctas, pronunciadas en el momento correcto, y aun así Sorcha sentía que cada una de ellas era un anzuelo, una trampa suave que se cerraría a su alrededor cuando menos lo esperara.

—Pensaba en alguien que conocí. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. En el campamento Elliot. Un hombre que me enseñó a montar.

—¿Era bueno contigo?

—A su manera. —Sorcha pasó el cepillo por el lomo de Dìleas, sintiendo la columna vertebral bajo el pelaje—. No me tocó cuando otros lo habrían hecho. No me vendió cuando pudo. Supongo que eso cuenta como bondad, en ese mundo.

—Lo echas de menos.

—No lo sé. —Y era verdad. No sabía si lo que sentía era nostalgia o simplemente la incomodidad de estar en un lugar nuevo, rodeada de gente nueva, sin las estructuras familiares del horror al que se había acostumbrado—. Echo de menos saber quién soy. Allí era Sorcha la reiver. Aquí soy... ¿qué? ¿La hija de Gregor? ¿Un símbolo?

—Eres lo que tú decidas ser.

—Eso es fácil de decir.

—¿Crees que fue fácil para mí? —Cormac dejó el cepillo y cruzó el corral hacia ella. Se detuvo a un metro de distancia, lo bastante cerca para que Sorcha pudiera oler el sudor y el cuero y ese rastro de algo verde, como hierba recién cortada, que siempre lo acompañaba—. Cuando mis padres murieron, tenía catorce años. Pasé dos años viviendo como mendigo antes de encontrar a los mercenarios franceses. Otros tres años matando por dinero antes de volver aquí. —Su voz era plana, sin autocompasión—. No sabía quién era durante mucho tiempo. Quizás todavía no lo sé.

—Pero tú tienes un propósito. Reunir al clan. Recuperar lo que perdimos.

—El propósito vino después. Primero tuve que aprender a quedarme quieto el tiempo suficiente para escucharlo.

Sorcha lo miró. La luz del amanecer empezaba a filtrarse sobre las montañas, tiñendo el cielo de rosa pálido, y la niebla se levantaba del valle como un velo que se retirara. En esa luz, Cormac parecía más joven, las líneas de su cara suavizadas, la cicatriz de la ceja apenas visible.

—¿Y si lo que escucho no me gusta?

—Entonces lo cambias. O aprendes a vivir con ello. —Se encogió de hombros—. No hay más opciones.

No había más opciones. Era lo que ella siempre había sabido, la lección que los Elliot le habían enseñado a golpes: el mundo no ofrecía opciones, solo supervivencia o muerte. Pero viniendo de Cormac sonaba diferente. Sonaba como si todavía quedara espacio para algo más.

—Voy a ver a Tadhg —dijo, porque necesitaba alejarse, porque la cercanía de Cormac le hacía sentir cosas que no quería sentir—. Morna dice que a veces me mira cuando hablo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No.

Cormac asintió sin ofenderse. Se había acostumbrado a sus negativas, a su necesidad de espacio, a las paredes que mantenía levantadas incluso cuando pretendía que no existían. Otra cosa que añadir a la lista de cosas que la hacían sentir culpable: que él fuera tan paciente, tan comprensivo, tan dispuesto a esperar algo que ella no estaba segura de poder darle.

La casa de Morna olía a pan recién horneado, como siempre. Sorcha había empezado a asociar ese olor con este lugar, con el calor de la chimenea y la voz suave de la viuda y el silencio del niño que esperaba en el rincón.

—Has venido temprano. —Morna le abrió la puerta sin sorpresa. Llevaba semanas viniendo cada mañana; la viuda había dejado de preguntar por qué—. El chico está despierto. No ha dormido bien.

—¿Pesadillas?

—Siempre.

La misma respuesta que ella había dado hacía una hora. Sorcha entró y se dirigió hacia el rincón donde Tadhg esperaba, las rodillas contra el pecho, los ojos fijos en algo que solo él podía ver.

Se sentó en el suelo frente a él, a la distancia de siempre: lo bastante cerca para que supiera que estaba ahí, lo bastante lejos para no amenazar. El ritual se había establecido durante las primeras visitas, un acuerdo tácito entre los dos que ninguno había verbalizado.

—Buenos días, Tadhg.

Nada. Los ojos del niño no se movieron.

—Morna dice que no has dormido bien. Yo tampoco. —Sorcha apoyó la espalda contra la pared, dejándose caer en una postura que esperaba pareciera relajada—. He tenido un sueño raro. Soñé que estaba en un bosque y no encontraba la salida. Cada vez que pensaba que veía luz, resultaba ser otro árbol. —Hizo una pausa—. ¿Tú qué has soñado?

No esperaba respuesta. Nunca la esperaba. Pero hablaba de todos modos, porque Morna decía que escuchaba, porque el sonido de una voz era mejor que el silencio, porque quizás — solo quizás — en algún lugar dentro de ese cuerpo pequeño y roto, Tadhg necesitaba saber que alguien estaba ahí.

Habló durante una hora. Le contó cosas sin importancia: cómo había cepillado a Dìleas esa mañana, cómo Alasdair se había caído en un charco de barro y había soltado una retahíla de blasfemias que había hecho reír a todo el asentamiento, cómo el cielo estaba cambiando de color porque pronto llegaría el invierno de verdad. Nada de su pasado. Nada de los Elliot ni de Càdh Hollow ni de las cosas que la perseguían en la oscuridad. Solo palabras pequeñas, inocuas, el tipo de palabras que un niño debería poder escuchar sin que le causaran más daño.

Cuando se levantó para irse, Tadhg movió los ojos.

Solo un instante. Una fracción de segundo en que la miró directamente, en que algo se encendió detrás de esa mirada vacía como una vela en un cuarto oscuro. Luego volvió a perderse, a

hundirse en ese lugar donde vivía cuando no estaba con ellos, pero había sucedido. Sorcha lo había visto.

—Mañana vuelvo —dijo, y no supo si se lo decía a él o a sí misma—. Siempre vuelvo.

Fuera, el sol había terminado de salir y el asentamiento bullía con la actividad de un nuevo día. Sorcha caminó entre las casas sin rumbo fijo, dejando que sus pies la llevaran mientras su mente procesaba lo que acababa de ver.

El niño la había mirado. La había reconocido, quizás. O quizás solo había sido un reflejo, un movimiento sin significado, y ella estaba viendo cosas que no existían porque necesitaba desesperadamente creer que algo de lo que hacía servía para algo.

¿Y si la reconocía de verdad? ¿Y si un día abría la boca y decía que la había visto antes, que recordaba su voz ordenándole que corriera, que sabía exactamente quién era la mujer pelirroja que lo visitaba cada mañana?

El miedo le subió por la garganta como bilis. Se detuvo en medio del camino, respirando hondo, obligándose a calmarse. Si Tadhg hablaba — si alguna vez volvía a hablar — lo que dijera podía destruirla. Pero también podía liberarla. La verdad era así: un cuchillo que cortaba en ambas direcciones.

—¿Sorcha?

Iona estaba a su lado, la chica pecosa que había sido la primera en hablarle sin reverencia ni cautela. Llevaba un cesto de ropa mojada apoyado en la cadera y una expresión de curiosidad que Sorcha había aprendido a reconocer.

—Estás pálida. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo... pensando.

—Piensas demasiado. —Iona cambió el cesto de cadera—. Ven a ayudarme con la colada. Es aburrido pero mantiene las manos ocupadas.

Mantener las manos ocupadas. Era exactamente lo que necesitaba.

El arroyo donde lavaban la ropa estaba en el extremo norte del asentamiento, donde el agua corría más fría y limpia antes de mezclarse con los desechos del resto del valle. Había otras mujeres allí: Sìne la herrera, con las manos enrojecidas del trabajo; una anciana cuyo nombre Sorcha no recordaba; dos chicas jóvenes que cuchicheaban entre ellas y la miraban de reojo.

—No les hagas caso —dijo Iona mientras le pasaba una camisa empapada—. Solo quieren saber si el Cuervo y tú...

—No.

—¿No qué?

—No hay nada entre Cormac y yo.

—Ajá. —El tono de Iona dejaba claro que no se lo creía—. Por eso os pasáis cada mañana juntos en el corral. Por eso él te mira cuando crees que nadie se da cuenta. Por eso tú le miras cuando crees que él no se da cuenta.

—Iona.

—Vale, vale. No hay nada. —Iona escurrió una sábana con más fuerza de la necesaria—. Pero si no hay nada, deberías decírselo a él, porque parece que no ha recibido el mensaje.

Sorcha frotó la camisa contra una piedra con movimientos bruscos. El agua fría le mordía las manos, pero era un dolor familiar, manejable, el tipo de dolor que prefería al que llevaba dentro.

—Es complicado.

—¿Por qué?

—Porque sí. —No podía explicarlo. No podía decir que cada vez que Cormac la tocaba — aunque solo fuera un roce accidental, una mano en el hombro, dedos que se encontraban al pasarse algo — sentía una mezcla de deseo y pánico que la dejaba temblando. No podía decir que quería acercarse pero no podía, porque acercarse

significaba que él vería más, que descubriría la verdad, que el castillo de mentiras que había construido se derrumbaría—. Es complicado y no quiero hablar de ello.

Iona la miró un momento largo. Luego asintió y dejó el tema, pasando a hablar del tiempo que haría esa semana y de los preparativos para el invierno. Sorcha la escuchó a medias mientras terminaba de lavar, agradecida por la distracción, agradecida por una conversación que no exigía nada de ella excepto asentir de vez en cuando.

El resto del día pasó como pasaban todos los días: trabajo, comida, más trabajo. Sorcha ayudó a reparar el techo de una de las casas del borde del asentamiento, sosteniendo las placas de turba mientras un hombre mayor las colocaba en su sitio. Ayudó a ordeñar las cabras, un trabajo que odiaba pero que nadie más quería hacer. Ayudó a preparar la cena en la casa comunal, cortando verduras y removiendo calderos mientras las mujeres mayores la ignoraban con educada indiferencia.

Rutina. Rutina que la salvaba, rutina que la hundía.

Cuando el sol empezó a ponerse y la gente se reunió para cenar, Sorcha buscó un rincón apartado donde comer en silencio. Pero antes de que pudiera sentarse, una mano se cerró sobre su codo.

—Ven conmigo.

Cormac. Por supuesto.

—Estoy cansada.

—Cinco minutos. —Su mano seguía en su codo, no apretando, solo ahí—. Hay algo que quiero enseñarte.

Debería haberse negado. Debería haber insistido en que estaba agotada, que solo quería comer y dormir, que no tenía energía para lo que fuera que él quisiera mostrarle. Pero había algo en su expresión — una mezcla de esperanza y nerviosismo que no le había visto antes — que la hizo dudar.

—Cinco minutos.

Cormac la llevó fuera del asentamiento, por un sendero que subía hacia las montañas. El sol se estaba hundiendo detrás de los picos, tiñendo el cielo de naranja y púrpura, y el aire era tan frío que cada respiración dolía. Caminaron en silencio hasta que llegaron a un saliente de roca que daba al valle, un mirador natural desde el que se veía todo: las casas diminutas, el humo de las chimeneas, el arroyo que brillaba como plata bajo la última luz.

—Aquí es donde vengo cuando no puedo dormir —dijo Cormac—. Cuando las paredes se me caen encima y necesito recordar por qué hago lo que hago.

Sorcha miró el valle. Desde aquí, el asentamiento parecía frágil, vulnerable, un puñado de estructuras de piedra y turba que cualquier tormenta podría borrar del mapa. Pero también parecía real. Vivo. Lleno de gente que se negaba a desaparecer.

—¿Por qué me lo enseñas?

—Porque llevas tres semanas aquí y todavía tienes cara de querer huir. —Cormac se sentó en el borde del saliente, las piernas colgando sobre el vacío—. Porque pensé que quizás, si veías lo que yo veo, entenderías por qué vale la pena quedarse.

Sorcha se sentó a su lado. No muy cerca, pero lo bastante para sentir el calor de su cuerpo contra el frío del atardecer. El valle se extendía debajo de ellos, las primeras estrellas empezando a aparecer en el cielo que oscurecía.

—No quiero huir.

—¿No?

—No. —Y era verdad, descubrió mientras lo decía. No quería huir. Quería quedarse, quería pertenecer, quería que este lugar fuera lo que parecía: un hogar, un refugio, un sitio donde por fin pudiera dejar de correr—. Pero tengo miedo.

—¿De qué?

De ti. De ellos. De mí misma. De lo que pasará cuando descubran la verdad.

—De todo —dijo en voz alta—. De perder esto ahora que lo he encontrado.

Cormac guardó silencio un momento. El viento soplaba entre las rocas, trayendo el olor a brezo y a tierra mojada, y en algún lugar del valle un niño gritaba de risa.

—Yo también tengo miedo —dijo finalmente—. Cada día tengo miedo de que nos encuentren, de que alguien nos traicione, de que todo lo que he construido desaparezca. —La miró de lado—. Pero el miedo no es razón para no intentarlo.

—Para ti es fácil decirlo. No has hecho las cosas que yo he hecho.

—No sabes lo que he hecho.

—Sé que mataste Campbell. Sé que fuiste mercenario. —Sorcha se encogió de hombros—. No es lo mismo.

—¿Lo mismo que qué?

Las palabras se le atascaron en la garganta. Quería contarle. Quería abrir la boca y dejar que saliera todo — Càdh Hollow, los veintitrés muertos, el paso que había vigilado mientras su propia gente moría — pero el terror la paralizaba cada vez que lo intentaba. Porque contarle significaba perderle. Y perderle significaba perder todo lo demás.

—Nada. Olvídalo.

Cormac no insistió. Se quedaron sentados en silencio mientras el sol terminaba de ponerse y el cielo se llenaba de estrellas, dos figuras oscuras contra el resplandor del crepúsculo. El frío arreció, pero ninguno de los dos hizo ademán de levantarse.

—Lo que sea que hayas hecho —dijo Cormac finalmente—, no cambia quién eres ahora. Ni quién puedes llegar a ser.

—No sabes eso.

—No. —Se volvió hacia ella, y sus ojos brillaban a la luz de las estrellas—. Pero quiero creerlo. ¿Es eso suficiente?

Sorcha lo miró. La pregunta flotaba entre ellos, cargada de cosas que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Quiero creerlo. Era más de lo que nadie le había ofrecido nunca. Era más de lo que merecía.

—No lo sé —dijo honestamente—. Pero es un comienzo.

Cormac sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi tímida, tan diferente de la confianza que mostraba normalmente que Sorcha sintió algo retorcerse en su pecho.

—Un comienzo. —Asintió—. Puedo trabajar con eso.

Bajaron del mirador cuando el frío se volvió insoportable. Caminaron juntos de vuelta al asentamiento, hombro con hombro, sin hablar pero sin necesitar hacerlo. Y cuando llegaron a la casa de Sorcha y él se despidió con una inclinación de cabeza, ella se quedó en el umbral un momento, viéndolo alejarse hacia su propia tienda.

Un comienzo.

Quizás eso era todo lo que podía pedir. Quizás eso era suficiente por ahora.

Entró en la casa y cerró la puerta. El fuego se había reducido a brasas, pero todavía daba calor, y el jergón la esperaba en el rincón con sus mantas ásperas y su promesa de descanso.

Esa noche, por primera vez en semanas, Sorcha durmió sin soñar con la mujer pelirroja de Càdh Hollow.

En su lugar, soñó con un valle verde bajo un cielo azul, con un arroyo que brillaba como plata, con una casa de piedra que podía ser suya si se atrevía a quedarse.

No era paz. Todavía no. Pero se parecía más de lo que había sentido en años.

CAPÍTULO 11

Fuego

Asentamiento MacGregor — Seis semanas después

⁂

La tormenta llegó sin aviso, como llegaban todas las tormentas en las Highlands: un muro de agua que convirtió el mundo en ruido blanco y frío que calaba hasta el hueso.

Sorcha estaba en el corral cuando empezó, cepillando a Dìleas, y para cuando quiso correr hacia su casa ya era demasiado tarde. El camino se había convertido en un río de barro que le llegaba a los tobillos, y el viento aullaba tan fuerte que apenas podía mantenerse de pie.

Una mano le agarró el brazo.

—¡Ven!

Cormac. La arrastró hacia el granero antes de que pudiera protestar, cerrando la puerta contra el temporal. El silencio relativo fue un alivio — todavía se oía el rugido de la lluvia contra el techo, pero al menos ya no la sentía atravesándole la ropa.

Estaba empapada. Los dos lo estaban. La camisa de lino de Cormac se le transparentaba sobre el pecho, pegada a los músculos como una segunda piel, y el pelo negro le chorreaba sobre la cara. Sorcha se dio cuenta de que estaba mirando. Apartó la vista.

—Hay mantas. —Cormac fue hacia una pila de tela apilada en un rincón, junto a las pacas de paja—. Quítate eso antes de que te congeles.

—¿Delante de ti?

—Me doy la vuelta.

Lo hizo. Le dio la espalda, sacándose su propia camisa por la cabeza, y Sorcha vio las cicatrices que le cruzaban la espalda — tres líneas blancas paralelas, de algo que parecía un látigo — antes de obligarse a apartar la mirada otra vez.

Se quitó la ropa con dedos torpes. La tela empapada se resistía, pegándose a la piel, y el aire frío le mordió el cuerpo desnudo mientras buscaba la manta. La lana era áspera contra su piel, pero caliente. Se envolvió en ella y se quedó de pie, temblando, mirando la espalda de Cormac.

—Ya puedes girarte.

Se volvió. También llevaba una manta sobre los hombros, pero el pecho le quedaba descubierto: músculos marcados de años de espada, más cicatrices de las que Sorcha podía contar. No era guapo, no de la forma pulida que ella asociaba con la palabra. Era otra cosa. Algo más crudo.

—Hay paja seca ahí atrás. Podemos esperar a que pase lo peor.

Se sentaron en las pacas, a un palmo de distancia, escuchando la tormenta rugir fuera. El granero olía a heno viejo y a algo animal, ese tufo dulzón de los establos que Sorcha había aprendido a ignorar. El único calor venía de sus propios cuerpos, de la proximidad que vibraba entre ellos.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—Estoy bien.

Mentira. Todavía temblaba, y Cormac lo sabía. Lo vio en la forma en que la miró, en ese cálculo silencioso que hacía antes de tomar decisiones.

—Ven aquí.

—¿Qué?

—Calor corporal. —Abrió la manta, haciendo espacio—. No estoy intentando nada. Solo quiero que no te mueras de frío.

Debería haberse negado. Era lo sensato, lo seguro. Pero el frío le dolía en los huesos, y llevaba semanas — meses — luchando contra algo que ya estaba cansada de combatir.

Se movió hacia él.

El calor fue inmediato. El cuerpo de Cormac irradiaba como un fuego, y cuando su brazo le rodeó los hombros, atrayéndola más cerca, Sorcha dejó escapar un sonido que no pretendía hacer. Algo entre suspiro y jadeo.

Él se quedó muy quieto.

—Sorcha.

—No digas nada.

—Tengo que decir algo. —La voz le salió ronca—. Porque si no lo digo ahora, voy a hacer algo que quizás no quieres que haga.

Sorcha levantó la cara hacia él. Estaban tan cerca que podía ver las motas más oscuras en sus ojos grises, la cicatriz de la ceja que brillaba blanca contra la piel, la línea de su mandíbula tensa de control.

—¿Y si quiero que lo hagas?

El silencio duró un latido. Dos.

—No juegues conmigo. —Había algo desesperado en su voz—. No con esto. Llevo semanas...

—Yo también.

Lo besó.

No fue gentil. Sorcha no sabía ser gentil, no después de todo lo que había vivido, y no quería serlo ahora. Le mordió el labio inferior con fuerza suficiente para que él gruñera, y cuando su boca se abrió ella entró con la lengua, buscando, reclamando, sin pedir permiso.

Las manos de Cormac le agarraron la cara. Por un segundo pensó que iba a apartarla, a decir que era demasiado pronto, que tenían que hablar. Pero en lugar de eso la besó de vuelta con la misma ferocidad, inclinándole la cabeza hacia atrás, y el sonido que hizo — grave, casi animal — le vibró contra la boca.

La manta se le resbaló de los hombros. Sorcha no hizo nada por retenerla.

Cormac se apartó lo suficiente para mirarla. Sus ojos bajaron por su cuerpo desnudo — los pechos pequeños, las costillas que se le marcaban, las cicatrices del vientre y los muslos — y Sorcha esperó el momento de rechazo, la duda, el asco que había visto en otros hombres cuando miraban demasiado de cerca.

No llegó.

—Joder. —La palabra le salió como una plegaria—. Eres...

—No termines esa frase. —Le puso los dedos en los labios—. Solo... no pares.

No paró.

La empujó hacia atrás sobre la paja, su cuerpo cubriéndola, y el peso era sólido, real, un ancla contra el vértigo que sentía. Sorcha le clavó las uñas en los hombros mientras él le besaba el cuello, la clavícula, bajando hacia los pechos. Cuando su boca se cerró sobre un pezón, ella arqueó la espalda con un gemido que le habría dado vergüenza en cualquier otro momento.

—He pensado en esto. —Las palabras de Cormac salían contra su piel, calientes y húmedas—. Cada noche. Cómo sabrías. Qué sonidos harías.

—Menos hablar. —Le agarró el pelo, tirando hasta que sus caras quedaron a centímetros—. Más tocar.

Él sonrió. Era una sonrisa oscura, peligrosa, y algo en el vientre de Sorcha se apretó al verla.

—Como quieras.

La mano de Cormac bajó por su costado, sobre las costillas, la cadera, el interior del muslo. Sorcha abrió las piernas sin que él tuviera que pedirlo, y cuando sus dedos encontraron el calor entre ellas se le escapó un sonido agudo, necesitado, casi un sollozo.

—Joder. Estás empapada.

—Desde hace semanas. Por tu culpa.

Él se rio, un sonido bajo que le vibró contra el pecho, y luego dejó de reírse porque sus dedos habían encontrado el punto exacto, y estaban moviéndose en círculos lentos que la hacían perder el control.

—Así no.

—¿No?

—No quiero tus dedos. —Le sostuvo la mirada—. Te quiero a ti. Dentro.

El sonido que hizo Cormac era casi dolor. Se apartó solo lo suficiente para quitarse los pantalones — tirando del cordón con dedos que le temblaban — y cuando volvió a colocarse entre sus piernas Sorcha sintió la dureza de su polla contra el muslo, caliente, pesada, pulsando.

—Mírame.

Lo miró. Los ojos grises estaban casi negros de deseo, pero había algo más en ellos. Algo que se parecía demasiado a la devoción.

—Si quieres parar...

—No quiero parar. Ya te lo he dicho.

—Entonces no voy a preguntar otra vez.

Entró de un solo empuje, largo y profundo, y Sorcha gritó. No de dolor — había algo de eso, la tensión de acomodar su tamaño después de tanto tiempo — sino de alivio. De tener finalmente lo que llevaba semanas imaginando.

Cormac se quedó quieto un momento, la frente apoyada en su hombro, la respiración entrecortada.

—Joder, Sorcha. Joder.

—Muévete.

Se movió.

El ritmo empezó lento, cada embestida un deslizamiento largo que la llenaba hasta que no podía respirar. Pero pronto no fue suficiente — no para ninguno de los dos — y el ritmo se aceleró, se volvió brutal. El sonido húmedo de los cuerpos chocando llenaba el granero, mezclándose con los gemidos de ella y los gruñidos de él y el rugido constante de la tormenta fuera.

Sorcha le clavó las uñas en la espalda. Quería dejarlo marcado. Quería que supiera que esto había pasado, que ella había estado aquí, que algo de esto era real aunque todo lo demás fuera mentira.

—Más fuerte.

Él obedeció. La agarró de las caderas y cambió el ángulo, y el siguiente empuje la alcanzó en un lugar que la hizo ver blanco. Sorcha echó la cabeza hacia atrás, sin importarle quién pudiera oírla, sin importarle nada excepto la presión que crecía en su vientre, el placer que la desarmaba desde dentro.

—Voy a... —No terminó la frase. No podía.

—Lo sé. —Cormac le pasó el pulgar por el punto donde estaban unidos, donde su cuerpo se abría alrededor de él, y eso fue lo que la deshizo. Sorcha se corrió con un sollozo, las paredes apretándose en espasmos que no controlaba.

Él la siguió segundos después. Dos embestidas más, duras, desesperadas, y luego se quedó quieto, derramándose dentro de ella con un gruñido que le vibró contra el cuello.

El silencio después estaba hecho de respiraciones rotas.

Cormac no se apartó inmediatamente. Se quedó dentro de ella, el peso de su cuerpo una presión cálida que Sorcha no quería que terminara. Tenía la cara enterrada en su cuello, y cuando habló su voz estaba amortiguada.

—Debería haberme retirado.

—No me importa.

—Debería importarte.

—Conozco hierbas. Las consigo mañana. —Le pasó los dedos por el pelo, un gesto más tierno de lo que pretendía—. No te preocupes por eso.

Él levantó la cabeza. En la penumbra del granero, su cara brillaba de sudor, y había algo en su expresión que Sorcha no supo leer. Parecía devastado. Parecía feliz.

—Llevo meses queriendo hacer esto.

—Lo sé.

—¿Lo sabías?

—Iona me lo dijo. —Sorcha casi sonrió—. Y no eres tan sutil como crees.

—Intentaba respetar...

—Lo sé. Y lo agradezco. —Le puso un dedo en los labios—. Pero ya no tienes que hacerlo.

Cormac le besó el dedo. Luego la palma. Luego la muñeca, donde el pulso todavía le latía rápido. Salió de ella despacio, y Sorcha sintió el vacío como una pérdida física.

Se tumbó a su lado sobre la paja. La tormenta seguía rugiendo fuera, pero aquí dentro solo estaban ellos dos, el olor a sexo, y el peso del brazo de Cormac sobre su cintura.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En nada.

—Mentira.

Siempre la pillaba.

—Pienso que esto cambia las cosas.

—¿Es malo?

—No lo sé. —Era la respuesta honesta. No sabía si era malo o bueno, si estaba cometiendo un error o salvándose. Solo sabía que su cuerpo todavía vibraba con los restos del placer, y que por primera vez en meses no estaba pensando en Cràdh Hollow.

Pero el pensamiento, una vez invocado, no quiso irse. Cràdh Hollow. Los veintitrés muertos. El niño que no hablaba. La mentira que se pudría debajo de todo esto, debajo del sexo y la intimidad y lo que fuera que estaba empezando a sentir por este hombre.

—Ey. —Cormac le tocó la mejilla—. ¿Dónde te has ido?

—A ningún sitio.

—Otra mentira.

Sorcha cerró los ojos. El calor del cuerpo de Cormac era un ancla, pero no suficiente para mantenerla aquí, no del todo. Parte de ella seguía en aquel valle, hace dos años, vigilando un paso por el que nadie debía escapar.

—Hay cosas que no te he contado.

—Lo sé.

La sorprendió. Abrió los ojos, buscando su cara.

—¿Qué sabes?

—Nada específico. —Cormac le apartó un mechón de pelo de la cara —. Pero sé que cargas algo. Lo veo cuando crees que nadie te mira. Lo veo cuando te quedas callada de pronto, con esa expresión... — Se interrumpió.

—¿Qué expresión?

—De culpa. —La palabra cayó entre ellos como una piedra en agua quieta—. No sé de qué. No es asunto mío hasta que tú decidas que lo sea. Pero sé que hay algo.

Debería contarle. Ahora, mientras todavía estaban desnudos y enredados, mientras la intimidad del momento quizás suavizara el golpe. Debería abrir la boca y dejar que saliera todo: el valle, los cuerpos, el niño que ella había dejado escapar mientras los demás morían.

No pudo.

—Algún día te lo cuento.

—¿Me lo prometes?

—No prometo nada. —Le sostuvo la mirada—. Pero lo intento.

Cormac asintió una vez. No la presionó, no exigió más. Solo la atrajo más cerca, envolviéndola con su cuerpo como si pudiera protegerla de lo que fuera que la perseguía.

No podía. Nadie podía. Pero Sorcha se dejó envolver de todos modos, porque el calor era real y la tormenta seguía rugiendo fuera y mañana tendría que volver a ser quien fingía ser.

Esta noche, solo esta noche, podía ser otra cosa.

Se durmió sin saber que lo hacía, el agotamiento arrastrándola hacia abajo. Y por primera vez en semanas, no soñó con la mujer pelirroja de Cràdh Hollow.

Soñó con manos que la tocaban como si valiera algo. Con una voz que decía su nombre como si significara algo. Con un mundo donde los secretos no existían y el pasado podía enterrarse de verdad.

Era un sueño bonito.

Pero era mentira.

Igual que todo lo demás.

CAPÍTULO 12

Lo Que No Se Dice

Asentamiento MacGregor — Dos meses después

⁂

Tadhg la tocó por primera vez un martes de lluvia fina.

Sorcha estaba sentada en su rincón de siempre, contándole algo sin importancia — cómo Fionnlagh había perdido una apuesta contra Sìne y ahora tenía que hacer sus tareas durante una semana, cómo las cabras se habían escapado otra vez y Duncan había tardado medio día en recuperarlas — cuando sintió algo rozarle los dedos. Bajó la mirada. La mano de Tadhg, pequeña y huesuda, se había movido un centímetro hacia la suya.

Se quedó muy quieta. El corazón le latía en las sienes, pero no hizo ningún movimiento brusco, nada que pudiera asustarlo. Solo dejó la mano donde estaba, palma hacia arriba, una invitación silenciosa.

Los dedos de Tadhg avanzaron otro centímetro. Luego otro. Y finalmente se posaron sobre su palma, ligeros como alas de pájaro, temblando apenas.

Sorcha cerró los ojos. Algo se le rompió en el pecho — algo que llevaba dos años agrietándose, desde aquella noche en el paso norte, desde que empujó a un niño hacia el bosque y le dijo que corriera. No sabía si era alivio o culpa o algo más grande que cualquiera de las dos cosas.

—Hola —susurró, y la voz le salió rota—. Hola, pequeño.

Tadhg no respondió. No la miraba. Pero sus dedos seguían ahí, aferrados a los suyos, y eso era más de lo que nadie había

conseguido en dos años.

Morna apareció en la puerta minutos después, con un cuenco de gachas en las manos. Se detuvo en seco al ver la escena.

—Dios santo. —El cuenco tembló en sus manos—. Nunca... en dos años, nunca ha...

—Lo sé.

—¿Cómo lo has conseguido?

Sorcha no tenía respuesta. Solo había hablado, día tras día, semana tras semana, sin esperar nada a cambio. Quizás el niño había sentido algo en ella que reconocía. Quizás había decidido que era segura. O quizás — y esta era la posibilidad que la mantenía despierta por las noches — quizás la había reconocido de verdad, de aquella noche en el bosque, y esto era su forma de decirle que lo sabía.

—Solo hablé —dijo—. Eso es todo.

Morna dejó el cuenco sobre la mesa y se acercó despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper el momento. Se arrodilló junto a Sorcha, mirando al niño con ojos húmedos.

—Tadhg. Cariño. ¿Puedes oírme?

Nada. Los ojos del niño seguían perdidos en ese lugar lejano donde vivía cuando no estaba con ellos. Pero su mano seguía sobre la de Sorcha, y eso era un milagro, aunque fuera uno pequeño.

—Tengo que decírselo a Cormac —dijo Morna—. Lleva meses preguntando por el chico.

—Espera. —Sorcha no sabía por qué lo dijo. Solo sabía que no quería que este momento se convirtiera en otra cosa, en prueba de algo, en símbolo—. Dale unos días. Que se acostumbre.

—Pero...

—Por favor.

Morna la miró un momento largo. Había preguntas en sus ojos —siempre había preguntas en los ojos de todos cuando miraban a Sorcha — pero no las hizo.

—Unos días —concedió—. Pero si sigue mejorando, Cormac tiene que saberlo.

Sorcha asintió. No confiaba en su voz para decir más.

Cuando finalmente se fue, una hora después, los dedos de Tadhg habían vuelto a su regazo y él había vuelto a ese lugar interior donde nadie podía alcanzarlo. Pero algo había cambiado. Un puente se había construido, frágil como hielo fino, y Sorcha sabía que tendría que cruzarlo aunque no quisiera ver lo que había al otro lado.

Encontró a Cormac en el mirador, como siempre hacía cuando quería pensar. El sol se estaba poniendo detrás de las montañas, pintando el cielo de naranja y púrpura, y él estaba sentado en el borde del precipicio con las piernas colgando sobre el vacío.

—¿Puedo? —preguntó ella.

—Siempre.

Se sentó a su lado. El viento le echaba el pelo sobre la cara, y olía a brezo y a algo que podía ser lluvia acercándose. Desde aquí el asentamiento parecía diminuto, frágil, un puñado de casas aferradas a un valle que el mundo había olvidado.

—He estado con Tadhg —dijo.

—Lo sé. Vas cada día. —Cormac le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia su costado—. ¿Cómo está?

—Hoy... hoy me ha tocado la mano.

Él se quedó muy quieto.

—¿Qué?

—Lo que he dicho. Ha puesto la mano sobre la mía. Solo un momento, pero... —Se encogió de hombros—. Es algo.

—Es más que algo. —Cormac se volvió hacia ella, y había algo en su expresión que Sorcha no supo leer—. En dos años nadie ha conseguido que reaccione a nada. Y tú vienes, le hablas durante unas semanas, y...

—Han sido meses. No semanas.

—El tiempo no importa. Lo que importa es que lo has conseguido. —Le tomó la cara entre las manos, obligándola a mirarlo—. ¿Por qué no pareces feliz?

Porque estoy aterrada. Porque si sigue mejorando, si un día habla, puede que diga cosas que me destruyan. Porque todo esto está construido sobre una mentira y cuanto más me acerco a la verdad, más daño haré cuando caiga.

—Estoy feliz —dijo en voz alta—. Solo... cansada.

—Mentira.

Siempre la pillaba. Era una de las cosas que más odiaba de él. Una de las que más quería.

—No me presiones, Cormac.

—No te estoy presionando. —Le soltó la cara, pero no se apartó—. Solo te estoy diciendo que sé que hay algo. Algo que cargas. Y cuando estés lista para contármelo, estaré aquí.

—¿Y si no estoy lista nunca?

—Entonces seguiré aquí de todos modos.

Las palabras deberían haberla reconfortado. En cambio, le cayeron encima como piedras, el peso de una promesa que no sabía si podía aceptar. Cormac no sabía lo que estaba prometiendo. No sabía que el secreto que ella guardaba podía destruir todo lo que habían construido, no solo entre ellos sino en todo el asentamiento. Si los MacGregors supieran que había ayudado a matar a veintitrés de los suyos...

—Bésame —dijo, porque era más fácil que hablar.

Él obedeció. El beso fue lento esta vez, sin la urgencia de otras noches, y Sorcha se perdió en él porque era lo único que sabía hacer: escapar del dolor hundiéndose en el placer, construir paredes de carne y sudor entre ella y la verdad que no quería enfrentar.

—Ven —dijo Cormac cuando se separaron—. Hace frío aquí arriba.

Lo siguió de vuelta al asentamiento. El sol se había hundido del todo y las primeras estrellas aparecían en el cielo, puntos de luz contra la oscuridad creciente. Los sonidos de la vida nocturna los rodeaban: voces que se despedían, puertas que se cerraban, el mugido ocasional de alguna vaca.

Paz. Eso era lo que parecía. Paz después de años de guerra.

Pero Sorcha sabía que la paz era mentira. Siempre lo era.

Esa noche, en la casa de Cormac, él la desvistió despacio. Besó cada cicatriz como si pudiera borrarlas con la boca, y cuando finalmente entró en ella lo hizo tan lento que Sorcha tuvo que morderse el labio para no suplicar. Después se quedaron enredados bajo las mantas, el fuego reduciéndose a brasas, y Cormac le dibujó círculos en la espalda con los dedos.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En que no me merezco esto.

Los dedos se detuvieron un momento. Luego siguieron su recorrido, círculo tras círculo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad.

—No lo es. —Cormac le besó la coronilla—. Has sobrevivido cosas que habrían destruido a cualquier otro. Has llegado hasta aquí. Eso ya te hace merecedora de todo lo que quieras tomar.

Sobrevivir. Era lo que todos le decían, como si sobrevivir fuera suficiente, como si el mero hecho de seguir respirando la redimiera de las cosas que había tenido que hacer para conseguirlo. Pero

sobrevivir no era heroísmo. A veces sobrevivir era cobardía. A veces era traición.

A veces era vigilar un paso mientras otros morían y no hacer nada para impedirlo.

—Cuéntame algo de ti —dijo, porque necesitaba cambiar de tema—. Algo que no sepa.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Tu infancia. Tu familia. Cómo te hiciste esa cicatriz de la ceja.

Cormac guardó silencio un momento. Su mano seguía moviéndose sobre la espalda de ella, círculos lentos, hipnóticos.

—La cicatriz fue un Campbell —dijo finalmente—. Tenía dieciséis años. Era la primera vez que mataba a alguien.

—¿Qué pasó?

—Nos encontraron. A mi madre y a mí. Estábamos escondidos en una granja abandonada, esperando a que pasara una patrulla. Pero no pasó. Entraron. —La mano se detuvo—. Mi madre me empujó detrás de ella. Tenía un cuchillo de cocina, nada más. Contra tres hombres armados.

Sorcha se quedó muy quieta. Podía imaginar la escena: una mujer sola, un hijo al que proteger, la certeza de lo que iba a pasar.

—Le cortaron la garganta delante de mí. —La voz de Cormac era plana, sin emoción, el tono de alguien que ha contado esta historia demasiadas veces para que todavía duela—. Y luego vinieron a por mí. El primero me pilló con la espada de mi madre — ella siempre llevaba una escondida, además del cuchillo. La hoja le atravesó el vientre. No sabía que iba a ser tan fácil.

—¿Y los otros dos?

—El segundo me hizo esto. —Se tocó la cicatriz—. La espada me pasó rozando cuando me agaché. Un centímetro más abajo y me

habría partido la cabeza. Le maté antes de que pudiera intentarlo otra vez.

—¿Y el tercero?

—Huyó. —Algo se tensó en la voz de Cormac—. Lo encontré tres años después, en Stirling. Vivía como comerciante, tenía mujer e hijos. Esperé a que estuviera solo y le corté la garganta igual que él había hecho con mi madre. —Una pausa—. No sentí nada. Había pensado que sentiría... no sé. Alivio, quizás. Justicia. Pero solo sentí frío.

Sorcha giró la cabeza para mirarlo. En la oscuridad apenas distinguía sus facciones, pero podía sentir la tensión en su cuerpo, la rigidez que no había estado ahí un momento antes.

—¿Te arrepientes?

—De matarlo, no. De no haber sentido nada... quizás. —Cormac volvió a mover la mano, retomando los círculos—. Hay una parte de mí que murió esa noche, con mi madre. La parte que creía en la justicia, en el bien y el mal, en que el mundo tenía algún tipo de orden. Lo que quedó después era algo más simple. Más frío.

—¿Y qué eres ahora?

—Ahora soy esto. —Le besó la frente—. Un hombre que hace lo que puede con lo que tiene. Que intenta proteger a los suyos. Que a veces consigue dormir sin pesadillas.

—Yo no duermo sin pesadillas.

—Lo sé. Te he oído algunas noches.

Sorcha no respondió. No sabía qué decía en sueños, qué nombres gritaba, qué secretos se le escapaban cuando no podía controlarlos. La idea de que Cormac la hubiera oído — de que pudiera haber oído algo que la delatara — le provocó un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

—¿Qué digo?

—Nombres, a veces. Mairead. Tomas. —Una pausa—. Mamá.

Los nombres de sus hermanos. El nombre que nunca pronunciaba despierta. Sorcha cerró los ojos con fuerza, sintiendo la presión detrás de los párpados que precedía a las lágrimas.

—No hablo de ellos.

—Lo sé.

—Murieron. Todos. Mi padre, mi madre, mis hermanos. Los Campbell vinieron y... —Se interrumpió. Esto lo había contado antes, a medias, en fragmentos. Pero nunca completo. Nunca con detalles—. A mi hermana Mairead la violaron delante de mí. Tenía trece años. Yo tenía nueve.

La mano de Cormac se quedó quieta sobre su espalda.

—A mi madre la marcaron. Con hierro candente. Una M en la mejilla, para que todos supieran que era MacGregor aunque intentara esconderse. —La voz le salía plana, distante, como si hablara de algo que le había pasado a otra persona—. Me escondió debajo del suelo mientras la casa ardía. Me hizo prometer que sobreviviría. Y luego se arrastró hacia el fuego para que no pudieran usarla contra mí.

—Sorcha...

—No me interrumpas. —Necesitaba decirlo. Necesitaba que alguien lo supiera, aunque fuera solo esta parte, aunque el resto siguiera enterrado—. Tenía nueve años. Vi morir a toda mi familia. Y después me encontraron los Elliot, y pasé diez años aprendiendo a ser alguien que mi madre no habría reconocido. Alguien que robaba y mataba y miraba hacia otro lado cuando pasaban cosas que no podía soportar.

—Eras una niña.

—Y luego dejé de serlo. —Se giró para mirarlo—. No soy inocente, Cormac. No soy víctima. Hice cosas. Cosas horribles.

—Todos hemos...

—No. —Le puso la mano en los labios para silenciarlo—. No digas que todos hemos hecho cosas. Tú mataste Campbell. Mataste a los que te hicieron daño. Lo que yo hice fue... diferente.

Estaba al borde del precipicio. Un empujón más y lo diría todo: Càdh Hollow, los veintitrés cuerpos, el niño que dormía en casa de Morna porque ella no había sido lo bastante valiente para detener lo que estaba pasando. Las palabras le quemaban la garganta, pugnando por salir.

Pero no las dejó salir.

—Algún día te lo cuento —dijo en cambio, y era la misma promesa vacía de siempre—. Pero no esta noche.

Cormac la estudió un momento largo. Había preguntas en sus ojos, las mismas preguntas que siempre había, pero una vez más no las hizo.

—Cuando estés lista —dijo—. Pero que sepas una cosa: no hay nada que puedas contarme que cambie lo que siento por ti. Nada.

No sabes eso, quiso gritar. No tienes ni idea de lo que soy capaz de destruir.

Pero no lo dijo. En su lugar cerró los ojos y dejó que él la envolviera con su cuerpo, que el calor la arrastrara hacia el sueño. Y cuando las pesadillas vinieron — siempre venían — esta vez no gritó nombres.

Esta vez soñó con el niño del bosque. Con sus ojos enormes mirándola mientras ella le decía que corriera. Con el sonido de gritos que llegaba desde el valle mientras él desaparecía entre los árboles.

Y en el sueño, el niño se volvió justo antes de desaparecer. Abrió la boca.

Habló.

Pero Sorcha se despertó antes de oír lo que decía. Se quedó mirando el techo de vigas ennegrecidas de humo, el brazo de Cormac todavía sobre su cintura, el latido de su corazón calmándose poco a poco.

Afuera estaba amaneciendo. Otro día en el asentamiento. Otro día de mentiras y medias verdades y el peso de algo que tarde o temprano la aplastaría.

Se levantó sin despertar a Cormac. Se vistió en silencio. Salió hacia el frío de la mañana, donde la niebla todavía se aferraba al valle y el mundo parecía nuevo, lavado, sin manchas.

Pero las manchas estaban ahí. Siempre estaban ahí.

Solo que nadie las veía excepto ella.

CAPÍTULO 13

El Precio de la Paz

Asentamiento MacGregor — Tres meses después de su llegada

⁂

El explorador llegó al amanecer, con el caballo reventado de espuma y la cara gris de agotamiento.

Sorcha lo vio desde el corral, donde cepillaba a Dìleas como hacía cada mañana. El jinete cruzó el asentamiento sin detenerse, directo hacia la casa de Alasdair, y la urgencia de sus movimientos le erizó el vello de los brazos. Algo malo. Las noticias que llegaban así, con caballos medio muertos y hombres que no paraban a beber agua, siempre eran malas.

Dejó el cepillo y fue hacia la casa del jefe. Otros habían tenido la misma idea: Fionnlagh salía de la herrería limpiándose las manos en el delantal, Morna asomaba desde su puerta, y Cormac ya estaba subiendo los escalones de piedra cuando Sorcha llegó.

Dentro, Seumas hablaba entre jadeos.

—Campbell. Tres días al sur. Una partida de caza, dicen, pero llevan demasiados hombres para cazar ciervos. Veinte, quizás más.

El silencio que siguió fue denso, cargado.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó Cormac.

—No directamente. Pero se acercan. —Seumas se enderezó—. Y hay algo más. Preguntan por una mujer. Pelirroja. Dicen que pagan bien por información.

El frío le bajó por la columna como agua de deshielo. Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia ella.

—La hija de Gregor MacGregor —dijo Alasdair. No era una pregunta.

—Eso parece. Los Campbell saben que está viva. Y la quieren.

—¿Por qué? —La voz de Sorcha sonó más firme de lo que se sentía —. Mi padre lleva muerto trece años. ¿Qué valor tengo para ellos?

—Eres un símbolo. —Cormac se había acercado a ella—. La última hija de la línea principal. Mientras existas, los MacGregor tienen una bandera alrededor de la cual reunirse.

—No soy ninguna bandera.

—No importa lo que seas. Importa lo que representas. —Alasdair se dejó caer en su silla—. La cuestión es qué hacemos ahora.

La discusión duró horas. Hubo voces que pedían huir, otras que exigían quedarse y luchar, y otras que sugerían enviar a Sorcha lejos mientras el resto permanecía.

—No. —Fue lo único que dijo Sorcha—. No voy a huir mientras otros se quedan a morir por mí.

Alasdair la estudió un momento largo. Luego asintió.

—Entonces nos quedamos todos. —Se volvió hacia Cormac—. Refuerza las guardias. Quiero exploradores en cada paso. —Y a Sorcha—: ¿Sabes luchar?

—Sé matar.

—No es lo mismo.

—Eso me han dicho.

—Cormac. Enséñale lo que necesita saber.

Empezaron esa misma tarde.

El claro que Cormac eligió estaba al norte del asentamiento, donde el terreno se aplanaba lo suficiente para maniobrar. Había traído dos

espadas de entrenamiento — madera pesada envuelta en cuero.

—Muéstrame lo que sabes —dijo.

Sorcha cogió una de las espadas. El peso era diferente al de un cuchillo, pero no incómodo.

Atacó.

Cormac bloqueó el golpe sin esfuerzo, desvió el segundo, y con el tercero la desarmó. La espada salió volando de su mano.

—Demasiado directa —dijo él—. Atacas como si tuvieras un cuchillo. Una espada necesita más espacio.

—Nunca he usado una espada.

—Se nota. Otra vez.

Lo intentó de nuevo. Y otra vez. Y otra. Cada intento terminaba igual: desarmada, derribada, o con la punta de la espada de Cormac en la garganta. La frustración le ardía en el pecho.

—Descansa —dijo Cormac después de la décima caída.

—No necesito descansar.

—Estás temblando.

Era verdad. Se dejó caer sobre la hierba, la espalda contra un tronco caído.

Cormac se sentó a su lado.

—No vas a aprender en un día.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Días. Semanas. Quizás los Campbell pasen de largo.

—No lo crees.

—No. —La miró—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Acabas de desarmarme diez veces. Te has ganado el derecho.

—¿Por qué te quedaste? Cuando Alasdair sugirió que te fueras, habrías estado más segura.

Sorcha arrancó una brizna de hierba.

—Porque huir es lo que siempre he hecho. Huir de los Campbell cuando era niña. Huir de los Elliot. Estoy cansada de huir.

—Hay una diferencia entre huir y sobrevivir.

—¿La hay?

—Huir es dejar algo atrás porque te da miedo enfrentarlo. Sobrevivir es tomar la decisión que te mantiene viva para luchar otro día.

Sorcha guardó silencio. Pensaba en todas las veces que había corrido, en todas las decisiones que había tomado. ¿Cuántas habían sido supervivencia y cuántas cobardía?

—Càdh Hollow —dijo, y la palabra le salió antes de poder pensarlo.

Cormac se tensó.

—¿Qué pasa con Càdh Hollow?

Estaba al borde otra vez. Un paso más y caería. Pero el miedo le cerró la garganta.

—Nada. —Se puso de pie—. ¿Seguimos?

Cormac la estudió un momento largo. Pero no preguntó.

—Seguimos.

Entrenaron hasta que el sol empezó a bajar. Sorcha mejoró — no mucho, pero lo suficiente para bloquear algunos golpes, para mantener la espada en la mano más de tres segundos.

De vuelta en el asentamiento, fue directa a casa de Morna. Llevaba días sin ver a Tadhg, y algo tiraba hacia el niño.

Morna la recibió con expresión preocupada.

—No ha comido hoy. Ni ayer. Está peor desde que dejaste de venir.

La culpa la golpeó como un puño.

—Lo siento. He estado...

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe. —Morna le hizo un gesto hacia el interior—. Está en su rincón.

Sorcha entró. Tadhg estaba donde siempre, acurrucado contra la pared, los ojos perdidos en la nada.

Se sentó frente a él.

—Hola, Tadhg. Siento no haber venido. Han pasado cosas. —Se quedó mirando sus manos—. Hay gente mala que quiere encontrarnos. Los Campbell. ¿Sabes quiénes son?

Algo cambió en la cara del niño. Un parpadeo. Una tensión en la mandíbula.

—Sí sabes —dijo despacio—. Claro que sabes.

Los Campbell habían ordenado el ataque a Càdh Hollow. Por supuesto que el niño sabía quiénes eran.

—No voy a dejar que te hagan daño. —Las palabras le salieron antes de pensarlas—. ¿Me oyes? No voy a dejar que nadie te haga daño.

La mano de Tadhg se movió. Solo un centímetro. Hacia ella.

Sorcha puso la suya en el suelo, palma hacia arriba, esperando.

Los dedos del niño tocaron los suyos. Fríos y huesudos. Se cerraron alrededor de su mano con una fuerza que sorprendía en algo tan pequeño.

No dijo nada. Tadhg tampoco. Pero se quedaron así, las manos unidas, mientras la luz se apagaba fuera.

Esa noche, en casa de Cormac, Sorcha no pudo dormir.

Él dormía a su lado, la respiración profunda y regular. Pero ella miraba el techo de vigas ennegrecidas, pensando.

Los Campbell venían. Buscaban a la hija de Gregor MacGregor. Y cuando llegaran, todo lo que había construido aquí se derrumbaría.

Pero quizás, pensó en la oscuridad, eso era lo que se merecía. Quizás la llegada de los Campbell era un tipo de justicia: el pasado alcanzándola. Había participado en la muerte de veintitrés MacGregors. ¿No era justo que ahora pusiera en peligro a ciento cuarenta más?

No. No era justo. Nada de esto era justo. Pero ¿cuándo lo había sido?

Se levantó sin despertar a Cormac. Se vistió en silencio. Salió hacia la noche.

El mirador estaba vacío. Se sentó en el borde con las piernas colgando sobre el vacío.

El valle dormía debajo. Casas diminutas, humo de chimeneas, el arroyo que brillaba bajo las estrellas. Ciento cuarenta personas que ahora estaban en peligro porque ella estaba aquí.

Podía irse. Todavía podía. Dejar que los Campbell la persiguieran lejos del valle, dar a esta gente la oportunidad de seguir viviendo en paz.

Pero Tadhg le había cogido la mano. Y Cormac dormía confiando en que ella estaría ahí al amanecer.

¿Y si les contaba la verdad?

La idea la atravesó como un relámpago. ¿Y si les decía lo que había hecho? ¿Y si dejaba que la echaran, que la odiaran? Sería más limpio que esta mentira constante.

Pero también sería el fin. De todo.

No estaba preparada para eso. Todavía no.

Un ruido de pasos detrás de ella.

—¿No podías dormir? —preguntó Cormac.

—¿Tú?

—Me desperté y no estabas. —Se sentó a su lado—. Supuse que estarías aquí.

—Estaba pensando en si debería irme.

—¿Has cambiado de opinión?

—No. Solo pensaba. —Se volvió hacia él—. ¿Alguna vez piensas en cuántas personas has puesto en peligro? ¿Con todo esto?

—Cada día.

—¿Y cómo lo soportas?

—Porque la alternativa es peor. Si no hiciera nada, los MacGregor seguirían dispersos, muriendo de uno en uno. Al menos así tienen una oportunidad.

—¿Y si esa oportunidad los mata?

—Entonces mueren luchando, no arrastrándose. —Le tomó la mano —. Hay cosas peores que la muerte. Tú lo sabes mejor que nadie.

Lo sabía. Claro que lo sabía.

—Ven. —Cormac se puso de pie—. Volvamos. Mañana tenemos que entrenar.

Lo siguió de vuelta al asentamiento. El camino estaba oscuro, pero él conocía cada piedra, y ella confiaba en sus pasos aunque no pudiera ver los suyos propios.

Confiaba en él.

Era eso lo que más le dolía. Que confiara en ella también, sin saber que esa confianza estaba construida sobre mentiras.

En la casa, Cormac la envolvió con su cuerpo y ella cerró los ojos. El calor de él la rodeaba, sólido y real. Por un momento pudo fingir que todo estaría bien. Que los Campbell no vendrían. Que el secreto nunca saldría a la luz.

Era un sueño bonito.

Pero ella ya había aprendido que los sueños bonitos eran los primeros en romperse.

CAPÍTULO 14

Sangre de los Nuestros

Asentamiento MacGregor — Una semana después

⁂

El cuerno de alarma la despertó antes del amanecer.

Sorcha estaba en pie antes de que el eco terminara de rebotar contra las montañas, el cuerpo moviéndose por instinto mientras la mente todavía luchaba por despertar. Tres toques cortos seguidos de uno largo. Había aprendido las señales: ataque inminente.

—Los Campbell. —Cormac ya se vestía, los movimientos rápidos de alguien que había hecho esto demasiadas veces—. Han pasado la guardia del sur.

—¿Cómo?

—No lo sé. —Le lanzó el cinturón con su cuchillo—. Vamos a averiguarlo.

Afuera, el asentamiento era un caos organizado. Hombres corrían hacia las posiciones defensivas. Mujeres y niños se movían en dirección opuesta, hacia las cuevas en la ladera norte. El cielo clareaba por el este, gris pálido que prometía un día frío.

—¡Cormac! —Fionnlagh venía corriendo, un hacha en la mano—. Son más de veinte. Quizás treinta. Han matado a Seumas y a los otros dos guardias.

Seumas. El explorador que había traído las noticias. Otro nombre para los muertos.

—¿Por dónde vienen?

—Por el paso sur. Minutos.

Cormac maldijo. Su mano encontró la de Sorcha.

—Ve con las mujeres. A las cuevas.

—No.

—Sorcha...

—Dije que no. —Se soltó—. Entrené para esto.

Cormac la miró un momento. Había miedo en sus ojos, y algo más que podía ser orgullo o desesperación.

—Entonces quédate cerca de mí.

Los Campbell aparecieron entre la niebla como espectros. Sombras que se solidificaban en hombres armados, caballos resoplando, metal brillando. Más de treinta contra quince MacGregors en edad de luchar.

Al frente cabalgaba un hombre de pelo canoso y armadura pulida, el tartán Campbell cruzándole el pecho. Desmontó con la calma de quien sabe que tiene ventaja.

—MacGregors. —Su voz era fuerte, entrenada para campos de batalla—. Sabéis por qué estamos aquí.

Alasdair dio un paso adelante. El viejo llevaba una espada que parecía demasiado pesada para él.

—Mi respuesta es la misma que habría dado hace treinta años: podéis iros al infierno.

El Campbell sonrió. No era una sonrisa agradable.

—Queremos a la mujer. A la hija de Gregor. Entregadla y os dejaremos en paz.

—Mientes. —La voz de Cormac era hielo—. Los Campbell no dejan supervivientes.

—El hijo de Fergus. El niño que huyó mientras su madre moría. —El Campbell inclinó la cabeza—. Tienes razón. No vamos a dejaros en paz. Pero si entregáis a la mujer, las muertes serán rápidas.

Sorcha dio un paso adelante antes de saber lo que hacía.

—¿Me buscas a mí? Aquí estoy.

El Campbell la estudió con ojos de halcón.

—El pelo rojo. Sí, eres tú. Gregor MacGregor tenía el mismo pelo. Le corté la cabeza yo mismo, hace trece años.

El mundo se detuvo. Sorcha miró al hombre que había matado a su padre y sintió algo que había olvidado que existía. No era miedo ni culpa ni desesperación.

Era rabia.

—Entonces entenderás por qué no pienso rendirme.

El Campbell suspiró.

—Como queráis. —Levantó una mano. La dejó caer.

Los Campbell cargaron.

Lo que siguió fue caos.

Cormac la empujó detrás de él cuando el primer jinete llegó. Su espada encontró el vientre del caballo y el animal se derrumbó con un chillido que no parecía de este mundo. El jinete cayó. Cormac lo remató antes de que pudiera levantarse.

—¡Muévete! —gritó—. ¡No te quedes quieta!

Se movió.

El primer hombre que vino hacia ella era grande, el doble de su tamaño, con un hacha que habría podido partirla en dos. Pero era lento. Los años con los Elliot le habían enseñado a leer el cuerpo de un oponente, a ver el golpe antes de que llegara. El hacha bajó hacia donde había estado su cabeza. Sorcha ya no estaba ahí.

El cuchillo encontró el hueco bajo su axila. El hombre gritó, el hacha cayendo de dedos que ya no respondían. Sorcha retorció la hoja y tiró. La sangre le salpicó la cara, caliente y salada.

No se detuvo a verlo morir. Ya venía otro.

El segundo era más rápido. La espada le rozó el brazo antes de que pudiera apartarse. Sorcha rodó por el suelo, barro en la boca, y cuando se levantó el hombre ya estaba encima de ella.

El cuchillo le entró por la ingle. El hombre hizo un sonido húmedo y se dobló. Sorcha le quitó la espada de la mano antes de que cayera del todo.

Era más pesada que las de entrenamiento. Más real.

Pero servía.

A su alrededor, la batalla era un torbellino de metal y gritos. Vio a Fionnlagh derribar a un jinete, a Alasdair parando un golpe que debería haberlo matado, a hombres cuyos nombres apenas conocía cayendo bajo espadas Campbell. Los MacGregor luchaban bien, pero eran menos. Mucho menos.

Y entonces lo oyó.

Un grito. Agudo, aterrorizado. Un grito de niño.

Tadhg.

Se volvió hacia el sonido. Al borde del asentamiento, dos Campbell habían cortado la huida de un grupo de mujeres y niños. Morna estaba en el suelo, sangre en la cara, y Tadhg estaba de pie junto a ella, completamente expuesto.

No pensó. Corrió.

El primer Campbell la vio venir demasiado tarde. La espada de Sorcha le entró por el costado, torpe pero efectiva. El segundo se volvió hacia ella, pero era joven, demasiado joven, y dudó un segundo al ver que era una mujer.

Ese segundo le costó la vida.

El cuchillo le entró por la garganta. El muchacho se agarró el cuello con las manos, tratando de contener lo que no podía contenerse, y Sorcha lo dejó caer mientras corría hacia Tadhg.

El niño la miraba. Por primera vez desde que lo conocía, la miraba directamente, con ojos que no estaban perdidos en ningún lugar lejano. Había terror en esos ojos, y reconocimiento.

—Ven. —Le tendió la mano—. Ven conmigo.

Tadhg no se movió.

—Por favor. —La voz le tembló—. Tenemos que irnos.

El niño bajó la mirada hacia su mano. Luego la subió hacia su cara. Y despacio, tan despacio que Sorcha pensó que lo estaba imaginando, sus dedos se cerraron alrededor de los suyos.

Lo cogió en brazos y corrió.

El peso del niño era ligero, demasiado ligero, y su corazón latía contra el pecho de ella como un pájaro asustado. Corrió entre las casas, esquivando cuerpos, y cuando llegó al sendero de las cuevas, Tadhg todavía no había soltado su mano.

Las mujeres la recibieron en la entrada. Iona cogió a Tadhg de sus brazos.

—¿Cómo va?

—Estamos perdiendo. Creo.

—Tienes que quedarte aquí. Estás herida.

—No puedo. Cormac está ahí abajo.

Ya estaba corriendo de vuelta.

El asentamiento era un matadero. Cuerpos por todas partes, más Campbell que MacGregor, pero MacGregors también, demasiados. El combate se había concentrado en el centro, donde un puñado de hombres todavía luchaba alrededor de Alasdair y Cormac.

El líder Campbell estaba ahí, todavía a caballo, observando. Cuando vio a Sorcha, algo cambió en su cara.

—Ahí está. ¡Cogedla viva!

Tres hombres se volvieron hacia ella.

Sorcha levantó la espada. Estaba cubierta de sangre y los brazos le temblaban. Pero no iba a huir.

El primero llegó antes de que estuviera preparada. Bloqueó el golpe, pero la fuerza la hizo retroceder. Cayó de espaldas en el barro, la espada resbalando de sus dedos.

—Viva, dice el jefe. —El hombre se cernió sobre ella con una sonrisa —. Pero eso no significa entera.

La espada de Cormac le atravesó el pecho desde atrás.

El hombre miró hacia abajo, hacia la hoja que le salía del esternón. Luego cayó, y Cormac estaba ahí, tendiéndole la mano.

—Te dije que te quedaras cerca de mí.

—Tadhg estaba en peligro.

—¿Está bien?

—En las cuevas.

Un grito les hizo volverse. El líder Campbell había desmontado y se abría paso hacia ellos. A su espalda, Alasdair yacía en el suelo, inmóvil.

—No. —La palabra le salió a Sorcha como un gruñido—. No...

—Quédate aquí. —Cormac apretó su mano y se giró hacia el Campbell—. ¡Murdoch Campbell! ¿Me enfrentas a mí o solo sabes matar viejos y niños?

El Campbell sonrió.

—Tu madre suplicó antes de morir. ¿Lo sabías? Suplicó por tu vida.

Cormac no respondió. Atacó.

El duelo fue brutal. Los dos hombres eran buenos, y sus espadas chocaban con fuerza suficiente para sacar chispas. Sorcha quería ayudar, pero cualquier intervención podría distraer a Cormac.

Los Campbell supervivientes se habían detenido para ver. Los MacGregors también. Como si el mundo contuviera el aliento.

Cormac era más joven, más rápido. Pero Murdoch era despiadado: golpes bajos, arena a los ojos, movimientos diseñados para herir más que para matar limpiamente.

Cuando la espada de Murdoch encontró el muslo de Cormac, Sorcha gritó.

Cormac cayó de rodillas. La sangre manaba de la herida, demasiada sangre, empapando los pantalones. Levantó la espada para bloquear, pero la fuerza se le escapaba.

—Esperaba más. —Murdoch sonaba decepcionado—. Pero supongo que todos los MacGregor sois iguales. Débiles.

Levantó la espada para el golpe final.

Sorcha cogió la piedra más grande que encontró y la lanzó con toda su fuerza.

La piedra alcanzó a Murdoch en la sien. No lo bastante fuerte para matarlo, pero lo bastante para hacerlo tambalearse un segundo.

Un segundo fue suficiente.

La espada de Cormac le entró por el vientre desde abajo, subiendo hasta el pecho. Murdoch Campbell miró hacia abajo, hacia la hoja que lo partía en dos.

—Mac... Gregor... —escupió, y la sangre le brotó de la boca.

No terminó. Cayó.

El silencio que siguió fue absoluto.

Los Campbell miraban el cuerpo de su líder. Podían seguir luchando. Podían ganar. Pero su líder estaba muerto, y sin él eran solo

hombres lejos de casa con la mitad de sus compañeros en el suelo.

El primero en huir lo hizo en silencio. Otros lo siguieron. En minutos, los Campbell supervivientes habían desaparecido entre la niebla.

Sorcha corrió hacia Cormac.

Estaba tirado en el barro, la mano presionando la herida, la cara gris. La sangre seguía saliendo entre sus dedos.

—Cormac. Mírame.

—Estás viva. —Una sonrisa débil—. Bien.

—Cállate. —Le arrancó un trozo de su camisa y lo presionó contra la herida—. ¡Ayuda!

Fionnlagh llegó primero. Entre todos levantaron a Cormac y lo llevaron hacia una casa, dejando un rastro de sangre.

El sol había salido cuando lo dejaron en una cama. Mairi, la curandera, examinó la herida.

—Ha perdido mucha sangre. Pero la arteria no está cortada. Vivirá. Si no se infecta.

—¿Y Alasdair?

Mairi negó con la cabeza.

Sorcha cerró los ojos. El viejo que la había acogido, que había aceptado que se llamara Sorcha sin presionarla. Muerto.

—El recuento. —Fionnlagh hablaba desde la puerta—. Once muertos nuestros. Veintidós de ellos.

Once muertos. Era una victoria. No se sentía como una.

Se quedó junto a Cormac mientras le cosían la herida. Le sostuvo la mano mientras gritaba, y siguió sosteniéndola cuando finalmente se quedó dormido.

Afuera, el asentamiento enterraba a sus muertos.

Adentro, Sorcha miraba el rostro del hombre que había estado dispuesto a morir por ella. Pensaba en secretos. En verdades que no había contado.

Debería contarle. Ahora. Antes de que fuera demasiado tarde.

Pero cuando abrió la boca, las palabras no salieron.

Mañana, se dijo. Se lo contaré mañana.

Era la mentira que siempre se contaba.

Y como siempre, mañana no llegaba.

CAPÍTULO 15

Cenizas

Asentamiento MacGregor — Dos semanas después del ataque

⁂

Enterraron a los muertos en la ladera este, donde el sol del amanecer tocaba primero la tierra.

Once tumbas. Once montículos de piedra gris que el musgo cubriría con el tiempo, que la hierba reclamaría, que el valle se tragaría como se había tragado tantos otros. Sorcha conocía algunos de sus nombres: Alasdair, el viejo jefe que la había acogido sin preguntas. Seumas, el explorador que había dado su vida para advertirles. Duncan, el pastor que siempre sonreía aunque no tuviera motivos. Los demás eran caras que reconocía del trabajo diario, voces que había escuchado en las cenas comunales, presencias que ahora eran ausencias.

Once muertos. Once familias rotas. Once huecos que el asentamiento tardaría años en llenar, si es que alguna vez lo hacía.

La ceremonia fue breve. No había sacerdote — los MacGregors llevaban años sin acceso a uno — pero Fionnlagh conocía las palabras antiguas, las que se habían usado antes de que Roma llegara a estas tierras, y las pronunció en gaélico mientras el viento arrastraba su voz hacia las montañas. Sorcha no entendió todo, pero captó lo esencial: viajad en paz, recordaremos vuestros nombres, la tierra que pisamos es vuestra sangre.

Cormac no pudo asistir. La fiebre había llegado la tercera noche, como Mairi había temido, y durante cuatro días había ardido en la cama mientras Sorcha le ponía paños fríos en la frente y rezaba a

dioses en los que no creía. La fiebre había cedido finalmente, pero él seguía débil, incapaz de caminar más de unos pasos sin que la pierna le fallara.

Sorcha se quedó junto a la tumba de Alasdair después de que los demás se fueran. El viento le azotaba el pelo contra la cara, rojo sobre el gris del cielo, y ella miraba las piedras apiladas sin saber qué sentir.

Culpa. Eso era lo que debería sentir. Estos hombres habían muerto defendiéndola, defendiendo su derecho a quedarse, y ella ni siquiera podía ofrecerles la verdad de quién era realmente. Pero la culpa se había vuelto algo tan constante que ya casi no la notaba, como el dolor de una herida vieja que el cuerpo había aprendido a ignorar.

—Era un buen hombre.

Morna había aparecido a su lado sin que la oyera acercarse. Llevaba a Tadhg de la mano — el niño no se había separado de ella desde el ataque, como si temiera que fuera a desaparecer si la perdía de vista.

—Lo era —dijo Sorcha.

—Me acogió cuando llegué aquí, hace ocho años. Mi marido había muerto, mis hijos también, y yo no era más que una viuda sin valor para nadie. Alasdair me dio una casa y un propósito. —Morna miraba la tumba con ojos secos. Las lágrimas, como todo lo demás, se agotaban con el tiempo—. Ahora tú eres su propósito. Lo que él empezó.

Sorcha se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Alasdair mantuvo este lugar unido durante años. Cormac viajaba, buscaba a los perdidos, pero era Alasdair quien se quedaba, quien resolvía las disputas, quien decidía qué hacer cuando no había respuestas fáciles. —Morna bajó la mirada hacia Tadhg, que se

aferraba a su mano con los dedos blancos de tensión—. Ahora Cormac tendrá que hacer las dos cosas. Y tú tendrás que ayudarlo.

—No soy nadie para ayudar a nadie.

—Eres la hija de Gregor MacGregor. —La voz de Morna era suave pero firme—. Eso te convierte en alguien, lo quieras o no.

Sorcha no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Que el nombre que llevaba era una mentira, que la sangre MacGregor que corría por sus venas estaba manchada con la de su propia gente? Calló, como siempre, y dejó que el silencio hablara por ella.

Tadhg tiró de la mano de Morna. El niño miraba a Sorcha con esos ojos que ahora la seguían a todas partes, que ya no se perdían en la nada como antes.

—Quiere ir contigo —dijo Morna—. Desde el ataque no deja de mirar hacia tu casa.

—¿Conmigo?

—Lo salvaste. Lo cogiste en brazos y lo llevaste a las cuevas mientras los demás morían. —Morna soltó la mano del niño—. Para él, eres seguridad. Quizás lo único seguro que ha conocido desde Càdh Hollow.

Càdh Hollow. El nombre le golpeó el pecho como un puño. Sorcha miró al niño — al niño que había empujado hacia el bosque aquella noche, al niño cuya familia había muerto mientras ella vigilaba el paso — y algo se le retorció en las entrañas.

—Tadhg. —Se arrodilló frente a él, poniéndose a su altura—. ¿Quieres venir conmigo a ver a Cormac?

El niño asintió. Un movimiento pequeño, apenas perceptible, pero un movimiento de todos modos. Era más de lo que había hecho en dos años.

Le tendió la mano. Tadhg la tomó.

Caminaron juntos de vuelta al asentamiento, el niño pequeño y silencioso a su lado, sus dedos fríos entrelazados con los de ella. Sorcha pensaba en ironías: en cómo la persona a la que más había dañado era ahora la que más confiaba en ella, en cómo el único testigo de su crimen era el único que la miraba sin juzgar.

Quizás porque no recordaba. Quizás porque había bloqueado aquella noche igual que había bloqueado todo lo demás. O quizás — y esta era la posibilidad que la mantenía despierta — porque sí recordaba, pero había decidido perdonarla de todos modos.

Cormac estaba despierto cuando entraron. Sentado en la cama, la espalda contra la pared, la pierna vendada extendida sobre las mantas. La palidez de los días de fiebre empezaba a ceder, reemplazada por un color más saludable, pero todavía había sombras bajo sus ojos, líneas de dolor alrededor de su boca.

—Traes compañía. —Su voz era ronca pero fuerte.

—Tadhg quería verte.

—¿De verdad? —Cormac miró al niño con algo que podía ser sorpresa—. Ven aquí, pequeño. Déjame verte.

Tadhg no se movió. Pero tampoco apartó la mirada, y eso ya era algo.

—Está mejorando —dijo Sorcha—. Morna dice que desde el ataque es diferente. Más... presente.

—El trauma a veces funciona así. —Cormac se frotó la cara con las manos—. Un shock lo suficientemente grande puede romper lo que otro shock construyó. No es una cura. Pero es algo.

Sorcha se sentó en el borde de la cama, Tadhg todavía aferrado a su mano. El niño miraba a Cormac con expresión indescifrable, estudiándolo como si tratara de decidir algo.

—¿Cómo está la pierna?

—Duele. Pero Mairi dice que sanaré. —Cormac hizo una mueca cuando intentó moverse—. Quizás cojee un poco. Un recuerdo del

bastardo que me la abrió.

—El bastardo está muerto.

—Gracias a ti. —La miró con esa intensidad que siempre la hacía sentir expuesta—. La piedra que le lanzaste. Sin eso...

—No fue nada.

—Fue todo. —Le tomó la mano libre, la que no sostenía a Tadhg—. Me salvaste la vida, Sorcha. No lo olvides.

No lo olvidaría. Pero tampoco olvidaría que él había estado dispuesto a morir por ella, por una mujer cuyo pasado desconocía, por una mentira con forma humana. El peso de esa deuda era casi insoportable.

—Fionnlagh vino esta mañana —dijo Cormac, cambiando de tema—. Dice que la gente pregunta qué va a pasar ahora. Quién va a liderar.

—Tú.

—Eso parece. —No había orgullo en su voz, solo cansancio—. Alasdair no tenía hijos. Yo soy el tainiste de la línea principal, el único que queda. Por derecho de sangre, el liderazgo es mío.

—¿Y por derecho de elección?

—También. Fionnlagh dice que nadie lo disputa. —Cormac soltó un suspiro largo—. No es lo que quería, ¿sabes? Quería reunir al clan, sí, pero no liderarlo. Quería encontrar a los perdidos y traerlos aquí, dejar que otros tomaran las decisiones difíciles. Ahora...

—Ahora las decisiones son tuyas.

—Nuestras. —La miró—. Tuyas y mías.

Sorcha sintió algo apretarse en su pecho.

—No soy nadie para tomar decisiones por esta gente.

—Eres la hija de Gregor. Eres... —Cormac dudó, buscando las palabras—. Eres lo que ellos necesitan. Un símbolo. Una razón para seguir luchando.

—No quiero ser un símbolo.

—Lo sé. Pero a veces no elegimos lo que somos. A veces nos eligen.

Tadhg se había soltado de su mano. El niño caminaba por la habitación, tocando cosas — el respaldo de una silla, la esquina de una mesa, la empuñadura de la espada de Cormac que descansaba contra la pared. Sus dedos se detenían en cada objeto como si los estuviera catalogando, memorizando.

—Está explorando —dijo Cormac en voz baja—. Es la primera vez que lo veo hacer algo así.

—Está volviendo. Poco a poco.

—Gracias a ti.

Sorcha negó con la cabeza, pero no discutió. ¿Qué iba a decir? ¿Que no merecía crédito por ayudar a un niño cuya vida había destruido? ¿Que cada pequeña mejora de Tadhg era un recordatorio de lo que le había quitado?

—Hay algo que tengo que decirte —dijo, y las palabras le salieron antes de poder detenerlas.

Cormac la miró. Esperando.

El silencio se extendió. Sorcha buscó las palabras — yo estuve en Càdh Hollow, vigilé el paso, dejé que murieran — pero se le atascaron en la garganta como huesos de pescado. No podía. Dios, no podía. No ahora, cuando él acababa de casi morir por ella, cuando el asentamiento todavía enterraba a sus muertos, cuando Tadhg empezaba por fin a despertar.

—¿Qué? —preguntó Cormac.

—Nada. —La mentira le raspó la garganta—. Solo que me alegro de que estés vivo.

Él la estudió un momento, con esa mirada que siempre parecía ver demasiado. Pero no presionó. Nunca presionaba.

—Yo también me alegro de que estés viva —dijo finalmente—. Ambos lo estamos. Es más de lo que teníamos derecho a esperar.

Tadhg volvió hacia ellos. Se detuvo frente a la cama, mirando a Cormac, y luego hizo algo que ninguno de los dos esperaba.

Se subió a la cama.

Cormac se quedó muy quieto, como si temiera asustarlo. El niño gateó sobre las mantas hasta llegar a su lado, y luego se acurrucó contra él, pequeño y huesudo, buscando calor.

—Joder —susurró Cormac, y había algo roto en su voz—. Joder.

Sorcha miraba la escena con un nudo en la garganta. El hombre herido y el niño traumatizado, dos supervivientes de la crueldad Campbell, encontrándose de una forma que ella nunca había imaginado. Y ella ahí, fuera del círculo, sabiendo que si la verdad salía a la luz sería expulsada de él para siempre.

—Ven —dijo Cormac, extendiéndole la mano—. Hay sitio.

Se tumbó a su lado, en el estrecho espacio que quedaba. Tadhg estaba entre los dos, su respiración calmándose gradualmente, y Cormac pasó un brazo por encima para tocarle el hombro a ella.

—Esto —dijo él en voz baja—. Esto es por lo que luchamos.

Sorcha cerró los ojos. El calor de los dos cuerpos la envolvía, el peso de la mano de Cormac en su hombro era un ancla, y por un momento se permitió fingir que merecía esto. Que era una de ellos. Que no había sangre MacGregor en sus manos.

Pero la verdad estaba ahí, debajo de todo, pudriéndose.

Y tarde o temprano tendría que enfrentarla.

Las semanas siguientes trajeron una paz extraña al asentamiento. Una paz que olía a ceniza y a duelo, pero paz de todos modos.

Cormac se recuperaba lentamente. Podía caminar con ayuda de un bastón, aunque cada paso le costaba una mueca de dolor, y había empezado a salir de la casa para supervisar la reconstrucción. Los

Campbell habían quemado dos graneros y dañado varias casas; repararlos era trabajo de semanas, pero la gente se volcó en ello con una determinación que Sorcha encontró casi dolorosa de presenciar.

Ella trabajaba con los demás. Cargaba piedras, mezclaba argamasa, sostenía vigas mientras otros las colocaban. El trabajo físico era un alivio — mientras sus músculos ardían no tenía que pensar, no tenía que sentir nada más que el agotamiento honesto del esfuerzo.

Tadhg la seguía a todas partes.

El niño se había convertido en su sombra. Se sentaba cerca mientras ella trabajaba, la esperaba fuera de las casas cuando entraba, dormía en una manta a los pies de su cama porque se negaba a volver con Morna. La viuda no se ofendió — parecía aliviada, de hecho — y Sorcha aceptó la nueva realidad sin saber muy bien qué hacer con ella.

—Le hablas —dijo Iona un día, mientras lavaban ropa en el arroyo—. Todo el tiempo. Aunque no responda.

—Tiene que oír voces que no sean las de su cabeza.

—¿Cómo sabes eso?

Sorcha escurrió una camisa con más fuerza de la necesaria.

—Porque yo también tenía voces en mi cabeza. Después de lo de mi familia. —Nunca hablaba de esto, pero las palabras salieron de todos modos—. Voces que me decían que debería haber muerto con ellos. Que sobrevivir era traición.

—¿Todavía las oyes?

—A veces. Pero ahora hay otras voces también. Más fuertes.

Iona no preguntó cuáles. Quizás lo sabía. Quizás no importaba.

Esa noche, después de que Tadhg se durmiera en su rincón, Sorcha fue a casa de Cormac. Él la esperaba despierto, como siempre, sentado junto al fuego con la pierna estirada sobre un taburete.

—¿Duerme? —preguntó.

—Como un tronco. —Sorcha se sentó a su lado—. Hoy ha seguido a Fionnlagh hasta la herrería. Ha estado mirando cómo trabajaba durante horas.

—¿Le interesa?

—Quién sabe qué le interesa. Pero es algo. Es más que quedarse mirando a la nada.

Cormac asintió. El fuego crepitaba entre ellos, proyectando sombras que bailaban sobre las paredes.

—Ven aquí —dijo, y abrió los brazos.

Sorcha se acurrucó contra él, con cuidado de no tocar la pierna herida. El olor de su piel era familiar ahora — sudor y humo de turba y algo que era solo él — y cerró los ojos mientras él le pasaba los dedos por el pelo.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En nada.

—Mentira.

Siempre la pillaba. Siempre.

—Pienso en que no me merezco esto. —Era lo más cerca de la verdad que podía llegar sin cruzar la línea—. Que soy una impostora. Que todos creen que soy algo que no soy.

—¿Y qué eres?

—No lo sé. —La honestidad le dolió más que cualquier mentira—. Ya no sé quién soy.

Cormac guardó silencio un momento. Sus dedos seguían moviéndose sobre su pelo, un ritmo lento y constante.

—¿Sabes qué creo yo? —dijo finalmente—. Creo que eres exactamente quien necesitas ser. Ahora, en este momento. Quizás

no quien eras antes. Quizás no quien serás después. Pero ahora mismo, eres lo que esta gente necesita. Lo que yo necesito.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces me equivoco. —Le besó la coronilla—. Pero prefiero equivocarme creyendo en ti que tener razón sin creer en nada.

Sorcha cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas que nunca derramaba le quemaban detrás de los párpados, pero no las dejó salir. Llorar sería admitir algo que no estaba preparada para admitir. Así que se quedó quieta, escuchando el latido de su corazón, y dejó que el momento pasara sin destruirlo.

La mentira seguía ahí. Seguiría ahí mañana, y el día siguiente, y todos los días hasta que encontrara el valor de enfrentarla.

Pero esta noche, solo esta noche, se permitió ser lo que Cormac creía que era.

Aunque fuera mentira.

Aunque todo fuera mentira.

CAPÍTULO 16

La Primera Palabra

Asentamiento MacGregor — Un mes después del ataque

⁂

Tadhg habló un martes de cielo limpio, mientras Sorcha pelaba nabos junto al arroyo.

No fue dramático. No hubo señales en el cielo, ni un silencio repentino, ni nada que anunciara que el mundo estaba a punto de cambiar. Sorcha tenía las manos rojas del frío y el agua le había calado las mangas hasta los codos, y estaba pensando en nada — en la textura del nabo bajo el cuchillo, en el barro que le chupaba los zapatos — cuando sintió el tirón en su falda.

El niño le tendía una piedra. Lisa, gris, del tipo que el arroyo tardaba años en pulir. La sostenía con las dos manos, solemne como una ofrenda.

—¿Para mí? —preguntó ella, secándose las manos en el delantal.

Tadhg asintió. Un gesto pequeño, pero ya no era el gesto vacío de antes. Había intención detrás.

—Es bonita. Gracias, Tadhg.

El niño abrió la boca.

Sorcha se quedó quieta. En dos años y medio, ningún sonido voluntario había salido de esa garganta. Pero ahora los labios se movían, la mandíbula trabajaba contra algo invisible, y había aire saliendo entre los dientes, y...

—So... Sor...

Rasposo. Oxidado. Apenas un susurro roto que el viento podría haberse llevado. Pero era su nombre.

—Sor-cha.

El cuchillo cayó al barro. Sorcha se arrodilló frente a él sin importarle el agua que le empapó la falda, y las lágrimas le quemaron los ojos antes de poder impedirlo — lágrimas que no había derramado en años, que se había prohibido, que ahora le traicionaban el cuerpo igual que todo lo demás.

—Sí. —La voz le salió rota—. Soy yo. Sorcha.

El niño le tocó la mejilla mojada. Sus dedos eran fríos y pequeños.

—No... llorar.

Dos palabras más. Sorcha soltó un sonido que era mitad risa, mitad sollozo, y lo abrazó. Por primera vez, él no se resistió. Sus brazos le rodearon el cuello, flacos y fuertes a la vez, y se aferró a ella como si temiera que fuera a desaparecer.

—Son lágrimas buenas —dijo contra su pelo—. ¿Entiendes? Buenas.

No respondió. Pero no la soltó.

Se quedaron así un rato largo, arrodillados en el barro junto al arroyo. El agua seguía corriendo. Las nubes seguían moviéndose. El mundo seguía girando como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado.

El niño que no hablaba había hablado. Y la primera palabra que había dicho era su nombre.

La noticia se extendió por el asentamiento antes de que Sorcha pudiera controlarla. Para el mediodía, Morna lloraba de alegría, Fionnlagh le palmeó la espalda como si hubiera ganado una batalla, e Iona le sonrió con una ternura que Sorcha no supo devolver. Todo el mundo quería verlo, oírlo, comprobar el milagro.

No era un milagro. Era una cuenta atrás.

Porque si Tadhg podía decir una palabra, podía decir dos. Y si podía decir dos, llegarían las frases. Y en esas frases podía haber recuerdos de aquella noche, del paso norte, de una mujer pelirroja que le dijo que corriera mientras los suyos morían abajo.

Sorcha fue a buscar a Cormac a la casa comunal. Él estaba revisando mapas con Fionnlagh — las posiciones defensivas que habían reforzado desde el ataque — y se volvió al oír la puerta.

—He oído. —Sonreía. Era raro verlo sonreír así, sin reservas—. Ven aquí.

La abrazó con fuerza, el bastón apoyado contra la mesa. La pierna le dolía menos — podía caminar distancias cortas sin ayuda — pero Mairi decía que cojearía siempre. Un recuerdo permanente de Murdoch Campbell.

—Es increíble —dijo contra su pelo—. Dos años. Y tú lo has conseguido.

—Él lo ha conseguido solo. Yo solo hablé.

—Exacto. Hablaste. Cada día, durante meses, sin esperar nada. —Se separó para mirarla—. ¿Por qué no pareces contenta?

Porque estoy aterrada. Porque cada palabra que pronuncie ese niño puede ser la que me destruya.

—Estoy contenta —dijo—. Solo... abrumada.

Cormac la estudió un momento largo. Esa mirada suya que siempre veía demasiado, que siempre se colaba por las grietas que ella intentaba tapar.

—Hay algo más.

—No.

—Sorcha.

—No hay nada más. —Le besó para que dejara de preguntar. Un beso rápido, casi brusco, que él le devolvió con ternura en vez de urgencia—. Déjame disfrutarlo.

—De acuerdo. —La soltó. Pero la mirada no cambió—. Cuando quieras hablar, estaré aquí.

Siempre decía eso. Siempre esperaba. Y cada vez que lo decía, el peso de lo que ella callaba crecía un poco más.

Esa tarde, mientras el asentamiento trabajaba en las fortificaciones, Sorcha llevó a Tadhg al corral. El niño quería ver los caballos — lo había indicado tirando de su mano hacia el cercado, una comunicación que todavía era más gesto que palabra.

Dìleas relinchó al verla. La yegua se acercó al borde del corral, las orejas apuntando hacia delante, y Sorcha le acarició el cuello mientras Tadhg observaba desde fuera de la cerca.

—¿Yo... tocar?

La voz seguía siendo rasposa, cada palabra un esfuerzo visible, pero salía. Seguía saliendo.

—¿Quieres tocarla? Extiende la mano. Despacio. Deja que te huela.

Tadhg obedeció. Dìleas olfateó sus dedos, resopló suavemente, y luego inclinó la cabeza para que pudiera tocarle el cuello. El niño soltó una risa — un sonido breve, sorprendido, como si él mismo no supiera que podía hacerlo — y la alegría le transformó la cara en algo que Sorcha nunca había visto.

Un niño normal. Eso es lo que parecía. Un niño de siete años tocando un caballo por primera vez.

Los Campbell le habían robado dos años de eso. Los Campbell y ella.

La sonrisa se le murió en los labios.

—Sorcha... triste.

El niño la miraba con esos ojos que veían demasiado. Igual que Cormac.

—No estoy triste. Solo pensaba.

—¿Pensando... qué?

—Cosas de mayores. Aburridas.

No pareció convencido, pero le tomó la mano y tiró de ella hacia el camino.

—Ver... más.

Le enseñó el asentamiento. Todo: la herrería donde Fionnlagh martilleaba clavos, la casa comunal donde las mujeres tejían, el huerto que empezaba a dar brotes verdes después del invierno, el granero reconstruido donde olía a madera nueva y a heno. Tadhg preguntaba todo — qué es eso, quién es él, por qué hacen eso — con frases de dos o tres palabras que le costaban esfuerzo visible, que le salían torcidas y rasposas, pero que salían.

—Tú... quedarte. ¿Siempre?

La pregunta la pilló delante de la casa de Morna. El niño la miraba con una mezcla de esperanza y miedo que ella conocía demasiado bien: la mirada de alguien que ha perdido todo y teme perder lo poco que le queda.

—Siempre —dijo. Le tomó las manos—. Te lo prometo.

Otra promesa que quizás no podría cumplir. Otra mentira para la pila.

Pero Tadhg sonrió. Una sonrisa pequeña, tímida, la primera que Sorcha le había visto en la vida.

Esa noche, después de que el niño se durmiera en su jergón — el rincón que habían preparado para él en la casa de Cormac, porque se negaba a dormir en otro sitio — Sorcha se sentó junto al fuego con una taza de whisky que no se bebía.

Cormac entró cojeando. Se dejó caer a su lado, le quitó la taza de las manos y bebió un trago largo.

—Ey. Eso era mío.

—Ahora es nuestro. —Le devolvió la taza—. ¿Qué haces despierta?

—Pensando.

—¿En qué?

—En que tiene siete años y ya ha sufrido más que la mayoría de gente en toda su vida. —Sorcha miraba el fuego. Las llamas le pintaban sombras naranjas en las manos—. Y no puedo protegerlo de todo.

—Nadie puede proteger a nadie de todo.

—Lo sé. Pero quiero intentarlo.

Cormac guardó silencio un momento. Luego la atrajo hacia él, besándole la coronilla.

—Sabes lo que parece, ¿no? Tú, él, esta casa. —Su voz era baja, ronca del whisky—. Parece una familia.

El corazón se le encogió.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque las familias se rompen. Las familias mueren. Y cuando pasa... —Se interrumpió. No podía ir por ahí. No esta noche—. No importa.

—Sí importa. —Cormac le tomó la cara entre las manos, obligándola a mirarlo—. Escúchame. Lo que tenemos aquí, tú y yo y ese crío que duerme ahí dentro... es real. No sé cómo llamarlo. No sé si tiene nombre. Pero es lo más real que he tenido en la vida.

Sorcha lo miraba. La luz del fuego le doraba las facciones, le oscurecía los ojos hasta convertirlos en algo sin fondo. Había una vulnerabilidad en su expresión que rara vez mostraba, una grieta en la armadura que ella no quería ver porque hacía todo más difícil.

—Cormac...

—Te quiero.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en agua quieta. Sorcha sintió la reverberación en el pecho, en las costillas, en algún

lugar que no tenía nombre.

Nadie le había dicho eso. Nunca. Ni su madre — su madre la quería, pero los MacGregors no lo decían, lo hacían — ni los Elliot, porque los Elliot no querían a nadie. Y ahora este hombre, este hombre que había matado por ella y casi muerto por ella, lo decía como si fuera lo más simple del mundo.

—No tienes que decirlo de vuelta —añadió Cormac—. Solo quería que lo supieras.

—Yo también te quiero.

Le salió antes de pensarlo, y era verdad. La única verdad limpia que tenía. Lo quería. Lo quería con una intensidad que la aterraba, con un hambre que no se saciaba con sexo ni con cercanía ni con nada, porque debajo del amor estaba la certeza de que iba a perderlo.

Cormac la besó. Le quitó la taza de las manos y la dejó en el suelo, y la besó con la boca caliente de whisky, despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Sorcha le devolvió el beso con una desesperación que él debió notar pero no comentó.

—Ven a la cama —dijo él.

—Tu pierna.

—A la mierda mi pierna.

Se desvistieron en silencio, moviéndose con la familiaridad de los cuerpos que ya se conocen. La ropa cayó al suelo — la suya primero, luego la de él, cuidando de no rozar la herida del muslo — y cuando finalmente se tumbaron en el jergón, la lana le raspó la espalda y el peso de él la hundió en algo que se parecía a la paz.

Le abrió las piernas con las rodillas. Entró despacio esta vez, centímetro a centímetro, y Sorcha gimió contra su cuello porque la lentitud era una tortura, porque quería más, quería todo, quería que la llenara hasta que no quedara espacio para pensar.

—Mírame.

Abrió los ojos. Cormac la miraba fijamente, los ojos grises casi negros de deseo, y se movía dentro de ella con un ritmo que era deliberado, calculado para destruirla.

—No cierres los ojos. —Empujó más profundo—. Quiero que me veas.

Lo veía. Veía a un hombre que la quería sin condiciones, que le había entregado su confianza sin reservas, que no tenía ni idea de lo que ella le estaba ocultando. Y la mezcla de amor y culpa era tan intensa que se le nubló la visión.

—Más fuerte —pidió, porque la ternura la estaba matando.

Él obedeció. El ritmo cambió, más duro, más rápido, y Sorcha se aferró a sus hombros mientras el placer crecía en espiral, borrando todo lo demás: la culpa, el miedo, el nombre de un valle que no podía pronunciar.

Se corrió con un grito que tuvo que ahogar en su hombro para no despertar a Tadhg. Cormac la siguió poco después, enterrándose en ella con un gruñido, y se quedaron enredados, jadeando, el sudor enfriándose sobre sus pieles.

—Ey —dijo él después, con la boca contra su pelo—. Sigue siendo verdad.

—¿El qué?

—Lo que dije. Sigue siendo verdad.

Sorcha cerró los ojos. Las lágrimas le bajaron por las sienes hacia el pelo, silenciosas, y Cormac no las vio o fingió no verlas.

—Lo sé —susurró—. Lo sé.

Se durmió en sus brazos. Y por primera vez en semanas, el sueño que vino no fue de Càdh Hollow.

Soñó con Tadhg. Con el niño corriendo por un campo verde bajo un cielo azul, riendo, gritando su nombre — Sorcha, Sorcha — mientras ella lo perseguía. Y en el sueño había una casa, y humo saliendo de

la chimenea, y Cormac esperando en la puerta con esa media sonrisa suya que le cambiaba toda la cara.

Era un sueño perfecto. Tan perfecto que dolía.

Porque Sorcha sabía, incluso dormida, que los sueños perfectos eran los que más costaba perder.

Tadhg gritó a medianoche.

Sorcha estaba en pie antes de que el segundo grito terminara, el cuerpo actuando por instinto. Cormac la siguió más despacio, la pierna entorpeciéndole.

El niño estaba sentado en su jergón, los ojos enormes en la oscuridad, el pecho subiendo y bajando con respiraciones que eran casi jadeos. Pesadilla. Sorcha se arrodilló a su lado.

—Ey. Estoy aquí. Estás a salvo.

Tadhg la miraba con esa intensidad que todavía la desarmaba. Los labios se movieron.

—Fuego.

El frío le bajó por la columna.

—¿Qué?

—Fuego. Gritos. —Cada palabra le costaba, pero salían con una urgencia que no había estado ahí antes—. Má... gritaba.

Oh Dios.

—Solo era un sueño. —La voz le tembló—. No hay fuego. Estás a salvo.

El niño negó con la cabeza. Había algo en sus ojos que no había estado antes. Memoria. La pesadilla no era invención — era recuerdo.

—Mujer. —Señaló hacia Sorcha—. Mujer... roja. Pelo rojo.

El mundo se vació de aire.

Sorcha se quedó congelada. A su espalda, la cojera de Cormac se acercaba.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Nada. —Las palabras le salieron demasiado rápido—. Pesadilla. Está confundido.

—Ha dicho pelo rojo.

—Me ha visto a mí. Se ha despertado y me ha visto. Solo eso. —Se forzó a sonreír. La sonrisa debió parecer tan falsa como se sentía—. Ven, Tadhg. Ven a la cama grande.

Lo levantó en brazos. El niño se aferró a ella y Sorcha lo llevó a la cama donde Cormac ya se estaba tumbando. Se quedaron los tres juntos, el niño entre ellos.

Cormac no volvió a preguntar. Pero en la oscuridad, su silencio pesaba más que cualquier pregunta.

Tadhg se durmió primero. Su respiración se calmó, su agarre se aflojó, y Sorcha lo escuchaba respirar mientras contaba los latidos de su propio corazón.

Mujer roja. Pelo rojo.

El niño recordaba. No todo, no todavía, pero algo. Y cada día que pasara, cada palabra que aprendiera, esos recuerdos se harían más nítidos.

Hasta que un día pudiera decir lo que había visto aquella noche.

Hasta que un día pudiera nombrar a la mujer del paso norte.

Sorcha miraba el techo en la oscuridad. El brazo de Cormac le pesaba sobre la cintura, la respiración de Tadhg le calentaba el cuello, y ella estaba rodeada de todo lo que quería en el mundo.

Y sabía — con una certeza que le helaba la sangre — que la cuenta atrás había empezado.

No sabía cuánto tiempo le quedaba.

Solo sabía que no era suficiente.

Nunca sería suficiente.

CAPÍTULO 17

Lo Que Recuerda

Asentamiento MacGregor — Seis semanas después del ataque

⁂

La lluvia llevaba tres días cayendo sin pausa cuando Tadhg dibujó el valle.

Sorcha no lo vio al principio. Estaba cosiendo una desgarra en la camisa de Cormac — tarea que odiaba, porque se le daba fatal, porque cada puntada le quedaba torcida y el hilo se le enredaba en los dedos como si tuviera vida propia — cuando notó que el niño estaba demasiado quieto. Tadhg quieto ya no era normal. Tadhg ahora hablaba, preguntaba, tocaba cosas, se movía. El silencio concentrado significaba algo.

Se levantó a mirar.

El niño había encontrado un trozo de carbón del fuego — debía haberse enfriado durante la noche — y lo usaba sobre una piedra plana que servía de mesa. Trazos oscuros sobre la superficie gris. A primera vista parecía un garabato, las rayas desordenadas de cualquier niño de siete años. Pero cuando Sorcha inclinó la cabeza, las rayas tomaron forma.

Montañas a los lados. Un valle entre ellas. Rectángulos que podían ser casas. Y en el centro, formas que podían ser personas. Formas tumbadas.

El estómago se le encogió.

—Tadhg. ¿Qué dibujas?

El niño levantó la cabeza. Había carbón en sus dedos, bajo las uñas, manchado en la mejilla donde se la había rascado.

—Antes —dijo. La palabra le salía ya más limpia, más fluida. Dos semanas de hablar habían limado las aristas del óxido—. Antes... de aquí.

—¿Antes de venir aquí?

Asintió.

—¿Dónde vivías antes?

El ceño fruncido. Esfuerzo de concentración que se le notaba en todo el cuerpo, en la tensión de los hombros, en la forma en que apretaba los labios.

—Valle. Casas. Río. —Señaló los elementos en el dibujo—. Aquí... yo. Aquí... má.

Su dedo se detuvo sobre una de las formas tumbadas.

Sorcha cerró los ojos un segundo. Solo un segundo.

—¿Y qué pasó?

Sabía lo que pasó. Lo sabía mejor que nadie. Pero la pregunta salió de todos modos, arrastrada por una necesidad enfermiza de saber cuánto recordaba, de medir la distancia entre lo que el niño guardaba dentro y la verdad completa que podía destruirla.

Tadhg señaló el borde del dibujo. Había trazado líneas verticales ahí, más altas que las casas.

—Fuego. Noche. Hombres vinieron. —Las palabras salían con esfuerzo pero con determinación, como si cada una le costara un trozo de energía—. Ruido. Gritos. Má... corrió conmigo. Pero vinieron más.

Dejó de hablar. Los ojos se le pusieron vidriosos un momento — ese lugar lejano al que todavía se iba a veces, el refugio interior que había habitado durante dos años — pero parpadeó y volvió. Ahora siempre volvía.

—Luego... bosque. Solo.

—¿Cómo llegaste al bosque?

Y ahí estaba. La pregunta que llevaba semanas temiéndose, la que le costó un esfuerzo monstruoso formular en tono casual, como si la respuesta no pudiera hacer que se le cayera el mundo encima.

Tadhg frunció el ceño otra vez. Concentración profunda.

—Alguien... dijo correr. En el paso. —Su dedo volvió al dibujo, señalando un punto entre las montañas—. Aquí. Alguien dijo... corre, corre.

El aire se le petrificó en los pulmones.

—¿Quién?

—No sé. —El ceño se profundizó—. Noche. Oscuro. Solo... voz. Y olor a fuego.

Voz. Solo una voz en la oscuridad. No un rostro. No pelo rojo. Solo una voz.

Sorcha soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. El alivio fue tan intenso que casi la mareó, seguido inmediatamente de una ola de asco hacia sí misma. Estaba aliviada de que un niño traumatizado no recordara suficiente para delatarla. Aliviada de que su víctima no pudiera identificarla como verdugo.

¿En qué clase de monstruo se había convertido?

—Esa persona... —dijo Tadhg, y su voz se volvió más suave—. Esa persona me salvó.

El nudo en la garganta de Sorcha apretó hasta doler.

—Sí. Te salvó.

—¿Quién era?

Dios. Dios, Dios, Dios.

—No lo sé, pequeño. —La mentira le raspó la garganta como cristal molido—. Quizás alguien del valle que pudo escapar.

Tadhg miró el dibujo. Las formas tumbadas. Las casas. El fuego.

—Todos... murieron. —No era una pregunta.

—Casi todos. Tú no.

—¿Por qué yo?

Porque te dije que huyeras. Porque era la única cosa decente que hice aquella noche. Porque mientras tus vecinos morían abajo, yo vigilaba un paso de montaña para que no escaparan, y lo único que me separó de los otros asesinos fue un segundo de compasión que no alcanzó para nadie más.

—No lo sé —dijo—. A veces no hay un por qué.

Tadhg la miró un momento largo. Había algo en sus ojos — no sospecha, no todavía, solo esa curiosidad intensa de un niño que está redescubriendo el mundo — y luego volvió a su dibujo. Añadió algo al borde del valle: una forma pequeña, sola, alejándose hacia el bosque.

Él mismo. Huyendo.

Sorcha se levantó antes de que las lágrimas la traicionaran. Salió al porche donde la lluvia caía en cortinas grises y se agarró al poste de madera hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Respiró. El aire frío le llenó los pulmones, cortante y real.

Todavía no lo sabía. Todavía no recordaba su cara. Pero cada día las piezas se organizaban un poco más en esa cabeza pequeña, cada día el rompecabezas ganaba una pieza nueva.

¿Cuánto tiempo antes de que la pieza que faltaba encajara?

Cormac la encontró una hora después en la herrería, ayudando a Fionnlagh a reparar las bisagras de la puerta del granero. La lluvia había parado, aunque el cielo seguía gris como una losa.

—Morna dice que Tadhg ha dibujado algo.

Sorcha golpeó el martillo contra el hierro. Chispas.

—Dibuja muchas cosas.

—Dice que ha dibujado Càdh Hollow.

Otro golpe. Más chispas. El calor del metal le llegaba a la cara.

—Es posible. Ha empezado a recordar cosas.

—¿Qué cosas?

—El ataque. Su madre. El fuego. —Golpe—. Lo normal, supongo. Si es que hay algo normal en que un niño recuerde cómo masacraron a su familia.

Cormac se apoyó en el marco de la puerta. La observaba trabajar con esa expresión que ella ya conocía: las cejas ligeramente juntas, los labios apretados, la cabeza inclinada. Estaba pensando. Calculando.

—¿Te ha dicho algo sobre cómo escapó?

El martillo resbaló. Sorcha se pilló el pulgar contra el yunque y maldijo, llevándose el dedo a la boca por instinto. El dolor fue agudo, limpio, casi bienvenido.

—¿Estás bien? —Cormac dio un paso hacia ella.

—Bien. —Sacudió la mano—. Se me resbaló.

—¿Te ha dicho algo sobre cómo escapó? —repitió.

—Dice que alguien le dijo que corriera. No sabe quién. Estaba oscuro.

Cormac asintió despacio.

—Siempre nos preguntamos eso. Cuando encontramos a Tadhg, tres días después de la masacre, medio muerto de frío en el bosque... siempre nos preguntamos cómo un niño de cinco años había logrado salir del valle solo.

—Ahora lo sabes. Alguien lo ayudó.

—Alguien que estaba en el paso. —Los ojos de Cormac se estrecharon—. El paso norte es el único que lleva al bosque donde lo encontramos. Quienquiera que le dijera que huyera estaba ahí, en el paso norte.

—¿Y?

—Y el paso norte era la única salida que no estaba bloqueada por el fuego. Lo que significa que los atacantes lo estaban usando. Como ruta de acceso o como punto de vigilancia.

El mundo se inclinó. Sorcha se agarró al yunque para no caerse.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que quien salvó a Tadhg probablemente era uno de los atacantes. Alguien que tuvo un momento de... compasión, supongo. O de debilidad. Alguien que formaba parte de la incursión pero que no pudo dejar morir a un niño.

La voz de Cormac no tenía inflexión. Era la voz de alguien que analiza un problema militar, que mueve piezas en un tablero. No sabía que estaba describiendo a la mujer que dormía en su cama.

—Eso fue hace dos años y medio —dijo Sorcha, y se odió por cómo le temblaba la voz—. ¿Importa quién fue?

—Claro que importa. Si fue un atacante que tuvo compasión, es alguien que conoce a los que organizaron la incursión. Alguien que podría darnos información. Nombres. —Cormac se frotó la barba—. Sabemos que los Campbell financiaron el ataque, pero no sabemos quién ejecutó el trabajo. No fue un ejército Campbell — fue una banda, reivers o mercenarios.

Reivers. La palabra le golpeó el pecho.

—Los Elliot —dijo Cormac—. Siempre sospeché que fueron los Elliot. Estaban activos en esa zona por esas fechas, y los Campbell les pagaban regularmente por trabajo sucio. Pero nunca tuve pruebas.

Los Elliot. Sus Elliot. La banda que la había criado, que la había convertido en lo que era, que la había mandado a Cràdh Hollow

aquella noche.

—¿Cormac?

—¿Mmm?

—Deja el tema. —Las palabras le salieron más duras de lo que pretendía—. Tadhg acaba de empezar a hablar. Si lo presionas con preguntas sobre aquella noche, podrías hacerle retroceder.

Cormac la miró un momento.

—No iba a presionarlo.

—Lo sé. Pero otros podrían. Si corre la voz de que el niño recuerda cosas, habrá gente que quiera preguntarle. Gente que perdió familia en Càdh Hollow y quiere nombres, caras, respuestas. —Sorcha lo miró a los ojos, buscando firmeza en algún lugar de su interior—. Tiene siete años. Déjalo sanar primero.

La expresión de Cormac se suavizó.

—Tienes razón. —Le tomó la mano, la del pulgar lastimado, y le besó los nudillos—. Nadie va a presionar al niño. Me aseguraré de eso.

—Gracias.

—Pero Sorcha... —La retuvo cuando ella se giraba para irse—. Si alguna vez recuerda más, si menciona algo que pueda ayudarnos a identificar a los atacantes... necesito saberlo.

—Lo sabrás. —Otra mentira. Se estaba volviendo experta. Las mentiras le salían cada vez más fluidas, más naturales, como si hubiera nacido con ellas—. Te lo prometo.

Cormac asintió, satisfecho. La soltó.

Sorcha caminó de vuelta a la casa con las piernas temblando. El barro le chupaba los zapatos y la lluvia había vuelto a caer, fina y fría, el tipo de lluvia que empapaba sin que te dieras cuenta. Cuando llegó, se sentó en el suelo junto a Tadhg, que seguía dibujando, y lo miró trabajar.

El niño había añadido más detalles al dibujo. Ahora había figuras con armas — palos largos que debían ser espadas — y figuras más pequeñas tumbadas. Y en el paso entre las montañas, una figura sola. De pie. Mirando.

—¿Quién es? —preguntó Sorcha, señalando la figura del paso.

—La persona —dijo Tadhg sin levantar la vista—. La que dijo correr.

La figura no tenía rasgos. Era un trazo de carbón, una sombra, nadie reconocible. Pero estaba ahí, en el dibujo, ocupando el lugar exacto donde Sorcha había estado aquella noche.

—¿Recuerdas algo más de esa persona?

Tadhg frunció el ceño. Concentración.

—Grande. Más grande que yo. —Una pausa—. Y... olía.

—¿Olía?

—A humo. Y a otra cosa. —El ceño se profundizó—. Dulce. Como... flores.

Brezo. Aceite de brezo que Gara, la mujer de los Elliot, le ponía en el pelo porque decía que mantenía los piojos lejos. Sorcha se lo ponía cada noche. Todavía se lo pondría ahora si tuviera acceso a él.

—No recuerdo más —dijo Tadhg, y volvió a dibujar.

Sorcha se quedó muy quieta. El niño no recordaba su cara. No recordaba su pelo. Pero recordaba un olor. Un olor que probablemente ya no llevaba encima — hacía meses que no usaba aceite de brezo — pero que estaba ahí, guardado en algún pliegue de su memoria, esperando el momento de conectarse con algo.

Un olor. Una voz. Una silueta en el paso.

Las piezas se acercaban. Lentamente, sí. Pero se acercaban.

Esa noche, mientras Cormac dormía y Tadhg respiraba suavemente en su rincón, Sorcha se levantó sin hacer ruido y fue al mirador.

La lluvia había parado por fin. El cielo estaba limpio por primera vez en días y las estrellas brillaban sobre el valle con una claridad que dolía. Desde ahí arriba podía ver las casas del asentamiento, el humo tenue de las chimeneas, los puntos de luz de las antorchas en las posiciones de guardia. Ciento veintinueve personas. Las que quedaban después del ataque.

Ciento veintinueve personas que confiaban en ella. Que la llamaban por un nombre que era suyo pero que usaba como escudo. Que la miraban con respeto porque era la hija de Gregor, porque había luchado en la batalla, porque había salvado a un niño en medio del caos.

Todo verdad. Y todo mentira.

Se sentó en el borde del precipicio y dejó que las piernas colgaran sobre el vacío. El frío de la piedra le calaba a través de la falda. Abajo, el río brillaba como una cinta de plata bajo la luna.

Tenía opciones. Las contó en la oscuridad, como había hecho cientos de veces:

Confesar. Ir a Cormac mañana, sentarse frente a él, y decirle todo. Càdh Hollow. Los Elliot. El paso norte. Las veintitrés vidas que pesaban sobre ella como piedras en los bolsillos de un ahogado. Dejar que él decidiera qué hacer. Aceptar las consecuencias.

Huir. Esperar a que todos durmieran, coger a Dìleas, y desaparecer. Sin explicaciones. Sin despedidas. Dejar que asumieran lo peor. Al menos así Tadhg no tendría que ver cómo la echaban, no tendría que procesar otro abandono de alguien que le había prometido quedarse.

Callar. Seguir mintiendo. Cada día. Cada noche. Rezar para que Tadhg nunca recordara lo suficiente, para que nadie conectara las piezas, para que la verdad muriera sin nacer.

Cada opción era terrible. Confesar la destruiría. Huir destruiría a Tadhg. Callar la pudriría por dentro hasta que no quedara nada.

No había salida limpia. Quizás nunca la hubo.

—No puedes dormir.

La voz la hizo saltar. Morna estaba detrás de ella, envuelta en un brat grueso, el pelo canoso suelto sobre los hombros. La viuda se movía con un sigilo que no debería ser posible para alguien de su edad.

—No quería despertar a nadie —dijo Sorcha.

—No me has despertado. Yo tampoco dormía. —Morna se sentó a su lado, más lejos del borde, con la cautela de alguien que respeta la gravedad—. Las noches de luna llena me ponen nerviosa. Demasiada luz. Ves cosas que preferirías no ver.

—¿Qué cosas?

—Fantasmas, sobre todo. —La vieja sonrió, sin humor—. Fantasmas de gente que no pude salvar.

Sorcha la miró. Morna había perdido marido e hijos antes de llegar al asentamiento. Llevaba sus muertos con la misma quietud con la que llevaba todo lo demás: visible solo si sabías dónde mirar.

—¿Alguna vez se van? —preguntó Sorcha—. ¿Los fantasmas?

—No. Pero aprendes a vivir con ellos. Se sientan en un rincón de tu cabeza y a veces se callan y a veces no, y con los años dejas de pelear contra ellos. —Morna la miró de lado—. Tú tienes fantasmas, ¿verdad? De antes de llegar aquí.

—Todos los que estamos aquí tenemos fantasmas.

—Sí. Pero los tuyos te pesan más. —No era una pregunta—. Te he observado con Tadhg. Lo quieres como si le debieras algo. No como una madre quiere a un hijo, aunque también hay eso. Como alguien que quiere compensar un daño.

La precisión del comentario le cortó la respiración.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. —La voz de Morna era suave, sin acusación—. No sé qué es, y no voy a preguntarte. Todos tenemos cosas que nos comemos solos. Pero sé reconocer la culpa cuando la veo. La llevo encima desde hace veinte años.

—¿Culpa de qué?

—De haber sobrevivido. —Morna se encogió de hombros—. Mi marido murió protegiéndome. Mis hijos murieron porque yo no llegué a tiempo. Sobreviví porque alguien decidió que una vieja no valía la pena de perseguir. ¿Eso me hace culpable? No lo sé. Pero me siento culpable igual.

El silencio se extendió entre ellas. La luna iluminaba el valle y las tumbas de la ladera este eran visibles como sombras regulares entre la hierba.

—Si hubiera algo —dijo Sorcha, eligiendo cada palabra con cuidado —. Si hubiera algo que una persona hubiera hecho, algo terrible, pero que no puede deshacerse... ¿qué haría esa persona?

Morna la miró un momento largo.

—Depende. ¿El daño sigue creciendo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay daños que se hicieron y terminaron. Y hay daños que se siguen haciendo porque la persona no dice la verdad. —La viuda le sostuvo la mirada—. Si el secreto sigue haciendo daño, la respuesta es obvia. Duele, pero es obvia.

Sorcha tragó saliva.

—¿Y si decir la verdad hace más daño que callar?

—Eso es lo que nos decimos siempre para no hablar. —Morna se puso de pie, agarrándose a la roca—. Pero la mentira tiene un problema: crece. Y cuanto más crece, más duele cuando se rompe. —Le puso una mano en el hombro, breve y firme—. Sea lo que sea, niña, no esperes demasiado. Las verdades que se pudren dentro

terminan saliendo de todos modos. Y cuando salen solas, hacen mucho más daño que cuando las deja salir uno.

Se fue. Sus pasos se perdieron en la oscuridad del sendero, y Sorcha se quedó sola con la luna y el frío y las palabras de la viuda resonando en su cabeza.

Las verdades que se pudren dentro terminan saliendo de todos modos.

Lo sabía. Claro que lo sabía.

Pero saberlo y actuar eran cosas distintas, separadas por un abismo que no podía cruzar. No esta noche. No mañana. Quizás nunca.

Volvió a la casa. Cormac dormía de lado, el brazo extendido sobre el espacio vacío que ella había dejado, como si la buscara incluso dormido. Tadhg respiraba suavemente en su rincón, el dibujo de carbón todavía en la piedra junto a él. Las montañas. El valle. Las figuras tumbadas. La sombra en el paso.

Sorcha se metió en la cama junto a Cormac. Él gruñó en sueños y la envolvió con el brazo, atrayéndola contra su pecho. Ella dejó que lo hiciera.

Cerró los ojos. Intentó no pensar en el dibujo. En la sombra. En el olor a brezo que un niño de siete años guardaba en algún rincón de su memoria como una bomba a la espera de detonador.

No lo consiguió.

No consiguió no pensar en nada de eso.

Y cuando por fin se durmió, las pesadillas la estaban esperando.

CAPÍTULO 18

El Cerco

Asentamiento MacGregor — Dos meses después del ataque

⁂

Cormac mandó exploradores al sur un jueves de cielo abierto.

Sorcha lo supo porque oyó la conversación. No a propósito — estaba lavando ropa detrás de la casa comunal, los brazos hundidos hasta los codos en agua jabonosa, cuando la voz de Cormac le llegó a través de la ventana abierta. Clara y firme, la voz de un hombre que ya no se apoyaba en el bastón para mandar.

—Necesito saber quiénes ejecutaron el ataque a Càdh Hollow. Nombres, caras, campamentos. Quiero todo lo que podáis encontrar sobre los Elliot.

Las manos se le detuvieron sobre la tela mojada.

—¿Los Elliot? —La voz de Fionnlagh, cautelosa—. Llevan años moviéndose por la frontera. No va a ser fácil localizarlos.

—No necesito que los localicéis. Necesito que confirmemos si fueron ellos los que atacaron el valle. Padraig trajo rumores, pero quiero pruebas. Hablad con los granjeros de las tierras bajas, con los mercaderes ambulantes. Alguien tiene que haber visto algo, oído algo.

—¿Y si los encontramos? ¿Qué hacemos?

Un silencio. Luego Cormac habló, y su voz tenía un filo que Sorcha no le había oído desde la noche que mató a Murdoch Campbell.

—Si encontramos a los que masacraron Càdh Hollow, los matamos. A todos. Sin juicio, sin piedad, sin excepciones.

Las palabras le atravesaron las costillas como cuchillos fríos. Sorcha soltó la camisa en el agua y se apoyó contra la pared, respirando por la boca. Sin excepciones. Sin piedad.

¿La incluía a ella en esa lista? ¿La incluiría si supiera?

Claro que sí. Claro que la incluiría.

—¿Y el niño? —preguntó Fionnlagh—. Tadhg recuerda cosas. Si pudiéramos...

—El niño no se toca. Ya hablé de eso. —La firmeza de Cormac era absoluta—. Pero si de forma natural recuerda detalles, si menciona nombres o describe caras, quiero saberlo inmediatamente. Sorcha está con él todo el día. Ella nos lo dirá.

Ella nos lo dirá.

Sorcha cerró los ojos. La confianza de Cormac era un peso que le doblaba la espalda, que le hundía los pies en el barro. Confiaba en que ella le transmitiría los recuerdos de Tadhg. Confiaba en que trabajaría con él para encontrar a los responsables de la masacre. Confiaba en ella, sin saber que la persona a la que buscaba dormía en su cama cada noche.

Se alejó de la ventana antes de que la oyeran. Las piernas le temblaban, pero caminó con paso firme hasta el corral, porque si se paraba, si dejaba de moverse, el pánico la alcanzaría.

Dìleas le empujó el hombro con el hocico, buscando atención. Sorcha le puso las manos en el cuello y hundió la cara en la crin, respirando el olor a caballo y a paja, tratando de anclarse a algo sólido.

Sin excepciones.

¿Cuánto tiempo tenía? Las exploradores tardarían semanas en llegar al territorio Elliot, quizás más. Pero llegarían. Y cuando hablaran con la gente de las tierras bajas, cuando rastrearan los movimientos de

la banda, las piezas encajarían. Alguien recordaría una incursión en un valle hace dos años y medio. Alguien mencionaría que los Elliot tenían una muchacha pelirroja entre los suyos.

Y entonces Cormac sumaría dos y dos. La hija de Gregor MacGregor, criada por los mismos reivers que masacraron a su gente. No hacía falta ser un genio para atar esos cabos.

Tadhg la encontró en el corral. Venía corriendo — corría ahora, algo impensable semanas atrás — con las mejillas coloradas y barro en las rodillas.

—Sorcha. Fionnlagh dice... puede enseñarme... martillo. —Las frases le salían entrecortadas, no por limitación sino por la emoción de correr y hablar al mismo tiempo—. ¿Puedo?

—Claro que puedes.

El niño sonrió. Esa sonrisa que todavía era rara, que todavía se encendía con cautela, como si temiese que alguien se la arrebatara.

—¡Ven! —Le cogió la mano y tiró de ella—. Ven a ver.

Lo siguió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

En la herrería, Fionnlagh había preparado un pequeño martillo y un trozo de hierro caliente. Tadhg lo golpeó con concentración feroz, la lengua asomando entre los dientes, y las chispas saltaban como estrellas diminutas que se apagaban en el aire frío.

—Tiene mano —dijo Fionnlagh, limpiándose el sudor de la frente—. Pulso firme para un crío de su edad.

—Le gusta. —Sorcha observaba al niño trabajar, y algo le dolía detrás del esternón con cada golpe del martillo. Este niño que apenas hablaba hace un mes, que ahora corría y sonreía y quería aprender cosas, este niño que la llamaba por su nombre y le cogía la mano sin dudar.

Este niño al que ella le debía todo. Al que le había robado todo.

—Sorcha. —Fionnlagh bajó la voz, apartándose del yunque—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—El niño. ¿Ha dicho algo más? ¿Sobre aquella noche?

La pregunta le tensó cada músculo del cuerpo.

—¿Por qué?

—Cormac me ha pedido que esté atento. No que presione al crío, eso nunca, pero que si dice algo... —Se encogió de hombros, incómodo—. Yo estuve en Càdh Hollow, ¿sabes? Llegué con Cormac tres días después. Vi lo que quedaba. —Los ojos se le oscurecieron —. Hay cosas que necesitan respuesta.

—¿Qué tipo de respuesta?

—La clase que se da con acero. —Lo dijo sin inflexión, como quien comenta que va a llover. Pero sus ojos eran piedra—. ¿Ha dicho algo?

—Recuerda fuego. Gritos. Alguien que le dijo que corriera. Nada más.

—¿Nada que identifique a los atacantes?

—Nada.

Fionnlagh asintió, insatisfecho pero resignado. Se volvió hacia Tadhg, que seguía golpeando el hierro con una determinación que habría sido graciosa en otras circunstancias.

—Si recuerda algo...

—Lo sabréis —dijo Sorcha, y la mentira ya ni siquiera le raspaba la garganta. Se había vuelto lisa de tanto uso.

Los días siguientes fueron un ejercicio de disimulo.

Sorcha sonreía cuando había que sonreír. Trabajaba cuando había que trabajar. Hablaba con Tadhg, lo escuchaba, lo cuidaba, con el

mismo cariño de siempre pero ahora contaminado por una ansiedad constante que le roía las entrañas como un animal hambriento.

Cada vez que el niño abría la boca, ella contenía el aliento. Cada frase nueva era un campo minado: ¿diría algo sobre el olor a brezo? ¿Describiría la silueta del paso con más detalle? ¿Recordaría pelo rojo donde antes solo había oscuridad?

Tadhg, ajeno a todo esto, seguía mejorando. Sus frases se alargaban. Sus preguntas se multiplicaban. Había empezado a jugar — juegos solitarios, reconstrucciones de batallas con piedras y palos que indicaban que procesaba lo vivido — y a veces se reía con una risa limpia que dolía de escuchar.

Una tarde, mientras recogían leña en el bosque, el niño se detuvo junto a un arroyo y se quedó mirando el agua.

—Sorcha.

—¿Sí?

—La persona del paso. —Seguía mirando el agua. Las palabras le salían despacio, meditadas—. Creo... que era mujer.

El frío le bajó por la columna vértebra a vértebra.

—¿Por qué crees eso?

—La voz. Era... —Frunció el ceño, buscando—. No grave. Como tú. Como una mujer.

Sorcha se arrodilló junto a él, y fue un milagro que las rodillas no le cedieran.

—¿Recuerdas algo más de ella?

Tadhg negó con la cabeza. Luego se detuvo.

—Olía bien. Ya te dije. A flores. —Hizo una pausa larga—. A veces sueño con ella. No veo su cara. Pero huelo las flores y oigo su voz. Y deja de dar miedo.

—¿El sueño deja de dar miedo?

—Todo. Todo deja de dar miedo cuando ella dice corre. —Levantó la mirada hacia Sorcha. Sus ojos eran grises, como los de Cormac, pero más claros, transparentes—. Creo que era buena. Aunque estuviera con los malos.

Sorcha no pudo responder. Tenía la garganta cerrada, los ojos ardiendo, y el único sonido que salió de su boca fue un ruido húmedo que no era palabra.

—¿Lloras? —preguntó Tadhg con preocupación.

—No. Se me ha metido algo en el ojo. —Se limpió la cara con el dorso de la mano—. Venga, vamos. Hay que llevar la leña antes de que oscurezca.

Caminaron de vuelta en silencio. Tadhg le llevaba la mano, como siempre, y Sorcha sentía sus dedos pequeños y calientes entrelazados con los suyos y pensaba: sabe que era una mujer. Sabe que olía a flores. Sabe que tenía voz como la mía.

¿Cuántas piezas más necesitaba?

Esa noche buscó a Cormac después de cenar. Él estaba en la casa comunal, solo, repasando los mapas de la zona que Padraig había traído. La mesa estaba cubierta de papeles y dibujos toscos, y había marcas en tinta que señalaban posiciones: pasos de montaña, vados, caminos. Preparándose para lo que vendría.

—Los exploradores salieron esta mañana —dijo sin levantar la vista —. Calum y Niall. Conocen la frontera. Si los Elliot siguen en la zona, los encontrarán.

—¿Y luego?

—Luego sabremos la verdad. —Finalmente la miró—. ¿Pasa algo?

Sorcha se sentó frente a él. La mesa los separaba, cubierta de mapas y planes de guerra, y ella miraba las marcas de tinta sin verlas.

—¿Qué harás cuando los encuentres?

—Ya lo sabes.

—Dímelo.

Cormac dejó la pluma. La estudió con esa mirada que siempre buscaba debajo de la superficie, que siempre encontraba más de lo que ella quería mostrar.

—Veintitrés personas murieron en Càdh Hollow. Mujeres, niños, ancianos. Los quemaron vivos dentro de sus casas. A los que salieron los mataron en el campo. Tadhg es el único que sobrevivió, y míralo — dos años sin hablar, dos años encerrado dentro de su propia cabeza. —La voz de Cormac era baja, controlada, pero debajo había algo que vibraba como acero a punto de romperse—. Los responsables van a morir. Todos. ¿Eso te molesta?

—No me molesta que quieras justicia.

—¿Pero?

—¿Qué pasa si no todo es blanco y negro? ¿Si alguno de los atacantes no quería estar ahí? ¿Si fue obligado, o manipulado, o era un niño que no sabía lo que hacía?

El silencio que siguió fue espeso. Cormac la miraba sin parpadear.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque importa. —Sorcha se obligó a sostenerle la mirada—. Importa saber por qué alguien hizo algo, no solo qué hizo.

—No. —La palabra fue rotunda—. Veintitrés muertos. No importa el por qué. No importa si alguien tenía miedo, o si era joven, o si le obligaron. Estuvieron ahí. Participaron. Y por eso van a morir.

Las palabras cayeron sobre la mesa como piedras. Sorcha las sintió hundirse en su pecho, una por una, y supo con certeza absoluta lo que significaban para ella.

Sin excepciones. Sin piedad.

La incluía. Aunque no lo supiera, la incluía.

—¿Estás bien? —preguntó Cormac—. Estás pálida.

—Cansada. Nada más. —Se puso de pie. Las piernas le obedecieron, aunque no debieran—. Voy a ver a Tadhg.

—Sorcha.

Se detuvo en la puerta.

—Lo que te dije el otro día. Sobre que no hay nada que puedas contarme que cambie lo que siento por ti. —Cormac hizo una pausa —. Lo dije en serio. Pero eso se aplica a ti. A lo que tú hayas vivido, sufrido, soportado. ¿Entiendes la diferencia?

La entendía. Dios, vaya si la entendía. El perdón de Cormac tenía límites. Llegaba hasta lo que ella hubiera sufrido, no hasta lo que hubiera causado. La quería como víctima, como superviviente, como mujer marcada por el dolor. No la querría como verdugo.

—Entiendo —dijo.

—Bien. —Le sonrió, y la sonrisa fue como un cuchillo—. Descansa.

Salió a la noche fría. Caminó sin rumbo hasta que las piernas la llevaron al mirador, como siempre, y se sentó en el borde mirando el valle dormido abajo.

El cerco se cerraba. Desde fuera: exploradores buscando a los Elliot, Cormac conectando puntos, el hijo de Murdoch Campbell reuniendo un ejército. Desde dentro: Tadhg recordando más cada día, los fragmentos acercándose como piezas de un cristal roto que tarde o temprano formarían una imagen reconocible.

Y ella en el centro. Inmóvil. Paralizada entre confesar y callar, entre destruirlo todo ahora o esperar a que se destruyera solo.

No podía seguir así. Lo sabía. El peso la estaba aplastando, comprimiendo sus pulmones, robándole el aire que necesitaba para seguir funcionando. Cada sonrisa era un esfuerzo. Cada mentira costaba más que la anterior. Y el odio hacia sí misma crecía como una infección, extendiéndose por todo lo que tocaba.

Morna tenía razón. Las verdades que se pudren dentro terminan saliendo de todos modos. Y cuando salen solas, hacen mucho más daño.

Tenía que contarle. A Cormac. Todo. Antes de que los exploradores volvieran, antes de que Tadhg recordara su cara, antes de que alguien en las tierras bajas mencionara a una chica pelirroja entre los Elliot.

Tenía que contarle y aceptar lo que viniera.

La decisión no le trajo paz. No hubo un momento de claridad ni de alivio, solo la certeza fría de que ya no tenía alternativa. Confesar no era valentía — era la única puerta que quedaba abierta, y ni siquiera estaba segura de que no llevara a un precipicio.

Pero al menos sería ella quien eligiera caer. No la empujarían.

Volvió a la casa. Cormac dormía. Tadhg respiraba suavemente en su rincón, la mano cerrada alrededor de una piedra lisa que le había regalado esa mañana.

Sorcha se tumbó junto a Cormac sin desvestirse. Él se movió en sueños, su brazo encontrándola por instinto, y ella dejó que la envolviera porque era la última vez. Quizás mañana también, pero quizás no. Quizás mañana él la miraría con odio en vez de amor, con asco en vez de deseo, y esos brazos que ahora la cobijaban la empujarían lejos.

Mañana se lo diría.

Esta vez no era la mentira de siempre. Esta vez era verdad.

Pero la verdad, descubrió, daba más miedo que cualquier mentira.

Se durmió con el corazón de Cormac latiendo contra su espalda y el sonido de la respiración de Tadhg llenando la oscuridad. Dos ritmos que había aprendido a necesitar. Dos anclas que estaba a punto de soltar.

No soñó con Càdh Hollow. No soñó con nada.

Fue la noche más larga de su vida, y la más corta.

Y cuando el amanecer gris empezó a filtrarse por las rendijas de la puerta, Sorcha abrió los ojos y supo que había llegado el día.

No estaba preparada.

Nunca lo estaría.

CAPÍTULO 19

La Verdad

Asentamiento MacGregor — Amanecer

⁂

Lo encontró afilando la espada.

Estaba sentado en el banco de piedra junto a la herrería, la hoja sobre las rodillas, la piedra de afilar moviéndose en pasadas largas y regulares que arrancaban un sonido metálico al acero. El sol acababa de asomar sobre la línea de montañas y le daba de costado, iluminando la cicatriz del pómulo, las sombras bajo los ojos, la barba de dos días que le oscurecía la mandíbula. Todavía cojeaba — cojearía siempre — pero ya no usaba el bastón. La pierna aguantaba su peso con una rigidez que él disimulaba bien.

Sorcha lo observó desde la puerta de la casa un momento antes de acercarse. Lo miró como se mira algo que estás a punto de perder: con hambre, con desesperación, con la precisión de quien necesita memorizar cada detalle porque pronto será lo único que le quede.

La forma en que sus manos envolvían la empuñadura. El ángulo de la cabeza cuando se concentraba. El movimiento rítmico del brazo, adelante y atrás, adelante y atrás, como un ritual que lo conectaba con algo antiguo.

No estaba preparada. Nunca lo estaría. Pero el amanecer había llegado igual que todas las mañanas, indiferente a sus ruegos, y Sorcha había aprendido hace tiempo que el mundo no esperaba a que estuvieras lista.

Caminó hacia él. Cada paso pesaba como plomo.

Cormac levantó la vista cuando la oyó acercarse. Le sonrió — esa media sonrisa que le cambiaba la cara, que le quitaba años y dureza — y dejó la piedra de afilar a un lado.

—Temprano. ¿No podías dormir?

—No.

Algo en su voz lo alertó. La sonrisa se borró despacio, como una llama que se apaga, y Cormac la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa?

Sorcha se sentó a su lado. El banco era frío a través de la tela de la falda. A su espalda, el asentamiento empezaba a despertar: humo de chimeneas, una puerta que se abría, voces lejanas. Dentro de la casa, Tadhg seguía dormido. Le había dejado la piedra lisa del arroyo junto al jergón, como un amuleto, como una disculpa.

—Tengo que contarte algo.

—De acuerdo.

—Necesito que me dejes terminar. Que no me interrumpas. ¿Puedes hacer eso?

Cormac dejó la espada sobre el banco, despacio. La estudió con esa mirada que siempre buscaba debajo, que siempre encontraba las grietas.

—Puedo.

Sorcha respiró. El aire de la mañana le entró frío en los pulmones, limpio, con olor a hierba mojada y a humo de turba. Lo guardó. Lo retuvo un momento. Luego lo soltó, y con él soltó todo lo demás.

—Yo estuve en Càdh Hollow.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en agua profunda. Cormac no se movió. No parpadeó. Se quedó absolutamente inmóvil, como si alguien le hubiera clavado al banco.

—Los Elliot me llevaron. —La voz le salía plana, sin inflexión, como si estuviera recitando algo aprendido de memoria. Quizás lo estaba. Había ensayado este momento mil veces en su cabeza, con mil versiones distintas, y al final todas se reducían a lo mismo—. Tenía dieciséis años. Llevaba siete con ellos. No sabía que era un asentamiento MacGregor. No sabía que eran los míos.

Silencio. Cormac seguía sin moverse.

—Me pusieron a vigilar el paso norte. Mi trabajo era asegurar que nadie escapara por ahí. —Cada palabra le costaba, le arrancaba algo de dentro, pero seguía hablando porque si paraba no volvería a empezar—. Oí los gritos. Vi el fuego desde arriba. No bajé. Me quedé donde me habían puesto.

El silencio era tan denso que podía oír su propio corazón. Y el de él. Acelerado.

—Un niño llegó al paso. Corriendo. Cinco años, descalzo. —Le tembló la voz por primera vez—. Tadhg. Era Tadhg. Lo vi y le dije que corriera. Lo empujé hacia el bosque. Fue lo único que hice. Lo único.

Ahora Cormac se movió. Un movimiento mínimo: la mano que se cerraba sobre la empuñadura de la espada. No como amenaza. Como reflejo. Como alguien que busca algo sólido a lo que agarrarse.

—Veintitrés personas murieron esa noche. —Sorcha miraba al frente, al valle que se extendía bajo el sol del amanecer, incapaz de mirarlo a él—. Y yo estaba ahí. No maté a nadie. No encendí ningún fuego. Pero estaba ahí, vigilando el paso, haciendo mi trabajo, mientras los quemaban vivos dentro de sus casas.

Las palabras se acabaron. El silencio que vino después fue el peor sonido que Sorcha había oído en su vida.

Un segundo. Dos. Cinco. Diez.

—Mírame.

La voz de Cormac no se parecía a nada que hubiera escuchado antes. No era la voz del hombre que le había dicho te quiero, ni la del guerrero que había matado a Murdoch Campbell, ni la del líder que daba órdenes con calma. Era algo nuevo. Algo despojado de todo lo que lo hacía humano.

Sorcha lo miró.

La cara de Cormac era una máscara. La mandíbula apretada hasta que los músculos se marcaban bajo la piel. Los ojos — esos ojos grises que la habían mirado con deseo, con ternura, con amor — eran dos piedras. Fríos. Muertos.

—Dilo otra vez.

—Cormac...

—Dilo. Otra. Vez.

—Estuve en Càdh Hollow. Con los Elliot. Vigilé el paso norte mientras mataban a veintitrés MacGregors.

Cormac cerró los ojos. La espada vibró en su mano — los nudillos blancos, los tendones tensos como cuerdas — y por un momento Sorcha pensó que iba a levantarla. Que iba a usarla. Que todo terminaría aquí, en este banco frío, con el sol del amanecer pintando de oro las montañas.

No la levantó.

Cuando abrió los ojos, había algo peor que la rabia. Peor que el odio. Era incomprensión. Absoluta, total, devastadora incomprensión, como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies y estuviera cayendo sin encontrar fondo.

—Todo este tiempo. —Las palabras le salieron rotas, con espacios entre ellas, como si cada una le costara un esfuerzo que apenas podía sostener—. Todo este tiempo has estado... Dormías en mi cama. Cuidabas al niño. Me dejabas... Dejaste que te...

No terminó la frase. Se puso de pie. La pierna le falló — la herida que todavía no había sanado del todo — y tropezó, pero se agarró al

muro de la herrería antes de caer. Le daba la espalda a ella. Sorcha podía ver cómo le temblaban los hombros.

—Dieciocho meses —dijo él, y la voz le salió como un hilo—. Dieciocho meses buscándote. Recorrí cada campamento de reivers en la frontera preguntando por una chica pelirroja MacGregor. Te encontré. Te saqué de allí. Te traje aquí. Y tú...

Se volvió. Las lágrimas no le caían — Cormac no lloraba, quizás no sabía cómo — pero tenía los ojos rojos y algo se había roto en su expresión, algo que dejaba ver lo que había debajo de toda esa fuerza y control: un niño de dieciséis años que había visto morir a su madre y que acababa de descubrir que la persona en la que más confiaba le había mentido sobre lo peor.

—Tadhg. —La palabra le salió como si le arrancaran un diente—. El niño al que dices querer. El niño que te llama por tu nombre, que te sigue a todas partes, que confía en ti más que en nadie en el mundo. Estuviste ahí. Estuviste ahí la noche que le quitaron todo.

—Yo lo salvé.

—¡No! —El grito rebotó contra las paredes de piedra. Cormac dio un paso hacia ella y Sorcha retrocedió por instinto. Él se detuvo. Se miró las manos, como sorprendido de su propia violencia, y las dejó caer—. No. No digas eso. No te atrevas a decir eso. Lo salvaste porque estabas en el paso dejando que mataran a su familia. No es lo mismo. No es ni de lejos lo mismo.

Sorcha no discutió. No podía. Todo lo que él decía era verdad.

—Lo sé —dijo. La voz le salía muerta, vacía de todo excepto del peso de lo que había hecho—. Lo sé. No vine a pedir perdón. No vine a dar excusas. Vine a decirte la verdad. Tenías derecho a saberla.

—¿Derecho? —Cormac soltó un sonido que no era risa ni llanto sino algo entre ambos, algo horrible—. Tenía derecho a saberlo hace meses. Tenía derecho a saberlo la primera noche, cuando te pregunté de dónde venías. Tenía derecho a saberlo antes de... —Se pasó las manos por la cara, tirando del pelo—. Dios. Dios.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tenía miedo.

—¿De qué? ¿De que te matara?

—De perderte.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire frío. Cormac la miró y por un segundo — solo un segundo — Sorcha vio algo detrás de la rabia y el asco. Algo que se parecía al dolor de un animal herido, algo que quería alcanzarla pero no podía.

El segundo pasó. La piedra volvió a su sitio.

—Vete.

—Cormac...

—Vete. —Cada letra era un corte limpio—. Ahora. Antes de que haga algo de lo que los dos nos arrepintamos.

Sorcha se levantó del banco. Las piernas le obedecieron, aunque no deberían. Dio un paso. Dos. Tres. Cada uno la alejaba más de todo lo que había conocido en los últimos meses, de todo lo que había aprendido a necesitar.

—Una cosa —dijo Cormac a su espalda. Su voz había cambiado otra vez. Ahora era fría. Controlada. La voz del jefe de clan, no la del hombre que la quería—. El niño. Tadhg. ¿Sabe?

—No sabe que fui yo. Recuerda a alguien en el paso, pero no mi cara. No... —Tragó—. No me ha reconocido.

Un silencio largo.

—Si lo supiera, te arrancaría de su vida ahora mismo. Pero no lo sabe, y sacarte de golpe le haría daño. Más daño. —Las palabras le salían como si las estuviera arrancando de su propia carne—. Así que esto es lo que va a pasar. No te acercas a él. No le hablas. No lo miras. Morna se hará cargo. Tú te mudas a la casa del extremo sur,

la que está vacía. No hablas con nadie de lo que me has dicho. No hasta que yo decida qué hacer.

—¿Y qué vas a hacer?

El silencio fue la respuesta. Cormac cogió la espada y entró en la herrería sin mirar atrás.

Sorcha se quedó de pie en el banco de piedra, sola, con el sol del amanecer calentándole la cara mientras el frío le calaba hasta los huesos. A su alrededor, el asentamiento despertaba. Voces, humo, el lowing de las vacas en el corral. Ruidos normales de una mañana normal.

Nada era normal. Nada volvería a serlo.

Caminó hacia la casa. Dentro, Tadhg seguía dormido, acurrucado en su jergón, la piedra lisa apretada contra el pecho. Sorcha se arrodilló a su lado. Le apartó el pelo de la frente — pelo fino, color arena, que siempre le caía sobre los ojos — y el niño se removió sin despertar, buscando su mano por instinto.

Le dejó que la encontrara. Los dedos pequeños se cerraron alrededor de los suyos, apretando con esa fuerza que siempre la sorprendía, y Sorcha se quedó ahí, de rodillas en el suelo frío, sosteniendo la mano de un niño dormido al que estaba a punto de abandonar.

No por elección. Nunca por elección.

—Lo siento —susurró. Las palabras no servían de nada, pero las dijo de todos modos—. Lo siento mucho, Tadhg.

El niño dormía. Su respiración era lenta y regular, la respiración de alguien que se siente seguro, que confía en que la persona a su lado estará ahí cuando despierte.

No estaría.

Sorcha se soltó despacio, dedo a dedo, milímetro a milímetro, hasta que la mano de Tadhg quedó vacía sobre el jergón. Él frunció el ceño en sueños, buscándola, y ella tuvo que morderse el interior de

la mejilla hasta saborearse la sangre para no volver a cogerle la mano.

Recogió sus pocas cosas. El cuchillo. Una muda de ropa. La piedra lisa que Tadhg le había regalado el día que habló por primera vez. No había nada más que fuera suyo. Había llegado al asentamiento sin nada y se iba casi igual.

Salió sin mirar atrás. Si miraba, no podría irse.

La casa del extremo sur era pequeña, fría, con olor a desuso y a humedad. Habían vivido dos hermanos antes del ataque Campbell — los dos muertos, enterrados en la ladera este — y sus cosas seguían ahí: herramientas, ropa doblada, un jarro de cerveza a medio beber que olía a vinagre. Sorcha no tocó nada. Se sentó en el jergón y miró la pared de piedra.

El grito llegó una hora después.

Agudo, aterrorizado, el grito de un niño que se despierta y descubre que la persona que le prometió quedarse siempre no está.

Sorcha se levantó del jergón. Sus piernas la llevaron hacia la puerta antes de que pudiera pensar. La mano encontró el picaporte.

Se detuvo.

No te acercas a él. No le hablas. No lo miras.

El grito se repitió. Más fuerte. Más desesperado. Sorcha podía imaginarlo — Tadhg de pie junto al jergón vacío, la piedra en la mano, mirando la puerta abierta, buscándola con esos ojos que habían tardado dos años en volver a ver — y cada grito le atravesaba el cuerpo como una hoja de acero.

Apretó el picaporte hasta que el metal le marcó la palma. No abrió.

El tercer grito fue una palabra.

—¡SORCHA!

El nombre le salió limpio, fuerte, sin la aspereza de las primeras semanas. Un niño llamando a la única persona en el mundo en la

que confiaba. Un niño que no entendía por qué se había ido.

Sorcha se deslizó por la puerta hasta el suelo. Se abrazó las rodillas. Apretó la cara contra la tela de la falda.

No lloró. No podía. El dolor era demasiado grande para las lágrimas, demasiado profundo, del tipo que se instala en los huesos y se queda ahí para siempre. Había sentido algo parecido la noche que vio morir a su familia, pero esto era distinto. Aquello fue algo que le hicieron a ella. Esto era algo que se había hecho a sí misma.

Los gritos continuaron. Luego se convirtieron en llantos. Luego, despacio, en un silencio que era peor que cualquier grito.

Morna lo tendría en brazos. Morna lo consolaría. Morna le diría algo — qué, no podía imaginarlo — para explicar por qué Sorcha no estaba.

Pero ninguna explicación sería suficiente.

No para Tadhg.

No para ella.

Las horas pasaron. El sol subió y bajó y volvió a subir, y Sorcha se quedó en la casa del extremo sur, sin comer, sin dormir, escuchando los ruidos del asentamiento a través de las paredes de piedra. Voces que no la buscaban. Pasos que no se acercaban. El silencio específico de alguien a quien han borrado.

Nadie vino a verla.

Cormac no vino.

Al segundo día, alguien dejó comida en la puerta. Pan y un trozo de queso, envueltos en un paño. Sin nota. Sorcha lo miró sin tocarlo. No tenía hambre. No tenía nada.

Al tercer día, la puerta se abrió.

No era Cormac. Era Fionnlagh.

El herrero entró sin pedir permiso y se quedó de pie en medio de la habitación, los brazos cruzados, mirándola con una expresión que Sorcha no pudo leer. No era odio. No era compasión. Era algo intermedio, algo complicado.

—Cormac me lo ha contado.

Sorcha no respondió.

—No todo. Solo lo esencial. Que estuviste con los Elliot en Càdh Hollow. Que vigilaste el paso. —Fionnlagh se frotó la cara con las manos—. Joder.

—¿Has venido a matarme?

—No. He venido a entender. —Se sentó frente a ella, en el suelo, como si fuera lo más natural del mundo—. Tenías dieciséis años. Llevabas siete con los reivers. No sabías que era un asentamiento MacGregor.

—Eso no cambia nada.

—Cambia algo. No cambia todo, pero cambia algo. —Fionnlagh la miró con ojos cansados—. ¿Mataste a alguien esa noche?

—No.

—¿Encendiste algún fuego?

—No.

—¿Sabías lo que iban a hacer los Elliot antes de que pasara?

—Sabía que era una incursión. No sabía que iban a... —Se le cerró la garganta—. Cuando empezaron los gritos, ya era tarde.

Fionnlagh asintió. Miraba el suelo entre sus botas, procesando.

—Vi lo que quedó de Càdh Hollow —dijo al fin—. Llegué con Cormac tres días después. Los cuerpos todavía estaban ahí. Los que no se habían quemado. Mujeres, niños, viejos. —Levantó la mirada —. Había una niña. Siete años, quizás ocho. La habían matado en la

puerta de su casa. Probablemente intentó salir corriendo y alguien le cerró el paso.

Sorcha cerró los ojos.

—Tú le cerraste el paso a esa niña.

—No. Yo estaba en el paso norte. Los Elliot cerraron el sur y el este. La niña...

—Da igual qué paso fuera. —La voz de Fionnlagh no era cruel, pero tampoco blanda—. Estabas en uno de ellos. Formabas parte del cerco.

—Lo sé.

—¿Y el niño? ¿Tadhg?

—Le dije que corriera. Lo empujé hacia el bosque.

—¿Por qué?

—Porque era un niño. Porque no podía... —Se le rompió la voz—. No podía dejar que lo mataran. A él no.

—Pero a los demás sí.

No era una pregunta. Sorcha no la contestó.

Fionnlagh se quedó callado un rato largo. Fuera, alguien pasó caminando. Una voz llamó a otra. El mundo seguía funcionando.

—Cormac está destrozado —dijo finalmente—. Nunca lo he visto así. Ni cuando murió su madre, ni cuando Alasdair cayó. Lo que le has hecho...

—Lo sé.

—No, no lo sabes. —Fionnlagh se inclinó hacia delante—. Lo que le has hecho es peor que una traición. Es una traición disfrazada de amor. Le diste exactamente lo que más necesitaba — una familia, un hogar, una razón — y resulta que todo estaba construido sobre la cosa que más odia en este mundo.

Las palabras le cayeron encima como piedras. Cada una encontró su sitio, pesada y precisa.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Sorcha.

—No lo sé. Creo que él tampoco lo sabe. —Fionnlagh se puso de pie —. Una parte de él quiere matarte. Otra parte no puede. Y entre esas dos partes hay un hombre que te quiere y que no sabe cómo dejar de hacerlo. —Se detuvo en la puerta—. Si sirve de algo, creo que hiciste bien en contárselo tú. Si se hubiera enterado de otra forma... por Tadhg, por los exploradores... no estarías viva.

—Quizás sería mejor.

—No digas eso. —La voz de Fionnlagh se endureció—. No te des el lujo de la autocompasión. La gente de Càdh Hollow no tiene ese lujo. —Salió—. Come algo. Pareces una muerta.

La puerta se cerró.

Sorcha comió el pan. No porque tuviera hambre, sino porque Fionnlagh tenía razón: no tenía derecho a la autocompasión. No tenía derecho a nada. Lo mínimo que podía hacer era seguir viva para enfrentar lo que viniera.

Esa noche oyó a Tadhg llorar otra vez. Débil, amortiguado por la distancia y las paredes, pero inconfundible. El llanto de un niño que no entiende por qué le han quitado lo que más quería.

Sorcha se tumbó en el jergón, se cubrió la cabeza con el brat, y apretó la piedra lisa del arroyo contra el pecho hasta que los bordes le marcaron la piel.

No durmió.

No durmió en toda la noche.

CAPÍTULO 20

Exilio

Casa del extremo sur — Quinto día

⁂

El moho de la pared tenía forma de mano.

Sorcha llevaba horas mirándolo. Quizás días. El tiempo se había convertido en algo blando, sin bordes, que se estiraba y se encogía según la cantidad de luz que entrara por la rendija de la puerta. Sabía que era de día porque la rendija brillaba. Sabía que era de noche porque no. Más allá de eso, las horas le resbalaban encima sin dejar marca.

La casa olía a piedra húmeda y a lana vieja. Los hermanos que habían vivido aquí — los muertos de la ladera este, los que ya no necesitaban nada — habían dejado su olor impreso en las paredes, en el jergón, en el brat doblado sobre la silla. Un olor masculino, a sudor seco y a grasa de cabra, que se mezclaba con el tufo dulzón de la humedad y producía algo que se le pegaba al fondo de la garganta.

Comía lo que dejaban en la puerta. Pan, queso, a veces un trozo de carne seca que masticaba sin saborearlo. No sabía quién lo traía. No era Cormac — eso lo habría notado, habría reconocido el peso de sus pasos. Probablemente Iona, o alguna de las otras mujeres que todavía no sabían por qué la habían apartado.

Porque no lo sabían. No todavía. Cormac le había dicho que no hablara con nadie, y él tampoco había hablado. La versión oficial — si es que había una versión — era que Sorcha estaba enferma. Fiebre. Necesitaba aislamiento. La gente lo aceptaba porque no

tenían motivos para dudar, porque las fiebres eran comunes y los aislamientos necesarios, porque nadie imaginaba que la hija de Gregor MacGregor pudiera ser apartada por otra razón.

Pero los rumores tendrían que empezar pronto. No podía estar enferma para siempre.

Al quinto día, alguien llamó a la puerta.

—Sorcha. Soy Iona. ¿Puedo pasar?

—No.

Un silencio. Luego la puerta se abrió de todos modos.

Iona entró con un cubo de agua limpia y un trapo. Miró a Sorcha — tirada en el jergón, la ropa del primer día todavía puesta, el pelo enredado en nudos que ya no se molestaba en deshacer — y su expresión pasó de la preocupación a algo más duro.

—Te has rendido.

—Déjame.

—No. —Iona dejó el cubo en el suelo con un golpe que salpicó—. Llevo cinco días trayéndote comida y quitándote la mierda y no pienso seguir haciéndolo si tú no piensas levantarte de esa cama.

—No te he pedido que lo hagas.

—No. Lo ha pedido Cormac. —Las palabras cayeron entre ellas como piedras—. Me ha pedido que me asegure de que no te mueres de hambre ni de suciedad. No me ha dicho por qué estás aquí. No me ha dicho por qué lleva cinco días sin hablar con nadie y parece que le han sacado las entrañas. No me ha dicho por qué Tadhg grita tu nombre cada noche hasta que se queda sin voz. No me ha dicho nada. —Iona se cruzó de brazos—. Así que igual me lo cuentas tú.

Sorcha la miró. La joven tenía los ojos enrojecidos de poco dormir y una mancha de algo — papilla, probablemente — en la manga. Había estado cuidando a Tadhg. El entendimiento llegó despacio, como agua filtrándose por una grieta.

—¿Cómo está?

—¿Tadhg? Mal. —Sin adornar—. Ha dejado de hablar. Otra vez. Morna lo tiene en su casa, pero es como al principio. Se mece. No come. No mira a nadie.

El frío le bajó por la columna hasta instalarse en la base del cráneo.

—¿No habla?

—Ni una palabra. Desde que te fuiste. Cinco días, y cada día un poco peor. —La voz de Iona se quebró por primera vez—. Morna está desesperada. Dice que es como verlo volver al agujero del que tú lo sacaste.

Sorcha se sentó en el jergón. El movimiento le costó — llevaba horas, quizás un día entero, sin moverse — y la cabeza le dio vueltas.

—¿Qué le habéis dicho?

—Que estás enferma. Al principio no se lo creyó — se escapó tres veces buscándote, Morna tuvo que cogerlo en brazos para llevarlo de vuelta. Ahora ya no se escapa. —Iona bajó la mirada—. Ahora no hace nada.

Dos años y medio de mutismo. Semanas de recuperación, de primeras palabras, de sonrisas tímidas, de una vida que empezaba a encenderse. Y cinco días habían bastado para apagarlo todo.

Por ella. Porque ella le había prometido quedarse siempre y había desaparecido.

—Cuéntame qué pasa —dijo Iona—. Lo que sea. Lo necesito saber.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Cormac me dijo que no hablara con nadie.

Iona la estudió un momento largo. Luego se sentó en el suelo, frente a ella, y su expresión cambió: la dureza cedió a algo que se

parecía a la comprensión.

—Le has contado algo. Algo malo. Y él no sabe cómo manejarlo. —No era pregunta—. Conozco a Cormac desde que era un crío. Cuando le duele, se cierra. Se vuelve piedra. Toma decisiones que parecen lógicas pero que le están destrozando por dentro.

—No es él quien tiene derecho a estar destrozado.

—No he dicho que lo tenga. He dicho que lo está. —Iona se inclinó hacia delante—. Escucha. No sé qué hiciste. No necesito saberlo. Lo que necesito saber es si ese niño va a recuperarse. Porque si Tadhg vuelve a donde estaba, si pierde todo lo que ganó... no sé si habrá vuelta atrás esta vez.

Sorcha se miró las manos. Tenía las uñas negras de mugre y la piel agrietada del frío. Manos que habían sostenido un cuchillo en un paso de montaña. Manos que habían acariciado la cabeza de un niño dormido. Las mismas manos.

—Hablaré con Cormac —dijo.

—Cormac no quiere hablar contigo.

—Pues tendrá que hacerlo.

Iona se fue. El cubo de agua quedó en el suelo, la superficie temblando con la vibración de la puerta al cerrarse.

Sorcha se lavó. El agua estaba fría — helada, más bien — y el trapo áspero le dejó la piel roja. Se desenredó el pelo con los dedos, tirando de nudos que arrancaron mechones enteros. Se cambió de ropa. Comió el pan que quedaba en la puerta, masticando despacio aunque el estómago protestaba después de días de casi no comer.

No lo hacía por ella. Lo hacía porque un niño la necesitaba y no iba a dejar que su propio castigo lo arrastrara a él.

Encontró a Cormac en las fortificaciones del lado este.

Estaba supervisando la construcción de una nueva empalizada — troncos afilados clavados en la tierra, una línea de defensa contra lo

que vendría del sur — y tenía aspecto de no haber dormido en días. La barba le había crecido desordenada, los ojos estaban hundidos en sombras oscuras, y la cojera era peor que la semana anterior, como si el cuerpo hubiera decidido que, ya que el alma se desmoronaba, bien podía acompañarla.

Los hombres que trabajaban a su lado la vieron acercarse. Uno la saludó con la cabeza. Otro murmuró algo. No sabían. Todavía no.

—Cormac.

Él se tensó. Lo vio en la espalda, en la forma en que los hombros se le subieron medio centímetro, en el instante que tardó en volverse. Cuando lo hizo, su cara era una máscara. La misma máscara del banco de piedra, la misma piedra fría y gris, pero ahora con grietas. Ojeras. Labios apretados que se habían olvidado de cómo sonreír.

—Te dije que te quedaras en la casa.

—Y yo te obedecí. Cinco días. —Le sostuvo la mirada aunque todo dentro de ella quería huir—. Ahora necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Tadhg ha dejado de hablar.

La máscara se agrietó. Fue un segundo — un parpadeo, un temblor en la mandíbula — pero Sorcha lo vio. Debajo de la piedra seguía ahí el hombre que se había sentado junto a un niño traumatizado y le había ofrecido su cama.

—Morna se encarga de él.

—Morna no puede. Nadie puede. Se ha cerrado otra vez. No come. No mira. No habla. —Sorcha dio un paso hacia él. Cormac no retrocedió, pero tampoco se acercó—. Cinco días. Eso es lo que ha costado deshacer meses de progreso. Cinco días sin mí y ha vuelto al principio.

—No te atrevas a usar al niño como arma.

—No lo uso como arma. Te estoy diciendo lo que pasa. Lo que tú decidiste que pasara cuando me apartaste de él sin transición, sin explicación, sin darle tiempo.

Los hombres de la empalizada habían dejado de trabajar. Miraban. Cormac lo notó y bajó la voz.

—No aquí.

Caminaron hasta el mirador. El mismo mirador donde se habían sentado tantas veces, donde ella había estado a punto de confesarle la verdad en tres ocasiones distintas, donde él le había dicho te quiero. Ahora caminaban separados por un metro de distancia que podía haber sido un océano.

Cormac se apoyó en la roca del borde y miró el valle. No la miraba a ella. No podía, quizás. O no quería.

—Fionnlagh piensa que debería dejar que vuelvas con el niño.

—¿Y tú?

—Yo pienso que dejaste que veintitrés personas murieran. —La voz era plana, sin emoción. Peor que un grito—. Pienso que dormiste en mi cama durante meses sabiéndolo. Pienso que cuidaste a ese niño como si lo quisieras sabiendo que habías participado en la muerte de su familia.

—Lo quiero.

—No me hables de querer. —Ahora sí se volvió. Los ojos estaban rojos, secos, ardiendo de algo que no tenía nombre—. No tienes derecho a esa palabra. No conmigo. No con él.

Las palabras dolieron exactamente como debían doler. Sorcha las recibió sin moverse, sin defenderse, porque no tenía defensa. Todo lo que él decía era verdad.

—Tienes razón —dijo—. En todo. No tengo derecho a nada. Pero Tadhg sí. Tadhg tiene derecho a no pagar por lo que yo hice.

Cormac cerró los ojos. Un músculo le latía en la mandíbula, rítmico, como un pulso que se hubiera equivocado de sitio.

—Si te dejo volver con él... —Las palabras le salían forzadas, como si las estuviera arrancando de algún lugar que no quería tocar—. No es perdón. No es aceptación. Es porque el niño te necesita y porque soy incapaz de hacerle más daño del que ya le hemos hecho.

—Lo sé.

—No me hables. No me mires. No me toques. No existes para mí fuera de lo que necesita Tadhg. ¿Entiendes eso?

—Entiendo.

—Si el niño pregunta por qué te fuiste, le dices que estabas enferma. Si algún día recuerda lo suficiente para conectar las piezas, vienes a mí primero. ¿Está claro?

—Claro.

Cormac la miró un momento más. Había algo en sus ojos — debajo de la rabia, debajo del asco, debajo de todo — que se parecía a la añoranza. Como alguien mirando la casa donde creció después de que se haya quemado.

—Puedes irte.

Sorcha se fue. No miró atrás. Las piernas le llevaron cuesta abajo, por el sendero que ya se sabía de memoria, y cada paso la acercaba a Tadhg y la alejaba de Cormac y las dos distancias le dolían por igual pero de formas distintas.

Morna la esperaba en la puerta de su casa. La viuda tenía la cara demacrada y los ojos rojos.

—Cormac ha mandado aviso. Dice que puedes verlo. —Había preguntas en su voz, docenas de ellas, pero se las tragó—. Está dentro. No sé si te reconocerá.

Sorcha entró.

La casa de Morna olía a hierbas secas y a humo. Tadhg estaba en un rincón, sentado en el suelo con las rodillas abrazadas, meciéndose. Adelante y atrás. Adelante y atrás. Los ojos fijos en la pared, en ningún sitio, en ese lugar interior donde se había escondido durante dos años antes de que ella lo encontrara.

Estaba más delgado. Cinco días. En cinco días se le habían hundido las mejillas y los huesos de las muñecas le sobresalían como piedras bajo la piel. No la miró cuando entró. No reaccionó al sonido de sus pasos ni al cambio en la luz cuando la puerta se abrió.

Sorcha se arrodilló a un metro de él. No lo tocó. No podía tocarlo todavía, no sin permiso, no sin saber si era bienvenida en el mundo donde él se había refugiado.

—Tadhg.

El meceo continuó. Adelante y atrás. El ritmo de alguien que se consuela a sí mismo porque no hay nadie más.

—Soy yo. Sorcha. Estoy aquí.

Nada. El niño se mecía y miraba la pared y no estaba ahí, no estaba en ningún sitio que ella pudiera alcanzar.

—Sé que me fui. Sé que no entiendes por qué. —Le temblaba la voz. Se la tragó, la apretó, la obligó a salir entera—. Estuve enferma. Pero ya estoy mejor. Y voy a quedarme.

El meceo se detuvo.

No del todo. Un último balanceo hacia delante, una pausa, y luego quietud. Los ojos de Tadhg seguían en la pared, pero algo había cambiado en ellos. Una chispa, quizás. O un reflejo.

—He traído algo. —Sacó la piedra lisa del bolsillo. La piedra del arroyo, la que él le había regalado el día que habló por primera vez. La puso en el suelo, entre los dos, como una ofrenda—. La guardé. Todo el tiempo.

Tadhg bajó la mirada hacia la piedra. Sus ojos la encontraron — gris sobre gris — y algo se movió detrás de ellos. Reconocimiento.

Memoria. La misma chispa que Sorcha había visto meses atrás, cuando le tocó la mano por primera vez en la casa de Morna.

Sus dedos se estiraron hacia la piedra. La tocaron. La rodearon.

Y luego — despacio, tan despacio que Sorcha dejó de respirar — la empujó de vuelta hacia ella.

Te la devuelvo. Te la doy otra vez. Es tuya.

—Tadhg. —La voz le salió rota, inservible—. Lo siento. Lo siento mucho.

El niño levantó la mirada. La miró directamente por primera vez en cinco días, y no había reproche en sus ojos. No había rabia ni dolor ni acusación. Solo una pregunta desnuda, la pregunta más sencilla del mundo.

—¿Quedarte?

—Sí. Me quedo.

—¿Siempre?

—Siempre.

Tadhg se movió. Se desdobló del rincón como una flor abriéndose a cámara lenta, las piernas primero, luego el torso, luego los brazos que se extendieron hacia ella con una confianza que Sorcha no merecía, que jamás merecería, pero que tomó de todos modos porque él la ofrecía y rechazarla habría sido otro tipo de crueldad.

Lo abrazó. El niño pesaba menos que la semana anterior — cinco días de no comer se notaban en esos huesos de pájaro, en esa piel tirante sobre las costillas — y su corazón latía rápido contra el de ella, desbocado de algo que podía ser miedo o alivio o las dos cosas.

—Sorcha —dijo. Una palabra. Su nombre. Bastó.

Se quedaron así mucho rato. Morna los miraba desde la puerta con lágrimas en las mejillas y las manos apretadas contra el pecho, y Sorcha no levantó la vista porque si veía a otra persona llorar perdería lo poco que le quedaba de control.

Esa noche durmió en casa de Morna, en un jergón junto al de Tadhg. El niño se quedó dormido agarrándole la mano, los dedos flacos entrelazados con los suyos, y Sorcha lo escuchó respirar en la oscuridad y pensó en costos.

El costo de la verdad: Cormac. Su cuerpo junto al de ella, su voz diciendo te quiero, sus manos que conocían cada rincón de su piel. Perdido. Probablemente para siempre.

El costo de la mentira: esto. Tadhg meciéndose en un rincón, mudo, vaciado de todo lo que habían construido juntos. Cinco días habían bastado.

¿Cuál era peor?

No lo sabía. Pero sabía que iba a pagar los dos. Que llevaría a Cormac como una herida abierta en el pecho mientras cuidaba al niño que era prueba viva de lo que había hecho. Que viviría en este asentamiento rodeada de gente que la respetaba sin saber por qué no debería, y que Cormac estaría ahí todos los días, a metros de distancia, mirándola con esos ojos que ya no la veían.

Era un castigo perfecto. Mejor que la muerte, peor que cualquier exilio.

Se durmió tarde y se despertó temprano, con la mano de Tadhg todavía en la suya y la luz gris del amanecer filtrándose por las rendijas.

Otro día. Otro día de mentiras y verdades y el peso de ambas.

Se levantó. Se lavó la cara. Preparó gachas.

Empezó de nuevo.

CAPÍTULO 21

Lo Que Queda

Asentamiento MacGregor — Tres semanas después de la confesión

⁂

Aprendieron a no mirarse.

No fue difícil. El asentamiento era lo bastante grande para que dos personas evitaran cruzarse si lo planeaban bien, y ambos se habían vuelto expertos en leer el espacio del otro. Sorcha conocía los horarios de Cormac: herrería al amanecer, reuniones en la casa comunal a media mañana, ronda por las fortificaciones al mediodía, patrullas por la tarde. Ella organizaba su día alrededor de esos huecos, como agua que rodea una piedra. Donde él estaba, ella no. Donde ella iba, él acababa de marcharse.

Los demás lo notaron. Claro que lo notaron.

Iona fue la primera en preguntar directamente.

—¿Os habéis peleado?

Estaban lavando ropa en el arroyo, Sorcha con las manos hundidas en agua helada, frotando una mancha de barro que no salía. Tadhg jugaba a tres metros, lanzando piedras al agua con la concentración intensa que ponía en todo ahora.

—No.

—Mentira. Lleváis semanas sin hablaros. No coméis juntos. No dormís juntos. Él parece un fantasma y tú pareces otro. —Iona retorció una camisa con más fuerza de la necesaria—. ¿Qué ha pasado?

—Nada que pueda contarte.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas.

Iona abrió la boca para insistir, pero Tadhg apareció entre ellas, empapado hasta las rodillas, sosteniendo una piedra redonda.

—Sorcha. Para ti.

—Gracias, pequeño.

El niño sonrió. Seguía sonriendo, eso era lo que importaba. Las primeras semanas después de la separación habían sido difíciles — retrocesos, noches de llantos, días de silencio — pero Tadhg había vuelto a hablar. No con la fluidez de antes, no con la misma alegría despreocupada, sino con algo más cauto, como alguien que ha aprendido que las cosas pueden desaparecer sin aviso.

Pero hablaba. Y eso era suficiente. Tenía que serlo.

—¿Cormac está enfadado conmigo? —preguntó Tadhg.

El corazón le dio un tirón.

—No, cariño. ¿Por qué dices eso?

—Antes venía. A verme. Ya no viene.

Cormac no se acercaba a Tadhg cuando Sorcha estaba presente. Eso significaba que apenas lo veía, porque Sorcha estaba con el niño casi todo el tiempo. Otra consecuencia. Otro daño colateral de la detonación.

—Cormac tiene mucho trabajo. Está ocupado protegiendo el asentamiento.

—¿De los hombres malos?

—Sí. De los hombres malos.

Tadhg asintió, satisfecho con la explicación, y volvió al arroyo a buscar más piedras. Iona miró a Sorcha con una expresión que decía

claramente: esto no ha terminado.

No había terminado. Solo se estaba pudriendo.

Los días se habían convertido en una rutina de supervivencia. Sorcha dormía en casa de Morna con Tadhg, en el jergón del rincón, y se despertaba cuando la primera luz gris entraba por las rendijas. Preparaba gachas. Alimentaba al niño. Lo llevaba a ver a Fionnlagh en la herrería, donde Tadhg seguía golpeando hierro con una determinación que habría sido admirable si no fuera también una forma de procesar violencia que no sabía nombrar. Luego al corral con Dìleas, la yegua que seguía respondiéndole solo a ella. Luego leña, agua, las tareas que mantenían vivo un asentamiento. Luego otra noche. Luego otra mañana.

Lo que faltaba era todo lo demás. Las conversaciones junto al fuego. La mano de Cormac en la suya mientras caminaban. El peso de su cuerpo en la oscuridad, el calor que se generaba entre ellos cuando dormían tan cerca que respiraban el mismo aire. La forma en que la miraba, como si ella fuera algo valioso, algo que merecía ser protegido.

Eso había muerto. Lo había matado ella misma, con las mismas manos que ahora frotaban ropa en agua helada.

A veces lo veía de lejos. Cormac en la empalizada, dando órdenes, la pierna rígida que arrastraba ligeramente al final del día cuando el cansancio le vencía. Cormac en la casa comunal, inclinado sobre los mapas, con Fionnlagh y Padraig a los lados discutiendo posiciones defensivas. Cormac caminando solo al anochecer, hacia el mirador, donde se sentaba en la roca del borde y miraba el valle como si buscara algo que había perdido.

Lo miraba y sentía algo que era peor que el dolor: la certeza de que ella tenía la culpa. De todo. De su cojera, que había empeorado porque se negaba a descansar. De las ojeras que le hundían la cara. Del silencio nuevo que se había instalado en él, que la gente atribuía al peso del liderazgo pero que Sorcha sabía que era otra cosa. Era el silencio de alguien a quien le han arrancado la confianza de raíz.

Una tarde, dos semanas después de la confesión, lo vio con Tadhg.

Fue un accidente. Sorcha había ido al granero a buscar grano y al volver por el sendero de atrás se detuvo al oír voces. Cormac estaba sentado en el banco frente a la herrería — el mismo banco donde ella le había confesado todo — y Tadhg estaba a su lado, balanceando las piernas que no llegaban al suelo.

—... y entonces el martillo hizo pum y las chispas saltaron así de lejos. —Tadhg gesticulaba con las manos, animado—. Fionnlagh dice que tengo buen pulso.

—Fionnlagh tiene razón. —La voz de Cormac era suave, con un cuidado que Sorcha reconocía porque era el mismo que usaba con ella al principio. Antes—. ¿Te gusta trabajar el hierro?

—Me gusta. Es... caliente. Y hace ruido. Y al final queda algo.

—Sí. Al final queda algo. —Cormac le puso la mano en la cabeza, despeinándole el pelo fino—. Eso es lo importante.

—Cormac.

—¿Mmm?

—¿Estás triste?

Un silencio. La mano se detuvo sobre la cabeza del niño.

—A veces.

—¿Por qué?

Otro silencio, más largo.

—Porque a veces las personas que quieres te hacen daño. No siempre a propósito. Pero duele igual.

—¿Sorcha te hizo daño?

Sorcha se agarró al muro del granero. Las uñas se le clavaron en la piedra.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque antes la mirabas mucho. Y ahora no la miras. Y ella está triste. Y tú estás triste. Y nadie me dice por qué.

La honestidad de un niño de siete años. Brutal como un martillo, limpia como el agua del arroyo.

—Es complicado, Tadhg.

—Eso dicen los adultos cuando no quieren explicar.

Cormac soltó un sonido que podía haber sido una risa en otra vida.

—Tienes razón. —Le pasó el brazo por los hombros—. Mira, hay cosas entre Sorcha y yo que tenemos que resolver. Pero no tiene nada que ver contigo. ¿Entiendes? Tú no has hecho nada malo.

—¿Se va a ir?

—No. Sorcha no se va a ir.

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

Tadhg lo miró con esos ojos grises que eran demasiado viejos para su cara.

—Entonces arréglalo.

Cormac no respondió. Le revolvió el pelo una vez más y se levantó con ese gesto lento que hacía ahora cuando la pierna protestaba. Sorcha retrocedió antes de que la viera, pero algo la retuvo — una fracción de segundo, un instinto que anulaba la prudencia — y se asomó una última vez.

Cormac se había detenido a mitad de paso. Miraba el banco vacío donde Tadhg ya no estaba, y su expresión era la de alguien contemplando ruinas. No rabia. No asco. Solo una desolación inmensa, del tipo que se instala en los huesos y no sale, del tipo que ella conocía bien porque la llevaba encima como una segunda piel.

No la miraba a ella. Miraba el espacio donde habían existido juntos, y lo encontraba vacío.

Sorcha se fue antes de que las lágrimas la delataran.

Los exploradores volvieron un jueves de viento.

Calum llegó primero, a caballo, sucio del camino y con la barba crecida de semanas. Niall venía detrás, más despacio, con un corte en el brazo que se había infectado y le daba fiebre. Los recibieron en la casa comunal. Morna les dio comida y agua. Sorcha se quedó fuera, en la sombra del muro, con Tadhg jugando a sus pies, y escuchó a través de la ventana abierta.

La misma ventana. Siempre la misma ventana.

—Los hemos encontrado —dijo Calum entre bocados de pan—. O lo que queda de ellos.

—¿Los Elliot? —La voz de Cormac, tensa como cuerda de arco.

—Los Elliot. Campamento en la frontera sur, a seis días de marcha. Pero no son los mismos de antes. El viejo Angus murió el invierno pasado. Ahora manda su hijo, Rabbie. —El nombre golpeó a Sorcha como una bofetada—. Y Rabbie no tiene el control que tenía su padre. La banda se ha reducido. Quizás treinta hombres, algunas mujeres. Mercenarios de tercera, ladrones de ganado. No son lo que eran.

—¿Confirmaste que fueron ellos en Càdh Hollow?

—Más que confirmarlo. —Calum tomó un trago largo de agua—. Hablamos con un granjero de las tierras bajas, un tipo que les vendía grano. Dice que los Elliot se jactaban de la incursión. Angus lo contaba en las ferias como si fuera una hazaña. Cuarenta hombres entraron en un valle de noche, quemaron las casas, mataron a los que salieron. Los Campbell pagaron cincuenta libras por el trabajo.

Cincuenta libras. Veintitrés vidas por cincuenta libras.

El silencio que siguió pesaba como plomo.

—¿Mencionó nombres? —preguntó Cormac—. ¿Quién participó en la incursión?

—No dio nombres específicos. Pero dijo que Angus mandó a casi toda la banda. Hombres, y... —Calum vaciló—. Y a los críos que tenían edad para sostener un arma. Los usaban como vigías en los pasos. Gente joven, algunos muy jóvenes.

Sorcha cerró los ojos. Gente joven en los pasos. Ella. Exactamente ella.

—¿Dijo algo sobre una mujer o una chica entre ellos?

El corazón se le detuvo.

—No específicamente. Pero en el campamento vimos mujeres que llevaban tiempo con la banda. Algunas parecían... no voluntarias, si entiendes lo que digo.

—¿Y el hijo? ¿Rabbie? ¿Estuvo en Càdh Hollow?

—Sí. El granjero dice que Rabbie fue uno de los que entró en las casas.

Otro silencio. Luego la voz de Cormac, baja, controlada, con ese filo que Sorcha ya conocía:

—Bien. Ahora necesito saber otra cosa. Niall, ¿qué encontraste sobre los Campbell?

Niall habló con voz de fiebre, ronca y débil pero firme:

—Ewen Campbell, el hijo de Murdoch. Ha reunido gente. No un ejército, pero tampoco una banda de borrachos. Sesenta, quizás setenta hombres. Armas de verdad. Algunos veteranos de las guerras de frontera. —Tosió—. Sabe que matamos a su padre. Y sabe dónde estamos.

—¿Cuándo?

—Antes del deshielo completo. Un mes, quizás seis semanas. Quiere llegar mientras los pasos altos todavía están cerrados. Para cortarnos la retirada.

Un mes. Seis semanas como mucho.

Sesenta o setenta hombres contra un asentamiento de ciento veintinueve personas, de las cuales quizás cuarenta podían empuñar un arma. Y eso contando a las mujeres que sabían pelear. Contándola a ella.

Si es que la dejaban pelear.

—Una cosa más —dijo Calum, y algo en su tono hizo que Sorcha abriera los ojos—. En el campamento Elliot. Pregunté por ahí, con cuidado. Sobre la incursión a Càdh Hollow. —Una pausa—. Uno de los viejos mencionó algo. Dijo que aquella noche perdieron algo. No un hombre. Una chica. Una muchacha pelirroja que habían criado desde niña. Dijo que después de Càdh Hollow la chica desapareció. Nunca volvió.

El mundo se inclinó.

—¿Una muchacha pelirroja? —La voz de Cormac era cuidadosamente neutra. Demasiado neutra.

—Sí. No quiso darme más detalles. Pero Rabbie... cuando mencioné a la chica, se puso violento. Dijo que si alguna vez la encontraba la mataría él mismo. Que era una traidora que se largó en medio del trabajo. —Calum masticó pan—. No le di importancia entonces, pero ahora que he vuelto, me pregunto...

—Déjalo —cortó Cormac—. No es relevante.

—¿No es relevante? Una chica pelirroja que desaparece de la banda que atacó a nuestra gente, y un par de años después una chica pelirroja MacGregor aparece en un campamento de reivers...

—He dicho que lo dejes.

El tono no admitía réplica. Calum se calló. Sorcha oía su propia respiración como un rugido en los oídos.

Cormac sabía. Y la estaba protegiendo. No por cariño, no por perdón — por algo que ella no podía nombrar. Quizás por Tadhg. Quizás porque la necesitaban para la batalla que se acercaba. Quizás porque destruirla públicamente también lo destruiría a él.

No importaba el motivo. Lo que importaba era que la verdad tenía ahora una fisura más. Calum era listo. Conectaría los puntos. Solo era cuestión de tiempo.

Esa noche, Sorcha sacó a Tadhg temprano de la cena comunal y lo acostó en casa de Morna. El niño se durmió rápido, agotado de un día de herrería y arroyo, con la mano cerrada alrededor de su piedra lisa. Sorcha le apartó el pelo de la frente, lo arropó, y salió a la noche.

Cormac estaba en el mirador.

Lo vio desde abajo: la silueta recortada contra el cielo de estrellas, sentado en el borde como hacía siempre, con la pierna mala estirada delante y la otra doblada contra el pecho. Solo. La imagen le apretó algo dentro del esternón, un dolor sordo y familiar que ya se había convertido en parte de ella, como la cojera de Cormac se había convertido en parte de él.

Subió. Él la oyó acercarse — habría reconocido sus pasos entre mil — pero no se volvió.

—No deberías estar aquí.

—Lo sé. —Se sentó en la roca de siempre, a dos metros de él. La distancia de seguridad—. Pero necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Los Campbell vienen. Sesenta o setenta hombres. Un mes.

—Lo sé. Estaba en la reunión.

—También sé lo de Calum. Lo que dijo sobre la muchacha pelirroja.

Cormac giró la cabeza por fin. La luna le iluminaba medio rostro. El otro era sombra.

—Lo corté antes de que llegara a conclusiones.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

Un silencio largo. El viento silbaba entre las rocas del mirador, frío, con olor a nieve que se acercaba desde el norte.

—Porque si Calum lo sabe, lo sabrán todos. Y si lo saben todos, no podré proteger a Tadhg de lo que viene después. —La voz de Cormac era plana, agotada—. La gente querrá justicia. Tú eres la única conexión directa con los que mataron a los suyos. Y no me refiero a los Elliot en abstracto. Me refiero a ti. Personalmente. En el paso.

—Lo sé.

—Hay gente aquí que perdió hijos en Càdh Hollow. Madres, padres. Si se enteran de que la mujer que cuida a Tadhg estuvo en la incursión... —No terminó la frase. No hacía falta—. No podría garantizar tu seguridad.

—No te estoy pidiendo que garantices mi seguridad.

—¿Entonces qué me estás pidiendo?

Sorcha miró el valle. Las luces del asentamiento parpadeaban abajo como estrellas caídas. Ciento veintinueve vidas. Gente que comía, dormía, trabajaba, amaba, sufría. Gente que iba a necesitar cada espada disponible cuando Ewen Campbell llegara con sus setenta hombres.

—Los Campbell vienen. Necesitáis a todo el mundo que sepa pelear. Yo sé pelear. —Le costó decir lo siguiente—. También conozco a los Elliot. Sus tácticas, sus debilidades, cómo se mueven, cómo piensan. Si Campbell los contrata otra vez para la incursión, soy la única que puede anticipar lo que harán.

Cormac la miró. La luna le iluminaba los ojos y Sorcha buscó algo en ellos — rabia, asco, la piedra fría de las últimas semanas — pero lo que encontró fue peor. Cansancio. Un agotamiento tan profundo que parecía haber llegado al hueso.

—¿Estás ofreciéndote a pelear?

—Estoy diciendo que tengo información útil y que sé usar un arma. Lo que hagas con eso es tu decisión.

—Mi decisión. —Repitió las palabras como si las estuviera masticando—. Llevo semanas tomando decisiones. Sobre ti, sobre el niño, sobre esta maldita guerra que se nos viene encima. Y cada decisión me cuesta un trozo de algo que no sé cómo nombrar. —Se frotó la cara con las manos—. ¿Sabes lo que es peor? Lo que es peor de todo esto, de toda esta mierda.

—Dímelo.

—Que todavía te quiero. —Las palabras salieron como arrancadas, como algo que había intentado mantener dentro y que se le escapó por una grieta—. Te odio por lo que hiciste. Te odio por mentirme. Te odio por haberme dejado quererte sabiendo lo que sabías. Pero cada noche me despierto buscándote en la cama, y no estás, y eso duele más que la pierna, más que las once tumbas de la ladera, más que todo lo que me han hecho desde que era un crío.

Sorcha no respiraba. No podía.

—No me digas que lo sientes —continuó Cormac, y su voz se endureció—. No quiero oírlo. No quiero tu culpa ni tus disculpas. Lo que quiero es que este sentimiento se muera de una puta vez para poder funcionar, para poder pensar con claridad, para poder tomar las decisiones que tengo que tomar sin que tu cara aparezca cada vez que cierro los ojos. —Se puso de pie. La pierna protestó; Sorcha lo vio apretar la mandíbula contra el dolor—. Pero no se muere. Y empiezo a pensar que no se va a morir. Y eso me jode más que todo lo demás junto.

Se fue. Sus pasos bajaron por el sendero, irregulares por la cojera, y Sorcha los escuchó alejarse hasta que el silencio se los tragó.

Se quedó en el mirador. Sola. Con el frío calándole hasta los huesos y las palabras de Cormac resonando dentro de ella como campanas.

Todavía te quiero.

Tres palabras que eran a la vez lo mejor y lo peor que podía haber oído. Lo mejor porque significaba que lo que habían tenido era real, que no lo había destruido del todo, que debajo de la rabia y el asco seguía existiendo algo. Lo peor porque ese algo era veneno para ambos: lo ataba a ella cuando lo más sano sería soltarla, la ataba a él cuando lo más limpio sería irse.

No había solución. Solo variaciones del mismo dolor.

Bajó del mirador cuando el frío fue insoportable. En casa de Morna, Tadhg dormía con la boca abierta y el puño cerrado. Morna roncaba suavemente en su jergón.

Sorcha se acostó. Cerró los ojos. Pensó en sesenta o setenta hombres Campbell bajando por el paso. Pensó en Rabbie Elliot diciendo que si la encontraba la mataría. Pensó en Calum conectando puntos que no tenían vuelta atrás. Pensó en Cormac diciendo todavía te quiero como si fuera una maldición.

Y por primera vez desde la confesión, algo se movió dentro de ella que no era culpa ni miedo ni dolor. Algo más frío. Más claro.

Si iban a venir a destruir este lugar, si los Campbell querían arrasar lo que quedaba de los MacGregor como habían arrasado todo lo demás, entonces Sorcha iba a estar en la línea de frente. No porque quisiera redimirse — la redención era un lujo que no se podía permitir. No porque Cormac se lo pidiera — Cormac no le pediría nada nunca más.

Porque eran los suyos. Lo habían sido siempre, desde antes de que supiera sus nombres, desde antes de Càdh Hollow, desde la noche que vio morir a su padre con la proscripción ardiendo en las calles de Edimburgo.

Los MacGregor eran los suyos. Y los suyos iban a necesitarla.

Se durmió con esa certeza. No era paz. No era consuelo. Era una dirección. Un punto en el horizonte hacia el que caminar cuando todo lo demás se había derrumbado.

Era suficiente.

Tenía que serlo.

CAPÍTULO 22

Víspera

Asentamiento MacGregor — Cuatro semanas antes de la batalla

⁂

La nieve llegó una noche y se quedó.

No la nieve pesada del invierno profundo, que enterraba caminos y cerraba pasos durante meses. Esta era distinta: una capa fina y dura que crujía bajo las botas y se negaba a derretirse, un cristal blanco que lo cubría todo y hacía que el mundo pareciera más limpio de lo que era. Los charcos del asentamiento se helaron. El arroyo se estrechó hasta correr en un hilo delgado entre las piedras. Las mañanas olían a hierro y a cielo vacío.

Sorcha se despertaba antes del amanecer y rompía el hielo del cubo de agua con el puño. El dolor del frío en los nudillos era lo primero que sentía cada día, y había llegado a necesitarlo, como se necesita un trago de agua amarga que te confirma que estás viva.

Los preparativos habían convertido el asentamiento en algo que ya no se parecía a un hogar. Fionnlagh pasaba dieciocho horas al día en la herrería forjando puntas de lanza, hojas de cuchillo, cabezas de hacha. El golpeteo del martillo sobre el yunque se había vuelto constante, el latido metálico del lugar, y por las noches Sorcha lo oía en sueños como una cuenta atrás. Las mujeres cosían gambesones de lana gruesa, los rellenaban con crin de caballo, los reforzaban con tiras de cuero. Los niños mayores afilaban flechas. Hasta Morna, con sus manos de setenta años, trenzaba cuerdas para arcos con una eficiencia que humillaba a las jóvenes.

Todo el mundo tenía un propósito. Menos ella.

Cormac no le había asignado ningún papel. No la había incluido en las reuniones de estrategia. No le había dado armas ni posición ni instrucciones. Sorcha existía en un limbo: presente pero invisible, tolerada pero no integrada, la sombra de alguien que ya no tenía sitio en la estructura del clan.

Fue Fionnlagh quien rompió el silencio.

—Esto es una estupidez —dijo una mañana en la herrería, sin dejar de golpear el hierro—. Tienes más experiencia de combate que la mitad de los hombres que van a pelear. Has luchado con los Elliot. Has peleado en la batalla contra los Campbell. Mataste a dos hombres ese día.

—Cormac no quiere que luche.

—Cormac no quiere muchas cosas. Pero lo que quiere y lo que necesita son asuntos distintos. —Sacó la hoja del fuego, roja y brillante, y la metió en el barril de agua. El siseo y la columna de vapor llenaron la herrería—. Tenemos cuarenta personas que pueden empuñar un arma. Cuarenta contra sesenta o setenta. ¿Crees que podemos permitirnos prescindir de alguien que sabe pelear?

—Habla con él tú. A mí no me escucha.

—Te escucha. Ese es el problema. —Fionnlagh la miró a través del vapor—. Habla con él. Pero no de sentimientos. De táctica. De lo que sabes sobre los Elliot. Si Ewen Campbell los ha contratado para este ataque, como sospechamos, tú eres la única persona en este asentamiento que conoce cómo operan.

Tenía razón. Sorcha lo sabía. Había pasado siete años con los Elliot, había participado en docenas de incursiones, conocía sus formaciones, sus señales, sus trucos. Sabía que atacaban de noche porque Angus creía que la oscuridad valía más que cincuenta hombres. Sabía que usaban fuego como primera arma y como distracción. Sabía que mandaban a los más jóvenes a bloquear las salidas mientras los veteranos entraban por el frente.

Lo sabía porque lo había vivido. Porque había sido una de esas jóvenes en los pasos.

Esa tarde buscó a Cormac. No en el mirador — demasiado íntimo, demasiada historia — sino en la casa comunal, donde podía haber testigos, donde la conversación se mantendría en terreno profesional.

Lo encontró con Padraig y Calum, inclinados sobre un mapa tosco dibujado en la mesa de madera. Marcas de carbón señalaban las posiciones del asentamiento, los pasos de montaña, las rutas probables de ataque. Los tres hombres levantaron la vista cuando entró.

Calum la miró. Había algo en sus ojos que Sorcha no había visto antes: no hostilidad exactamente, sino evaluación. El cálculo frío de alguien que ha sumado números y no le cuadra el resultado.

—Necesito hablar contigo —dijo Sorcha a Cormac—. Sobre los Elliot.

Un silencio breve. Padraig miró a Cormac. Calum no dejó de mirarla a ella.

—Habla —dijo Cormac.

—¿Aquí?

—Aquí. —Tono que no admitía negociación—. Lo que sepas sobre los Elliot es información militar. No me pertenece a mí, pertenece a todos los que van a luchar.

Sorcha tragó. El nudo en la garganta bajó despacio, raspando.

—Bien. —Se acercó a la mesa. Las marcas de carbón le devolvieron la mirada como ojos ciegos—. Si Ewen Campbell ha contratado a los Elliot, esto es lo que podéis esperar.

Empezó a hablar. La voz le salía firme — más firme de lo que se sentía — porque esto no era confesión sino informe. Datos. Tácticas. El lenguaje de la guerra que había aprendido desde los nueve años.

—Atacan de noche. Siempre. Angus lo convirtió en regla y Rabbie no habrá cambiado eso porque es lo único que sabe hacer. Llegan dos horas antes del amanecer, cuando el sueño es más profundo y las guardias están más cansadas.

—¿Formación?

—Tres grupos. El primero rodea el objetivo y bloquea las salidas. Vigías jóvenes en cada paso, armados con arcos cortos y cuchillos. Su trabajo no es pelear sino impedir que nadie huya. —Se le secó la boca. Estaba describiendo su propio papel en Càdh Hollow. No miró a Cormac—. El segundo grupo entra por el frente con antorchas. Fuego primero. El fuego hace dos cosas: destruye las casas y saca a la gente al exterior, donde el tercer grupo espera.

—¿El tercer grupo?

—Veteranos. Los que hacen el trabajo de verdad. Se colocan en semicírculo frente a las casas y matan a todo lo que sale. —La palabra «matan» le costó, pero la dijo porque era la verdad y la verdad era lo mínimo que podía ofrecer—. No hay negociación. No hay prisioneros. Angus lo llamaba «trabajo limpio». Rabbie probablemente use el mismo término.

El silencio en la casa comunal era total. Padraig se había puesto pálido. Calum la miraba con esa expresión que Sorcha ya no podía ignorar.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Calum. Voz suave. Peligrosa.

—Viví con los Elliot siete años. —Directo, sin inflexión—. Los vi operar.

—¿Los viste operar? ¿O participaste?

El aire se tensó. Padraig miró a Cormac, que no se había movido, que miraba el mapa con una fijeza que podía ser concentración o podía ser la máscara que usaba para no derrumbarse.

—Calum —dijo Cormac. Una palabra. Bastó.

—No —dijo Calum—. Esto hay que hablarlo. La chica pelirroja del campamento Elliot. La que desapareció después de Càdh Hollow. —Se volvió hacia Sorcha—. ¿Eres tú?

Sorcha buscó los ojos de Cormac. Los encontró. Grises, duros, impenetrables. Pero detrás de la piedra había algo que se parecía a una orden: di la verdad.

—Sí.

Padraig se echó hacia atrás como si la palabra fuera un golpe físico.

—Dios santo.

—Calum. —La voz de Cormac cortó el aire—. Lo sé. Lo sé desde hace semanas. Y antes de que digas nada, escucha lo que voy a decirte.

—¿Lo sabes? —Calum miraba a Cormac con incredulidad—. ¿Sabes que esta mujer estuvo en Càdh Hollow y no has dicho nada?

—Escúchame.

—¿Que te escuche? Veintitrés personas muertas, Cormac. Mi prima Eilidh entre ellas. Eilidh tenía doce años. La encontramos quemada hasta los huesos dentro de su casa. —La voz de Calum se había despojado de toda frialdad; lo que quedaba debajo era crudo, desollado—. Y tú la estás protegiendo.

—No la estoy protegiendo. —Cormac levantó la vista del mapa. Su cara era piedra, pero le temblaba un músculo en la mandíbula—. Estoy protegiendo a este asentamiento. Los Campbell vienen con setenta hombres. Ella es la única que conoce las tácticas de los Elliot por dentro. Necesitamos lo que sabe.

—¿Y después? ¿Qué pasa cuando termine la batalla?

—Después será después.

—No. Después es ahora. La gente tiene derecho a saber.

—¿Y qué va a pasar cuando lo sepan? —Cormac se puso de pie. No gritaba. Era peor que si gritara—. Te voy a decir qué va a pasar. La

mitad querrá matarla. La otra mitad querrá echarla. Y mientras discutimos entre nosotros, Ewen Campbell nos arrasará. ¿Es eso lo que quieres?

Calum apretó la mandíbula. Miró a Sorcha. Miró a Cormac. Miró el mapa.

—No me estás pidiendo que lo acepte —dijo finalmente—. Me estás pidiendo que me calle.

—Te estoy pidiendo que pienses con la cabeza en vez de con las tripas. Un mes. Dame un mes. Después de la batalla, si sobrevivimos, le rendirá cuentas al clan. Delante de todos. —Cormac miró a Sorcha—. ¿Aceptas eso?

No era una pregunta. Era una sentencia.

—Acepto.

—Bien. —Cormac volvió a sentarse. Se inclinó sobre el mapa como si nada hubiera pasado, como si no acabara de condenarla—. Sigue. Los puntos débiles de la formación Elliot. ¿Dónde fallan?

Sorcha respiró. Encontró la voz en algún lugar debajo del miedo y la siguió usando.

—El cerco de vigías es el eslabón débil. Son jóvenes, mal armados, con poca experiencia de combate real. Si rompéis el cerco en un punto antes de que el grupo de fuego entre, podéis crear una salida o, mejor aún, un contraataque por el flanco. Los veteranos no esperan resistencia organizada — están acostumbrados a masacrar campesinos dormidos, no a enfrentarse a gente que los está esperando.

—¿Y si les damos lo que no esperan?

—Exacto. Si estáis despiertos, armados y en posición cuando lleguen, el factor sorpresa se invierte. Los Elliot no saben pelear batallas — saben hacer incursiones. Hay una diferencia enorme.

—¿Y Rabbie? ¿Cómo pelea?

—Rabbie es fuerte y brutal. Sin técnica. Se lanza de frente, como un carnero, y confía en que la fuerza bruta le baste. Contra un campesino, le basta. Contra alguien con entrenamiento, tiene un punto ciego en el lado izquierdo que no puede cubrir. —Señaló un punto en su propio cuerpo, debajo de las costillas—. Aquí. Un corte rápido y bajo, antes de que se dé cuenta de que has entrado.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me enseñó a pelear y nunca pudo corregir ese defecto. —La mirada de Cormac era ilegible—. Y porque lo usé más de una vez para esquivarlo cuando venía a por mí borracho.

La implicación flotó en el aire. Nadie dijo nada.

Padraig carraspeó.

—Los Campbell también traerán gente propia. Los Elliot serán solo parte de la fuerza.

—Los Campbell son más disciplinados —dijo Sorcha—. Pero eso puede funcionar en nuestra contra o a nuestro favor. Si separamos a los Elliot de los Campbell durante el ataque, los Elliot se desmoronarán más rápido. No tienen lealtad a Ewen — están ahí por dinero. Si la cosa se pone difícil, Rabbie correrá. Siempre lo hacía. Su padre se quedaba hasta el final. Él no.

Cormac asentía despacio, procesando, archivando cada dato como munición. Era bueno en esto. Mejor que bueno. Tomaba la información y la convertía en ventaja, movía las piezas en el tablero de su cabeza con una eficiencia que recordaba al ajedrez que Sorcha nunca había aprendido a jugar.

—Bien —dijo al fin—. Esto es lo que haremos.

Durante la hora siguiente, los cuatro trazaron un plan sobre el mapa de carbón. Cormac dirigía. Padraig aportaba conocimiento del terreno. Calum, a pesar de su rabia visible, era un estratega competente y ofrecía opciones tácticas que Sorcha no habría considerado. Y ella llenaba los huecos: cómo se moverían los Elliot,

por dónde entrarían, cuánto tardarían en romper si se encontraban resistencia.

Era extraño. Trabajar juntos, los cuatro alrededor de una mesa, trazando líneas y flechas como si fueran colegas en vez de lo que eran: un jefe que la odiaba y la quería a partes iguales, un explorador que la despreciaba, un viejo que no sabía qué pensar, y ella. La traidora que intentaba salvar lo que había ayudado a destruir.

Cuando terminaron, Calum se levantó sin mirarla y salió. Padraig la observó un momento con ojos tristes y siguió a Calum.

Cormac se quedó.

El silencio entre ellos pesaba diferente ahora. Antes de la confesión había sido cómodo, lleno de posibilidades. Ahora estaba cargado de todo lo que ya no podían decirse, de todo lo que habían perdido.

—Lo que has hecho hoy ha sido útil —dijo Cormac sin mirarla. Seguía estudiando el mapa—. Tu información puede salvar vidas.

—Debería haberla compartido antes.

—Sí. Deberías. —Levantó la vista—. Calum no se va a callar para siempre.

—Lo sé.

—Cuando esto termine, si terminamos vivos, habrá un juicio. El clan decidirá qué hacer contigo.

—Lo sé.

—¿Y lo aceptas?

—Lo acepto.

Cormac la miró un momento largo. Algo se movió detrás de sus ojos, debajo de toda esa piedra y control, algo que buscaba la superficie como un animal atrapado bajo hielo.

—Pelearás en la línea sur. Con Iona y las otras mujeres que saben usar un arma. Fionnlagh te dará una espada y un escudo. —Una pausa—. No quiero que mueras.

Las palabras le salieron arrancadas, como si no hubiera querido decirlas. Se levantó antes de que Sorcha pudiera responder y salió de la casa comunal con esa cojera que ya era parte de él, que ya era parte de ella, que ya era parte de todo.

Sorcha se quedó sola con el mapa. Las líneas de carbón parecían grietas en una superficie que estaba a punto de romperse.

No quiero que mueras. Cuatro palabras que eran lo más cercano a un perdón que Cormac podía ofrecer. No era perdón — los dos lo sabían. Era algo más pequeño y más honesto: la admisión de que su muerte le importaría. Que debajo de la rabia y la traición seguía existiendo un lugar donde ella tenía peso.

Era más de lo que merecía. Y menos de lo que necesitaba.

Esa noche fue a ver a Tadhg.

El niño estaba en casa de Morna, sentado junto al fuego, dibujando otra vez. No el valle esta vez — desde la confesión no había vuelto a dibujar Cràdh Hollow — sino caballos. Dìleas, sobre todo. Siluetas de cuatro patas con crines exageradas y patas demasiado cortas que eran inconfundiblemente la yegua del corral.

—Mira. —Le enseñó el dibujo con orgullo—. Es Dìleas.

—Es muy bonito. —Sorcha se sentó a su lado. El calor del fuego le descongeló las manos—. ¿Hoy has ido a verla?

—Sí. Le he llevado manzanas. Bueno, una manzana. Media manzana. Iona me ha dado media. —Frunció el ceño—. Sorcha.

—¿Sí?

—Los adultos están preocupados.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hablan bajo. Y cuando me acerco se callan. Y Fionnlagh hace espadas todo el día. —La miró con esos ojos grises que veían demasiado para un niño de siete años—. ¿Vienen los hombres malos otra vez?

Sorcha consideró mentirle. La mentira habría sido fácil, suave, protectora: no pasa nada, todo está bien, los adultos se preocupan por tonterías. Pero ya había mentido bastante. A Cormac, al clan, a sí misma. No iba a mentirle a este niño. No más.

—Sí. Van a venir hombres malos.

Tadhg no se asustó. La miró con calma, con esa calma extraña que a veces tenían los niños que ya habían visto lo peor.

—¿Tú vas a pelear?

—Sí.

—¿Y Cormac?

—Sí.

—¿Podéis ganar?

—Vamos a intentarlo.

El niño procesó esto. Luego se acercó a ella y le cogió la mano. Sus dedos estaban calientes del fuego, manchados de carbón.

—No te mueras —dijo.

—Haré lo que pueda.

—No. —Los dedos apretaron—. No te mueras.

Sorcha le apretó la mano de vuelta. El nudo en la garganta era tan grande que apenas podía hablar.

—No me voy a morir.

Otra promesa. Otra más. Las iba acumulando como piedras en los bolsillos: quedarse siempre, no mentir, no morirse. Cada una más pesada que la anterior. Cada una más frágil.

—Sorcha.

—¿Sí?

—He soñado otra vez. Con el valle.

El frío le volvió a la espalda a pesar del fuego.

—¿Qué has soñado?

—La mujer del paso. —Tadhg miraba el fuego, no a ella—. Esta vez he visto más. Estaba llorando. No hacía ruido pero le caían cosas de los ojos. Y me empujó. Fuerte. Hacia el bosque. Y dijo algo. No corre. Otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Perdóname. —Los ojos de Tadhg encontraron los suyos—. Dijo perdóname. ¿Por qué diría eso?

El mundo se inclinó. El fuego, la casa, las paredes de piedra — todo se ladeo como si alguien hubiera empujado la tierra desde abajo. Sorcha se agarró al borde del banco.

—No lo sé, pequeño.

—Era raro. Porque me estaba salvando. ¿Por qué pedía perdón si me estaba salvando?

Porque no te estaba salvando. Estaba dejando escapar a uno mientras ayudaba a matar a los demás. Estaba teniendo un segundo de compasión dentro de una noche de monstruosidad. Estaba rota por dentro y tú fuiste la única grieta por la que salió algo que no fuera oscuridad.

—Quizás se sentía culpable —dijo Sorcha, y la ironía le quemó la garganta como ácido—. Quizás no podía hacer más de lo que hizo y eso le dolía.

—¿Crees que le sigo doliendo?

—Creo que le duele cada día de su vida.

Tadhg asintió, como si la respuesta le pareciera lógica, y volvió a su dibujo de Dìleas. Sorcha lo miraba trabajar y sentía las lágrimas acumularse detrás de los ojos como agua detrás de una presa. No las dejó salir. No podía. Si empezaba a llorar delante de este niño no pararía nunca.

Perdóname. ¿Lo había dicho? Aquella noche, en el paso, con el fuego ardiendo abajo y los gritos llenando el valle — ¿había dicho perdóname mientras empujaba a un niño de cinco años hacia la oscuridad del bosque?

No lo recordaba. La memoria de Cràdh Hollow era un agujero negro con bordes afilados: sabía que había estado ahí, sabía lo que había hecho, pero los detalles específicos se le escapaban como agua entre los dedos. Solo fragmentos. El frío. Los gritos. El olor a humo y a carne quemada. La cara del niño que la miraba sin entender.

Pero Tadhg recordaba. Su memoria estaba reconstruyéndose pieza a pieza, como un espejo roto que alguien pegara con paciencia, y cada fragmento nuevo reflejaba algo que se acercaba más a la imagen completa.

Perdóname. Una mujer que llora. Una voz que no es grave.

¿Cuánto faltaba para que la imagen estuviera completa? ¿Cuántos sueños más, cuántas piezas más, antes de que un niño de siete años mirara a la mujer que lo cuidaba y viera a la sombra del paso?

Quizás no faltaba nada. Quizás ya lo sabía y no encontraba las palabras. Quizás por eso la miraba así a veces, con esa intensidad que no era curiosidad infantil sino algo más profundo, más antiguo, del tipo de mirada que tiene la gente que ha visto algo terrible y no puede dejar de buscarlo en las caras de los vivos.

O quizás eran imaginaciones suyas. Quizás estaba viendo fantasmas donde solo había un niño que dibujaba caballos.

No lo sabía. Y esa era la peor parte.

Arropó a Tadhg cuando se durmió. El niño se agarró a su mano, como siempre, y ella se quedó sentada junto al jergón hasta que la respiración se le hizo profunda y los dedos aflojaron. Le apartó el pelo de la frente. Le puso la manta hasta el cuello.

—Perdóname —susurró.

Tadhg no se movió. Dormía con la boca abierta y el puño cerrado alrededor de nada, soñando sueños que Sorcha no podía alcanzar.

Salió de la casa de Morna. La noche era negra y helada, sin luna, y las estrellas brillaban con esa ferocidad que solo tenían en invierno, cuando el frío limpiaba el aire de cualquier impureza.

En tres semanas vendrían a destruir este lugar. Sesenta o setenta hombres con fuego y acero, a arrasar lo que quedaba del dùthchas MacGregor. Y ella estaría en la línea sur, con una espada que Fionnlagh le forjaría, junto a mujeres que la respetaban sin saber que no debían, esperando a unos hombres con los que había crecido.

Era posible que muriera. Probable, incluso. Cuarenta contra setenta no dejaba mucho margen.

Si moría, el secreto moriría con ella. Tadhg nunca sabría quién era la mujer del paso. Cormac nunca tendría que decidir públicamente qué hacer con ella. Calum no tendría que tragarse el silencio. El clan no se rompería por dentro mientras el enemigo llamaba a la puerta.

Si moría, era limpio. Era la salida que no había encontrado en ninguna de las tres opciones de aquella noche en el mirador.

Pero le había prometido a un niño que no se moriría.

Y ya había roto demasiadas promesas.

Entró en la casa del extremo sur. Se acostó en el jergón frío que ya ni siquiera intentaba calentarse. Cerró los ojos.

Tres semanas. Veintiún días de preparación, de estrategia, de forjar armas y coser armaduras y esperar un ataque que podía llegar en cualquier momento.

Veintiún días para ser útil. Para demostrar que lo que sabía valía más que lo que había hecho. Para ganarse, no el perdón — eso estaba fuera de su alcance — sino el derecho a estar ahí cuando la tormenta llegara.

Durmió poco. Soñó con un paso de montaña y un niño que corría hacia un bosque oscuro, y con una mujer que lloraba sin hacer ruido y decía perdóname, perdóname, perdóname, hasta que la palabra perdió significado y se convirtió en el sonido del viento entre las rocas.

Se despertó antes del amanecer. Rompió el hielo del cubo. El dolor en los nudillos le confirmó que seguía viva.

Otro día. Veintiuno menos.

CAPÍTULO 23

Hierro

Asentamiento MacGregor — Tres semanas después

⁂

El vigía tocó el cuerno a las dos de la madrugada.

Sorcha ya estaba despierta. Llevaba horas con los ojos abiertos en la oscuridad de la casa del extremo sur, contando las respiraciones, contando los latidos, contando los segundos que le quedaban de esta versión del mundo. Había dormido con la ropa puesta, las botas atadas, la espada de Fionnlagh al alcance de la mano. Sabía que vendrían de noche. Lo sabía porque era exactamente lo que ella habría hecho.

El primer toque del cuerno fue largo y bajo, el aviso de movimiento en el perímetro. El segundo fue corto y repetido: confirmación. Enemigos.

Se levantó. El frío le mordió la cara al salir. La noche estaba cerrada, sin luna — la habían elegido bien, Ewen Campbell o quien fuera que dirigía la operación, porque una noche sin luna era la mejor aliada del atacante — pero las antorchas del asentamiento ya se encendían, puntos de luz que brotaban uno tras otro como estrellas que nacieran del suelo.

Estaban preparados. Tres semanas de planificación, de posiciones ensayadas, de simulacros a oscuras. Cada hombre y cada mujer sabía dónde ir. No era un asentamiento de campesinos dormidos. Era una trampa.

Sorcha corrió hacia la línea sur. Las piernas le respondían bien, calentadas por la adrenalina que le subía por la columna como metal

fundido. La espada le golpeaba el muslo con cada paso. Era un arma buena — Fionnlagh había forjado la hoja con el mejor acero que tenían y la había equilibrado para su mano, más corta y ligera que la de un hombre — y Sorcha la había afilado ella misma cada noche durante las últimas dos semanas hasta que el filo cortaba pelo.

Iona ya estaba en posición, detrás de la barricada de troncos que habían levantado en la linde sur. Ocho mujeres y cuatro hombres formaban la línea. No los mejores luchadores — esos estaban con Cormac en el flanco este, donde esperaban el ataque principal — pero gente que sabía usar un arma y no corría.

—Los veo —dijo Iona. Su voz era un susurro de acero—. Sombras en la línea de árboles. Muchas.

Sorcha miró. Al principio solo oscuridad, el negro del bosque contra el negro del cielo. Luego el movimiento: formas que se desplazaban entre los troncos, cautelosas, rápidas, con esa disciplina de gente que ha hecho esto antes.

Elliot. Los reconoció por cómo se movían — en grupos de tres, cubriendo ángulos, los más jóvenes por delante. Exactamente como había descrito en la casa comunal. Angus llevaba muerto un año pero su método seguía vivo en los huesos de su gente.

—Vigías primero —susurró Sorcha a Iona—. Vienen a cerrar el paso sur. Tres o cuatro, jóvenes, armados con arcos cortos. Si los dejamos pasar, nos bloquean la salida.

—¿Y si no los dejamos pasar?

—Si los eliminamos rápido, abrimos un hueco en su cerco antes de que el grupo principal se dé cuenta. Podemos contraatacar por el flanco.

Iona asintió. Se volvió hacia los demás e hizo señas con la mano. Las instrucciones de Sorcha, filtradas por semanas de ensayo, ya formaban parte del plan: dejar que los vigías se acercaran, no disparar hasta que estuvieran a diez pasos de la barricada, eliminarlos con flechas y luego cerrar el hueco.

Esperaron.

Los vigías aparecieron exactamente donde Sorcha había previsto: tres figuras agachadas que se movían a lo largo de la empalizada, buscando el punto donde podían apostarse para bloquear la huida. Eran jóvenes. Sorcha lo veía en la forma de moverse, nerviosa, insegura, como ella se había movido aquella noche en Càdh Hollow. Niños de frontera haciendo el trabajo sucio de hombres adultos.

Algo le apretó el pecho. Apartó la sensación. No podía permitírsela. No ahora.

—Ahora —dijo Iona.

Tres flechas silbaron. Dos dieron en el blanco. El tercer vigía gritó —un sonido joven, agudo, de sorpresa más que de dolor — y salió corriendo hacia los árboles. Una cuarta flecha lo alcanzó en la espalda. Cayó de bruces en la nieve y no se movió.

—Hueco abierto —dijo Sorcha. El estómago le ardía pero la voz le salía firme—. Iona, lleva a cuatro por el flanco. Yo me quedo aquí con el resto.

—¿Estás segura?

—Ve. Antes de que manden más.

Iona se llevó a cuatro personas y desaparecieron en la oscuridad. Sorcha se quedó con siete en la barricada sur, mirando la línea de árboles, esperando la siguiente oleada.

No tuvo que esperar mucho.

El fuego llegó primero. Flechas incendiarias que trazaron arcos naranjas contra el cielo negro y cayeron sobre los techos de paja del asentamiento. Tres casas prendieron casi al mismo tiempo, y las llamas se levantaron con un rugido hambriento que iluminó la noche de golpe, convirtiendo las sombras en figuras, los árboles en testigos, la nieve en un espejo de sangre y fuego.

Càdh Hollow. Lo primero que pensó. Esto es Càdh Hollow otra vez, pero desde el otro lado.

Los gritos empezaron. No de los combatientes — de los que no podían pelear. Mujeres con niños que corrían hacia la cueva del lado norte, el refugio que habían preparado. Niños que lloraban. Tadhg estaría con Morna, en la cueva, protegido por las tres personas que Cormac había asignado como guardia interior.

Tenía que estar ahí. Tenía que estar a salvo.

No podía pensar en eso. Pensar en Tadhg le robaría la concentración que necesitaba para mantenerlo vivo.

—¡Ahí! —gritó alguien a su lado.

La segunda oleada. El grupo principal de los Elliot salió de la línea de árboles como una manada de lobos: veinte, quizás veinticinco hombres que avanzaban hacia las casas en llamas con espadas y hachas en alto. Detrás, más ordenados, los Campbell. Sorcha los distinguía por las armas — los Elliot llevaban acero disparejo, robado, remendado; los Campbell, hojas uniformes y escudos de cuero curtido.

Pero algo iba mal. Para ellos.

No encontraron campesinos dormidos saliendo de casas en llamas. Encontraron barricadas. Encontraron hombres y mujeres armados que los esperaban en posiciones ensayadas, con flechas preparadas y la ventaja del terreno conocido. La primera línea de atacantes chocó contra la defensa este — donde estaba Cormac — y el sonido fue de metal contra metal, de madera contra carne, un ruido que no se parecía a nada humano.

Sorcha no veía la línea este desde su posición. Solo oía. Gritos, acero, el rugido del fuego, el cuerno que sonaba a intervalos marcando posiciones. Y la voz de Cormac — la oyó una vez, un grito que era orden y desafío al mismo tiempo, y algo dentro de ella se apretó hasta doler.

El primer atacante llegó a la barricada sur a los cinco minutos.

Era un Elliot — Sorcha lo reconoció por la forma en que saltó la empalizada, con esa economía de movimiento que Angus enseñaba. Un hombre de treinta años, barba negra, hacha en una mano y cuchillo en la otra. La vio y sus ojos se achicaron.

—¿Tú?

La reconocía. Habían vivido en el mismo campamento durante años.

No le dio tiempo a decir nada más. Sorcha le metió la espada en el hueco entre el cuello y la clavícula, por encima del gambesón, donde la piel estaba expuesta. La hoja entró con un sonido húmedo que sintió subir por el brazo. El hombre se tambaleó. La miró con una expresión que era más de sorpresa que de dolor — la misma expresión que ella había visto en la primera batalla, la cara de alguien que no acaba de creer que esto le esté pasando — y cayó de rodillas. Luego de costado.

Sorcha sacó la espada. La sangre le corría por la mano, caliente contra el frío de la noche, y se la limpió en la falda sin pensar.

Tres más llegaron en los minutos siguientes. Sorcha mató al primero, hirió al segundo — un tajo en el muslo que lo mandó al suelo aullando — y el tercero lo derribó Bhaltair, un granjero de cincuenta años que peleaba con una furia callada y eficiente que nadie le habría atribuido mirándolo a la luz del día.

La barricada sur aguantó. El hueco que habían abierto al eliminar a los vigías permitió que Iona flanqueara a un grupo de Elliot que intentaba rodear el asentamiento, matando a tres y dispersando al resto. El cerco que los atacantes habían planeado — el mismo cerco que Sorcha había descrito en la casa comunal — se rompió antes de cerrarse.

Pero en la línea este la cosa era distinta.

Sorcha lo supo por los gritos. El volumen, la frecuencia, el tono que distinguía dolor de rabia, derrota de resistencia. La línea este estaba cediendo. Ewen Campbell había concentrado sus mejores hombres

ahí — veteranos, no reivers de frontera — y la fuerza del impacto estaba empujando a los defensores hacia atrás.

—Bhaltair, la barricada es tuya —dijo Sorcha—. No la pierdas.

—¿Adónde vas?

No contestó. Cogió la espada y corrió.

El camino entre la línea sur y la línea este pasaba por el centro del asentamiento, entre las casas que ardían. El calor era brutal — le secó los ojos, le chamuscó el pelo suelto que le caía sobre la cara — y el humo espesaba el aire hasta convertirlo en algo sólido que dolía respirar. Sorcha se cubrió la boca con el brat y siguió adelante, pasando entre techos que se desplomaban y muros que crujían, la nieve derretida bajo sus botas convertida en barro negro.

La línea este era un caos.

Lo primero que vio fue sangre. Sobre la nieve, sobre la barricada, sobre los cuerpos de los caídos que yacían a ambos lados como leña desordenada. Los defensores habían retrocedido tres metros, quizás cuatro, y los Campbell presionaban con la disciplina de soldados entrenados: escudo contra escudo, avanzando en línea, cortando a todo lo que quedaba por delante.

Cormac estaba en el centro.

Luchaba con la espada en una mano y un escudo pequeño en la otra, la pierna mala plantada detrás como un ancla que se negaba a ceder. Tenía sangre en la cara — no sabía si suya o ajena — y cada golpe que daba le costaba un esfuerzo visible, pero cada golpe era preciso, mortal, dirigido con la economía de alguien que sabe que no puede desperdiciar energía.

A su lado, Padraig peleaba con un hacha corta. Calum con espada. Fionnlagh con un martillo de herrero que no había sido diseñado para la guerra pero que hacía el trabajo igual: cada impacto producía un crujido que Sorcha oía por encima de todo lo demás, hueso y metal cediendo bajo dos kilos de acero.

Ewen Campbell estaba enfrente. Sorcha lo reconoció sin haberlo visto nunca: era la versión joven de Murdoch, la misma cara ancha, los mismos ojos pequeños de animal inteligente, pero con veinte años menos y una rabia que su padre nunca había tenido. Ewen peleaba como si quisiera matar al mundo entero, sin conservar fuerzas, sin calcular.

—¡Flanco derecho! —gritó Sorcha.

Cormac se volvió. La vio. Algo cruzó su cara — no sorpresa, no alivio, algo más complejo, algo que no tenía tiempo de descifrar — y luego asintió.

—¡Derecha! ¡Cubrid la derecha!

Sorcha entró por el lado que nadie cubría. Tres Campbell se habían colado por un hueco en la barricada y avanzaban hacia las casas, hacia la cueva donde estaban los que no peleaban. Hacia Tadhg.

El primero no la vio venir. Sorcha le cortó el tendón de la corva por detrás y el hombre se desplomó con un grito que le nació en las tripas. El segundo se volvió, levantó el escudo, pero ella ya estaba dentro de su guardia — demasiado cerca para la espada — y le metió la sgian-dubh en el hueco de la axila, donde la armadura no llegaba. La sangre le empapó la mano hasta la muñeca.

El tercero era más grande. Le lanzó un tajo con el hacha que Sorcha esquivó por centímetros — la hoja le pasó tan cerca de la cara que sintió el aire desplazado — y antes de que pudiera recoger el brazo ella le clavó la espada en el muslo. Él rugió. El hacha le cayó de las manos. Se agarró la pierna con las dos manos y Sorcha le abrió la garganta antes de que tocara el suelo.

Tres. Tres hombres en menos de un minuto. Las manos le temblaban pero no por miedo — era la adrenalina, el pulso acelerado que le latía en las sienes como un tambor, el estado que había aprendido a reconocer durante sus años con los Elliot, cuando el cuerpo se convierte en algo que no piensa, solo actúa.

Se volvió hacia la línea principal. El contraataque desde el flanco sur — Iona y sus cuatro — estaba llegando por fin. Los Elliot, golpeados por detrás, se desorganizaron exactamente como Sorcha había predicho. Rabbie no los mantuvo en línea. No podía. No tenía la disciplina de su padre ni la autoridad para forzarla.

Los vio retroceder. Primero uno, luego tres, luego grupos enteros que se separaban de los Campbell y se replegaban hacia los árboles. La alianza entre mercenarios y soldados se rompió en el punto más débil — la confianza — y cuando los Elliot empezaron a correr, los Campbell quedaron expuestos en el flanco que los reivers debían cubrir.

Cormac lo vio. Dio la orden.

—¡Adelante! ¡Cerrad el hueco!

Los MacGregor avanzaron. No con el orden de los Campbell ni con el caos de los Elliot sino con algo intermedio: la furia disciplinada de gente que pelea por su hogar, que sabe que no hay otro sitio adonde ir, que entiende que perder esta noche significa perderlo todo.

Ewen Campbell lo entendió también. Sorcha lo vio en su cara: el momento en que la rabia cedió al cálculo, en que el joven que quería vengar a su padre dio paso al comandante que necesitaba sacar vivos a sus hombres. Tocó un cuerno — tres toques cortos, retirada — y los Campbell empezaron a retroceder en formación, ordenados incluso en la derrota, cubriendo a sus heridos.

Pero Ewen no se fue.

Se abrió paso entre sus propios hombres, hacia Cormac, con la espada en alto y la certeza absoluta de que uno de los dos iba a morir esta noche. Cormac lo esperó. La pierna mala temblaba — Sorcha lo veía desde veinte metros — pero no cedió.

—Tu padre murió de rodillas —dijo Cormac, y la provocación era deliberada, calculada para que Ewen perdiera el control.

Funcionó. Ewen gritó y cargó. El primer golpe fue potente, brutal, el tipo de impacto que habría partido un escudo en dos si hubiera dado en el centro. Pero Cormac se movió — ese giro sobre la pierna buena que había estado practicando durante semanas, el que compensaba la rigidez de la otra — y la espada de Ewen golpeó la barricada. Antes de que pudiera recuperarse, Cormac le hundió la hoja en el costado.

No fue mortal. Demasiado superficial, demasiado a la derecha, un corte largo que abría carne pero no llegaba a los órganos. Ewen gritó, se agarró el costado, y dos de sus hombres lo arrastraron hacia atrás.

—¡Esto no ha acabado, MacGregor! —gritó mientras lo llevaban—. ¡Volveremos! ¡Volveremos y os borraremos del mapa!

Cormac no respondió. Se quedó de pie entre los muertos, apoyado en la barricada, la espada goteando sangre que era roja sobre la nieve que era blanca bajo el fuego que era naranja, y Sorcha pensó que no había visto nada más terrible ni más hermoso en su vida.

Luego la pierna le falló.

Se desplomó. Fionnlagh lo cogió antes de que tocara el suelo — el herrero tenía sangre en la cara y el martillo todavía en la mano y una expresión que mezclaba alivio con agotamiento — y entre él y Calum lo llevaron a la casa comunal, que era una de las pocas que no habían ardido.

Sorcha no los siguió. No podía. No tenía derecho a estar en esa habitación, junto a ese hombre, mientras le limpiaban las heridas y le vendaban la pierna que había vuelto a abrirse.

Se quedó en la línea. Contó cuerpos.

Dieciocho muertos del lado atacante. Doce Elliot, seis Campbell. Alguno más habría caído en la retirada, pero no había forma de saberlo en la oscuridad.

Del lado MacGregor: siete muertos. Bhaltair entre ellos — la barricada sur había aguantado, pero él no. Lo encontraron apoyado contra los troncos con la espada todavía en la mano y un tajo de hacha que le cruzaba el pecho de hombro a cadera. Los ojos abiertos.

Sorcha le cerró los ojos. Le temblaban los dedos.

Padraig tenía un brazo roto. Calum un corte profundo en la espalda que necesitaría coser. Iona estaba ilesa pero cubierta de sangre ajena de la cabeza a los pies. Fionnlagh tenía tres dedos rotos de la mano izquierda — el martillo se le había resbalado en un golpe — pero seguía cargando heridos como si no lo sintiera.

Siete muertos. Quince heridos. Tres casas destruidas.

Pero estaban vivos. El asentamiento existía. La trampa había funcionado.

El amanecer llegó gris y lento, como si al sol también le costara mirar lo que había pasado. La nieve estaba sucia de sangre y ceniza y huellas de botas, y los cuerpos de los atacantes seguían ahí, oscuros sobre el blanco, a la espera de que alguien decidiera qué hacer con ellos.

Sorcha fue a la cueva.

Tadhg estaba despierto. Sentado contra la pared de roca, con las rodillas abrazadas y los ojos enormes, pero no se mecía. No estaba mudo. Cuando la vio entrar, manchada de sangre y hollín, con el pelo quemado en las puntas y la espada todavía en la mano, el niño se puso de pie y corrió hacia ella.

—Sorcha.

Lo cogió en brazos. Pesaba tan poco — siempre tan poco — y su corazón latía desbocado contra el de ella, desbocado de miedo pero vivo, vivo, vivo.

—Estoy aquí. Estoy bien. Se acabó.

—Los oí. Los gritos. Y el fuego. —Le temblaba la voz—. Como antes. Como el valle.

Claro. Claro que fue como el valle. La misma gente, las mismas tácticas, el mismo fuego. Para Tadhg esto habría sido Càdh Hollow otra vez, vivido desde una cueva en vez de desde un paso de montaña.

—Esta vez ganamos —dijo Sorcha. Le acarició el pelo, le limpió una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Esta vez estábamos preparados.

—¿Tú has peleado?

—Sí.

—¿Has matado?

La honestidad que le debía.

—Sí.

Tadhg la miró. Sus ojos buscaron los de ella con esa intensidad que ya conocía, esa mirada que veía más de lo que debería.

—¿Estás triste?

—Un poco.

—¿Por haber matado?

—Por todo. —Lo bajó al suelo pero no le soltó la mano—. Venga. Vamos a buscar a Morna.

Salieron de la cueva a la mañana nueva. El asentamiento humeaba. La gente se movía entre los escombros, callada, con esa eficiencia de quienes ya han reconstruido antes. Morna estaba viva, sentada junto a la hoguera central, vendando la mano de Fionnlagh con una destreza que desmentía sus años.

—El crío está bien —dijo Morna cuando la vio. Luego la miró de arriba abajo—. Tú tienes un aspecto horrible.

—Lo sé.

—Cormac está en la casa comunal. —Los ojos de la vieja le hicieron una pregunta que no formuló.

Sorcha no fue a la casa comunal. Se sentó junto al fuego, con Tadhg acurrucado a su lado, y miró cómo el asentamiento empezaba a lamerse las heridas. Gente que llevaba agua. Gente que apagaba rescoldos. Gente que lloraba junto a los cuerpos de los siete que no habían sobrevivido.

Siete nombres que añadir a la lista. Siete tumbas más en la ladera este.

Pero ciento veintidós personas seguían vivas. Y el cerco que debería haber matado a la mayoría se había roto en el flanco sur, exactamente como Sorcha había planeado, porque ella sabía cómo operaban los Elliot, porque ella sabía dónde fallaría el cerco, porque ella había sido parte del mismo mecanismo que ahora acababa de desarmar.

La ironía era tan perfecta que dolía.

La persona que más daño les había hecho era la misma que había impedido que el daño se repitiera.

No sabía si eso contaba como redención. Probablemente no. Probablemente nada contaba como redención cuando tenías veintitrés fantasmas sentados en la esquina de tu cabeza y un niño de siete años al lado que no sabía que la mujer que le sostenía la mano era la misma sombra del paso.

Pero estaban vivos. Eso era algo.

Tenía que serlo.

CAPÍTULO 24

Ceniza

Asentamiento MacGregor — Tercer día después de la batalla

⁂

Enterraron a los siete al atardecer del segundo día.

Bhaltair fue el último en bajar. Sorcha ayudó a cavar su tumba — el suelo estaba helado y la pala rebotaba contra la tierra dura, y al final tuvieron que usar picos para romper la primera capa — y cuando lo depositaron en el fondo le puso la espada al lado, como él habría querido. No porque los MacGregor creyeran que necesitarías armas en la otra vida, sino porque Bhaltair había muerto agarrando la suya y parecía injusto quitársela ahora.

Cormac habló. Estaba de pie, apoyado en un bastón que Fionnlagh le había tallado esa mañana, la pierna vendada y rígida debajo del tartán. Habló de cada uno de los caídos por su nombre, dijo algo específico sobre cada vida — que Margaret hacía el mejor pan del asentamiento, que Dougal contaba historias que nadie más recordaba, que Bhaltair había peleado como diez hombres — y su voz no se quebró ni una vez. Pero cuando terminó y la gente empezó a dispersarse, Sorcha lo vio apretar el bastón hasta que la madera crujió.

Siete tumbas nuevas se sumaron a las de la ladera este. Dieciocho en total. La colina se estaba llenando.

Al tercer día, Calum habló.

No lo hizo en la casa comunal ni en una reunión formal. Lo hizo junto al pozo, a media mañana, mientras un grupo de mujeres sacaba agua para lavar vendas. Sorcha lo supo porque Iona vino

corriendo a buscarla con una expresión que mezclaba horror y compasión.

—Calum está contando lo de Càdh Hollow. Lo tuyo. Junto al pozo. Delante de todo el mundo.

El aire se le solidificó en los pulmones.

—¿Quiénes están?

—Morag. Elspeth. Seumas. Niall. —Iona tragó—. Y otros que se están acercando. No para de hablar. Dice que el clan tiene derecho a saber.

Sorcha cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—¿Dónde está Tadhg?

—Con Morna. En la cueva. No ha oído nada.

—Que no salga. Que Morna no lo deje salir. ¿Me oyes? Pase lo que pase, que Tadhg no se entere así.

Iona asintió y se fue corriendo. Sorcha se quedó de pie junto a la herrería, con el martillo que había estado usando para enderezar clavos todavía en la mano. Lo dejó en el suelo. Se limpió las manos en la falda.

Luego caminó hacia el pozo.

Los vio antes de llegar. Un grupo de quince, quizás veinte personas, que habían formado un semicírculo alrededor de Calum. El explorador estaba de pie sobre el brocal del pozo, vendaje sucio en la espalda, hablando con una claridad que cortaba el aire invernal como una hoja.

—... vigiló el paso norte mientras los quemaban vivos. Lo sabía. Lo supo todo este tiempo y no dijo nada. Cormac lo supo y calló porque la necesitaba para la batalla. Pero la batalla ha terminado. Y ahora os pregunto: ¿vamos a dejar que la mujer que participó en la masacre de Càdh Hollow siga viviendo entre nosotros como si nada?

Las caras que la rodeaban. Sorcha las fue leyendo mientras se abría paso entre la gente, y cada una era un golpe distinto. Morag — la mujer que le había enseñado a teñir lana — la miraba con la boca abierta, pálida. Seumas — el viejo que le traía leña extra los días de tormenta — tenía los ojos húmedos y una expresión que podía ser dolor o asco o las dos cosas. Elspeth apretaba los puños. Niall, con la fiebre todavía marcándole la cara, miraba el suelo.

Sorcha llegó al centro del semicírculo. Calum la vio y se calló. Los demás se callaron. El silencio que se hizo era el tipo que precede a las tormentas o a los veredictos.

—Es verdad —dijo Sorcha.

Dos palabras. Las mismas que le había dicho a Cormac en el banco de piedra, semanas atrás. Pero esta vez no había intimidad ni amanecer dorado. Esta vez era el pozo del asentamiento, a plena luz del día, rodeada de gente que hasta hace tres minutos la consideraba una de los suyos.

—Es verdad —repitió—. Estuve en Càdh Hollow con los Elliot. Tenía dieciséis años. Llevaba siete viviendo con ellos. Me pusieron a vigilar el paso norte. Veintitrés personas murieron esa noche y yo estaba ahí.

Elspeth dio un paso hacia ella. Elspeth, que había perdido a su hermana en Càdh Hollow. Una mujer de cuarenta años con manos de lavandera y ojos que habían aprendido a ser duros.

—Mi hermana Catrìona. Treinta y dos años. Tres hijos. Los cuatro murieron. —La voz no temblaba—. ¿Dónde estabas tú cuando ardían dentro de su casa?

—En el paso.

—¿Los oíste gritar?

—Sí.

—¿Y te quedaste.

No era pregunta. Sorcha no la trató como tal.

—Me quedé.

Elspeth levantó la mano. La bofetada le giró la cara hacia la izquierda, un impacto seco que le hizo castañetear los dientes y le dejó un ardor que le bajaba desde la mejilla hasta la mandíbula. Sorcha no se movió. No levantó las manos. No retrocedió.

—Otra —dijo Elspeth.

Le dio otra. La segunda fue más fuerte. Sorcha saboreó sangre donde el interior de la mejilla se le reventó contra los dientes.

—Puedes pegarme las veces que necesites —dijo. La voz le salía distorsionada por la boca hinchada—. No voy a devolvértelo.

—No quiero pegarte. —Elspeth bajó la mano. Tenía los ojos secos, ardiendo—. Quiero que mi hermana vuelva. Quiero que sus hijos vuelvan. Pero no van a volver, ¿verdad? Porque tú estabas en el paso y no hiciste nada.

—No hice nada. Excepto una cosa. —Sorcha buscó la mirada de Elspeth y la sostuvo—. Había un niño de cinco años que llegó corriendo al paso. Le dije que huyera. Lo empujé hacia el bosque. Ese niño es Tadhg.

Un murmullo recorrió el grupo. El nombre del niño cambiaba algo — no mucho, no lo suficiente, pero algo.

—¿Y eso te convierte en heroína? —La voz de Seumas, ronca, desde el fondo del grupo—. ¿Salvar a uno cuando murieron veintitrés?

—No. No me convierte en nada bueno. Pero es lo que pasó.

—¿Por qué no bajaste? —Otra voz, una mujer joven que Sorcha no identificó—. Si pudiste salvar al niño, ¿por qué no bajaste a avisar, a pelear, a hacer algo?

Porque tenía dieciséis años y estaba aterrorizada. Porque los Elliot me habrían matado. Porque no sabía que eran MacGregors, no sabía que eran los míos, y cuando empezaron los gritos ya era demasiado tarde.

Dijo todo eso. En voz alta, sin adornos, sin intentar que sonara mejor de lo que era. Las razones cayeron sobre el grupo como piedras en agua: algunas se hundieron, otras flotaron, ninguna resolvió nada.

—¿Y después? —Calum otra vez, desde el brocal—. Después de Càdh Hollow. ¿Seguiste con los Elliot?

—Dos años más. Hasta que Cormac me encontró.

—Dos años más de incursiones. Dos años más de ataques. ¿Cuántas veces más te pusieron en un paso?

El frío le bajó por la columna. Nunca había pensado en eso — en las otras noches, en los otros pasos, en las otras personas que podrían haber corrido hacia ella buscando una salida que no existía.

—No lo sé —dijo. La honestidad era lo único que le quedaba—. Después de Càdh Hollow hice más incursiones. No sé cuántas. No eran como esa — no hubo más masacres, eran robos de ganado, asaltos a granjas. Pero estuve ahí. No voy a fingir que no.

El grupo se agitó. Voces que se pisaban unas a otras, algunas gritando, otras murmurando. Sorcha captó fragmentos: traidora, asesina, hija de Gregor y mira lo que hizo, pero también: era una cría, la secuestraron, no tuvo elección.

No tuvo elección. La defensa más fácil y la más falsa. Había tenido elección. Podría haber huido antes. Podría haber avisado a los MacGregors. Podría haber hecho cien cosas distintas y no hizo ninguna.

—¡Silencio!

La voz de Cormac cortó el ruido como un hacha. Se acercaba desde la casa comunal, cojeando con el bastón, cada paso un esfuerzo visible. Fionnlagh iba a su lado, listo para sostenerlo si caía. Cormac no cayó. Llegó al borde del semicírculo y se detuvo, y la gente se apartó para dejarlo pasar como el agua se aparta de una roca.

Miró a Calum.

—Te pedí que esperaras.

—Te di un mes. La batalla terminó hace tres días. —Calum bajó del brocal—. No voy a callarme más, Cormac. No por ella. No por ti.

—No te he pedido que te calles por mí. —Cormac se volvió hacia el grupo. Su cara era piedra, pero era una piedra que tenía grietas, y cualquiera que lo conociera podía ver el cansancio debajo, el peso de semanas sin dormir, de heridas que no terminaban de cerrarse, de decisiones que le habían costado todo—. Lo que Calum os ha contado es verdad. Sorcha estuvo en Càdh Hollow con los Elliot. Lo supe hace semanas. No os lo dije porque necesitábamos su conocimiento para sobrevivir la batalla.

—¿Y la batalla con ella en la cama? —La voz de Seumas, amarga—. ¿Esa también la necesitabas?

Cormac no reaccionó. O sí reaccionó, pero tan dentro que nadie lo vio.

—Lo que haya pasado entre ella y yo no es asunto del clan. Lo que es asunto del clan es lo que pasó en Càdh Hollow. —Respiró—. Hay dos formas de hacer esto. La primera es dejar que la rabia decida. Podéis echarla ahora, o peor, y mañana os despertaréis igual de vacíos que hoy. La segunda es hacer lo que los MacGregor siempre hemos hecho cuando alguien tiene que responder por sus actos: un juicio ante el clan. Todos presentes. Todos con voz. Y ella respondiendo a cada pregunta.

—¿Y si el juicio la condena? —preguntó Elspeth.

—Si el clan decide que debe irse, se irá. Si decide algo peor... —Cormac hizo una pausa. Sorcha vio el esfuerzo que le costaba decir lo siguiente—. Acataré la voluntad del clan.

Acataré. La palabra la atravesó como una lanza. No la protegería. Si el clan decidía matarla, la dejaría morir.

¿Qué esperaba? ¿Que se interpusiera entre ella y la justicia de su propia gente? ¿Que eligiera a la mujer que le había mentido por

encima de los veintitrés muertos que llevaba cargando desde que era un crío?

Claro que no. Claro que no la protegería. No debería.

—El juicio será mañana al amanecer —dijo Cormac—. En la casa comunal. Todos los que quieran hablar, hablarán. Todos los que quieran escuchar, escucharán. Después se votará.

Se fue. El bastón golpeaba la tierra helada con un ritmo que sonaba a sentencia. Fionnlagh lo siguió sin mirar atrás.

El grupo se disolvió despacio. Algunos se fueron en silencio. Otros murmuraban. Elspeth se quedó la última, mirando a Sorcha con esos ojos secos que quemaban más que las lágrimas.

—Mañana voy a pedir tu cabeza —dijo—. Que lo sepas.

—Lo sé.

—¿Y no vas a huir? ¿Ni siquiera vas a intentarlo?

—No.

Elspeth la miró un momento más. Algo cambió en su expresión, algo pequeño y difícil de nombrar, y luego se fue.

Sorcha se quedó sola junto al pozo. El sol de invierno caía oblicuo sobre la nieve sucia y los techos quemados y las tumbas de la ladera, y todo tenía el color de la ceniza.

Se tocó la mejilla. Hinchada, caliente, con el sabor de la sangre todavía en la boca. El dolor era limpio. Casi bueno. Mejor que el otro dolor, el que llevaba dentro, que no tenía bordes ni fondo ni forma de limpiarse.

Fue a la cueva a buscar a Tadhg.

Morna estaba en la entrada, los brazos cruzados, el ceño fruncido.

—Calum.

—Sí.

—Me lo ha contado Iona. —La viuda la estudió con esos ojos que siempre veían demasiado—. ¿Cuánto sabe la gente?

—Todo. Càdh Hollow. Los Elliot. El paso norte. Todo.

—¿Y Tadhg?

—Tadhg no sabe. Todavía.

—Pero lo sabrá. —No era pregunta. Morna conocía a los pueblos pequeños como conocía las hierbas de su cocina: sabía que los secretos se extendían como raíces, que encontraban las grietas, que llegaban a todas partes—. ¿Cuándo piensas decírselo?

—No lo sé. —La honestidad le costaba cada vez menos y le dolía cada vez más—. Mañana hay un juicio. El clan decidirá qué hacer conmigo. Si me echan... si me matan... Tadhg se enterará de una forma u otra.

—Siéntate.

Sorcha se sentó en la roca junto a la entrada de la cueva. Morna se sentó a su lado. Dentro, la voz de Tadhg llegaba amortiguada, hablando con alguien — probablemente con la piedra lisa que seguía llevando a todas partes, o con un caballo imaginario que había empezado a invocar en sus juegos.

—Te advertí —dijo Morna—. Aquella noche en el mirador. Te dije que las verdades que se pudren dentro salen solas.

—Tenías razón.

—Claro que tenía razón. Llevo setenta años teniendo razón y nadie me hace caso. —Un destello de algo que podía ser humor negro o podía ser agotamiento—. Escucha. Lo que hiciste fue terrible. No voy a decirte lo contrario. Pero lo que has hecho después también importa. Y lo que hiciste anoche — quedarte a pelear, arriesgar tu vida por gente que podría condenarte mañana — eso importa.

—No sé si importa lo suficiente.

—Nunca importa lo suficiente. Ese es el problema de las cosas terribles: no tienen suficiente contrapartida. No puedes equilibrar la balanza. Lo único que puedes hacer es seguir poniendo peso en el otro lado hasta que la gente decida que es bastante. Y algunos nunca decidirán eso. Elspeth no lo decidirá.

—Lo sé. Tiene derecho.

—Tiene derecho a estar furiosa. No sé si tiene derecho a matarte. —Morna se frotó las manos contra el frío—. Pero eso no me toca a mí decidirlo.

Se levantó.

—Ve a ver al niño. Te está esperando. —En la puerta de la cueva se detuvo—. Una cosa. Mañana, cuando hables delante del clan, no pidas perdón.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado pronto. Pedir perdón cuando la herida todavía sangra suena a que quieres que el otro deje de doler por tu comodidad, no por la suya. Di lo que hiciste. Di por qué. Acepta lo que venga. El perdón, si llega algún día, vendrá solo. No lo fuerces.

Se fue. Sorcha entró en la cueva.

Tadhg la vio y sonrió. Esa sonrisa cautelosa que ya era su forma de sonreír, la de alguien que ha aprendido que la alegría puede desaparecer sin aviso.

—Sorcha. Morna no me dejaba salir. Dice que los adultos necesitan hablar.

—Sí. Los adultos necesitan hablar. —Se sentó a su lado. El suelo de la cueva era frío y húmedo, pero Morna había puesto mantas y pieles, y el espacio olía a lana y a humo de vela—. Tadhg.

—¿Sí?

—Mañana va a pasar algo. Los adultos van a reunirse y van a hablar sobre mí. Sobre cosas que hice antes de llegar aquí.

El niño la miró con atención. Los ojos grises, transparentes, sin parpadear.

—¿Cosas malas?

—Sí. Cosas malas.

—¿Las hiciste tú?

—Sí.

Tadhg procesó esto. Su cara no cambió — esa cara de niño viejo que había visto demasiado — pero algo se movió detrás de los ojos. Un cálculo. Una evaluación que ningún niño de siete años debería ser capaz de hacer.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Me hiciste algo malo a mí?

El mundo se detuvo.

Sorcha lo miró. Tenía la opción de mentir una vez más, de protegerlo una vez más, de empujar la verdad un día más hacia el futuro. Pero Morna tenía razón: las verdades que se pudren salen solas. Y si mañana el clan la condenaba, si Tadhg se enteraba por boca de otros, la herida sería infinitamente peor.

—Sí —dijo. La palabra le salió como un cristal que se rompe—. Antes de conocerte, cuando vivía con los Elliot, estuve en el ataque a tu valle. No maté a nadie. No encendí ningún fuego. Pero estaba ahí. Vigilaba un paso de montaña para que nadie escapara.

Silencio. La vela parpadeó. Sombras bailaron en las paredes de roca.

—¿El paso? —La voz de Tadhg era un hilo—. ¿El paso del dibujo?

—Sí.

—¿Tú eras...? —Se detuvo. Los ojos se le hicieron enormes. Algo estaba conectándose en su cabeza, piezas que llevaban meses flotando en la oscuridad y que de pronto encontraban su sitio—. La mujer. La del sueño. La que dijo perdóname.

—Sí.

—La voz. —Un susurro—. Tu voz. Era tu voz.

—Sí.

Tadhg no se movió. Se quedó absolutamente inmóvil, como había estado durante dos años de mutismo, pero esto era distinto. No era ausencia. Era presencia total, una concentración tan intensa que Sorcha podía sentirla como calor, como presión, como el momento antes de que un cristal se rompa.

—Tú me dijiste que corriera.

—Sí.

—Y yo corrí.

—Corriste.

—Y má... —La voz se le quebró—. Y má no corrió.

—No. Tu madre no pudo correr. Lo siento, Tadhg. Lo siento mucho.

El niño empezó a temblar. No era llanto — todavía no — era algo más profundo, el temblor de un cuerpo que procesa algo demasiado grande para su tamaño. Sorcha no lo tocó. No se atrevía. No sabía si su tacto sería bienvenido o sería lo último que él querría sentir.

—Tú estabas con los que mataron a mi má. —Cada palabra le costaba. Cada una salía arrancada de algún lugar que no debería existir en un niño—. Y después me cuidaste. Y yo te quería. Y tú sabías.

—Sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tenía miedo de que me odiaras. Y porque soy cobarde. Y porque cada día que pasaba era más difícil decirlo.

Tadhg la miró. Las lágrimas habían empezado a caerle, silenciosas, sin sollozos, el tipo de llanto de alguien que ha aprendido a llorar sin hacer ruido para que los monstruos no lo encuentren. Sorcha las reconoció. Ella lloraba así también.

—¿Me quieres de verdad? —preguntó—. ¿O me quieres porque te sientes culpable?

La pregunta más inteligente y más demoledora que nadie le había hecho nunca.

—Las dos cosas —dijo, porque le debía la verdad, toda, sin recortes —. Al principio era culpa. Solo culpa. Pero después dejó de ser solo eso. Ahora te quiero porque eres tú. Porque eres valiente y listo y bueno. Porque me cogiste la mano cuando nadie más quería tocarme. Porque dijiste mi nombre cuando no habías dicho ningún otro en dos años. —Le temblaba la voz—. Te quiero de verdad, Tadhg. Y la culpa también está ahí, y siempre estará, pero no es lo mismo. ¿Entiendes la diferencia?

Tadhg no respondió. Se quedó mirándola con los ojos llenos de lágrimas y una expresión que Sorcha no podía descifrar porque contenía todo a la vez: dolor y confusión y rabia y algo más, algo que podía ser el principio del entendimiento o el final de la confianza.

Luego se levantó y se fue al fondo de la cueva. Se sentó contra la pared de roca, abrazó las rodillas, y apoyó la cara en ellas.

No se mecía. No se cerraba. Solo necesitaba distancia.

Sorcha se quedó donde estaba. No lo siguió. Había aprendido — por fin, demasiado tarde, pero había aprendido — que a veces lo más generoso que puedes hacer por alguien a quien has herido es dejarlo tener su dolor sin intentar arreglarlo.

La vela se consumió hasta la mitad antes de que Tadhg levantara la cabeza.

—Sorcha.

—Estoy aquí.

—No te vayas. —Las palabras le salieron rotas, húmedas—. Estoy enfadado. Y triste. Y no sé qué siento. Pero no te vayas.

—No me voy.

Se quedó. La noche se hizo larga y fría y la vela se consumió del todo y la oscuridad los envolvió como un brat, y Sorcha no se movió ni un centímetro de su sitio. En algún momento, horas después, oyó que la respiración de Tadhg se hacía profunda y regular. Dormido.

Se acercó entonces. Despacio, sin ruido, como se acerca uno a un animal herido. Le puso la manta encima. Le tocó el pelo, una vez, brevemente, con la punta de los dedos.

El niño no se despertó. Pero su mano se movió en sueños, buscando la piedra lisa que tenía junto al jergón, y la encontró, y la apretó.

Sorcha salió de la cueva. El cielo estaba cambiando, la negrura cediendo a un gris que prometía amanecer. Las estrellas se apagaban una a una, como velas que alguien soplara desde arriba.

En unas horas estaría en la casa comunal, delante de todo el clan, respondiendo por lo que había hecho. Mañana sabría si la dejaban quedarse, si la echaban, si algo peor. Mañana sabría si había futuro o si todo terminaba aquí, en este asentamiento de montaña que olía a ceniza y a sangre fresca.

Pero esta noche un niño le había pedido que no se fuera. Después de saberlo todo. Después de entender quién era ella y lo que había hecho. Le había pedido que se quedara.

No era perdón. Era algo anterior al perdón, más básico, más crudo: la necesidad de alguien que, a pesar de todo, no quería perderla.

Era más de lo que merecía.

Y quizás — quizás — era suficiente para sobrevivir a lo que venía.

CAPÍTULO 25

El Juicio

Casa comunal — Amanecer

⁂

El olor a humo de turba y a cuerpos apretados la golpeó al entrar.

La casa comunal estaba llena. No llena como en las reuniones normales, donde la gente se distribuía con espacio de sobra y los niños correteaban entre las piernas de los adultos. Llena como un estómago, hasta la última esquina, las paredes forradas de gente de pie porque los bancos se habían acabado hacía rato. Sorcha calculó cincuenta, sesenta personas. Más de la mitad del asentamiento. Los que no estaban eran los que hacían guardia en las fortificaciones, los heridos demasiado graves para moverse, y los niños que Morna había llevado a la cueva.

Todos menos uno.

Tadhg estaba sentado en el primer banco, junto a Iona. Lo vio cuando cruzó la puerta y algo se le contrajo en el pecho. El niño tenía los ojos hinchados de haber llorado y la mandíbula apretada de un modo que lo hacía parecer mucho mayor. No la miró cuando entró. Miraba al frente, a la mesa donde Cormac se sentaría, con una fijeza que Sorcha reconoció: la concentración intensa de alguien que se prepara para algo que va a doler.

No debería estar aquí. Era demasiado pequeño para esto, demasiado frágil, demasiado cerca de lo que iba a abrirse en esta sala. Pero Sorcha no tenía autoridad para impedirlo. Ya no tenía autoridad sobre nada.

Caminó por el pasillo central. Los bancos a ambos lados se callaron a su paso, un silencio que se propagaba como una onda en el agua. Caras que conocía, caras que le habían sonreído durante meses, que le habían pasado pan y le habían dado las buenas noches. Ahora la miraban con algo que iba de la curiosidad al asco, de la lástima a la rabia fría.

Elspeth estaba en la segunda fila. No la miró. Miraba la pared de enfrente con una rigidez que prometía cosas.

Sorcha llegó al centro de la sala. No había banquillo de acusada ni estrado. Solo un espacio vacío frente a la mesa de Cormac, un hueco en el que ella era lo único que se podía mirar. Se quedó de pie. Tenía las manos a los lados del cuerpo y no sabía qué hacer con ellas — cruzarlas parecía defensivo, juntarlas parecía suplicante — así que las dejó colgar y aceptó la torpeza.

Cormac entró por la puerta del fondo. Fionnlagh a un lado. Padraig al otro. Los tres se sentaron detrás de la mesa. Cormac apoyó el bastón contra la pared y se tomó un momento — cerrar los ojos, respirar, abrirlos — antes de hablar.

—Estamos aquí porque hay una deuda que resolver.

La voz le salió clara, sin emoción. La voz de un ceann-cinnidh que juzga, no la de un hombre que ama. Sorcha se preguntó cuánto le costaba mantener esa separación. Se preguntó si a él le dolía tanto como a ella.

—Sorcha, hija de Gregor MacGregor, está acusada de haber participado en la incursión contra el asentamiento de Càdh Hollow hace dos años y medio, en la que murieron veintitrés miembros de nuestro clan. Ella misma ha confesado su participación. —Cormac miraba a la sala, no a ella. Deliberadamente—. Este juicio no es para determinar si es culpable. Es culpable. Ella misma lo ha admitido. Este juicio es para que el clan decida qué consecuencias afronta.

Un murmullo recorrió la sala. Cormac lo dejó morir antes de continuar.

—Las opciones que tiene el clan son tres. Exilio permanente: Sorcha abandona el asentamiento y no vuelve. Muerte. O una tercera que el propio clan proponga si lo considera justo. —Hizo una pausa—. Todos los que quieran hablar, hablarán. Nadie será interrumpido. Cuando las voces se hayan agotado, votaremos. Mi voto cuenta igual que el de cualquiera.

Se volvió hacia Sorcha. Sus ojos la encontraron por primera vez. Grises, exhaustos, vaciados de todo lo que alguna vez habían contenido cuando la miraban.

—Habla tú primero. Di lo que tengas que decir.

Sorcha miró a la sala. Sesenta caras. Sesenta pares de ojos que esperaban algo — justificación, arrepentimiento, excusas, súplica. No iba a darles nada de eso. Les iba a dar la verdad, que era lo único que le quedaba y lo único que valía.

—Tenía nueve años cuando los soldados del rey mataron a mi familia durante la proscripción. Me escondí debajo de un carro mientras mi padre ardía en la calle. Esa noche perdí todo lo que era. —No levantó la voz. No la bajó. Hablaba como se habla cuando ya no hay nada que proteger—. Me recogieron los Elliot. Reivers de frontera. Me criaron como una de ellos. Me enseñaron a robar, a pelear, a hacer lo que me dijeran sin preguntar. No me trataron bien. Tampoco me mataron. Y a los nueve años, cuando no tienes a nadie y no eres nadie, eso te parece suficiente.

Silencio en la sala. El fuego crepitaba en la chimenea.

—A los dieciséis, Angus Elliot me mandó a una incursión en un valle de las Highlands. Mi trabajo era vigilar el paso norte para que nadie escapara. No me dijeron quiénes vivían en el valle. No pregunté. Para entonces había aprendido a no preguntar. —Tragó. La garganta le raspaba como si las palabras tuvieran bordes—. Cuando empezaron los gritos, supe lo que estaba pasando. No bajé. Me quedé en el paso. Veintitrés personas murieron esa noche y yo estaba a trescientos metros de distancia, escuchando cómo morían, sin mover un dedo.

Una mujer en la tercera fila se tapó la boca con la mano. Sorcha no se detuvo.

—Un niño llegó al paso. Cinco años. Descalzo. Me miró y yo le dije que corriera. Lo empujé hacia el bosque. —Buscó a Tadhg con la mirada. Lo encontró. El niño la estaba mirando ahora, con los ojos húmedos pero abiertos, sin apartar la cara—. Ese niño es Tadhg. Fue lo único que hice bien aquella noche. Y no basta. No basta para compensar a los otros veintidós que no pudieron correr.

Bajó la mirada. La levantó.

—Llegué a este asentamiento sabiendo lo que había hecho. Cormac me trajo sin saber la verdad. Viví entre vosotros. Comí vuestro pan. Cuidé a Tadhg. Luché a vuestro lado. Y mentí. Cada día, durante meses, mentí. No por maldad. Por cobardía. Porque tenía miedo de perder lo único bueno que he tenido en mi vida. —Recorrió la sala con la mirada—. No tengo excusas. No voy a pedir perdón porque es demasiado pronto y porque no me corresponde a mí decidir cuándo estáis listos para darlo. Lo que sí puedo decir es que lo que hice en Càdh Hollow me persigue cada día. Cada noche. Cada vez que miro a Tadhg. Y que si pudiera volver atrás y cambiar esa noche, lo haría. Pero no puedo. Nadie puede.

Se calló. El silencio que siguió fue denso, cargado, como el aire antes de una tormenta eléctrica.

—He terminado —dijo.

Cormac asintió.

—¿Quién quiere hablar?

Elspeth se levantó primero.

Fue directa al centro, junto a Sorcha pero sin mirarla, dirigiéndose a la sala como si Sorcha fuera un mueble.

—Mi hermana Catrìona vivía en Càdh Hollow. Treinta y dos años. Tres hijos: Ewan, Màiri y el bebé, que ni siquiera tenía nombre todavía, porque nació la semana anterior y Catrìona no había

decidido cómo llamarlo. —La voz de Elspeth no temblaba. Era acero —. Los cuatro murieron dentro de su casa. Cuando llegamos, tres días después, no pudimos distinguir los cuerpos. Eran ceniza. Tuve que enterrar ceniza y decirme a mí misma que esa ceniza era mi hermana.

La sala estaba inmóvil.

—Ella dice que no mató a nadie. Dice que solo vigilaba el paso. Pero el paso era el cerco. Sin el cerco, Catrìona habría podido correr. Sin el cerco, quizás alguno de los veintidós que no fueron Tadhg habría llegado al bosque. —Se volvió hacia Sorcha—. Vigilar el paso era matar. No con un cuchillo. Con una puerta cerrada.

Sorcha no respondió. No tenía respuesta.

—Pido la muerte —dijo Elspeth—. No por venganza. Porque si la dejamos vivir entre nosotros, cada vez que yo la mire veré a mi hermana ardiendo. Y no puedo vivir así.

Se sentó. Nadie habló durante varios segundos.

Calum fue el siguiente. Se levantó sin prisa, con la calma peligrosa de alguien que ha tenido semanas para afilar su argumento.

—Voy a hablar de otra cosa. No de Càdh Hollow — Elspeth ha dicho lo que yo no podría decir mejor. Voy a hablar de confianza. —Miró a Cormac, luego a Sorcha—. Un clan funciona porque confiamos unos en otros. Confiamos en que el que vigila nuestro sueño no nos apuñalará. Confiamos en que la persona que cuida a nuestros hijos no les ha hecho daño. Confiamos en que la mujer del jefe no miente sobre quién es. —Cada frase caía como un golpe—. Ella rompió esa confianza. No una vez. Cada día. Cada sonrisa era una mentira. Cada gesto de cariño hacia Tadhg era una mentira. Cada noche en la cama de Cormac era una mentira.

—Calum —dijo Cormac. Advertencia.

—Es relevante. Es relevante porque demuestra que sabe manipular. Sabe ganarse la confianza de la gente y usarla. Los Elliot le

enseñaron eso, y lo hizo bien. Demasiado bien. —Se volvió hacia la sala—. Yo pido el exilio. No la muerte. No porque me parezca inocente, sino porque bastante sangre tenemos encima. Pero que se vaya. Que se vaya y no vuelva. Que el clan sepa que no toleramos que nos engañen.

Se sentó. Más silencio.

Fionnlagh se levantó del banco de los jueces. Cormac lo miró pero no lo detuvo.

—Tengo derecho a hablar como cualquiera. —Se dirigió al centro, grande, sucio de hollín como siempre, con la mano vendada donde los dedos rotos todavía le dolían—. Yo estuve en Càdh Hollow. No la noche del ataque — tres días después, cuando llegamos con Cormac a buscar supervivientes. Vi lo que quedaba. Las casas quemadas. Los cuerpos. La sangre seca en la hierba. —Se frotó la cara—. Así que creedme cuando os digo que sé lo que hicieron. Lo he visto con estos ojos.

La sala esperó.

—También vi algo más. Vi a una mujer que llegó a este asentamiento sin nada — sin nombre, sin familia, sin un sitio en el mundo — y se lo ganó todo. Vi cómo sacó a Tadhg de un silencio de dos años, algo que ninguno de nosotros había conseguido. Vi cómo cogió una espada y mató a dos Campbell para proteger al niño. Vi cómo le contó la verdad a Cormac ella misma, sin que nadie la forzara, sabiendo lo que le costaría. —Miró a Elspeth—. Entiendo tu dolor. Nadie aquí lo cuestiona. Pero si matamos o desterramos a cada persona que hizo algo terrible cuando era joven y estaba sola y aterrorizada, no queda nadie. Ninguno de nosotros.

Elspeth apretó los labios pero no replicó.

—Y hay algo más —continuó Fionnlagh—. La batalla de hace tres días. La ganamos porque ella sabía cómo operaban los Elliot. Rompimos el cerco en la línea sur con su plan. Anticipamos el ataque nocturno con su información. Siete murieron — siete

nombres que me sé de memoria. Pero sin lo que ella sabía, habrían sido cuarenta. O sesenta. O todos.

Se sentó. El banco crujió bajo su peso.

Iona habló después. Breve, sin adornos:

—Sorcha me enseñó a pelear. Estoy viva porque ella me cubrió la espalda en la primera batalla. Voto que se quede.

Niall, el explorador que había vuelto con fiebre:

—Cràdh Hollow merece justicia. Pero la justicia de verdad sería matar a los que organizaron el ataque, no a la cría que pusieron en un paso. Si queréis justicia, id a buscar a Rabbie Elliot. Está a seis días al sur con lo que queda de su banda.

Seumas, el viejo de voz ronca:

—Mi sobrino Alec murió en Cràdh Hollow. Tenía catorce años. No me importa si ella tenía dieciséis o si estaba asustada o si no sabía dónde estaba. Estuvo ahí. Pido el exilio.

Morag, la mujer que le había enseñado a teñir lana:

—Le di la bienvenida a mi casa. Le enseñé a preparar tinte. Me sentaba a su lado por las noches y le contaba historias de mi familia. —La voz le tembló—. Mi primo Duncan murió en Cràdh Hollow. No sé qué votar. No sé qué es justo. Solo sé que estoy cansada de enterrar gente.

Más voces. Una detrás de otra, como olas que llegaban a la orilla del mismo mar. Algunos pedían muerte. Otros exilio. Algunos pedían clemencia. Otros no sabían qué pedir y lo decían con la honestidad de gente que lleva demasiado tiempo viviendo entre lo imposible.

Sorcha escuchó cada palabra. Cada nombre de los muertos de Cràdh Hollow que se pronunció — y se pronunciaron los veintitrés, uno por uno, como una letanía — le entró en el pecho y se instaló al lado de los otros. No lloró. No se defendió. Estaba de pie en el centro de la sala recibiendo el peso de todo lo que había hecho, y si ese peso la aplastaba, era justo. Era lo mínimo.

Entonces Morna se levantó.

La viuda se abrió paso entre la gente con la parsimonia de quien tiene setenta años y ha enterrado a más gente de la que puede contar. Llegó al centro y se quedó de pie junto a Sorcha, no a su favor ni en su contra sino simplemente a su lado, como testigo.

—Voy a decir algo que no le va a gustar a nadie. —La voz de Morna era seca, sin la suavidad que usaba cuando curaba heridas—. Estáis juzgando a esta mujer por Càdh Hollow. Bien. Merece ser juzgada. Pero si juzgáis, juzgad bien. Juzgad a la persona entera, no solo el trozo que os enfurece.

—¿Y qué trozo quieres que miremos, Morna? —Elspeth, desde el banco—. ¿La parte en la que fingió ser nuestra amiga?

—La parte en la que tiene veintiún años y ha sobrevivido a cosas que romperían a cualquiera de vosotros. Que le rompieron. Que la convirtieron en algo que no habría sido si un maldito rey no hubiera matado a su familia cuando tenía nueve años. —Morna no levantó la voz. No le hacía falta—. Le gritáis a una mujer por lo que hizo a los dieciséis. Preguntad primero qué le hicieron a ella a los nueve. Preguntad qué clase de vida tiene una niña MacGregor entre reivers de frontera durante siete años. Preguntad qué le pasaba cuando desobedecía.

El silencio cambió de textura. Algo incómodo se instaló en la sala, algo que la gente no quería mirar de frente.

—No digo que sea inocente. No lo es. Pero tampoco es el monstruo que algunos queréis ver. Es una cría rota que hizo algo monstruoso. Y desde entonces ha intentado, con cada acción de su vida, construir algo que compense lo que destruyó. No lo conseguirá nunca. Ella lo sabe. Pero lo intenta. Cada día. —Morna se volvió hacia Cormac—. Y digo una cosa más. Si la echáis, o peor, perdéis a la mejor guerrera que tenéis. Los Campbell van a volver. Ewen lo juró. Y cuando vuelvan, vais a necesitar cada espada, cada arco, cada persona que sepa pelear y que conozca al enemigo.

Desterradla si queréis. Pero no os mintáis diciéndoos que es justicia. Es lujo. Un lujo que no podemos permitirnos.

Se sentó. El silencio que dejó pesaba más que todos los discursos anteriores juntos.

Cormac miró la sala.

—¿Alguien más quiere hablar?

Una pausa. El fuego crepitó. Alguien tosió.

Entonces Tadhg se levantó.

Iona intentó retenerlo — le cogió el brazo, susurró algo — pero el niño se soltó con un tirón firme y se levantó del banco. Siete años, flaco, con el pelo revuelto y los ojos todavía hinchados, caminó hasta el centro de la sala con pasos que no vacilaban.

La sala entera contuvo el aliento.

Tadhg se detuvo junto a Sorcha. No la tocó. No la miró. Miraba a Cormac, y su cara era la de un viejo en un cuerpo de niño.

—Sé lo que hizo. —La voz le salió pequeña pero clara, cada palabra articulada con el cuidado de alguien que ha aprendido a hablar tarde y trata cada sílaba como si valiera algo—. Me lo dijo anoche. Estuvo en el paso la noche que murió mi má.

Nadie se movía. Nadie respiraba.

—Estoy enfadado. Mucho. Porque me mintió. Y porque estuvo ahí y no hizo nada para salvar a mi má. —Le temblaba la barbilla pero no lloraba. Se negaba a llorar—. Pero también sé otra cosa. Sé que me dijo que corriera. Que me empujó hacia el bosque. Que si ella no hubiera estado en el paso, yo estaría muerto.

Sorcha cerró los ojos. Los abrió.

—Y sé algo más. —Tadhg se giró hacia la sala. Un niño de siete años dirigiéndose a sesenta adultos que no encontraban las palabras que él estaba encontrando—. Yo no hablaba. Dos años sin decir nada. Y ella se sentó a mi lado todos los días. Me trajo piedras del arroyo. No

me obligó a hablar. Solo se quedaba. Hasta que un día le dije su nombre y fue la primera palabra que dije en todo ese tiempo.

Un sonido en la sala. Un sollozo contenido, de alguien. Sorcha no buscó de quién.

—Mi má está muerta. Eso no va a cambiar. Ni aunque matéis a Sorcha. Ni aunque la echéis. Mi má va a seguir muerta y yo voy a seguir sin ella. —La voz le tembló, cedió un instante, y luego volvió. Más firme—. Pero Sorcha está viva. Y yo la necesito. No porque sea perfecta. No porque no haya hecho algo malo. Porque es la única persona que me sacó del sitio oscuro donde estaba. Y si se va, no sé si puedo volver a salir solo.

Se calló. Miró a Cormac.

—Tú dijiste que me querías. Que ibas a protegerme. —Siete años, voz de cristal, ojos que perforaban—. Si me quieres, no me quites lo que necesito.

Cormac tenía la mandíbula tan apretada que los músculos se marcaban como cuerdas bajo la piel. Sus ojos brillaban. No habló durante varios segundos. Cuando lo hizo, la voz le salió rota:

—Gracias, Tadhg. Puedes sentarte.

El niño volvió al banco. Iona le puso el brazo alrededor de los hombros. Tadhg no se apoyó en ella. Se quedó erguido, mirando al frente, con la dignidad feroz de alguien que ha dicho lo que tenía que decir y espera que el mundo responda.

Cormac se puso de pie.

—Si no hay más voces, votamos. —Miró a Fionnlagh, a Padraig—. Las opciones son tres. Muerte. Exilio. O que se quede.

—Con condiciones —dijo Padraig. Era la primera vez que hablaba. Su voz era cautelosa, medida—. Si se queda, que sea con condiciones que el clan acepte.

—¿Qué condiciones? —preguntó Cormac.

—Que no ocupe posición de mando ni de confianza. Que responda ante el clan si se le ordena. Que su participación en Càdh Hollow conste en la memoria del asentamiento, para que nadie olvide. Y que si en algún momento el clan cambia de opinión, se revisará el veredicto.

Cormac asintió.

—Cuatro opciones entonces. Muerte. Exilio. Quedarse con condiciones. O quedarse sin ellas. —Se volvió hacia la sala—. Levantad la mano por la muerte.

Sorcha miró. Elspeth levantó la mano. Seumas. Tres más que no identificó. Cinco manos.

—Exilio.

Calum. Cuatro más. Cinco manos.

—Quedarse con condiciones.

Las manos subieron despacio, como plantas que crecen. Fionnlagh. Iona. Niall. Morag, después de un momento de vacilación. Morna. Más. Más. Sorcha dejó de contar en veinte.

—Quedarse sin condiciones.

Tres manos. Solo tres.

Cormac contó. La sala esperó.

—La mayoría ha hablado. Sorcha se queda. Con las condiciones que Padraig ha propuesto. —Su voz no reveló nada. Nada en absoluto—. Este juicio ha terminado.

Se levantó. Cogió el bastón. Salió por la puerta del fondo sin mirarla.

La gente empezó a moverse. Un murmullo que fue creciendo, conversaciones que brotaban como agua entre las piedras. Algunos pasaron junto a Sorcha sin mirarla. Otros la miraron con algo que no era perdón pero tampoco odio — algo intermedio, algo que necesitaría tiempo para tomar forma.

Elspeth pasó a su lado. Se detuvo.

—No voy a aceptarlo —dijo en voz baja—. El clan ha decidido, y lo respeto. Pero yo no te perdono. Nunca.

—Lo sé —dijo Sorcha—. Tienes derecho.

Elspeth se fue.

La sala se vació. Al final quedaron tres: Sorcha de pie en el centro, Iona en el banco, y Tadhg.

El niño se acercó. Caminó hasta ella y se detuvo a un paso de distancia. La miró de abajo arriba, con esos ojos que habían visto demasiado.

—Estoy enfadado —dijo—. Todavía.

—Lo sé.

—Pero no quiero que te vayas.

—No me voy.

Tadhg asintió. Dio un paso más. No la abrazó — todavía no, quizás nunca como antes — pero extendió la mano y le tocó los dedos. Un contacto mínimo, la punta de sus dedos contra los de ella, como la primera vez que le había tocado la mano en casa de Morna, hacía una vida.

Sorcha le dejó. No agarró. No apretó. Dejó que él decidiera cuánto contacto podía soportar.

Los dedos de Tadhg se cerraron alrededor de los suyos. Despacio. Con cautela. Como alguien que prueba si el hielo aguanta su peso.

Aguantó.

Salieron juntos de la casa comunal. El amanecer se había convertido en mañana, un sol pálido de invierno que iluminaba la nieve sucia y los techos quemados y las tumbas de la ladera este. El asentamiento olía a ceniza y a madera húmeda y a la vida obstinada de gente que se niega a desaparecer.

Sorcha no buscó a Cormac con la mirada. Sabía que no estaba ahí, que se habría ido al mirador o a la herrería o a cualquier sitio donde pudiera estar solo con lo que fuera que estaba sintiendo. Ese dolor era suyo. No le correspondía a ella consolarlo.

Le correspondía otra cosa. Algo más pequeño, más difícil, más largo que cualquier batalla.

Ganarse, día a día, el derecho a estar aquí. No porque el clan hubiera votado. No porque Tadhg la necesitara. Sino porque los veintitrés nombres de Cràdh Hollow merecían que la persona que había estado en el paso dedicara cada día que le quedara a construir algo que compensara, aunque fuera mínimamente, lo que ayudó a destruir.

No llegaría nunca. Morna tenía razón: la balanza no se equilibra. Nunca se equilibra.

Pero se intenta.

Cada día se intenta.

CAPÍTULO 26

Reconstruir

Asentamiento MacGregor — Semanas después del juicio

⁂

Las condiciones pesaban más que las cadenas.

Nadie la encadenó. Nadie la encerró. No hacía falta. Las condiciones eran una jaula invisible que la rodeaba a cada paso, a cada gesto, a cada interacción con gente que ahora la miraba sabiendo exactamente quién era y qué había hecho.

Sin posición de mando ni de confianza. Eso significaba que no la incluían en las reuniones de la casa comunal. Que no le pedían opinión sobre las defensas ni sobre las patrullas. Que cuando Cormac desplegaba los mapas para planificar la siguiente fase de fortificación, Sorcha no estaba en la sala. La información que había compartido sobre los Elliot ya era de todos; ella ya no hacía falta.

Responde ante el clan si se le ordena. Eso significaba que cualquiera podía preguntarle cualquier cosa sobre Càdh Hollow, en cualquier momento, y ella tenía obligación de responder. Morag lo hizo una mañana, junto al arroyo, con la cara mojada de lágrimas: quiso saber si su primo Duncan había gritado, si lo habían oído gritar desde el paso. Sorcha le dijo la verdad: que había oído gritos pero no podía identificar de quién eran. Morag asintió despacio y se fue. No le volvió a dirigir la palabra en tres días.

Su participación en Càdh Hollow consta en la memoria del asentamiento. Eso significaba que la historia se contaría. A los niños que crecieran aquí, a los que llegaran de fuera, a las generaciones que vinieran después. La hija de Gregor MacGregor que estuvo en la

masacre. Que sobrevivió. Que volvió. La historia no la absolvía ni la condenaba — simplemente la contenía, como un hueso roto que queda dentro del cuerpo después de soldarse.

Veredicto revisable. Eso significaba que en cualquier momento, si la mayoría cambiaba de opinión, podían echarla. O algo peor. Vivía con esa posibilidad como se vive con un cuchillo apoyado en la garganta: te acostumbras al frío del metal, pero nunca olvidas que está ahí.

Los primeros días fueron los peores.

Elspeth no le hablaba. No la miraba. Si Sorcha entraba en un espacio, Elspeth se iba. No con drama ni con aspavientos — simplemente se levantaba y salía, como quien evita un charco de barro. Los demás notaban la ausencia y el silencio que dejaba era un juicio en sí mismo.

Seumas escupía al suelo cuando ella pasaba. Un gesto pequeño, casi casual, que los primeros tres días Sorcha confundió con un problema de garganta hasta que entendió que era deliberado. No le dijo nada. No tenía nada que decir.

Calum la ignoraba con una eficiencia profesional. Ni hostilidad ni cortesía. Transparencia total, como si ella fuera aire.

Pero había otros. Iona, que se sentaba a su lado en las comidas aunque nadie más lo hiciera, sin hacer comentarios, sin darle importancia, como si fuera lo más natural del mundo. Fionnlagh, que le seguía dejando usar la herrería cuando necesitaba afilar herramientas, y que una mañana le dijo: «El hierro no juzga. Solo se deja trabajar.» Niall, que la saludaba con un gesto de cabeza cada vez que la veía, breve pero visible, un reconocimiento mínimo que funcionaba como ancla.

Y Morna. Morna que seguía dejándola dormir en su casa, junto a Tadhg, porque el niño lo necesitaba y porque Morna era de las personas que miden la justicia por el efecto que tiene en los más pequeños.

—No te voy a decir que todo irá bien —le dijo una noche, mientras preparaba una cataplasma para la mano de Fionnlagh que seguía hinchada—. Pero tampoco te voy a decir que no lo hará. No tengo ni puta idea de lo que va a pasar. Y cualquiera que te diga lo contrario te miente.

Era lo más reconfortante que nadie le había dicho en semanas.

Tadhg sanaba a su manera. No de forma lineal — los niños no sanan en línea recta, Sorcha lo había aprendido ya — sino en espiral, avanzando y retrocediendo, ganando terreno que a veces perdía de golpe para luego recuperarlo de forma inesperada.

Los primeros días después de enterarse de la verdad, el niño alternaba entre buscarla y evitarla. A veces le cogía la mano y caminaba a su lado sin decir nada, apretando los dedos con esa fuerza que siempre la sorprendía. Otras veces se apartaba cuando ella se acercaba, no con miedo sino con una necesidad de espacio que Sorcha respetaba aunque le arrancara un trozo de algo cada vez.

Hablaba más. Ese era el cambio más notable. La verdad, paradójicamente, no lo había silenciado sino todo lo contrario: había abierto una compuerta. Preguntas que salían a todas horas, a veces en momentos imposibles — mientras comían, mientras caminaban al corral, mientras él golpeaba hierro en la fragua de Fionnlagh con la concentración feroz que ponía en todo.

—¿Conocías a mi má?

—No. Los Elliot nunca me dijeron quién vivía en el valle.

—¿Por qué no preguntaste?

—Porque había aprendido a no preguntar. Eso no es excusa. Solo es lo que pasó.

—¿Te arrepientes?

—Cada día.

Procesaba las respuestas en silencio. A veces Sorcha veía el esfuerzo físico de ese procesamiento: el ceño fruncido, los labios apretados, la mirada que se iba a ese lugar lejano donde había vivido durante dos años. Pero siempre volvía. Ahora siempre volvía.

Una tarde, mientras recogían leña en el bosque, Tadhg se detuvo junto al mismo arroyo donde semanas atrás había recordado que la persona del paso era mujer.

—Sorcha.

—Dime.

—La noche del valle. Cuando me dijiste que corriera. —Miraba el agua, no a ella—. ¿Lloraste?

—No lo recuerdo. Creo que sí.

—Yo creo que sí. Porque en el sueño llorabas. —Se agachó y metió la mano en el agua helada. La sacó chorreando—. Y dijiste perdóname.

—¿Todavía sueñas con eso?

—A veces. Pero ya no da miedo. —La miró. Los ojos grises, transparentes, con algo dentro que no era perdón pero tampoco rencor. Era reconocimiento—. Ahora sé que eres tú. Y saber quién es la persona del sueño hace que no dé miedo.

Sorcha tragó el nudo que le apretaba la garganta.

—Tadhg. No tienes que perdonarme. Nunca. ¿Lo sabes?

—Lo sé. —Se secó la mano en la camisa—. Pero tampoco quiero estar enfadado para siempre. Estar enfadado cansa. —Frunció el ceño, pensando—. Creo que puedo estar enfadado y quererte a la vez. ¿Eso se puede?

—Sí. Eso se puede.

—Bien. —Recogió un trozo de leña y lo añadió al montón—. Porque es lo que me pasa.

La honestidad de un niño que ha aprendido que la verdad duele menos que la mentira. Quizás era lo único bueno que ella le había enseñado.

La reconstrucción del asentamiento avanzaba con la lentitud de todo lo que se hace en invierno y con pocas manos. Las tres casas quemadas fueron demolidas hasta los cimientos. Los troncos carbonizados sirvieron para alimentar la hoguera central durante semanas: el olor a madera quemada se mezclaba con el de la nieve sucia y el humo de turba hasta que el asentamiento entero olía a ceniza y a frío.

Sorcha trabajaba. Era lo único que podía hacer y lo hacía sin parar. Acarreaba piedra para los muros nuevos hasta que le sangraban las manos. Cortaba leña hasta que los brazos le temblaban. Ayudaba a Fionnlagh en la herrería, alimentando el fuego del fuelle, manteniendo la temperatura del carbón mientras él forjaba bisagras y clavos y puntas de lanza con tres dedos rotos que se negaban a soldar bien. No lo hacía para que la vieran. No lo hacía para ganar puntos. Lo hacía porque las manos ocupadas dejaban menos espacio para los pensamientos, y los pensamientos, cuando la encontraban quieta, le hacían cosas que no podía permitirse.

Fue durante una de esas jornadas de trabajo — arrastrando un tronco desde el bosque con una cuerda que le cortaba los hombros — cuando Cormac le habló por primera vez desde el juicio.

No fue una conversación. Fue una frase.

Sorcha tiraba de la cuerda cuesta arriba, las botas resbalando en la nieve compacta, cuando el tronco se soltó de pronto. El peso desapareció. Se giró. Cormac estaba detrás, con la cuerda en la mano, tirando con ella.

No dijo hola. No dijo nada. Solo tiró.

Subieron el tronco juntos, en silencio, con el único sonido de sus respiraciones y el crujido de la nieve bajo las botas. Cuando llegaron

arriba, Cormac soltó la cuerda. Se miró las palmas, enrojecidas por la fricción.

—La empalizada del lado norte necesita refuerzo. —No la miraba. Miraba el tronco—. Hay tres más en el bosque que hay que subir. Mañana.

—Mañana estaré aquí.

Asintió. Se fue. La cojera era menos pronunciada que semanas atrás — el cuerpo sanaba aunque el resto no lo hiciera — y Sorcha lo vio alejarse y supo que esto no era perdón. No era reconciliación. Era algo más básico: la admisión de que ella existía, de que ocupaba espacio en este asentamiento, de que se podía trabajar a su lado sin que el mundo se acabara.

Era poco. Era inmenso.

Los troncos se convirtieron en rutina. Cada mañana Sorcha bajaba al bosque, cada mañana Cormac aparecía sin anuncio y tiraba con ella. No hablaban. No se miraban. Pero la cuerda los conectaba, tensa entre los dos como una línea que se negaba a romperse.

Al cuarto día, él habló.

—La pierna está mejor.

Sorcha tardó un segundo en entender que le estaba diciendo algo personal. Que estaba abriendo una rendija en el muro.

—Me alegro.

Silencio. Tronco cuesta arriba.

—Fionnlagh dice que estás trabajando dieciocho horas al día.

—No las cuento.

—Pues deberías. No le sirves a nadie si te desplomas.

No era cariño. Era pragmatismo. Pero el pragmatismo de Cormac siempre había sido su forma de cariño, desde el principio, desde aquella primera noche en que le había dado su propia cama y una

manta seca y un plato de gachas calientes sin decir una palabra amable.

—Comeré más —dijo Sorcha.

—Bien.

Soltó la cuerda. Se fue.

Al sexto día:

—Los exploradores confirman que Ewen Campbell se ha retirado al sur. La herida no le ha curado bien. Fiebre. —Cormac tiraba de la cuerda sin mirarla—. Podría morir. Podría no morir. Pero no volverá antes de la primavera.

—¿Y los Elliot?

—Rabbie ha disuelto la banda. Los que quedaron después de la batalla se dispersaron. Calum dice que algunos se han unido a otros grupos de la frontera. Rabbie está solo o casi.

Solo. El hombre que la había amenazado, que había jurado matarla si la encontraba, que la había arrinconado contra la pared del establo tantas veces que su cuerpo todavía recordaba el olor a cerveza rancia y el peso de sus manos.

—Si viene a buscarme...

—No va a encontrarte. —La voz de Cormac tenía un filo que no iba dirigido a ella sino a algo que estaba fuera, en el mundo, en la posibilidad de que alguien le hiciera daño—. Nadie va a sacarte de aquí.

Sorcha dejó de tirar. La cuerda se tensó entre ellos, vibrando.

—¿Eso incluye al clan?

Cormac la miró por primera vez en seis días. Los ojos grises estaban cansados pero había algo en ellos que no había visto desde antes de la confesión. No calor. No amor. Algo más antiguo: reconocimiento. La mirada de alguien que ve a otra persona tal como es — rota, culpable, valiosa de todos modos — y decide no apartar los ojos.

—Eso incluye a todos.

Siguieron tirando.

La primera vez que se tocaron fue un accidente.

Sucedió en la herrería, dos semanas después de los troncos. Sorcha sostenía una pieza de metal con las tenazas mientras Fionnlagh la golpeaba, y el martillo resbaló — los dedos rotos seguían fallándole — y la pieza salió volando. Sorcha retrocedió, tropezó con el yunque, y Cormac la agarró del brazo antes de que cayera al fuego.

Un segundo. Quizás dos. Su mano alrededor de su brazo, los dedos apretando a través de la lana, la presión firme de alguien que sujeta algo que no quiere que se rompa. Sorcha sintió el calor de su palma como una quemadura inversa: no el dolor del fuego sino el dolor de algo que había echado de menos con tanta intensidad que el contacto real dolía más que la ausencia.

Cormac la soltó. Retrocedió medio paso.

—Ten cuidado —dijo. La voz le salió ronca.

—Gracias.

Fionnlagh los miraba desde el otro lado del yunque con una expresión que decía claramente: ya era hora, imbéciles.

Ninguno de los dos le hizo caso.

Después de eso, los roces fueron más frecuentes. No buscados — o quizás sí, quizás en algún lugar subterráneo que ninguno de los dos quería reconocer. Sus manos se encontraban al pasar un cubo de agua. Sus hombros se tocaban al sentarse en el mismo banco durante la cena comunal, donde Cormac había empezado a sentarse cerca de ella sin comentarios ni explicación. Sus miradas se cruzaban sobre la cabeza de Tadhg cuando el niño decía algo que los hacía reír a los dos, y en esos momentos — breves, fugaces, frágiles como el hielo fino de los charcos — Sorcha veía al hombre que le había dicho te quiero en una noche que parecía pertenecer a otra vida.

No era como antes. Nunca sería como antes. Lo que había existido entre ellos — esa intimidad salvaje, esa confianza ciega, esa forma de encontrarse en la oscuridad como si fueran las dos mitades de algo — estaba roto. Lo que crecía en su lugar era distinto: más cauteloso, más lento, construido sobre la verdad en vez de sobre la mentira, y por eso mismo más sólido aunque fuera infinitamente más pequeño.

Una noche, después de la cena, Cormac se quedó.

Los demás se habían ido. Tadhg dormía en el regazo de Morna, que se lo había llevado a su casa con ese instinto que tenía para saber cuándo dos personas necesitaban estar solas. La casa comunal estaba vacía excepto por ellos y el fuego que se apagaba.

Se sentaron uno frente al otro. La mesa entre ambos, como la primera vez, pero ahora sin mapas ni planes de guerra. Solo madera gastada y el reflejo de las brasas.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo Cormac—. Y quiero que me respondas con la verdad. ¿Puedes hacer eso?

—Siempre.

—Cuando me dijiste te quiero. Aquella noche, antes de que todo... —No terminó la frase—. ¿Era verdad?

Sorcha lo miró. El fuego le hacía sombras en la cara, acentuaba la cicatriz del pómulo, oscurecía los ojos que ella conocía de memoria. Este hombre que la había buscado durante dieciocho meses, que la había sacado del barro, que la había querido con una ferocidad que ella no merecía. Este hombre al que había destrozado.

—Sí. Era verdad. Es lo más verdadero que he dicho en mi vida.

—¿Y todo lo demás era mentira?

—Lo de Cràdh Hollow era mentira. Lo de los Elliot era mentira. Pero lo que sentía por ti no. Lo que siento por ti no. —Respiró—. No voy a pedirte que me creas.

—No te estoy pidiendo que me pidas nada. —Cormac miraba el fuego. Los músculos de la mandíbula se marcaban y se aflojaban, se marcaban y se aflojaban, como si estuviera masticando algo duro—. Te estoy preguntando porque necesito saberlo. Porque llevo semanas intentando separar lo que era real de lo que era mentira, y no puedo. Lo intento y no puedo. Y eso me está volviendo loco.

—Era real. Todo lo que pasaba entre nosotros — las noches, las conversaciones, la forma en que me hacías sentir — era lo único real que tenía. El resto era supervivencia. Tú eras lo contrario de supervivencia. Tú eras vida.

Cormac cerró los ojos. Cuando los abrió, brillaban. No de lágrimas — seguía sin poder llorar, o sin saber cómo — sino de algo que se parecía al alivio de alguien que recibe una noticia que necesitaba oír aunque le haga daño.

—No sé cómo volver a lo que teníamos —dijo.

—Yo tampoco.

—Quizás no se puede volver.

—Quizás no.

—Pero quizás se puede ir a otro sitio. —La miró. Sin máscara. Sin piedra. Solo Cormac, agrietado y cansado y honesto—. No sé adónde. No sé cómo. Pero sé que no quiero que te vayas. Y sé que no quiero seguir sintiendo esto de estar al lado de alguien que necesito y no poder tocarlo.

Sorcha extendió la mano sobre la mesa. Palma arriba. Abierta. No era una demanda ni una súplica. Era una oferta. Tómala o déjala. Elige.

Cormac miró la mano. Los dedos agrietados del trabajo, las uñas cortas, las cicatrices pequeñas que habían aparecido durante semanas de acarrear piedra y cortar leña. Una mano que había sostenido un cuchillo en un paso de montaña. Una mano que había acariciado la cabeza de un niño dormido. La misma mano.

Puso la suya encima.

El contacto fue eléctrico y quieto al mismo tiempo. Dedos de ella, dedos de él, el calor de la piel contra la piel, y Sorcha sintió algo que se aflojaba dentro de su pecho, algo que llevaba semanas — meses — apretado tan fuerte que había olvidado cómo era respirar sin ese peso.

No dijeron nada más. Se quedaron así, la mano de uno sobre la del otro, mientras el fuego se reducía a brasas y la casa comunal se llenaba de sombras.

No era perdón. Todavía no.

Era el principio de algo que no tenía nombre. Algo construido sobre ceniza y verdad en vez de sobre mentiras y deseo. Algo más frágil y más fuerte que lo anterior. Algo que tendría que crecer despacio, con cuidado, como se crece después de un incendio: raíz por raíz, brote por brote, sin garantía de que el fuego no vuelva.

Cuando se separaron — él hacia la casa de Cormac, ella hacia la de Morna — Sorcha caminó por el sendero helado y levantó la vista. Las estrellas brillaban con esa ferocidad del invierno que prometía frío y claridad a partes iguales.

—Sorcha.

Se giró. Cormac estaba a diez pasos, detenido en el sendero, la silueta recortada contra el cielo.

—¿Sí?

Un silencio. El viento le movía el pelo. La cojera, desde esa distancia, era invisible.

—Aileen. Te llamas Aileen.

El nombre la golpeó como una ola. Su nombre. El verdadero. El que le habían dado sus padres, el que había enterrado debajo de capas de supervivencia, el que no había oído pronunciar en voz alta desde que tenía nueve años y el mundo se partió en dos.

—Lo sé —susurró.

—No deberías haberlo perdido. —La voz de Cormac cruzó la distancia entre ellos, firme y rota al mismo tiempo—. Nadie debería haber tenido que quitarte eso.

Se fue. Sus pasos se perdieron en la oscuridad.

Sorcha — Aileen — se quedó de pie en el sendero, con el frío calándole la ropa y el nombre propio zumbándole en los oídos como una campana. Aileen. Aileen MacGregor. La niña del carro. La hija de Gregor. La mujer del paso.

Todas esas personas. Todas ella.

Caminó hacia la casa de Morna. Tadhg dormía en el jergón, la piedra lisa en el puño, la respiración lenta de alguien que ha aprendido a sentirse seguro en la oscuridad. Se tumbó a su lado. El niño se movió en sueños, buscándola, y su mano encontró la de ella y se cerró.

Aileen cerró los ojos.

No era el final de nada. Era el principio de algo que todavía no tenía forma, que crecería despacio o no crecería, que podría romperse mañana o sobrevivir décadas. No había garantías. No había promesas que pudiera hacer sin el riesgo de romperlas. Solo esto: una mano pequeña en la suya, un nombre recuperado, y la certeza de que, por primera vez desde que tenía nueve años, no estaba fingiendo ser alguien que no era.

Se llamaba Aileen MacGregor. Había sobrevivido convirtiéndose en alguien que nunca quiso ser. Y ahora, despacio, dolorosamente, empezaba el trabajo de averiguar quién podía ser a partir de aquí.

La noche era larga y fría y estaba llena de fantasmas.

Pero también estaba llena de gente viva. Y eso, descubrió, pesaba más.

CAPÍTULO 27

El Paso

Càdh Hollow — Finales de invierno

⁂

La idea llevaba semanas creciendo.

No como una decisión, sino como una necesidad física, del tipo que no se razona ni se elige. Como el hambre. Como la sed. Como el impulso de respirar cuando llevas demasiado tiempo debajo del agua. Aileen necesitaba ir a Càdh Hollow.

Se lo dijo a Morna primero, porque Morna era la única persona que no intentaba protegerla de sí misma.

—Necesito verlo. El valle. El paso. Las ruinas.

La viuda estaba pelando nabos junto al fuego, con esa economía de movimientos que tenían las manos que llevan décadas haciendo lo mismo.

—¿Para qué?

—No lo sé. Para que sea real. Para dejar de imaginármelo y verlo de verdad.

Morna la miró por encima del nabo a medio pelar.

—¿Vas a ir sola?

—Sí.

—No. —El cuchillo cortó un trozo de piel con un chasquido seco—. No vas a ir sola. No porque no puedas, sino porque no debes. Hay

cosas que una persona no debe hacer sola, y visitar el lugar donde ayudó a matar a veintitrés personas es una de ellas.

No le contó a Cormac. No directamente. Se lo dijo a Fionnlagh, que se lo dijo a Padraig, que se lo mencionó a Cormac como si fuera una observación casual junto a la hoguera: «Aileen quiere ir a Cràdh Hollow. Dice que necesita verlo.»

Cormac no respondió. Esa noche, mientras Aileen preparaba la alforja con comida para dos días de camino, lo encontró en la puerta de la casa de Morna.

—Voy contigo.

No era pregunta. No era oferta. Era una declaración de hecho, del mismo tipo que «llueve» o «es de noche». Aileen lo miró. El bastón ya no lo necesitaba para caminar, pero lo llevaba de todos modos, quizás por costumbre o quizás porque la pierna todavía le fallaba en terreno desigual.

—No tienes que hacerlo.

—No te he dicho que tenga que hacerlo. Te he dicho que voy.

—¿Por qué?

Cormac la miró un momento. La luz de la antorcha le hacía sombras que le endurecían la cara, pero los ojos eran distintos. Más abiertos. Más cansados.

—Porque yo encontré lo que quedaba de Cràdh Hollow tres días después del ataque. Vi los cuerpos. Encontré a Tadhg medio muerto en el bosque. He cargado con eso cinco años. —Hizo una pausa—. Y ahora necesito verlo con la persona que estuvo al otro lado.

Salieron antes del amanecer.

Tadhg se despertó cuando Aileen recogía la alforja. Se sentó en el jergón, los ojos legañosos, el pelo de punta.

—¿Adónde vas?

—A un sitio. Volveré en dos días.

—¿Al valle? —La voz le salió pequeña. Sabía. Siempre sabía—. ¿A mi valle?

Aileen se arrodilló junto al jergón.

—Sí. Necesito verlo.

—¿Puedo ir?

—No, pequeño. Esta vez no.

Tadhg procesó esto. La mandíbula apretada, los ojos buscando los suyos con esa intensidad que ya no la asustaba sino que la anclaba.

—Pon una piedra. —Le apretó la mano—. En donde estaba mi casa. Para mi má. Pon una piedra bonita.

—Lo haré.

—Promételo.

—Lo prometo.

Asintió. Se tumbó. Cerró los ojos con la disciplina de un niño que ha aprendido a dejar ir a la gente sin romperse. Aileen le besó la frente. Olía a humo de turba y a lana tibia.

Cormac esperaba fuera con dos caballos. Dìleas para ella, un castaño de patas anchas para él. No hablaron durante la primera hora de camino. El amanecer se abría despacio sobre las montañas, gris primero, luego un dorado tenue que se filtraba entre nubes bajas, y el mundo olía a nieve vieja y a tierra mojada, ese olor del invierno que empieza a ceder.

El camino a Cràdh Hollow era de día y medio hacia el noroeste. Aileen no lo conocía — la noche de la incursión había llegado en la oscuridad, guiada por Angus, sin saber adónde iba. Pero Cormac sí. Cormac había hecho este camino tres días después de la masacre, con un grupo de ocho MacGregors, a buscar supervivientes que no existían.

—¿Cuántas veces has vuelto? —le preguntó Aileen cuando el sol estaba alto y el silencio pesaba demasiado.

—Ninguna. —Cormac miraba al frente, las riendas flojas, el caballo siguiendo el sendero por instinto—. No he podido. Cada vez que pensaba en ir, algo me lo impedía. La proscripción, las patrullas Campbell, la necesidad de mantener el asentamiento a flote. —Una pausa—. Excusas. Todas excusas. La verdad es que no quería ver lo que quedaba.

—¿Y ahora sí?

—Ahora necesito verlo con alguien que entienda lo que estoy mirando. —La miró de reojo—. Por motivos distintos. Pero que entienda.

Acamparon al anochecer junto a un arroyo de montaña que corría entre piedras cubiertas de musgo helado. Cormac hizo fuego. Aileen calentó carne seca y pan. Comieron sentados en rocas opuestas, con el fuego entre ambos, y Aileen pensó que así habían sido las últimas semanas: siempre algo entre ellos, una mesa, una hoguera, una distancia que se acortaba milímetro a milímetro pero nunca desaparecía del todo.

—¿Qué esperas encontrar allí? —preguntó Cormac.

—No lo sé. Quizás nada. Quizás necesito estar en el sitio donde pasó para dejar de verlo cada vez que cierro los ojos.

—¿Lo ves cada vez que cierras los ojos?

—El fuego. Los gritos. La cara de Tadhg mirándome desde abajo. —El fuego del campamento le calentaba la cara. El otro fuego, el de la memoria, le quemaba todo lo demás—. A veces sueño que bajo del paso. Que corro hacia las casas. Que saco a gente. Pero es solo un sueño. En la realidad me quedé donde estaba.

—Tenías dieciséis años.

—Eso no cambia nada.

—Cambia algo. —La voz de Cormac era baja, cuidadosa, como si estuviera tocando algo que podía romperse—. No lo suficiente. Pero algo.

Durmieron separados, cada uno en su lado del fuego. Aileen se despertó dos veces durante la noche: la primera por un ruido que resultó ser un zorro, la segunda porque creyó oler humo de casa quemada y tardó un minuto en comprender que era solo la hoguera consumiéndose.

Llegaron a Càdh Hollow al mediodía del segundo día.

Lo olió antes de verlo. No a humo — el fuego se había apagado hacía dos años y medio — sino a ausencia. A hierba crecida sobre ceniza, a piedra mojada, a ese vacío particular que tienen los lugares donde vivió gente y ya no vive nadie. Un olor que no era olor sino la falta de todos los que deberían estar ahí: comida cocinándose, leña cortada, animales, sudor, vida.

El valle se abría entre dos laderas de montaña, más pequeño de lo que recordaba. En su memoria era enorme — un mundo entero que había ardido — pero la realidad era un valle estrecho, quizás trescientos metros de largo, con un arroyo que lo cruzaba por el centro y las ruinas de lo que habían sido casas a ambos lados.

Ruinas. Eso era lo que quedaba. Muros de piedra que llegaban a la cintura, ennegrecidos por el fuego, con hierba y musgo trepando por las grietas. Algunos techos habían resistido parcialmente — vigas de madera carbonizada que formaban esqueletos contra el cielo — pero la mayoría se habían derrumbado. Contó nueve estructuras. Nueve casas donde habían vivido familias con nombres y caras e historias que ella nunca sabría.

Desmontó. Las piernas le temblaban.

Cormac desmontó a su lado. No la tocó. No dijo nada. Los dos se quedaron de pie en la entrada del valle, mirando lo que el fuego había dejado, y el silencio era tan completo que Aileen oía el arroyo correr y los pájaros cantar y el viento mover la hierba que crecía sobre las tumbas que nadie había cavado.

Porque nadie los había enterrado. No formalmente. Cormac se lo había contado semanas atrás, una noche junto a los troncos: cuando

llegaron, los cuerpos estaban donde habían caído. Los que ardieron dentro de las casas fueron ceniza. Los que murieron fuera estaban expuestos a los cuervos y a los zorros. Hicieron lo que pudieron — juntaron los restos, los cubrieron con piedras, marcaron el lugar — pero no hubo ceremonia ni palabras ni tiempo. Los Campbell patrullaban la zona y los MacGregors tuvieron que irse antes del amanecer.

Aileen caminó entre las ruinas.

Cada paso era un peso. El barro del valle se le pegaba a las botas, espeso y oscuro, y la hierba alta le mojaba la falda hasta las rodillas. Pasó junto a la primera casa. Las paredes eran piedra negra, agrietada por el calor. Dentro, el suelo era un revoltijo de escombros y ceniza compactada. Algo que podía haber sido una mesa, o un banco, o un jergón. Imposible saberlo.

La segunda casa. La tercera. Cada una igual y cada una distinta, cada una un universo destruido que ella solo podía imaginar por los restos: una olla de hierro oxidada, un trozo de tela que la lluvia no había terminado de pudrir, una piedra de moler partida por la mitad.

En la quinta casa encontró algo que la detuvo.

Un zapato de niño. Pequeño, de cuero, medio enterrado en la ceniza. Demasiado pequeño para Tadhg — de un niño de tres años, quizás menos. Lo recogió. Pesaba nada. El cuero estaba rígido de agua y tiempo, la suela gastada por donde un pie diminuto había pisado tierra y hierba y piedra durante una vida que no llegó a completarse.

Cormac estaba detrás de ella. Aileen no se giró.

—¿De quién era esta casa?

—De Alasdair Bàn y su familia. —La voz de Cormac era hueca, del tipo que sale de un cuerpo que intenta no sentir—. Mujer, tres hijos. La menor tenía dos años.

Aileen dejó el zapato donde lo había encontrado. Lo cubrió con un puñado de tierra. No sabía por qué. Parecía lo correcto.

Caminaron hasta el arroyo. Las piedras de montículos funerarios estaban ahí, irregulares, cubiertas de musgo, marcando los lugares donde Cormac y los suyos habían depositado lo que pudieron recoger. No había nombres. No había cruces. Solo piedra sobre hueso, y el arroyo que seguía corriendo como si nada hubiera pasado, porque los arroyos no saben de masacres ni de duelo.

—¿Cuál era la casa de Tadhg? —preguntó Aileen.

Cormac señaló. La sexta desde la entrada, al lado este del arroyo. Aileen fue. Los muros eran más bajos que los otros — quizás la casa era más pequeña, o el fuego había sido más intenso. Dentro solo quedaban piedras y ceniza y un silencio que pesaba como plomo.

Sacó la piedra del bolsillo. No la lisa de Tadhg — esa la tenía él — sino otra que había recogido en el arroyo del asentamiento esa mañana, pulida por el agua, con vetas grises y blancas que brillaban a la luz.

La puso en el centro de lo que había sido la casa. Sobre la ceniza. Para la madre de Tadhg, cuyo nombre no conocía y cuya cara no había visto y cuya muerte cargaba como una piedra más en los bolsillos de un ahogado que se niega a hundirse.

—Se llamaba Muireall —dijo Cormac detrás de ella—. Era callada. Trabajaba mucho. Quería mucho a su hijo.

Muireall. El nombre se le instaló dentro como un clavo.

—Muireall —repitió Aileen. Y luego, en voz baja, tan baja que quizás solo la oyeron las piedras—: Lo siento, Muireall. Lo siento mucho.

No esperaba respuesta. No la hubo. Solo el viento y el arroyo y los pájaros que no sabían de nada.

Fue entonces cuando Aileen miró hacia el norte.

El paso.

Lo vio desde abajo, como lo había visto Tadhg aquella noche: una garganta estrecha entre dos paredes de roca, lo bastante ancha para dos personas, con el suelo de piedra que subía hasta perderse en la ladera de la montaña. Desde aquí se veía pequeño. Insignificante. Una grieta en la roca por la que un niño había corrido hacia la oscuridad mientras su mundo ardía detrás.

—Necesito subir —dijo.

Cormac asintió. Subieron juntos por la pendiente de piedra suelta, con las botas resbalando y las manos agarrándose a las rocas del borde. El paso se estrechaba a medida que subían, y cuando llegaron arriba Aileen se detuvo y miró hacia abajo.

El valle entero se abría a sus pies. Las ruinas, el arroyo, los montículos de piedra. Desde aquí podía ver cada casa, cada muro roto, cada marca que el fuego había dejado. Desde aquí podía ver el lugar exacto donde habían muerto veintitrés personas mientras ella estaba de pie en este mismo sitio, con un arco corto que no había usado y un cuchillo que no había sacado de la funda.

—Aquí —dijo. Le temblaba la voz—. Aquí me pusieron. Mirando al norte. Mi trabajo era vigilar que nadie subiera por el paso.

Cormac se puso a su lado. Miraba el valle con una expresión que Aileen no le había visto nunca: los ojos abiertos de par en par, la mandíbula floja, como alguien que ve algo por primera vez aunque lo haya imaginado mil veces.

—Desde aquí se ve todo —dijo.

—Todo. El fuego. Las casas. La gente corriendo. —Aileen tragó algo que sabía a hierro—. Vi cómo encendieron la primera casa. Vi a la gente salir. Vi... —Se detuvo. Respiró—. No voy a describírtelo. Tú lo viste después. Yo lo vi mientras pasaba.

El silencio entre ellos era distinto al de antes. No incómodo. No tenso. Era el silencio de dos personas que miran el mismo abismo y saben que el otro también ve el fondo.

—Tadhg vino de ahí abajo. —Aileen señaló el sendero que subía del valle—. Corría. Descalzo. Llorando pero sin hacer ruido, como si supiera que el ruido era peligroso. Me vio. Yo lo vi. Y durante un segundo ninguno de los dos se movió.

—¿Qué pensaste?

—Nada. No pensé nada. El pensamiento vino después. En el momento solo había un niño y un paso y la certeza de que si lo dejaba ahí lo matarían. —Cerró los ojos—. Le dije que corriera. Lo empujé. Y él corrió.

—¿Y tú?

—Yo me quedé. Me quedé aquí mientras él desaparecía en la oscuridad y los gritos seguían abajo y el fuego seguía ardiendo. Me quedé hasta que los Elliot terminaron y Angus dio la orden de retirarse. Luego bajé con los demás y caminé entre los cuerpos como si fuera uno de ellos. Porque lo era.

Cormac no respondió. Se quedó mirando el valle un momento largo. Luego hizo algo que Aileen no esperaba.

Se sentó. En el suelo del paso, con la pierna mala estirada y la espalda contra la roca, y se frotó la cara con las dos manos. Cuando las bajó, tenía los ojos rojos.

—Llegamos tres días después. Ocho. Yo tenía veintiún años y creía que había visto lo peor. No había visto nada. —La voz se le rompió por primera vez. Aileen había esperado meses para oír esa ruptura, la grieta en la piedra que él mantenía a fuerza de voluntad, y ahora que llegaba no era alivio lo que sentía sino dolor—. Las moscas. Eso fue lo peor. El sonido de las moscas. En febrero. Ni siquiera debería haber moscas en febrero, pero había tantos... Había tantos cuerpos que las moscas habían venido de todas partes.

Se calló. Aileen se sentó a su lado. No lo tocó. Solo se sentó en la misma piedra, en el mismo paso, y dejó que el silencio contuviera lo que las palabras no podían.

—Encontré a Tadhg en el bosque norte —continuó Cormac después de un rato—. Llevaba tres días solo. Descalzo, azul de frío, sin hablar. Me miró cuando lo levanté del suelo y no hizo ningún sonido. Ni uno. Como si se hubiera vaciado. —Respiró—. Pensé que se moriría. Las dos primeras noches no dejé de comprobar si respiraba. Y cuando no se murió, pensé que ojalá no hubiera visto lo que vio. Que ojalá no recordara.

—Pero recuerda.

—Sí. Recuerda. Y ahora sabe que la persona que lo salvó es la misma que estuvo con los que mataron a su familia. —La miró. Los ojos brillaban de una humedad que no se dejaba caer—. ¿Cómo vive un niño con eso?

—Como vive con todo lo demás. Un día a la vez. Con gente que lo quiere alrededor.

—¿Lo quieres?

—Más que a nada en el mundo.

—Lo sé. —Un susurro—. Lo sé porque lo veo. Y eso es lo que me vuelve loco. Que la persona que más lo quiere es la misma persona que...

—Que estuvo en el paso. Sí.

—¿Cómo se resuelve eso?

—No se resuelve. Se carga.

Cormac cerró los ojos. Apoyó la cabeza contra la roca. El viento les movía el pelo a los dos y el sol de invierno caía oblicuo sobre el valle destruido, iluminando las ruinas con una claridad que era casi cruel.

—Aileen.

—Dime.

—¿Me habrías contado la verdad si no te hubieran obligado las circunstancias?

La pregunta más difícil. La que había evitado hacerse a sí misma.

—No lo sé. Quiero decir que sí. Quiero creer que habría encontrado el valor. Pero no lo sé. Y mentirte ahora diciéndote que sí no serviría de nada.

—No. No serviría. —Abrió los ojos—. Pero que lo admitas sirve de algo.

Algo se movió entre ellos. No un cambio dramático, no una reconciliación de los que escriben los poetas. Algo más pequeño. Un desplazamiento mínimo del peso que cargaban, como si parte de la carga de ella hubiera pasado a los hombros de él no porque tuviera obligación sino porque quería, porque llevarlo juntos era más soportable que llevarlo solos.

Fue entonces cuando oyeron el caballo.

El sonido venía del sur. Cascos sobre piedra, acercándose rápido, sin intento de sigilo. Aileen se puso de pie. La mano fue a la espada por instinto, ese reflejo que los años con los Elliot le habían soldado al cuerpo.

Cormac se levantó más despacio. La pierna le costó, pero cuando estuvo de pie su mano también estaba en la empuñadura.

El jinete apareció en la boca del valle.

Aileen lo reconoció antes de verle la cara. La forma de sentarse en la silla — demasiado echado hacia atrás, los codos abiertos, las riendas cortas. La forma de mover la cabeza al escanear el terreno, ese giro rápido de depredador que Angus le había enseñado y que Rabbie había convertido en hábito.

Rabbie Elliot. Solo. Un caballo flaco y una espada al cinto y la cara que Aileen había visto demasiadas veces demasiado cerca.

El estómago se le contrajo. No de miedo — algo anterior al miedo, más profundo, del tipo que vive en el cuerpo cuando el cuerpo recuerda cosas que la mente ha intentado enterrar. El olor a cerveza

rancia. El peso de unas manos. El sonido de una puerta de establo cerrándose.

Rabbie la vio. La reconoció. Y sonrió.

—Sabía que vendrías aquí. —Desmontó. Era más delgado que la última vez, la barba descuidada, la ropa sucia de semanas de camino. Pero los ojos eran los mismos: pequeños, calculadores, con ese brillo que ella había aprendido a reconocer antes de aprender a hablar—. Te he seguido desde tu madriguera de montaña. Dos días. No fue difícil.

Cormac dio un paso adelante.

—Estás en tierra MacGregor.

—¿MacGregor? —Rabbie escupió—. Los MacGregor no existen. Un rey lo dijo y es la ley. Lo que sois es fugitivos que juegan a ser clan en un agujero de montaña. —Sus ojos volvieron a Aileen—. Y tú. Traidora de mierda. Te largaste en mitad del trabajo. Mi padre casi me mata por perderte.

—Tu padre te habría matado por cualquier cosa. No necesitaba excusa.

El rostro de Rabbie se endureció.

—Calum o como se llame tu explorador. Vino al campamento preguntando por Càdh Hollow, por una chica pelirroja. No fue difícil sumar. —Se acercó. La espada todavía en la funda, pero los hombros cuadrados de alguien que viene a pelear—. Me debes siete años de comida, refugio y entrenamiento. Y me debes la humillación de tener que explicar a la banda que la cría que crié se largó como una perra cobarde.

—No me criaste. Me usaste. Hay una diferencia.

—Te di un techo. Te di un oficio. Te di un nombre.

—Me diste un techo donde dormía con un ojo abierto. Me diste un oficio de asesina. Y el nombre que me diste no era mío. —Aileen se quitó el brat y lo dejó en el suelo. La espada en la cintura, el sgian-

dubh en la bota. Diez años de su vida estaban de pie frente a ella, metidos dentro de un hombre que apestaba a sudor rancio y a camino largo—. Mi nombre es Aileen MacGregor. Hija de Gregor MacGregor. Y no te debo nada.

Rabbie sacó la espada.

—Tu padre era un cobarde que se dejó quemar. ¿Crees que tu nombre vale algo? No eres nadie. Eras nuestra, Sorcha. —El nombre viejo, el que le habían puesto como un collar de perro—. Y lo que es nuestro no se va.

Cormac se adelantó. Aileen le puso la mano en el pecho.

—No.

—Aileen...

—Es mío. —Lo miró. Los ojos grises de él buscaban algo en los de ella — miedo, duda, la sombra de la chica que había sido — y no lo encontraron—. Llevo diez años debajo de este hombre. Esto es mío.

Cormac apretó la mandíbula. Bajó la mano de la espada. Retrocedió un paso.

Aileen sacó la espada. La de Fionnlagh, forjada para su mano, más corta y ligera que la de un hombre, con el equilibrio perfecto que solo un maestro herrero consigue. La empuñó con las dos manos. Los pies se plantaron en la piedra del paso — el mismo paso, la misma piedra — y todo el cuerpo se alineó como una flecha.

Rabbie cargó.

Lo hizo como siempre: de frente, sin finura, confiando en que su peso y su fuerza bastaran. El primer golpe fue un tajo descendente que buscaba la cabeza, brutal y predecible. Aileen lo esquivó con un paso lateral — el que Cormac le había enseñado, el que convertía la fuerza del atacante en su propia desventaja — y la espada de Rabbie golpeó la roca donde ella había estado un segundo antes. Chispas. El impacto le subió por el brazo; Aileen lo vio en la mueca.

—Sigues peleando igual —dijo Aileen—. Angus te enseñó a ser un carnero. No un espadachín.

Rabbie rugió. Otro tajo, horizontal esta vez, buscando las costillas. Aileen bloqueó con la hoja plana — el impacto le vibró en los huesos de las muñecas — y giró, usando la inercia del bloqueo para lanzar un contraataque al flanco izquierdo.

El punto ciego.

Rabbie vio el ataque demasiado tarde. Intentó cubrir pero el brazo no llegó a tiempo y la hoja de Aileen le abrió un corte en las costillas, por debajo del brazo, exactamente donde ella había dicho a Cormac que fallaba. La sangre empapó la camisa al instante, oscura contra la tela sucia.

—Hija de puta. —Rabbie se agarró el costado con la mano libre. La sangre le corría entre los dedos—. Te enseñé eso. Yo te enseñé a pelear.

—Sí. Y me enseñaste mal. —Aileen no bajó la guardia—. Nunca pudiste cubrir ese lado. Te lo dije una vez. ¿Recuerdas lo que hiciste?

Rabbie no respondió. Aileen recordaba perfectamente: catorce años, en el claro detrás del campamento, cuando le señaló el punto débil pensando que se lo agradecería. El puñetazo le había roto la nariz. Sangre en la hierba. «Cierra la boca, Sorcha. Las perras no enseñan a los amos.»

—Me rompiste la nariz —dijo Aileen—. Y después me enseñaste que pedir ayuda es de débiles. Que quejarse es de cobardes. Que una mujer que pelea mejor que un hombre es un problema. —Avanzó un paso. Rabbie retrocedió—. Pero no pudiste quitarme lo que soy. Lo intentaste. Durante siete años lo intentaste. Y aquí estoy. Y aquí estás tú. Solo, sin banda, sin padre, persiguiendo a una mujer a la que no pudiste romper.

Rabbie cargó de nuevo. Desesperado esta vez, sin técnica, un animal herido que busca hacer daño antes de caer. Aileen lo dejó venir.

Leyó el ataque antes de que llegara — la inclinación del hombro, el ángulo del brazo, el pie que arrastraba por la herida del costado — y cuando la espada de Rabbie bajó hacia ella, se agachó, giró sobre la cadera, y le metió la hoja en el muslo.

No el muslo exterior. El interior. Donde la arteria corre cerca de la superficie.

Rabbie cayó. Una rodilla primero, luego la otra. La espada se le escapó de las manos y aterrizó en la piedra con un sonido metálico que el eco del paso amplificó. Se agarró el muslo. La sangre salía a pulsos, roja y espesa, más de la que un corte normal debería producir.

Miró a Aileen. Por primera vez en la vida que ella recordaba, Rabbie Elliot tenía miedo. No el miedo de un hombre valiente ante la muerte — el miedo de un abusón que descubre que su víctima ha dejado de serlo.

—Eras mía —dijo. Le salía sangre de la boca. Se la había mordido al caer—. Te encontré en el barro. Tenías nueve años y no valías nada. Te di todo.

—Me quitaste todo. Y lo que no pudiste quitarme lo intentaste pudrir. —Aileen se arrodilló frente a él. No para rematarlo. Para mirarlo de cerca, por última vez, con los ojos de la mujer que era en vez de con los de la niña que había sido—. Pero no pudiste. Porque soy MacGregor. Y los MacGregor no desaparecemos. Nos proscribieron, nos quemaron, nos borraron de los registros, y seguimos aquí. Y tú vas a morir en la tierra de nuestra gente, solo, y nadie va a recordar tu nombre.

La sangre del muslo corría más despacio. Rabbie parpadeaba, confuso, el color abandonándole la cara como agua que se escurre por un desagüe.

—Sorcha... —Lo dijo como un niño. Como el niño que debió ser antes de que su padre lo convirtiera en esto.

—Me llamo Aileen.

Rabbie la miró un momento más. Luego los ojos se le vaciaron y cayó de costado sobre la piedra del paso. La sangre formó un charco oscuro que se extendió despacio entre las grietas de la roca, buscando la pendiente, bajando hacia el valle donde veintitrés personas habían muerto porque este hombre y su padre habían aceptado cincuenta libras por quemarlas vivas.

Aileen se levantó. Le temblaban las piernas. Las manos. Toda ella temblaba, con ese temblor fino e incontrolable que viene después de la adrenalina, cuando el cuerpo entiende que ha terminado y se desmorona.

Cormac estaba ahí. Había estado ahí todo el tiempo, de pie contra la roca, con la mano en la espada que no había sacado, respetando lo que ella le había pedido. Tenía la cara pálida.

—¿Estás herida? —preguntó.

—No.

—¿Estás bien?

—No. —Las piernas le fallaron. Se sentó en la piedra, junto al cuerpo de Rabbie, y el mundo se difuminó en los bordes hasta que lo único que veía con claridad eran sus propias manos, manchadas de sangre que no era suya, temblando como hojas en una tormenta—. No estoy bien.

Cormac se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros. Aileen se tensó un segundo — el contacto era nuevo, o viejo, o algo entre ambas cosas — y luego se aflojó contra él, la cabeza apoyada en su hombro, y dejó que el temblor la recorriera entera sin intentar pararlo.

No lloró. Todavía no. Eso vendría después, de noche, cuando la oscuridad fuera lo bastante espesa para esconderla. Por ahora solo temblaba, y Cormac la sostenía, y el viento del paso silbaba entre las rocas con un sonido que podía ser el lamento de los muertos o solo el viento, y Aileen no sabía cuál de las dos cosas prefería.

Bajaron del paso al atardecer. Dejaron a Rabbie donde había caído. No lo enterraron. No merecía la tierra de Càdh Hollow, y aunque lo hubiera merecido, Aileen no tenía fuerzas para cavar.

Antes de montar, volvió a la casa de Tadhg. La piedra que había puesto para Muireall seguía ahí, gris y blanca, brillando tenuemente en la luz moribunda.

—Está muerto —le dijo a la piedra. A Muireall. A nadie—. El hombre que organizó el ataque a tu casa está muerto. Su padre murió antes. Los que quedaban se han dispersado. No es justicia. No alcanza para nada. Pero es lo que puedo darte.

El viento movió la hierba que crecía entre las ruinas. Nada más.

Montaron. El camino de vuelta sería largo y frío y silencioso, y al final estaría Tadhg esperando con su piedra lisa y sus preguntas y esa forma de mirarla que era enfado y cariño y necesidad todo junto. Al final estaría el asentamiento con sus muros a medio construir y su gente que la toleraba sin perdonarla. Al final estaría Morna con sus nabos y sus verdades incómodas, y Fionnlagh con su herrería, y Iona con su lealtad feroz. Al final estaría Elspeth, que nunca la perdonaría, y ese era un peso que cargaría siempre.

Al final estaría Cormac. Roto y entero a la vez, igual que ella. Dos personas que habían perdido todo lo que eran y estaban aprendiendo a ser otra cosa, juntos, despacio, sin garantías.

Aileen giró a Dìleas hacia el este. El sol se ponía detrás de ellos, tiñendo la nieve de rosa y naranja, y las sombras de los caballos se alargaban sobre el camino como versiones más largas y más delgadas de ellos mismos.

No miró atrás. Càdh Hollow se quedaba donde estaba. Siempre se quedaría donde estaba — en el valle, en su memoria, en los huesos de todo lo que era. Pero ella seguía adelante.

Seguía adelante.

CAPÍTULO 28

Dùthchas

Asentamiento MacGregor — Primavera

⁂

El deshielo empezó de noche, sin ruido.

Aileen lo supo antes de abrir los ojos. Algo había cambiado en la textura del silencio — el goteo constante que sustituía al crujido del hielo, la tierra ablandándose debajo de las casas, el olor a musgo y a raíz que se liberaba del suelo por primera vez en meses. Primavera. O lo que en las Highlands pasaba por primavera: un frío menos cruel, una luz un poco más larga, la promesa de que el mundo no se había congelado para siempre.

Tadhg la esperaba en la puerta de la casa de Morna cuando volvieron de Càdh Hollow.

No estaba solo. Iona estaba detrás, con cara de no haber dormido, y Morna asomaba por la ventana con una expresión que decía: si no volvíais hoy, iba a ir a buscaros con un palo. Pero el niño estaba delante, de pie en la piedra del umbral, con la manta alrededor de los hombros y la piedra lisa en la mano, y sus ojos encontraron los de Aileen antes de que ella desmontara.

—¿Has puesto la piedra?

—La he puesto. —Desmontó. Las piernas le dolían del camino pero se agachó delante de él—. En el centro de la casa. Donde estaba tu má.

—¿Es bonita?

—Gris y blanca. Con vetas que brillan cuando les da el sol.

Tadhg asintió. Procesó. Sus dedos se cerraron sobre la piedra lisa con la fuerza de costumbre.

—¿Se llama algo? —preguntó—. Mi má. ¿Tiene nombre la piedra?

—Se llama Muireall. —El nombre le salió limpio esta vez, sin la astilla de cristal de la primera vez que lo pronunció. Seguía doliendo, pero de otra forma—. Tu madre se llamaba Muireall. Cormac me lo dijo.

El niño probó el nombre. Los labios le formaron las sílabas con cuidado, como si estuviera aprendiendo una palabra en un idioma nuevo. Muireall. Lo dijo tres veces, cada vez más bajo, hasta que fue solo un susurro.

—Muireall. —Levantó la vista—. Es bonito.

—Sí. Lo es.

Tadhg le cogió la mano. La apretó una vez, breve, y luego se soltó y volvió a entrar en la casa. Aileen lo oyó hablar con Morna: quería saber qué significaba el nombre, si había más Muirealls en las historias que la viuda contaba por las noches, si el arroyo cerca de la casa de su madre seguía corriendo. Preguntas que buscaban construir algo con los fragmentos de lo que había perdido.

Cormac estaba detrás de ella. Aileen se giró. Estaba desmontando del castaño, despacio, con el cuidado de alguien que conoce sus propios límites y ha dejado de luchar contra ellos.

—Ha preguntado por la piedra —dijo Aileen.

—Lo he oído. —Ató las riendas al poste—. ¿Estás bien?

La pregunta de siempre. La que le había hecho después de cada batalla, después de cada herida, después de cada noche que costaba demasiado. Pero el tono era distinto ahora. No había urgencia. No había la necesidad desesperada de saber si ella estaba entera. Era una pregunta tranquila, del tipo que se hace cuando la respuesta importa pero no define todo.

—No lo sé —dijo Aileen. Y era verdad—. Pero estoy aquí.

Cormac asintió. Algo en su cara se suavizó, un aflojamiento mínimo de los músculos que llevaban meses tensos, y durante un segundo pareció más joven. No el joven que había sido — ese había muerto en Càdh Hollow o en la batalla de los Campbell o en el momento en que ella le dijo la verdad — sino alguien nuevo. Alguien que contenía al joven y al viejo y al roto y al que se estaba reconstruyendo, todo dentro del mismo cuerpo cansado.

—Yo también —dijo. Y se fue a guardar los caballos.

Las semanas que siguieron al regreso de Càdh Hollow tuvieron una textura distinta. Como si la peregrinación hubiera cambiado algo en la composición del aire entre ellos — no solo entre Aileen y Cormac, sino entre Aileen y el asentamiento. La gente la miraba diferente. No con más cariño ni con menos desconfianza, sino con algo que se parecía a la aceptación de un hecho consumado: esta mujer estaba aquí, con su pasado y sus condiciones y su culpa, y el asentamiento seguía en pie.

La noticia de la muerte de Rabbie se extendió rápido. Calum la oyó primero — siempre oía todo primero — y la contó sin comentarios, que era la mayor concesión que Calum podía hacer. Fionnlagh gruñó algo que sonó a «bien» y siguió golpeando el yunque. Iona apretó el brazo de Aileen y no dijo nada, porque Iona sabía que algunas cosas no necesitan palabras.

Elspeth no cambió.

Aileen la vio el día que cortó leña junto al granero. Elspeth pasó a diez metros, llevando un cubo de agua, y sus ojos se cruzaron un instante — menos que un segundo, lo justo para que Aileen registrara lo que había dentro. No odio. No rabia. Solo ese vacío seco de alguien que ha decidido que el perdón está fuera de su alcance y ha hecho las paces con esa decisión.

Aileen no intentó cerrar esa distancia. Algunas heridas no se curan. Algunas distancias no se cruzan. La hermana de Catrìona tenía derecho a su dolor intacto, sin plazos, sin presiones, sin la expectativa de que el tiempo lo arreglaría todo. El tiempo no arregla

nada. Solo le da a la gente espacio para aprender a cargar con lo que no puede arreglar.

La primavera trajo trabajo. Los muros nuevos se levantaron sobre los cimientos de las casas quemadas. Aileen acarreó piedra hasta que le sangraron las manos y después siguió acarreando, con trapos atados a las palmas que se empapaban de rojo y de barro. Fionnlagh le enseñó a mezclar la argamasa, una masa gris y grumosa de cal y arena y agua que olía a huevo podrido y que se secaba dura como el hueso. Las paredes subían despacio, hilada a hilada, y cada piedra que Aileen ponía en su sitio era un gesto mínimo de reparación que no reparaba nada pero que la mantenía de pie.

—Vas a destrozarte las manos —dijo Cormac una mañana.

Estaba detrás de ella, observándola levantar una piedra que pesaba más de lo que debería intentar cargar sola. Aileen la depositó en la pared y se estiró. La espalda le crujió.

—Ya están destrozadas.

—Déjame ver.

Le cogió las manos. Las giró palma arriba. La piel estaba agrietada, en carne viva en algunas zonas, con callos nuevos que se formaban sobre los viejos. Cormac pasó el pulgar por una de las grietas con un cuidado que no encajaba con el tamaño de sus manos.

—Hay bálsamo de sebo en casa de Morna. Póntelo esta noche.

—Lo haré.

No le soltó las manos. O ella no las retiró. Los dos se quedaron así un momento, de pie junto al muro a medio construir, las manos de ella entre las de él, y el sol de primavera calentándoles la cara con esa tibieza tímida que promete más de lo que da.

—Aileen.

—Dime.

—He estado pensando.

—Eso es peligroso.

La sombra de una sonrisa. La primera que Aileen le veía desde antes de la confesión. No completa — nunca volvería a serlo del todo — pero real. Un músculo que se acordaba de cómo funcionar.

—He estado pensando en lo que dije en el mirador. Que quizás no se puede volver, pero se puede ir a otro sitio. —Le apretó las manos, una vez, despacio—. No sé adónde es ese sitio. No tengo mapa. Pero creo que quiero ir.

—¿Conmigo?

—Con nadie más.

Las palabras le entraron en el pecho y se quedaron ahí, calientes, ocupando un espacio que llevaba meses vacío. Aileen no dijo te quiero. Él no lo dijo tampoco. La palabra estaba ahí, entre ellos, pero decirla ahora habría sido prematuro, como arrancar un brote antes de que la raíz haya agarrado. Ya llegaría. O no llegaría. Pero el silencio que la rodeaba no era ausencia sino posibilidad.

—Pues vamos —dijo Aileen.

Le soltó las manos. Volvió a la piedra. Cormac se quedó un momento más, mirándola trabajar, y luego fue a buscar su propia carga.

Construyeron el muro juntos esa mañana. No hablaron más. No hacía falta.

La primera noche que durmieron juntos otra vez fue tres semanas después del regreso de Càdh Hollow.

No hubo preámbulo. No hubo conversación sobre lo que significaba ni adónde iba. Aileen estaba en la casa de Morna, tumbada junto a Tadhg, mirando el techo en la oscuridad, cuando oyó pasos fuera. No los de Morna, que arrastraba los pies. No los de Iona, que pisaba fuerte. Los de Cormac, con esa cadencia irregular que la pierna le daba y que Aileen habría reconocido entre mil.

Tocó la puerta. No entró. Esperó.

Aileen se levantó. Tadhg ni se movió — dormía profundo esas noches, con el sueño pesado de los niños que por fin se sienten seguros. Abrió la puerta.

Cormac estaba ahí. La luna le iluminaba media cara. No dijo nada. Solo extendió la mano.

Aileen la tomó.

Caminaron en silencio hasta la casa de Cormac. La misma casa donde habían dormido juntos durante meses, donde se habían desnudado y tocado y dicho cosas que ninguno de los dos le había dicho a nadie más. Pero cuando Aileen cruzó el umbral, el espacio se sentía distinto. Más grande y más pequeño al mismo tiempo. Más honesto.

Cormac cerró la puerta. Se volvió hacia ella.

—No sé cómo hacer esto —dijo. Le costaba. Aileen lo veía en la forma que tenía de apretar la mandíbula, de buscar las palabras como si estuvieran escondidas debajo de algo pesado—. Antes sabía. Antes era fácil. Ahora no sé dónde empezar.

—Empieza por donde quieras.

Le tocó la cara. Los dedos le temblaron al hacerlo, un temblor fino que ella sintió contra la mejilla como el aleteo de algo frágil. Recorrió la línea de la mandíbula, el pómulo, la ceja. Tocándola como si la estuviera aprendiendo otra vez, como si la mujer que tenía delante fuera nueva aunque viviera en el mismo cuerpo.

Era nueva. Las dos lo eran.

Aileen se acercó. Le puso las manos en el pecho. El corazón de Cormac latía deprisa debajo de las costillas, y ella contó los latidos — uno, dos, tres — como había contado otras cosas en momentos de miedo o de incertidumbre, porque contar era orden y el orden era lo único que impedía que se cayera.

—Soy yo —dijo. Necesitaba que lo supiera. Necesitaba que supiera que lo que estaba tocando era verdad esta vez, sin capas, sin mentiras, sin la sombra de una mujer que no existía—. Soy Aileen. No Sorcha. No la hija de los Elliot. No la mujer del paso. Soy yo. Entera. Con todo.

—Lo sé.

—¿Y me quieres igual?

No preguntó si la quería. Preguntó si la quería igual, y la diferencia era todo. Igual significaba: con lo que hice, con lo que soy, con lo que cargo. Igual significaba: sin reservas, sin excepciones, sin la trampa de querer solo las partes buenas.

Cormac no respondió con palabras. La besó.

El beso fue distinto a todos los anteriores. No tenía la urgencia desesperada del primero, ni la ternura frágil de los del medio, ni la violencia de los que vinieron después del primer combate. Este beso era lento. Deliberado. El beso de alguien que sabe exactamente a quién está besando y ha elegido hacerlo con los ojos abiertos.

Aileen le devolvió el beso con la misma lentitud. Sin prisa. Sin la necesidad de convertirlo en algo más grande de lo que era. Solo esto: sus labios contra los de él, el sabor a cerveza y a sal, el calor de su aliento mezclándose con el suyo.

Se desvistieron despacio. Cada prenda era una capa que caía, y debajo no había solo piel — había cicatrices. Las de él: la pierna, el hombro, el corte sobre la ceja que los Campbell le habían abierto en la primera batalla. Las de ella: la marca de quemadura en el antebrazo donde Angus le había apretado un hierro candente cuando tenía once años, las estrías finas de los latigazos en la espalda, el mordisco del cuchillo en la cadera de una pelea que había olvidado.

Mapas. Los dos eran mapas de lo que habían sobrevivido.

Cormac le tocó la quemadura del antebrazo. La recorrió con el pulgar. No preguntó. Sabía.

—¿Te duele? —preguntó.

—Ya no.

—Mentira.

—A veces. —Lo miró—. Pero menos.

La tumbó en la cama. El jergón olía a lana vieja y a él — a hierro, a sudor limpio, a ese olor de fondo que era solo Cormac y que ella habría reconocido en la oscuridad más completa. Se echó encima con cuidado, distribuyendo el peso sobre los codos, la pierna mala a un lado para que no le fallara en el peor momento.

—¿Estás segura?

—No me preguntes eso.

—Necesito preguntarlo. —Su voz era grave, cerca, contra su oído—. Antes no te lo preguntaba porque creía que sabía quién eras. Ahora lo sé de verdad. Y necesito que me digas que sí sabiendo que yo también lo sé.

El consentimiento más honesto que nadie le había pedido. No el permiso de un cuerpo sino el de una persona entera, con toda su historia encima.

—Sí.

Entró en ella despacio. Sin el golpe de la primera vez, sin la urgencia, sin la desesperación de quien busca olvidar. Este era el movimiento de alguien que quiere recordar cada segundo. Aileen lo sintió llenarla — no solo físicamente, sino de algo más amplio, más difícil de nombrar, algo que se parecía al alivio de volver a un sitio que creías haber perdido — y cerró los ojos.

—No —dijo Cormac—. Mírame.

Los abrió. Los ojos de él estaban ahí, grises, cerca, con todo dentro: el dolor y la rabia y el amor y la pérdida y la decisión de quedarse a

pesar de todo. Aileen los sostuvo. No apartó la mirada mientras él se movía dentro de ella, mientras el ritmo se aceleraba, mientras el placer subía como una marea que no se podía contener.

—Aileen —dijo él. Su nombre. El verdadero. Dicho así, en ese momento, era lo más íntimo que nadie le había dado.

Se corrieron casi juntos. Él primero, con un sonido que era gemido y algo más, algo que salía de un lugar profundo y roto, y ella después, con las piernas apretadas alrededor de su cintura y las manos en su espalda y la certeza de que esto — exactamente esto, esta versión imperfecta y agrietada de lo que habían sido — era mejor que la anterior. Porque esta era verdad.

Después se quedaron en la oscuridad. El peso de Cormac sobre ella, todavía dentro, la respiración de ambos normalizándose hasta sincronizarse, el latido de dos corazones que se buscaban a través de la piel.

—No es como antes —dijo Aileen.

—No.

—¿Está bien?

—Está mejor. —Le besó la sien. La mandíbula. El hueco del cuello donde el pulso latía—. Antes no te conocía. Solo creía que sí.

Se durmieron así, enredados, sin soltarse. Aileen se despertó una vez en la noche, desorientada por el calor de otro cuerpo, y durante un segundo no supo dónde estaba — el campamento Elliot, la casa de Morna, el paso — y luego los brazos de Cormac se apretaron en sueños y la anclaron y supo.

Estaba en casa.

No la casa de piedra con techo de turba. No una ubicación geográfica. Casa era el peso de esos brazos, la respiración lenta contra su nuca, la certeza de que alguien la conocía — toda, completa, sin recortes — y se quedaba.

La primavera se asentó sobre el asentamiento como una mano que se abre despacio.

El arroyo creció. Los pastos reverdecieron en las laderas. Los primeros corderos nacieron en el corral y Tadhg pasó tres días seguidos durmiendo junto a ellos porque uno había nacido débil y el niño se negaba a dejarlo solo. Morna dijo que era instinto de pastor. Fionnlagh dijo que era terquedad. Aileen sabía que era otra cosa: la necesidad de cuidar algo frágil, de protegerlo, de hacer por un animal lo que nadie había podido hacer por él la noche que lo perdió todo.

El niño crecía. No solo en centímetros — aunque también, las muñecas saliendo de las mangas, los zapatos que ya no le valían, las mejillas que habían perdido la delgadez de los meses malos — sino en algo más difícil de medir. Hablaba con fluidez ahora, con frases largas y complejas que a veces la sorprendían por su precisión. Peleaba con Fionnlagh por quién manejaba mejor el martillo. Se sentaba con Morna por las noches y le pedía historias del clan, de antes, de los MacGregor que fueron y de los que podrían volver a ser.

Y preguntaba. Siempre preguntaba.

—Aileen. —Habían empezado a usar su nombre. Tadhg fue el último en adoptarlo, como si necesitara un período de transición entre la mujer que había conocido y la que se revelaba debajo—. ¿Crees que mi má me habría querido así? ¿Como soy ahora?

Estaban sentados junto al arroyo, el mismo arroyo donde todo había empezado a derrumbarse, donde Tadhg había recordado la voz y el olor a flores. El agua corría más fuerte con el deshielo, turbia de barro, arrastrando ramitas y hojas del invierno.

—Te habría querido de cualquier forma —dijo Aileen.

—¿Tú la habrías querido?

La pregunta la paró en seco.

—No la conocí.

—Pero si la hubieras conocido. Si hubieras sabido que vivía en el valle. ¿Habrías ido igual?

Las preguntas de Tadhg tenían eso: no buscaban consuelo sino verdad, y si la verdad era incómoda la prefería de todos modos. Había aprendido eso de ella. O quizás había nacido con ello y los dos años de silencio simplemente lo habían comprimido hasta que explotó en esta honestidad feroz que no perdonaba evasivas.

—No lo sé —dijo Aileen—. Quiero decir que no. Quiero creer que si hubiera sabido quiénes eran, si hubiera visto sus caras antes de que empezara todo, no habría ido. Pero la verdad es que no sé qué habría hecho. Tenía dieciséis años y estaba aterrorizada y obedecer era lo único que sabía hacer.

—Ahora ya no obedeces.

—Ahora no.

—¿Qué cambió?

Aileen miró el arroyo. El agua arrastraba el invierno hacia el valle, turbio y sucio, y la primavera lo sustituía con algo más limpio. No completamente limpio — el barro del fondo tardaría semanas en asentarse — pero más claro.

—Tú cambiaste algo. Y Cormac. Y este sitio. —Le apartó el pelo de la cara—. Pero sobre todo yo. Me cansé de ser la persona que me habían obligado a ser. Y decidí intentar ser otra cosa.

—¿Lo estás consiguiendo?

—Algunos días sí. Otros no.

Tadhg asintió. Se agachó, metió la mano en el agua helada, sacó una piedra. Redonda, gris, lisa. La sostuvo en la palma y la miró como si pudiera leer algo en ella.

—Para ti —dijo. Y se la dio.

Era la tercera piedra. La primera se la había dado el día que habló por primera vez. La segunda la había empujado hacia ella en la reunión silenciosa después de la separación. Esta era nueva. No un regalo de niño a cuidadora, ni de huérfano a refugio. Era un regalo entre iguales. Entre dos personas que se habían hecho daño y habían decidido que el daño no era lo único que las definía.

—Gracias, Tadhg.

—No me llames Tadhg. —Frunció el ceño. La expresión de alguien que ha tomado una decisión y espera que el mundo se adapte—. Morna dice que antes de todo tenía otro nombre. Mi má me llamaba distinto.

—¿Cómo te llamaba?

—Tàmhas. —Lo dijo con cuidado, como si la palabra fuera frágil—. Era el nombre de mi abuelo. Pero después del valle me llamaron Tadhg porque nadie sabía cómo me llamaba de verdad. —La miró—. Tú te llamas Aileen pero te llamaban Sorcha. Tú recuperaste tu nombre. Yo quiero recuperar el mío.

Tàmhas. Un niño que recupera su nombre igual que ella había recuperado el suyo. No por rechazar lo que había sido sino por elegir lo que quería ser.

—Tàmhas —dijo Aileen. El nombre le sonó bien. Le sonó a algo que empieza—. Tu madre eligió un nombre bonito.

El niño — Tàmhas — sonrió. No la sonrisa cautelosa de los últimos meses sino algo más abierto, más arriesgado, la sonrisa de alguien que prueba el borde de algo y descubre que aguanta.

—Vamos —dijo—. Fionnlagh me prometió que hoy me deja usar el martillo grande.

Se levantó y echó a correr hacia la herrería. Aileen lo vio alejarse — las piernas flacas, el pelo revuelto, la velocidad de un niño que ya no tiene miedo de que el mundo se lo trague — y algo se aflojó dentro de ella. No la culpa. La culpa no se aflojaba. La culpa era la piedra

en el bolsillo que llevaba y llevaría siempre, el peso de veintitrés nombres que nunca la abandonarían. Lo que se aflojó era otra cosa: la certeza de que solo era eso, solo culpa, solo pasado, solo destrucción. Porque este niño que corría hacia la herrería era también obra suya. No solo la parte que lo rompió sino la que lo reconstruyó.

La balanza no se equilibra. Morna tenía razón. Nunca se equilibra.

Pero se carga. Y se sigue caminando.

Aileen se levantó. Se sacudió la tierra de la falda. La piedra nueva fue al bolsillo junto a las otras dos, y el peso de las tres — pequeño, sólido, concreto — le recordó algo que había olvidado: que las cosas que te anclan al mundo no tienen que ser grandes. A veces son piedras de arroyo. A veces son el nombre de tu madre en boca de alguien que nunca la conoció. A veces son los brazos de un hombre que te conoce entera y se queda.

Caminó hacia el asentamiento. El sol de primavera le calentaba la espalda. Delante de ella, los muros nuevos brillaban blancos donde la argamasa fresca todavía no se había secado. La herrería escupía humo y el golpeteo del martillo de Fionnlagh — o quizás el de Tàmhas, que ya tenía la fuerza para manejar el grande — resonaba en el valle con esa cadencia que se había convertido en el latido del lugar.

En la ladera este, dieciocho tumbas miraban al valle. Los nombres de los muertos estaban tallados en piedras nuevas que Padraig había encargado: cada uno de los once del ataque Campbell, cada uno de los siete de la segunda batalla. Los veintitrés de Cràdh Hollow no tenían piedra con nombre aquí — sus restos estaban en el otro valle, bajo montículos de roca y musgo — pero Aileen los llevaba todos dentro. Cada uno. Cada nombre que Elspeth había pronunciado en el juicio, uno por uno, como una letanía que no terminaría nunca.

No terminaba nunca. Eso lo había aceptado.

—¡Aileen! —Cormac, desde la empalizada. Estaba supervisando la extensión del muro norte, con Calum a un lado y Padraig al otro. Calum ya no la ignoraba. No había llegado al punto de hablarle voluntariamente, pero respondía cuando ella le dirigía la palabra, y una vez, durante la reconstrucción del granero, le había pasado una herramienta sin que ella la pidiera. Progreso. Mínimo, glacial, pero progreso—. ¡Ven! ¡Necesitamos tus manos!

Fue. Subió la cuesta hacia la empalizada, donde Cormac le señalaba un tramo del muro que necesitaba refuerzo. Se puso a trabajar. Piedra sobre piedra, argamasa entre las juntas, las manos agrietadas haciendo lo que sabían hacer: construir. Lento, imperfecto, sin garantía de que lo que levantaban hoy no se derrumbaría mañana.

Pero se levantaba. Cada día se levantaba un poco más.

Esa noche, después de la cena, después de acostar a Tàmhas en casa de Morna, después de comprobar que la puerta del corral estuviera cerrada y que las antorchas de guardia estuvieran encendidas, Aileen subió al mirador.

El valle se extendía abajo, plateado bajo la luna. Las casas del asentamiento eran formas oscuras con hilos de humo, y el arroyo brillaba como una vena de plata entre las piedras. Más allá, las montañas se recortaban contra un cielo de estrellas — tantas que parecían derramadas, como si alguien hubiera volcado un frasco de luz sobre la oscuridad.

Este era el dùthchas. No como abstracción ni como concepto político ni como lo que decían los documentos del rey que ya no tenía validez. El dùthchas era esto: la tierra que pisan tus pies, la gente que duerme bajo el mismo cielo, el arroyo donde un niño encuentra piedras y te las regala como si fueran tesoros porque para él lo son.

El dùthchas eran ciento quince personas que no se habían rendido. Que habían perdido familiares, casas, el derecho a usar su propio nombre, y seguían aquí. Levantando muros. Forjando hierro. Plantando cebada en los campos que el deshielo iba liberando. Pariendo hijos que nacerían proscritos, sin derecho legal a existir, y

que existirían de todos modos porque la ley de un rey no alcanza a borrar lo que la gente decide ser.

Oyó pasos detrás de ella. No necesitó girarse.

Cormac se sentó a su lado. El mismo sitio de siempre. La misma roca. Pero todo lo demás era distinto.

—No puedes dormir —dijo él.

—No quiero dormir. Quiero mirar esto.

—¿El valle?

—Todo. El valle, las casas, las estrellas. Tàmhas que duerme con la piedra en la mano. Morna que ronca. Fionnlagh que sigue despierto porque no puede dejar de trabajar. —Aileen respiró. El aire frío le llenó los pulmones, cortante y limpio—. Quiero recordar cómo es esto. Ahora. Antes de que cambie.

—Todo cambia.

—Lo sé. Por eso quiero recordarlo.

Cormac le pasó el brazo por los hombros. Aileen se apoyó en él. El contacto era natural ahora — no exento de peso, no libre de la sombra de lo que había pasado, pero natural, del tipo que se tiene con alguien a quien has elegido después de conocerlo de verdad.

—Ewen volverá —dijo Cormac. No como amenaza sino como hecho. La primavera traería pasto nuevo y caminos abiertos y, probablemente, la venganza de un Campbell que no había terminado lo que empezó—. Y la proscripción sigue vigente. Y hay gente en este asentamiento que todavía te mira como si fueras una amenaza.

—Lo sé.

—No te estoy asustando. Te estoy diciendo lo que hay.

—Lo sé. Y lo que hay es esto: un lugar que defender, gente que proteger, un niño que necesita una familia y una vida que construir sobre ceniza y verdad. —Le cogió la mano—. He vivido cosas peores.

—Yo también.

—Pues ya está.

El silencio que siguió no estaba vacío. Estaba lleno de todo lo que no necesitaban decir porque ya lo sabían: que el futuro era incierto, que el peligro no había terminado, que las heridas seguirían doliendo, que Elspeth no perdonaría, que Calum tardaría años en confiar, que Tàmhas tendría pesadillas hasta que dejara de tenerlas o hasta que aprendiera a vivir con ellas. Que nada estaba resuelto. Que nada estaría resuelto nunca.

Pero estaban aquí. Vivos. Juntos de una forma que era nueva y vieja al mismo tiempo, forjada en algo más duro que el deseo y más honesto que la inocencia.

Aileen MacGregor. La niña del carro que vio arder a su padre. La huérfana que sobrevivió convirtiéndose en alguien que no era. La muchacha del paso que guardó la puerta mientras morían los suyos. La mujer que sacó a un niño del silencio y a un hombre de la soledad y a sí misma de la mentira. La guerrera. La traidora. La que confesó. La que se quedó.

Todas esas personas. Todas ella. Todas vivas dentro del mismo cuerpo agrietado y fuerte y lleno de cicatrices que no se borrarían nunca.

Alma de hierro, le había dicho Fionnlagh una vez, meses atrás, mientras le enseñaba a trabajar en la fragua. El hierro no se rompe. Se dobla, se golpea, se mete en el fuego hasta que brilla rojo, y sale con otra forma. Pero sigue siendo hierro.

Apretó la mano de Cormac. Él le devolvió el apretón. Abajo, el asentamiento respiraba en la noche, vivo, terco, imperfecto, suyo.

El viento cambió de dirección. Traía olor a turba y a tierra mojada y, debajo, tan tenue que podría haberlo imaginado, a brezo.

SOBRE LA AUTORA

Fiona MacAllister escribe ficción histórica con mujeres que sobreviven.

Alma de Hierro es su primera novela.

—

Si esta historia te ha llegado, déjale una reseña.

Las reseñas son el pan de los escritores independientes.